

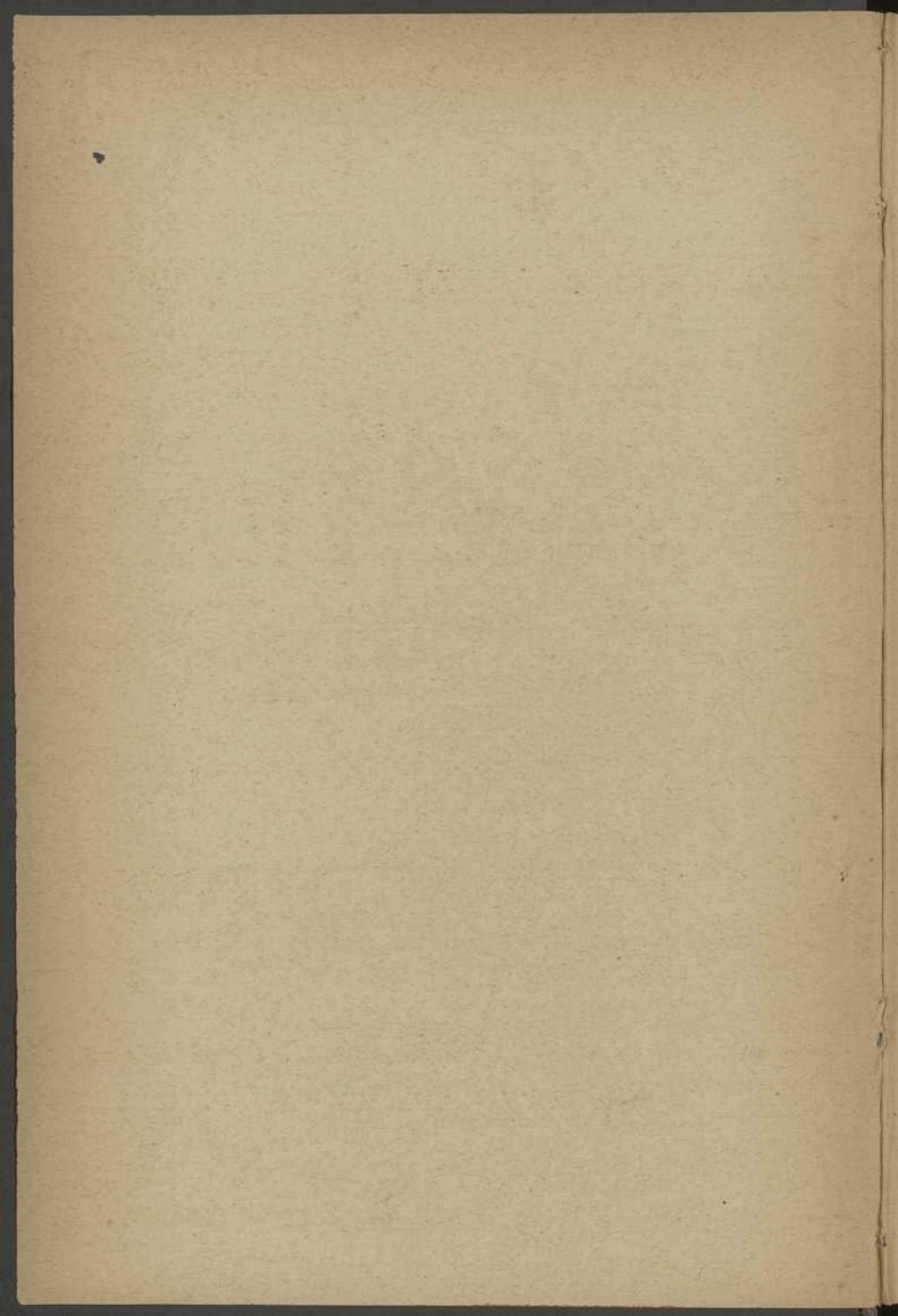
RIVADENEIRA

J. Vilasora

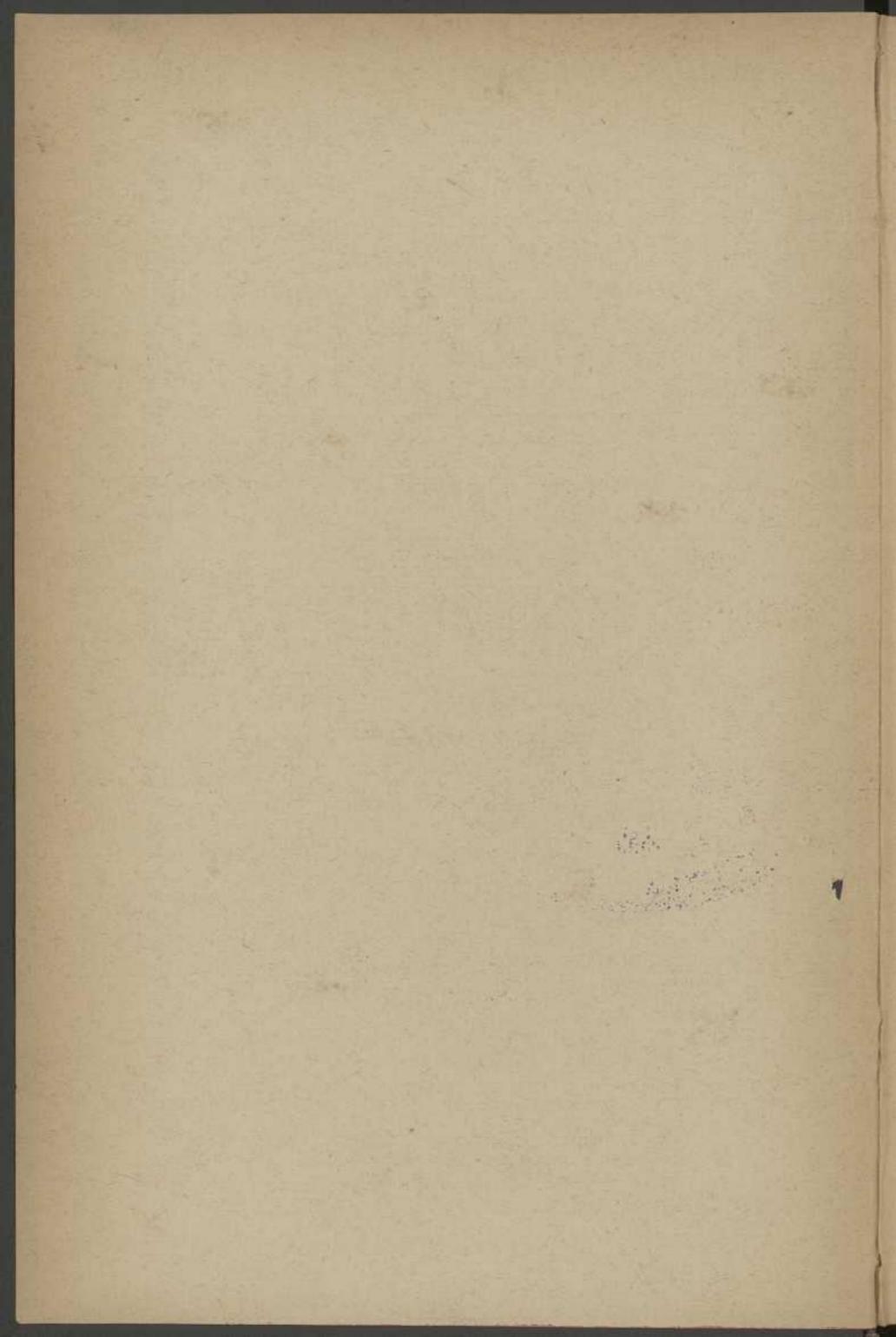
07

14207

24
—
211



TRATADO DE LA TRIBULACIÓN



TRATADO
DE
LA TRIBULACIÓN

COMPUESTO

POR EL P. PEDRO DE RIVADENEIRA

Religioso de la Compañía de Jesús



BARCELONA
BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

DANIEL CORTEZO Y C.^a, Ausias March, 95

1885





Á LA MAJESTAD DE LA EMPERATRIZ DOÑA MARÍA

SACRA CESÁREA MAJESTAD:

Los trabajos y calamidades destos tiempos miserables son de manera, que me han obligado, para algún consuelo y remedio dellos, á escribir este *Tratado de la Tribulación*, que envió á vuestra majestad; porque, aunque es verdad que muchos santos y graves varones nos han enseñado á armarnos con el escudo de la paciencia contra los duros golpes de la adversidad, todavía son tantas las que cada día se levantan, que por mucho que esté dicho, siempre queda que decir, especialmente que lo que los santos de esta materia han escrito está tan derramado por sus libros, que no todos lo pueden leer, y será de provecho recogerlo en una breve suma, y ponerlo delante á los que dello tuvieren necesidad, que son todos los que navegamos por este golfo tempestuoso del mundo, pues ninguno se escapa de sus furiosas olas y horribles tormentas, y basta ser hombre para estar sujeto á las leyes y miserias de los hijos de Adán. Va repartido este *Tratado* en dos partes. En la primera se trata de los trabajos y fatigas particulares de los hombres, y del remedio dellas. En la segunda, de las calamidades generales destos nuestros tiempos, con las cuales el Señor nos azota y castiga, y de los medios que debemos tomar para desenojarle. Heme atrevido á dedicarle á vuestra majestad por la obligación que todos los desta mínima Compañía de Jesús tenemos á su servicio, y porque

las señaladas mercedes que continuamente recibimos de su mano nos dan confianza para acudir á vuestra majestad con todas nuestras cosas, por bajas y pequeñas que sean; y demás desto, porque ha hecho Dios, nuestro Señor, á vuestra majestad tan grande y soberana princesa, que abraza con su esclarecida y imperial sangre casi á todos los poderosos reyes y príncipes cristianos que hay hoy en la tierra, y así necesariamente le ha de caber buena parte de sus trabajos, los cuales no pueden dejar de ser muy grandes, por tocar á príncipes tan grandes como ellos son. Y no menos porque vuestra majestad los lleva con tan maravillosa paciencia y longanimidad, conformándose en todo con la divina voluntad, y dándonos ejemplo de lo que tenemos de hacer para aplacar la ira del Señor, que esta sola causa me puede dar ánimo para publicar este breve *Tratado* debajo de la sombra y amparo de vuestra majestad, porque deseo que los que le leyeren, ilustrado y favorecido con tal nombre, juntamente tomen por guía y maestra á vuestra majestad y procuren imitar sus heróicas y admirables virtudes; que si esto hiciésemos todos, cesarían del todo las tribulaciones y calamidades públicas que al presente padecemos. El Señor, por su infinita misericordia, oiga los piadosos ruegos de vuestra majestad, y de tal manera consuele á su santa Iglesia católica, por tantas vías combatida y perseguida de los ministros de Satanás, que quedando él, como otro Faraón, con todas sus máquinas, carros y ejércitos ahogado, pueda vuestra majestad algún día cantarle cánticos de alabanza y alegría, y decir, con la otra María, hermana de Moisés: «¡ Cantemos al Señor y alabémosle, pues se ha mostrado magnífico y glorioso, y ha arrojado en la mar al caballo y al caballero! »

En este colegio de la Compañía de Jesús, á 10 de Noviembre de 1589 años.

PEDRO DE RIVADENEIRA.



AL CRISTIANO LECTOR

Dos cosas, entre otras, cristiano lector, me han movido á tratar de las tribulaciones. La primera, la muchedumbre y abundancia que tenemos dellas en estos tiempos trabajosos, en los cuales, demás de las fatigas y miserias que cada uno pasa en su persona y casa, nos visita y castiga nuestro Señor con las calamidades públicas que padecemos. La otra, ver que no nos sabemos aprovechar desta misericordia del Señor, y que por nuestra culpa perdemos un riquísimo tesoro de inestimables bienes, que podríamos granjear si de la raíz amarga de la pena supiésemos coger el fruto suavísimo de nuestra emienda y corrección. Áspera y desabrida es en sí la tribulación, mas con la gracia de Dios se hace dulce y sabrosa (1), y en la boca del león muerto muchas veces se halla el panal de miel (2), y los gitanos que antes nos apretaban y afligían, cuando los vemos ahogados y muertos nos dan motivos de alabanza y alegría. Más muestra nuestro Señor su infinito poder enviándonos tribulaciones y consolándonos en ellas y librándonos dellas, que si no las enviase. Porque, como admirablemente dice Eusebio Emiseno, mayor maravilla es que

(1) *Exod.*, XIV.

(2) *Judic.*, XIV.

caiga la casa y que no reciba lisi3n alguna el que estaba en ella, que si la casa se estuviera en pi3; y que quebrado el mástil y caídas las velas y perdido el gobernalle, la nave salga de medio de la tempestad salva y entera, que si se estuviera en el puerto quieta y segura; y que en medio de las llamas no os queméis, y en el lago seáis regalado de los leones, que si no hubiérades entrado en el fuego ni en el lago. Y por esto la tribulaci3n nos es materia para que glorifiquemos más al Señor, y también nos es estímulo para la virtud y para nuestro aprovechamiento. Porque, como dice san Gregorio, papa (1), «la carne se sustenta con las cosas blandas, y el ánima con las duras; la carne se regala con los deleites, y el ánima se ejercita con las cosas ásperas. La una se apacienta con los gustos suaves, y la otra se hace más vigorosa y robusta con las amarguras saludables. Y como las cosas duras afligen la carne, así las blandas ahogan el espíritu, y con lo que la carne vive para pocos días, el espíritu muere para siempre.» «No podemos coger en la otra vida, como dice el mismo santo, el gozo que no hubiéremos sembrado y cultivado en ésta con sufrimiento y paciencia (2). Todas las cosas que sirven al hombre, para que sean de provecho, primero han de padecer muchas como tribulaciones y martirios. El campo, para que dé fruto, se cava y se ara; el trigo, para que se pueda comer después de cogido, se alimpia, muele, amasa y cuece; el vino y el aceite se exprimen en el lagar; la lana y el lino pasan por infinitos tormentos, y el hombre con las tribulaciones se perficiona y afina. Todas las artes tienen sus reglas y medidas para examinar y nivelar sus obras; el nivel para examinar las obras del cristiano y saber lo que ha aprovechado en la virtud, es la paciencia y sufrimiento en los trabajos y adversidades que padece; porque el que sale del crisol purgado y resplandeciente es oro fino y perfeto. Y así dice el apóstol Santiago (3) que la paciencia muestra que la obra es perfeta. Y por esto el mismo apóstol nos exhorta (4) que pongamos todo nuestro gozo y contento en ser probados y afligidos con

(1) Gregor., X, *Moral.*, cap. XIII.

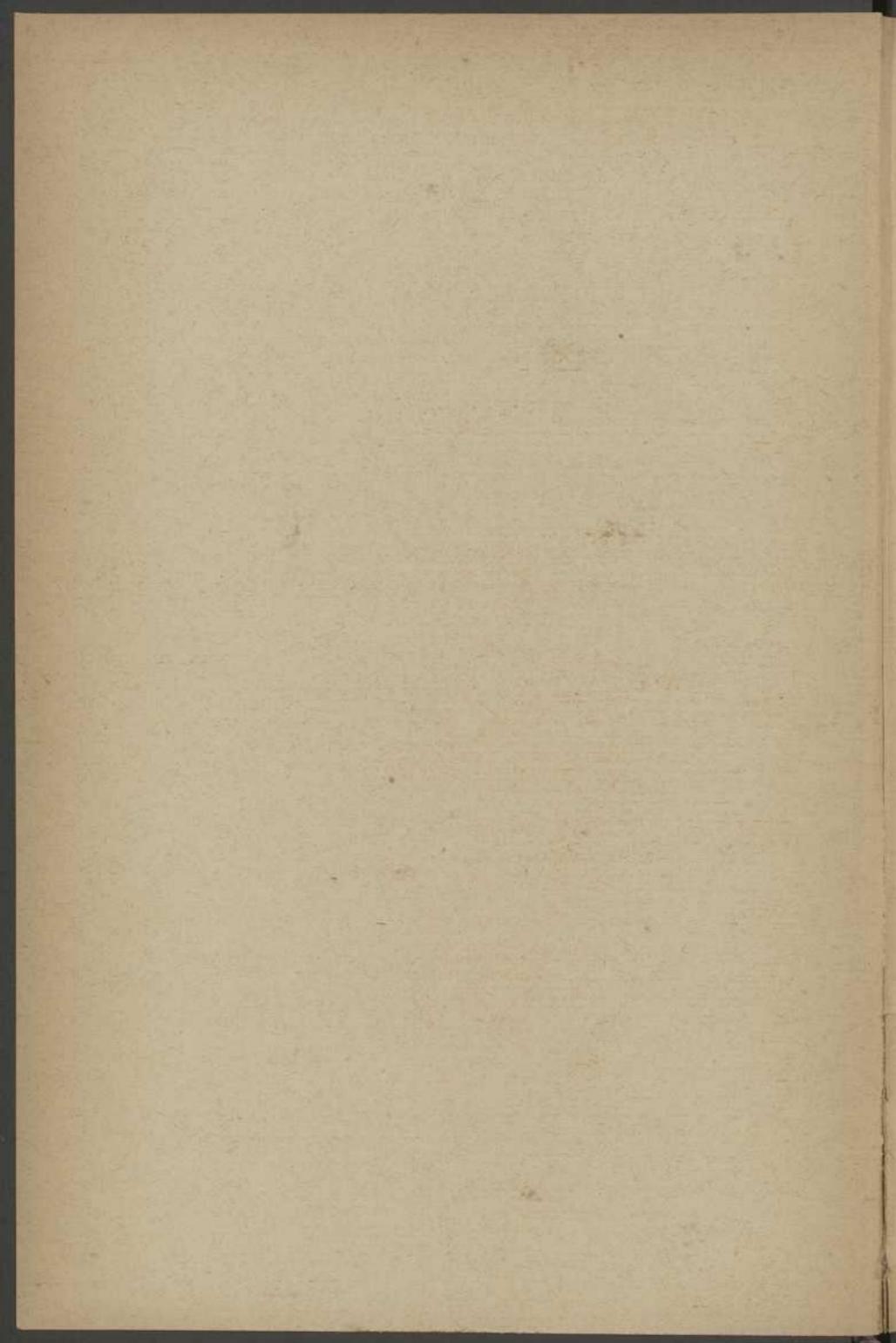
(2) Lib. X, *Moral.*, cap. XII.

(3) Jacob., I.

(4) *Ibidem.*

varias tentaciones. Esto es lo que habemos de hacer, esto lo que, con el favor divino, debemos procurar, para que no perdamos tan grandes riquezas y bienes como por medio de las tribulaciones podemos alcanzar. Á este blanco se endereza este mi trabajo, á este fin se escribe este tratado, para que sanemos con las medicinas amargas, y emendando nosotros nuestras culpas, el Señor parta mano de las penas con que nos azota y castiga. Comencemos en su santo nombre, y para que procedamos con más orden, ante todas cosas declaremos qué cosa es tribulación.

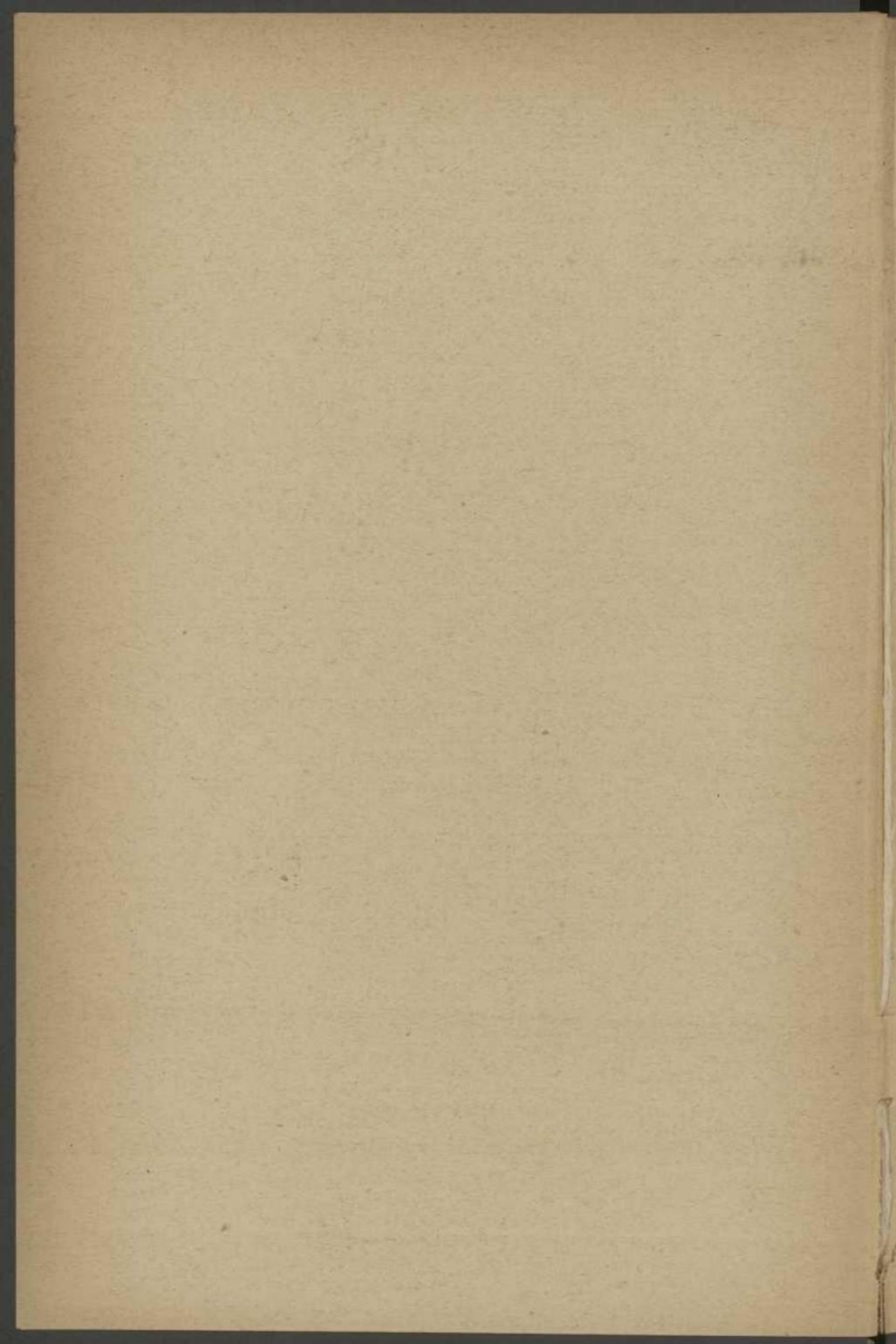




LIBRO PRIMERO

EN QUE SE TRATA DE LAS TRIBULACIONES PARTICULARES

Y DEL REMEDIO DELLAS





CAPÍTULO I

*Qué cosa es tribulación, y cómo se divide en temporal
y eterna*

CUALQUIERA de nuestros sentidos y potencias se deleita con su objeto propio y proporcionado, y se entristece cuando el objeto le es contrario y desconveniente. El ojo naturalmente se alegra con la vista de cosas lindas, y el oído con la música concertada, y el gusto con los manjares sabrosos, y el olfato con los olores suaves; y al revés, reciben pena estos sentidos cuando lo que se ve es triste, y lo que se gusta es desabrido, y lo que se oye y se huele es desagradable é insuave. Lo mismo podemos decir en los demás sentidos y potencias, interiores y exteriores; y aquella pena y aflicción que reciben, ó con el objeto contrario, ó con la falta y deseo de su propio y conveniente objeto, llamamos *tribulación*; y llámase así de *tribulo*, voz latina, que es una yerba aguda y espinosa, que en castellano llamamos abrojo, porque es, como él, espina y lástima. Otros derivan este nombre de *tribula*.

ción de tribula, que en latín es lo que nosotros llamamos trilla, instrumento bien conocido de los labradores, con la cual en la era se trillan y apuran las mieses. Porque, así como la miés se aprieta y quebranta con la trilla, y se despide la paja, y queda limpio y mondo el grano, así la tribulación, apretándonos y quebrantándonos, nos doma y humilla, y nos enseña á apartar la paja del grano y lo precioso de lo vil, y nos da luz para que conozcamos lo que va de cielo á tierra, y de Dios á todo lo que no lo es.

Supuesta esta declaración, se ha de notar que hay dos linajes de tribulación y pena con que los hijos de Adán son afligidos y fatigados después que nuestros primeros padres pecaron. El uno es temporal, que se acaba con esta vida, y el otro es eterno que durará mientras durare Dios. Por esto dijo el *Eclesiástico* (1) que el pecado es como espada de dos filos, y que es incurable su herida, porque obliga á pena temporal y á pena perdurable, y de suyo es incurable la herida que hace, porque ni con nuestras fuerzas ni con las de toda la naturaleza se puede curar, si Dios, por los merecimientos de la sangre de su precioso Hijo, no la sana. Y el mismo *Eclesiástico* (2), en el mismo capitulo, luégo más abajo, dice: «El camino de los pecadores es pedregoso, y el paradero dellos es infierno, tinieblas y penas.» Diciendo que el camino es pedregoso, da á entender el trabajo y pena con que caminan los malos, y añadiendo que el paradero es infierno, tinieblas y penas, declara que las tribulaciones y penas dellos no se rematan con su vida. Y el profeta Nahum dijo (3): «¿Por qué pensáis mal contra el Señor? Él dará fin á estas calamidades, y la tribulación no será doblada;» dando á entender que con la tribulación temporal y breve desta vida

(1) *Eccles.*, XXI.

(2) *Eccles.*, XXI.

(3) Nahum, I.

quedarían los hombres purgados, y que no se seguiría tras ella la eterna, ni se añadiría tribulación á tribulación. Y Job dice (1): «Dios te librerá en seis tribulaciones, que son todas las desta presente vida, y no te tocará la séptima tribulación, que es la eterna, ni vendrá mal sobre ti.» No es pues mi intención hablar ni tratar aquí de las penas y tribulaciones que padecen los pecadores en el infierno, porque éstas no tienen remedio, alivio ni consuelo, y son tantas y tan horribles y espantosas, que no se pueden con entendimiento humano comprender, y mucho menos con lengua explicar. Lo que pretendo es hablar de las congojas y fatigas de que está sembrada toda esta vida miserable, y de la fruta que en este valle de lágrimas y destierro nuestro cogemos, para que, pues necesariamente habemos de gustar y comer della, y esto no se puede excusar, de tal manera comamos, que no nos emezca su amargura, ni nos quede dentera de tan desabrido manjar, sino que lo desabrido se nos haga sabroso, y dulce lo amargo, y suave lo áspero, y fácil y llevadero lo dificultoso é insufrible.

(1) Job, V.





CAPÍTULO II

*La muchedumbre, variedad y terribilidad de las miserias
que pasa el hombre en esta vida*

HABLANDO pues de las tribulaciones y penas desta vida presente, ¿quién podrá contar el número, la variedad y terribilidad dellas? El Espíritu Santo dijo en el *Eclesiástico* estas palabras (1): Grande ocupación se crió en todos los hombres, y un yugo muy pesado tienen sobre sí todos los hijos de Adán desde el día que salieron del vientre de sus madres hasta el día que fueron sepultados y depositados en el regazo de la tierra, que es madre de todos. Los pensamientos dellos, y los temores de su corazón, las invenciones y los acaecimientos que no pensaban, y los días de sus acabamientos, desde los presidentes que están asentados en su trono, hasta el pobrecito que está postrado y tendido en el suelo y en la ceniza; desde el que anda cargado de joyas y de jacintos y trae corona en la

(1) *Eccles.*, XLIX.

cabeza, hasta el que va vestido de lino crudo y cubre sus carnes de cáñamo. ¿Quién podrá contar cuántos géneros de enfermedades combaten y afligen al hombre, cuán agudos son los dolores, cuán terribles los tormentos, cuán varias y cuán mal entendidas de los médicos son las dolencias que cada día se descubren de nuevo, cuán penosos son sus remedios, y muchas veces más tristes que las mismas dolencias? ¿Qué diré de la hambre y de la sed, y de los manjares amargos y desabridos? ¿Qué de los malos y pestilentes olores? ¿Qué de las palabras injuriosas y malas nuevas que oye? ¿Qué de lo que ve y no querría ver, no viendo lo que querría? ¿Qué de las pasiones turbulentas y olas tempestuosas que anegan el corazón? El amor ciego, el odio cruel, la alegría loca, la tristeza sin fundamento, el temor vano, las esperanzas engañosas, la ira furiosa, los antojos desvariados, los deseos insaciables y sin fin, los castillos en el aire, las trazas desbaratadas de subir y crecer, la memoria de lo que nos queríamos olvidar, y el olvido de lo que nos queríamos acordar. Y en los casados, las sospechas falsas, los celos y disgustos, la ansia de tener hijos si no los hay, y si los hay, el trabajo de criarlos, el temor de perderlos, el dolor cuando se pierden, si son buenos, y las continuas lágrimas, gemidos y sobresaltos cuando no lo son. ¿Cuántas mujeres en los partos compran con sus muertes las vidas que dan á sus hijos? ¿Cuántos millares de hombres se traga cada día la mar? ¿Cuántos consumen las guerras? ¿Cuántos las pestilencias, los rayos, los temblores de la tierra, las caídas de casas, las crecientes de los ríos, las picaduras y heridas de bestias ponzoñosas? Y aun sola la vista de algunas mata y acaba (1). Hombre ha habido que murió reventando serpientes por todas las partes del cuerpo. Y no solamente las bestias fieras y ponzoñosas le persiguen, sino las pequeñas y flacas asimismo le enojan, y

(1) Plinio lo escribe, *De Pherecide Strio*, lib. VII, cap. V.

hasta los mosquitos le desasosiegan y quitan el sueño y no le dejan reposar; de manera que parece que todas las cosas que crió Dios para servicio del hombre se conjuran contra el hombre, y son tanto para su daño como para su servicio. Y no se escapa desta miseria y calamidad el grande ni el pequeño, el rico ni el pobre; porque, como dice el Sabio, desde el que está sentado en la silla real y trae la corona en la cabeza, hasta el desnudo y desastrado, están sujetos á esta miseria. Y dado que todas ellas le fatiguen y persigan, lo peor de todo es, que el mismo hombre, que debería ser el amparo y remedio de otro hombre, le es verdugo y cuchillo, y le hace guerra más cruel que todas las otras criaturas. ¿Cuántos agravios, calumnias, robos, injurias, afrentas, heridas y muertes padecen cada día unos hombres de otros hombres? La tierra, la mar, los caminos, las plazas públicas están llenas de ladrones, de salteadores, de cosarios y de enemigos, y como si faltasen instrumentos para quitar al hombre la vida, se inventan con ingeniosa crueldad nuevos modos y nuevos instrumentos para acabarle, y para que, cuando el aire y el cielo le perdonaren, le persigan los compañeros de su misma naturaleza. Y ha llegado nuestra miseria á tanto extremo, que no solamente lo hacen los extraños y apartados, sino los muy deudos y conjuntos ponen las manos en su sangre, y el hermano quita la vida al hermano, la mujer al marido, el marido á la mujer, el padre al hijo, y el hijo al padre. Un filósofo, llamado Dicearco, dice Cicerón (1) que escribió un libro en que cuenta las causas de mortandades que hasta su tiempo había habido en el mundo; y después de haber declarado la infinidad de gentes que habian perecido de hambre, de pestilencia, de avenidas de ríos, de tormentas de la mar, de diluvios, de incendios, de concurso de bestias fieras que asolaron y destruyeron pueblos y provincias enteras, y otros acaecimientos semejantes, con-

(1) Lib. II, *Officiorum*.

cluye que mucho mayor número de hombres ha muerto por mano é industria de otros hombres, que por todas las otras calamidades juntas que ha habido en el mundo. Y no es maravilla que sea verdad lo que dijo este filósofo, pues de Julio César, que fué alabado de muy clemente y piadoso, se escribe (1) que en las batallas que dió murieron más de un millón y cien mil hombres. ¿Qué hiciera si fuera cruel el que vertió tanta sangre siendo piadoso? Por esto se dice en un proverbio latino: *Homo homini lupus*; que el hombre es al hombre lo que á la oveja es el lobo. Y por la misma causa dijo Cristo, nuestro redentor, á sus sagrados discípulos (2) que los enviaba como ovejas entre lobos. Y á Ezequiel, profeta, dijo Dios (3) que moraba con escorpiones. Y Job dice (4) que era hermano de los dragones. San Juan Crisóstomo prueba muy á la larga que el corazón humano, sin la gracia divina, es la más brava, cruel y ponzoñosa fiera que hay en el mundo, y que todos los apetitos de todas las bestias se encierran en él. Y así parece que lo da á entender el Espíritu Santo cuando, hablando de la perversa y mala mujer, dice (5) que es mejor morar con el león y con el dragón que con ella. Y Séneca dijo (6): «Cada día viene al hombre peligro de otro hombre, contra el cual se ha de armar y estar atento, porque no hay mal ninguno más ordinario ni más pertinaz ni más blando.» La tempestad da señales antes que se levante, los edificios estallan antes que caigan, el humo va delante del incendio; pero el mal que nos viene del hombre viene de repente y nos toma descuidados, y tanto más se encubre cuanto está más cerca. Engañaste, te dice, si crees al semblante de los que te topan y te saludan, los cuales tienen la figura de hombres y el corazón de fieras.

(1) Plin., lib. VII, cap. XXV.

(2) Matth., X.

(3) Ezech., II.

(4) Job, XXX.

(5) *Eccles.*, XXV.

(6) *Epist.* CIII.

No se acaban aquí nuestros daños, sino que los demonios nos persiguen y afligen, como lo vemos en el demonio que afligió al santo Job (1), y en el que mató á los siete maridos de Sara (2), hija de Raquel, y en otros ejemplos. Y aun los santos ángeles son ministros de Dios y ejecutores de su justicia contra nosotros, como lo hicieron en Sodoma (3) y en las otras ciudades que se quemaron con el fuego del cielo, para castigar con él el de la concupiscencia infernal, que tanto en ellos ardía, y en el ángel que mató en una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres del ejército del rey Senacherib (4), y en el que vió el rey David (5) sobre Jerusalén con la espada bañada en sangre, haciendo grande riza en el pueblo y llevándole á cuchillo; y en las plazas de Egipto (6) y en otras vemos lo mismo; y lo que es más, el mismo Dios se arma contra nosotros, y el Hacedor hace guerra á su hechura, como lo dijo Job (7) en aquellas palabras: *Cur faciem tuam abscondis, et arbitraris me inimicum tuum?* ¿Por qué, Señor, escondéis vuestro rostro y me tratáis como enemigo? Y el hombre es el mayor enemigo de sí mismo y el que más cruel guerra se hace, y se carga de balde de cuidados impertinentes y de cargas insufribles, y así lo dijo el mismo Job (8): *Quare me posuisti contrarium tibi, et factus sum mihi inimicus gravis?* Señor, vos me habéis hecho vuestro contrario, y por esto soy odioso y pesado á mí mismo. Y es esto de manera, que algunos, de aborridos, se matan, pensando que con la muerte acabarían las miserias y molestias de la vida, para que no nos espantemos que los otros, por más conjuntos y allegados en sangre que sean, no perdo-

(1) Job, II.

(2) Tob., VI y VII.

(3) Gen., XIX.

(4) IV, Reg., XIX.

(5) I, Reg., XXIV.

(6) Exod., XII y XIII.

(7) Job, XIII.

(8) Job, VII.

nen al hombre, pues él no perdona á sí mismo. Pues si el cielo, la tierra, y la mar, y el aire, y el fuego, y todos los elementos se arman contra el hombre; si todas las criaturas se conjuran y apellidan contra él; si el ángel malo y el ángel bueno son ministros de Dios para afligirle, y el mismo Dios se le muestra contrario, y el hombre es verdugo de otro hombre, y muchas veces de sí mismo, ¿cuántas y cuán graves serán las tribulaciones y penas que necesariamente ha de padecer, pues son tantos y tan poderosos los que se las procuran, y él tan flaco y miserable para poderlas resistir?





CAPÍTULO III

Que Dios es autor de la tribulación del hombre, y para affigirle se sirve de las criaturas

ESTANDO, pues, cercados por todas partes de penas, y no habiendo en el mundo ningún hijo de Adán que se pueda escapar dellas, bien es que veamos qué consuelo y alivio podremos tener cuando la corriente y avenida de las tribulaciones viniere sobre nosotros. Para esto se ha de considerar atentamente, primero, de dónde nos viene la tribulación, y quién es el autor y la causa della; porque, sabiendo por qué mano nos viene, por ventura será más fácil el remedio.

Dios nuestro Señor es la primera y universal causa de todas las cosas; de manera que así como todas ellas reciben el sér de Dios, y sin él no tendrían ningún sér, así este mismo sér, después que le recibieron, está dependiente y colgado de la voluntad del mismo Dios que se le dió, como el rayo del sol del mismo sol, y de la fuente el agua que corre della. Y como no habría rayo de luz si el

sol no alumbrase, ni agua si la fuente se secase, tampoco tendría criatura alguna sér si el Señor apartase la mano de su conservación.

Lo que decimos del sér se ha de entender de la misma manera del obrar de las criaturas; porque, así como ninguna criatura se conservaría si Dios no le estuviese siempre dando el sér, así no obraría si Dios no estuviese siempre obrando con ella y dándole fuerza para obrar; porque de tal suerte están las causas segundas ordenadas y trabadas entre sí, y tal proporción y subordinación tienen con la primera causa, que ninguna dellas puede moverse para nada, ni obrar sino en virtud de la primera, la cual mueve á las demás y les da eficacia para obrar, y obra en ellas y con ellas, con tan maravillosa eficacia y perfección, que todos los efectos de las segundas causas son más propios de la primera que no suyos. De manera que cuando el sol nos alumbra y el fuego nos calienta y el mantenimiento nos sustenta, aunque propia y verdaderamente se atribuyen estos efectos á sus causas particulares, pero más propiamente se puede decir que Dios es el que nos alumbra, calienta y sustenta, que estas criaturas, que lo hacen por su virtud. Porque, así como el sér, y la vida, y el movimiento, y operación del cuerpo humano, depende en todo y por todo del ánima que está en él, sin la cual deja de ser cuerpo de hombre, y no tiene vida ni se puede mover ni obrar, así habemos de entender que la vida y como el alma de todas las criaturas es Dios nuestro Señor, sin el cual no son nada y no se pueden mover ni causar efecto alguno, y que más propiamente se han de atribuir á Dios, como á primera y principalísima causa de todas las causas, los efectos dellas, que no á las mismas causas segundas. No solamente porque la virtud que tienen para moverse y obrar no la tienen de sí, sino de Dios, sino porque no se moverían ni obrarían si el mismo Señor no las moviese y obrase con ellas y las tomase por instrumento para hacer lo que él es servido. Y pues no decimos que el pincel pin-

tó la imagen que vemos, sino el pintor, aunque para pintar se sirvió del pincel, ni que la pluma escribió la carta que leemos, sino el escribano con la pluma; tampoco habemos de atribuir á las criaturas los efectos que hacen, como á causas primeras y principales, sino como á segundas causas é instrumentos de la primera y soberana causa, que es la divina voluntad. Y ésta es una admirable, dulce y provechosa consideración para ver á Dios en todas sus criaturas, y andar siempre en su presencia como sumidos y anegados en sus beneficios, y tomar como de su mano todos los sucesos y varios acaecimientos, prósperos y adversos, que vemos cada día en el mundo.

Desta verdad así declarada se sigue otra de no menos consuelo: que Dios es el autor y causa primera y principal de todas las tribulaciones y penas que padecemos; el cual, para corregir y purgar y perficionar á los hombres, se sirve de todas sus criaturas, aun de las mínimas y más despreciadas y viles, y todas ellas le sirven como los buenos y leales soldados á su rey; porque Dios nuestro Señor ha de dar una batalla y pelear con el hombre el día del juicio universal, cuando armará, como dice la Escritura (1), á todas las criaturas contra los insensatos y pecadores, y ellas pelearán contra ellos; pero entre tanto que viene aquel día, hay varios reencuentros y escaramuzas en el mundo, como se usa en la guerra; y la hambre, la pestilencia, la misma guerra, los temblores de la tierra, los vientos, las tempestades de la mar, los rayos y otros infortunios escaramuzan contra el hombre, y si el Señor no les tuviese la rienda, le arruinarían; pero vales á la mano con su clemencia para que le azoten y no le acaben, y sea ésta una como escaramuza, y no batalla formada, como escribe san Clemente, papa (2), haberlo oído decir al principe de los apóstoles, san Pedro, su maestro. Y no há Dios me-

(1) *Sapient.*, V.

(2) *Lib. V, Recognit.*

nester á las criaturas para afligirnos y castigarnos, porque basta volvernos Él las espaldas para que nosotros nos volvámos en nuestra nada; pero quiere servirse dellas para mostrarse Señor de todas, y algunas veces toma las más flacas y más viles sabandijas que Él crió, para nuestra cruz y tormento, para que se vea que Él es sólo el Señor de todo y todopoderoso, pues con alguaciles y ministros de justicia tan pequeños y tan flacos hace castigos tan terribles.

¿Cuántos, no digo hombres pobres, sino reyes y monarcas del mundo, han sido comidos de piojos y roídos de gusanos, siendo pasto en vida de los que en muerte todos lo somos, y enseñándonos cuán flaca y de poca estima es toda aquella soberanía y majestad que admiramos y adoramos en los hombres, pues cosa tan soez y asquerosa la pudo consumir y acabar? Las moscas y los cínifes (1), que es un linaje fastidioso de mosca pequeña y canina, y las ranas, afligieron á los gitanos (2). De los crabrones, que son tábanos, ó, como los llama el libro de la *Sabiduría* (3), avispas, se sirvió Dios para espantar y afligir á los habitantes de la tierra de Canán antes que la sujetase á su pueblo (4). Los ratones fueron los verdugos y ejecutores de su justicia contra los filisteos (5) después que tomaron el arca, y despedazaron y comieron á un arzobispo de Maguncia llamado Hato (6), porque había sido cruel con los pobres, y á un rey de Polonia, llamado Popiel, porque había muerto con ponzoña á dos tíos suyos que le iban á la mano, de cuyos cuerpos bulleron tantos ratones, que, sin poderlo resistir, royeron y acabaron al Rey y á su mujer, que ha-

(1) *Exod.*, VIII.

(2) *Deut.*, VII.

(3) *Sapient.*, XII.

(4) I, *Reg.*, XV.

(5) I, *Reg.*, V.

(6) Mariano Seo., *Mar. in chron. Genebrar. in chron. ann. 970. Historia prodigiosa*, 1.^a p., cap. III.

bia sido consorte en el delito. Las langostas cada día talan los campos, y roen y consumen los frutos dellos, y los trabajos y haciendas de los labradores. Los conejos arruinaron una ciudad de España, y en Macedonia los topos, y en Francia las ranas, y en África las langostas han hecho lo mismo, y en otras provincias otras sabandijas han causado daños notables (1). Estando la ciudad llamada Nisipis cercada de Sapore, rey de Persia, el obispo della, que se llamaba Jacobo, suplicó á nuestro Señor que la defendiese, y Dios envió un ejército innumerable de mosquitos, que entrándose desapoderadamente por las narices de los caballos y por las trompas de los elefantes de los enemigos, les hacían dar brincos y saltos, con tanta furia y espanto de los que estaban encima, que no siendo parte para los detener y sosegar, se desbarató todo el ejército y se alzó el cerco, y la ciudad quedó libre (2). Y de semejantes ejemplos hay muchos en las historias y vidas de los santos, por los cuales se ve que Dios es el sumo Emperador y Monarca del universo, y que todas las criaturas son sus soldados, y que muchas veces se sirve de los más viles para manifestar más su poder y para castigar y afligir por su medio á los hombres con las tribulaciones que él les envía.

(1) Plin., VIII, cap. XXIX.

(2) Teod., *Hist. eccles.*, lib. II, cap. XXV.



CAPÍTULO IV

*Qué diferentemente es Dios causa de la tribulación cuando
hay en ella pecado y cuando no lo hay*

PERO hase de advertir que de dos maneras diferentes concurre Dios nuestro Señor con las criaturas para atribular y afligir al hombre; porque algunas veces no hay pecado en el que causa la tribulación, y otras sí; y aunque Dios en todas concurre con lo que da pena y aflige, pero muy diferentemente en la una manera y en la otra. Cuando por estar turbada la mar se hunde el navío, cuando un diluvio de agua arrebatá y anega á los hombres, cuando por la pestilencia queda yerma la tierra y se despueblan las ciudades, cuando un incendio que se levanta por un rayo del cielo abrasa la casa y hacienda, claro está que en estos y en otros daños semejantes no hay pecado, ni le puede haber en las criaturas que los obran, así porque ellas no son capaces de pecado, como porque siguen en lo que hacen el orden de su naturaleza, ó por mejor decir,

el orden de Dios, que les dió y conserva la tal naturaleza; el cual concurre libremente con su sabiduría y providencia con ellas, y les da fuerza para hacer aquellos efectos que hacen, y el mismo Señor los hace más principalmente que no ellas, y por eso se atribuyen los tales efectos más propiamente á Dios que no á las criaturas, pues todo el sér y operación dellas depende de Él, como queda declarado.

Otras veces puede haber pecado en el que es causa de la tribulación, como cuando uno contra razón y justicia persigue á su prójimo ó le acusa y calumnia falsamente, ó le quita la hacienda ó la vida contra la ley de Dios; cierto es que de aquel daño que le hace, y de aquella tribulación y pena que el otro recibe, no es autor el Señor, en cuanto es pecado y transgresión de su ley; porque, así como repugna á la naturaleza del fuego enfriar, y á la del agua calentar, y á la del sol oscurecer, así é infinitamente más repugna á la bondad infinita de Dios amar la maldad. Dios nuestro Señor, dice san Pablo (1) que es fidelísimo y que no puede negarse á sí mismo, y negaríase si quebrantase la orden de su justicia é hiciese cosa contraria á su naturaleza y bondad, y fuese autor del pecado; y si lo fuese, ya no sería pecado, ni él lo castigaría con pena del infierno; y pues lo castiga, señal es que no le agrada lo que castiga tan ásperamente. Y así dijo el profeta Abacuc (2), hablando con Dios: «Señor, vuestros ojos son limpios para no ver el mal, y no podéis mirar las perversidades de los hombres.» Quiere decir, no podéis ver, y viendo, aprobar y tener por buenas sus maldades. Como decimos, no le puede ver cuando queremos dar á entender el aborrecimiento que uno tiene á otro. Y en otro lugar se dice que el Altísimo aborrece á los pecadores, y da á los impíos el pago y castigo de su impiedad. El real profeta David di-

(1) II. *Tim.*, II.

(2) *Abac.*, I.

jo (1): «Por la mañana asistiré en vuestro templo, y conoceré que vos no sois Dios que quiere maldad»; y en otro lugar (2): «Amastes la justicia y aborrecistes la maldad»; y su hijo Salomón (3): «Dios abomina el camino del impío, y ama al que sigue la justicia»; y en otro cabo (4): «De una misma manera Dios aborrece al malo y á su maldad.» Y en el *Eclesiástico* se dice (5): «Nunca mandó Dios á nadie que obrase mal, porque no quiere muchedumbre de hijos desleales y desaprovechados.» Y toda la Sagrada Escritura está llena desta verdad, y de cuán aborrecible es á Dios el pecador y el pecado. Mas porque Dios crió al hombre libre y le dejó en mano de su consejo (6), y como dice altamente el gran Dionisio Areopagita, discípulo de san Pablo (7), toca á su providencia conservar las naturalezas que Él mismo crió, de tal manera concurre con cada una dellas, como conviene á la naturaleza que Él les dió. Y así, concurre con el hombre, que es libre, dejándole obrar libremente y caer en pecados por su voluntad. No porque le agraden los pecados, que esto es imposible, como habemos dicho, sino porque no pierda el hombre su libertad, y se descomponga y desordene la naturaleza libre y señora de sí con que fué criado. Clemente Alejandrino dice (8) que una de las mayores y más admirables obras del Señor es conservar la naturaleza del hombre en su libertad.

Pero hase de notar que en el pecado que hace el hombre concurren dos cosas: la una, el movimiento y acto natural, que es como el fundamento de aquella obra, y la otra, la desorden con que ella se hace. De la primera es

(1) Salmo V.

(2) Salmo XLIV.

(3) *Prov.*, V.

(4) *Sapient.*, XIV.

(5) *Ecles.*, XV.

(6) *De divinis nom.*, cap. IV, *in fine*.

(7) *Ecles.*, XV.

(8) Lib. I, *Pedag.*, cap. XI.

* autor Dios, y de la segunda el hombre. Pongamos por caso que un hombre riñe con otro y le mata; para matarle tuvo necesidad de echar mano á la espada, de levantar y menear el brazo, de tirar el golpe y hacer otros movimientos naturales, que se pueden considerar por sí, sin la desorden de la voluntad del hombre, que los hizo para matar á otro. De todos estos movimientos, en sí considerados, es causa Dios nuestro Señor, y Él los hace, como hace los otros efectos que dijimos de las criaturas irracionales. Porque, así como ellas no se pueden menear ni obrar sin Dios, á la manera que declaramos en el capítulo pasado, así tampoco sin Él no pudiera el tal hombre menear el brazo ni echar mano á la espada. Y por esto dijo san Pablo (1): *In ipso vivimus, movemur et sumus*; que en Dios vivimos, nos movemos y somos. Y demás desto, aquellos actos naturales de sí no son malos, porque si el hombre usase dellos para su necesaria defensa ó en guerra justa, ó como ministro de justicia, y matase á otro, no tendría culpa. Pero de la desorden y deformidad que interviene en este hecho y muerte injusta del hombre, no es causa Dios, aunque la permite; y permítela por dejar al hombre en la libertad con que le crió, y por sacar della mayores bienes. Porque esta verdad habemos de creer y tenerla muy asentada en nuestros pueblos (2): que el Señor no permitiría males en el mundo si no fuese para sacar dellos otros mayores y más importantes bienes, que son los mismos males que permite; porque, así como en el fuego que hacemos se quema y consume la leña, y pierde su sér y forma de leña, lo cual en sí es malo; pero deste mal se sigue el alumbrarse el hombre, el cocerse la vianda, el purificarse el aire, y otros buenos efectos que hace el fuego; y éstos son mayores bienes que fué el mal del gastarse y corromperse la leña; así Dios nuestro Señor

(1) *Act.*, XVII.

(2) *August.*, *In Ench.*, capitulos XI y XXVII.

permite el mal de la culpa para descubrir por él los tesoros y riquezas de su gloria, como adelante se dirá.

Volviendo pues á nuestro propósito, de todos los males de pena es nuestro Señor causa y autor, y no lo es ni lo puede ser de ningún mal de culpa. La una y la otra verdad nos enseña el Espíritu Santo; esta segunda, que no es autor de la culpa, en los lugares que arriba referimos de la Escritura y en otros muchos; y la primera, que lo sea de la pena, lo declara Moisés cuando en persona de Dios dijo aquellas palabras contra los pecadores (1): «Yo juntaré contra ellos males, y tiraré contra ellos mis saetas hasta que no quede ninguna.»

Acabado el templo que labró Salomón, le apareció Dios la segunda vez y le dijo (2) que si seguía las pisadas del rey David, su padre, y guardaba todos sus mandamientos, pondría los ojos sobre él y establecería y perpetuaría en él y en sus sucesores el reino; y si no, que los destruiría y asolaría, y los haría fábula y risa del mundo. Y en el *Deuteronomio* se ven otras amenazas más terribles y espantosas acerca desto. Salomón dice (3): «Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza viene de Dios.» Isaías en persona de Dios dice (4): «Yo soy el Señor, y no hay otro que lo sea; yo soy el que crió la luz y las tinieblas, el que hago la paz y crió el mal; yo soy el Señor, que hago todas estas cosas.» Y en otro lugar (5): «¿Quién ha entregado á Israel á sus enemigos para que le despojasen? ¿No es Dios, contra el cual pecaron y no quisieron guardar sus mandamientos?» Y por Jeremías (6) dice Dios, hablando del pueblo de los judíos: «Yo lloveré sobre ellos tales males, que no puedan salir dellos; cla-

(1) *Deut.*, XXXII.

(2) III, *Reg.*, IX.

(3) *Eccles.*, XI.

(4) *Isai.*, XLV.

(5) *Isai.*, XLI.

(6) *Jerem.*, XI.

marán y darán voces á mí, y no los oiré; irán las ciudades de Judá y los vecinos de Jerusalén, y llamarán á los dioses á quien sacrifican, pero ellos no los librarán de sus congojas y aflicciones.» Y por el profeta Amos dice (1): «¿Habrà por ventura algùn mal en la ciudad que yo no le haya causado?» Y como éstos hay otros muchos lugares en las divinas letras, en que se ve que Dios nuestro Señor es el autor y causa del mal de la pena, pero no lo es así de la culpa, como queda dicho.

(1) Amos, III.





CAPÍTULO V

Por qué causas envía Dios las tribulaciones

SIENDO nuestro Señor tan dulce y piadoso padre para con nosotros como es, y habiendo muerto en una cruz por darnos vida, parece cosa digna de admiración que aflija y atribule á sus hijos con tantas y tan varias y extrañas maneras de penas como vemos cada día en el mundo. Pues de lo que acabamos de decir se saca que Él es el autor de todas nuestras penas, y que sin Él no sería parte para fatigarnos ninguna de sus criaturas. Pues si nos consta que Dios es padre, y padre amorosísimo y suavísimo, y que nos azota y castiga ásperamente, bien será que rastreemos é inquiramos las causas por que nos trata desta manera. Si nuestros primeros padres no pecaran, no tuviéramos tropiezos ni dificultades en esta nuestra jornada; todo el camino nos fuera llano, derecho y apacible, sin cansancio, sin torcimientos ni desvíos. No tuviéramos necesidad de medicina, porque no hubiera enfermedad que curar. Pero como todos caímos en nuestros padres y

quedamos lisiados y dolientes, no se pudo curar tan grande y universal dolencia sino con purgas amargas y desabridas. Y por esto dijo el santo rey David (1): «Yo pequé antes que fuese humillado y afligido.» Y en el libro de la *Sabiduría* se dice (2): «Dios no hizo la muerte ni se alegra de la perdición de los vivos, porque Él crió é hizo todas las cosas; mas los impios con sus propias manos y con sus palabras se la buscaron.» Y así, propiamente hablando, el pecado es la original causa y manantial de todos nuestros males y penas. Porque, como dice el Apóstol (3), por el pecado entró la muerte, y se extendió y comprendió á todos los hombres. Pero, supuesto el pecado, fué necesario que hubiese justicia y castigo y horca para el ladrón, y que con el orden de la justicia se ordenase y reparase el desorden de la culpa, como vemos que se hace en las cosas humanas. Porque así como cuando un hombre mata á otro hombre se descompone y desordena, y para concertar y componer aquel desorden la justicia lo mata á él, así con la pena, que es orden admirable de la divina justicia, ordena Dios y concierta el desorden del pecado, el cual si faltara, no hubiera necesidad de pena y castigo.

Las purgas amargas que tomamos en nuestras enfermedades turban el estómago y nos debilitan; pero así evacúan los humores desordenados y malignos, y limpian y sosiegan el cuerpo; y si no hubiese desorden y desproporción de humores, no habría necesidad de componerlos con otro desorden y turbación. Por esto dijo el glorioso san Agustín (4): «Entienda el hombre que Dios es médico, y que la tribulación es medicina para sanarle, y no pena para condenarle.» Cuando te curan, te queman y cortan, y

(1) Salmo CXVIII.

(2) *Sapient.*, XI.

(3) *Rom.*, V.

(4) *Aug., in psalm.* XXI.

tú das voces; mas el médico no condesciende con tu voluntad, por darte entera salud.

Todos los que en esta vida han sido afligidos, exceptuando al Hijo de Dios, que no pudo tener pecado, y á su benditísima Madre, que por especial gracia no le tuvo, antes que fuesen afligidos tuvieron la culpa por lo menos del pecado original, y los miró Dios en algún tiempo como á enemigos y rebeldes y hijos de traidor, y como á tales los pudo castigar justamente. Y demás del pecado original, que es la raíz y fuente de todos los otros pecados, añadimos los hombres otros infinitos actuales en el discurso de nuestra vida, los cuales cura Dios, como médico sapientísimo, con penas y adversidades, como con medicinas contrarias, y por ellas nos azota y castiga como padre amorosísimo. Y por esto dijo (1): «Yo soy el Señor Dios tuyo, fuerte y celoso, que visito y castigo misericordiosamente, para que se enmienden los pecados que pasan de padres en hijos por imitación hasta la cuarta generación.» Y el glorioso evangelista san Juan en persona de Dios dice (2): «Á los que amo yo, los reprendo y castigo.» Y el apóstol san Pablo dice (3): «Al que Dios ama castigale, y azota al que recibe y tiene por hijo.» Y es esto de manera, que concluye el mismo apóstol en aquel lugar que el que no es castigado y disciplinado no se debe tener por hijo de Dios, sino por ilegítimo y hijo de otro padre. «¿Qué hijo hay, dice él, que no sea castigado de su padre? Porque, si carecéis deste castigo, por el cual han pasado todos los hijos de Dios, siguese que sois hijos de otro padre, y no de Dios.» Y conforme á esto dice san Agustín: «Si no estás en el número de los atribulados, no estás en el número de los hijos.» Y Salomón dice en los *Proverbios* (4): «Hijo mío, no deseches la disciplina y castigo del Señor,

(1) *Exod.*, XX.

(2) *Apoc.*, III.

(3) *Hebr.*, XIII.

(4) *Proverb.*, III.

porque él castiga á los que ama, y huelga con ellos como padre con sus hijos.»

Cuando vemos que algunos mochachos están jugando y travesando, y que llega un hombre y ase de las orejas á uno dellos y le castiga, luégo entendemos que aquel es su padre, y que no lo es de los otros que deja sin castigo. Lo mismo habemos de entender de nuestro grande y benignísimo Padre, el cual á los que tiene por hijos los azota y castiga, y deja sin castigo á los que no tiene por tales.

Esta es tan cierta verdad, que cuando Dios quiere dar á entender que está muy enojado contra alguno, dice que no le castigará. Y así dice por el profeta Ezequiel (1): «Yo dejaré el celo que tengo de ti, y alzaré la mano y no me enojaré más, porque me has provocado á esto con todas estas maldades.» Y por Oseas (2): «Yo no visitaré ni castigaré á vuestros hijos cuando hubieren fornicado.» Y David dice (3): «El pecador, añadiendo pecados á pecados, ha provocado de tal manera la ira de Dios, que, según el mucho enojo que tiene, no buscará sus pecados para castigarlos.» Y al revés, la misma Sagrada Escritura nos enseña que es señal de amor maternal el azote y castigo de Dios en esta vida, como lo dice el real profeta David, el cual, contando en el salmo LXXXVIII las mercedes que Dios le prometió, y lo que había de hacer con sus hijos por muy gran favor, dice: «Visitaré con mi vara y castigo sus maldades, pero no apartaré dellos mi misericordia;» y en aquellas palabras (4): «Señor, vos fuistes propicio y clemente para con ellos, y por esto castigastes todas sus invenciones y maldades.» Y el profeta Amos (5), hablando con su pueblo en persona de Dios, «Á vosotros, dice, solos conozco y tengo por amigos entre todas las congregacio-

(1) Ezech., XVI.

(2) Osea., IV.

(3) Psalm. IX.

(4) Psalm. XCVIII.

(5) Amos, III.

nes de la tierra; por tanto yo os visitaré y castigaré vuestras maldades.» Porque como se escribe en el libro de los *Macabeos* (1), señal es é indicio de la merced grande que hace Dios á los pecadores, cuando no los deja correr sin freno y que les suceden las cosas á su voluntad, sino que luégo los castiga; de suerte que en haciendo la culpa, luégo la paguen con la pena.

Pero, aunque muchas veces la pena es medicina que cura la culpa en que caímos, otras es medicina que nos preserva para que no caigamos; que por esto dijo el Apóstol (2) que el Señor le había dado el estímulo de la carne; que algunos doctores le interpretan, como suena, por las tentaciones del apetito sensual, y otros por enfermedad, y otros por la contradición y molestia que le hacían los enemigos del Evangelio, para que con la grandeza y excelencia de las revelaciones de Dios no se desvaneciese, y para preservarle permitía que fuese atribulado y abofeteado de algún adversario y perseguidor.

Suele, otrosí, nuestro Señor enviar trabajos para acrecentar los merecimientos de las personas á quien los envía, y enriquecer su iglesia de maravillosos ejemplos, que dejen con su paciencia y santidad, como lo vemos en Job y en Tobías, á quien dijo el ángel san Rafael: «Porque agradabas á Dios fué necesario que la tentación te probase.» Malaquías, hablando de los justos, dice (3): *Colabit eos et purgabit quasi argentum*; colarlos ha y purgarlos ha como se purga la plata. Porque la plata para purificarse y afinarse pasa por muchos y grandes como martirios; y son tantos los coladeros y pruebas que se hacen en ella, ahora con el fuego fundiéndola, ahora con el fuego y con el azogue, que es cosa de maravilla. Pero todo es menester para que ella sea plata acendrada y de aquella que dice Da-

(1) II, *Mac.*, VI.

(2) II, *Corint.*, XII.

(3) *Malac.*, III.



vid (1): *Argentum purgatum terræ purgatum septuplum.*
Que es: «Plata refinada y purificada de toda escoria de la tierra, y siete veces purgada.»

Asimismo envía semejantes aflicciones para manifestar más, librándonos dellas, su misericordia y bondad, como se ve en el ciego de su nacimiento; porque, preguntándole los apóstoles (2) á Cristo, nuestro redentor, por cuyo pecado aquel hombre había nacido ciego, ó por el suyo propio ó por el de sus padres, entendiendo que había de ser necesariamente la causa de aquella enfermedad el uno ó el otro, y que Dios no daba pena donde no había culpa, respondió el Señor que no había sido causa de aquella ceguera pecado de los padres ni del hijo, sino que Dios se la había dado para su gloria, la cual, alumbrando al ciego, había de resplandecer y conocerse más.

(1) Psalm. CXVIII.

(2) Joan., IX.





CAPÍTULO VI

Los efectos que hace la tribulación en los buenos

Visto hemos cómo Dios causa la tribulación que es pena, y permite la que es culpa, y asimismo por qué causas nos envía trabajos y fatigas. Síguese que tratemos de los efectos que hace la tribulación.

Para declarar esto se ha de presuponer que la tribulación en cierta manera es mala, en cuanto es privación de algún bien, como la pobreza es privación de riquezas, la enfermedad de salud, la afrenta de honra, la muerte de vida. Y como comunmente los hombres llamamos bienes á estas cosas de que nos priva la tribulación, y como á tales naturalmente los apetecemos, así naturalmente aborrecemos la tribulación que nos priva dellos. Por esta parte no puede ser buena en sí la tribulación, y mucho menos por parte del pecado, que es la fuente de donde ella manó; pues, como dijimos, si no hubiera pecado, tampoco hubiera tribulación en el mundo. Pues si la tribulación de suyo es penosa y aborrecible en su principio y raíz, vea-

mos cómo puede ser deseable y provechosa. Esto no puede ser sino por la gracia del Señor, que saca bien del mal, y miel dulce y óleo suavísimo de la piedra dura de la tribulación, y consuela y da alivio en ella cuando cae en buena tierra, que son los corazones de aquellos que la reciben y abrazan, como enviada de la mano de Dios, y llevan fruto, como dice Cristo nuestro redentor, con paciencia (1). Á estos tales es buena la tribulación y los enriquece de merecimientos admirables.

Y puesto caso que en el mismo tiempo que el Señor los azota, pocos gustan de la amargura desta mirra saludable; pero después que pasó el trabajo y se goza ya del fruto dél, muchos conocen la merced que Dios les hacía cuando así los ejercitaba y afligía. Á la manera que pasa en los muchachos cuando los azotan sus padres ó maestros, que aborrecen y huyen del castigo, porque no saben la virtud que tienen aquellos azotes; mas cuando ya son mayores, y ven que por ellos se libraron de los lazos y peligros de la mocedad, en que cayeron otros que corrían sin este freno y disciplina, entonces conocen cuánto más les valió aquel rigor que les valiera el regalo que deseaban, y alaban á Dios que les dió tales padres y maestros. Así nosotros mientras que en esta vida somos pequeñuelos y niños aborrecemos y huímos de nuestro bien, y no arrostramos ni queremos tomar la purga saludable de la tribulación que el Señor nos ordena, porque nos parece amarga y desabrida; pero en creciendo, en dejando de ser niños y comenzando á ser varones, que es en la otra vida; leyendo en el libro de la divina Providencia el discurso que tuvimos en ésta, entonces claramente entendemos cuán grande misericordia y benignidad fué la del Señor en llevarnos por camino áspero y espinoso, y decimos, con el Profeta (2): «Pasado hemos por fuego y por agua, y sacado

(1) Lucas, VIII.

(2) Psalm. XV.

nos habéis, Señor, á lugar de descanso y refrigerio.»

Verdad es que también en esta vida se conocen algunos de los provechos de la tribulación, pero pocos son los que los conocen mientras que ella dura, aunque después de pasada todos se huelgan de hablar della; porque, como dice el apóstol san Pablo (1): «Todo el castigo que se nos da nos parece amargo, y no dulce, mientras que él dura; pero después de pasado da fruto de consuelo y de justicia á los que han sido probados y castigados.» Y como dijo el romano orador: «Es gusto acordarse de los trabajos pasados.» Y el que en el tiempo que Dios le azota y aflige conoce la merced que le hace, y que aquel castigo es de padre, y no de enemigo, tiene grandes prendas suyas y un precioso é inestimable tesoro. Y este mismo conocimiento es grande ayuda para llevar la pena con alivio y consuelo.

Innumerables son los provechos que se pueden sacar de la tribulación, y dellos hay muchos libros escritos; pero yo solamente quiero tratar de tres principales, en los cuales se comprenden casi todos los demás, y declarar cómo purga y alumbra y perfecciona el ánimo del que está congojado y afligido. Que, como dice el gran Dionisio Areopagita (2), son tres actos de la celestial jerarquía.

(1) *Heb.*, XII.

(2) *De cal.*, Hier., cap. III.





CAPÍTULO VII

Cómo purga la tribulación

QUE la tribulación purgue el alma y la limpie de sus pecados, y que Nuestro señor los perdone por medio della, dicelo el santo y afligido Tobías (1) por estas palabras: «Bendito es, Señor, vuestro nombre, Dios de nuestros padres, porque cuando estáis airado usáis de misericordia, y en el tiempo de la tribulación perdonáis los pecados de los que os llaman.» Y en el *Eclesiástico* se dice (2): «Mirad ¡oh hijos! todas las naciones de los hombres, y sabed cierto que ninguno esperó en el Señor y quedó confuso; porque ¿quién jamás perseveró en sus mandamientos y fué desamparado? Ó ¿quién le invocó y fué despreciado de Él? Porque Dios es piadoso y misericordioso, y en el día de la tribulación perdona los pecados, y es protector de todos los que le buscan en verdad.»

(1) Tob., III.

(2) *Ecles.*, II.

Y el paciente Job, hablando de Dios nuestro Señor, dice estas palabras (1): «No aparta sus ojos del justo, y pone en su trono perpetuamente á los reyes, y allí los levanta, y aunque alguna vez sean encadenados y atados con las prisiones de la pobreza, Él les descubre sus obras y sus maldades, y les da á entender que fueron violentos. También les habla al oído y los castiga, y los avisa que se conviertan y se aparten de la maldad. Si oyeren al Señor y le obedecieren, cumplirán sus días en toda prosperidad y sus años en gloria. Pero veamos cómo la tribulación hace este efeto y es causa que el Señor nos perdone nuestros pecados.

Primeramente, cuando está el hombre afligido, la misma aflicción y pena que padece le despierta y hace entrar en los rincones de su conciencia y ver la fealdad de su alma, y con esta vista se ablanda y compunge el corazón y comienza á desear perdón y se vuelve á Dios, y con oración y lágrimas se lo pide y propone su emienda, y toma los remedios para alcanzarla. Entonces se confiesa, recibe del sacerdote el beneficio de la absolución, cumple la penitencia que le ha sido impuesta, allégase á la mesa celestial y come aquel pan divino; frecuenta los sacramentos, y por el uso devoto dellos se muda en otro varón, y de esclavo de Satanás, comienza á ser hijo de Dios. Pongamos un ejemplo. Tomemos un mozo noble, rico, lozano, en la flor de su edad y en la locura de su juventud, el cual sigue sus apetitos sin rienda, y de noche y de día no piensa ni trata de otra cosa sino de holgarse en fiestas, en juegos, en pasatiempos y amores lascivos y deshonestos, olvidado de sí y de Dios y de que la muerte le puede saltar. Si á este mozo de repente le da un dolor de costado ó un tabardillo, que en pocos días le marchita y consume, y le hace entender que dentro de pocas horas le puede acabar y dar con él en el infierno; si no está del todo loco, cierto

(1) Job, XXXVI.

es que volverá en sí, y hablando consigo mismo, dirá: «¿Qué es esto en que me veo? ¿dónde estoy? ¿qué he hecho? ¿Soy yo Fulano? ¡Ay dolor, á qué me han traído mis pecados!» Y considerando la muchedumbre y la gravedad y fealdad dellos, se espanta de sí y gime; y con lágrimas y sollozos se vuelve á Dios y le suplica que le perdone, y propone de emendar su vida, si Dios le alargare los plazos della.

De la misma manera, cuando el padre que tiene sólo un hijo, como en un espejo se mira y contempla en él, y no se desvela sino en acrecentar la hacienda y en instituir el mayorazgo para él, y en buscarle el oficio y el beneficio, cansándose á sí porque descansen su hijo, y ésta es la suma de su contento y felicidad, viene el Señor y quítale el hijo que adoraba, para que todo aquel amor y solicitud y desvelo que antes le traía absorto y fuera de sí lo convierta en amar y servir á Dios. Este tal, cuando se ve solo y sin el ídolo que tenía, conoce que andaba errado, y vuélvese á Dios y pídele perdón de aquel exceso y demasía, y pone su amor en aquel bien soberano que no puede faltar y en aquel Señor que no puede morir.

Y lo mismo podríamos decir de la mujer casada que adora á su marido y tiene puesto en él todo su amor y confianza y el blanco de su felicidad, y por agradarle y servirle se olvida de sí y de Dios, el cual por esto se le quita, no para que pierda el amor, sino para que le trueque y mejore y le suba de punto, traspasándole en aquel sumo Bien, que por ser sólo de todas las cosas el todo, pide y merece todo nuestro corazón, el cual está en su centro y verdadero descanso cuando está abrazado con él.

Por esto dijo el profeta Isaías (1) que sola la vejación da entendimiento al oído; quiere decir que sola la aflicción y la pena hace que entienda el hombre lo que otras muchas veces había oído y nunca había entendido. Porque, aunque

(1) *Isai.*, XXVIII.

es verdad que cada día oímos de nuestros padres y de nuestros maestros buenos consejos, y que los predicadores en los púlpitos y en los confesonarios los confesores, y los religiosos y cuerdos siempre nos amonestan y nos representan nuestros peligros; pero las más veces no entendemos lo que nos dicen, y se nos entra por un oído y sale por otro, hasta que la tribulación nos lo declara y nos lo hace entender. Porque entonces decimos: «Esto es lo que me decían mis padres y yo no lo creí; éste es el paradero de mis liviandades, que los que bien me querían me pronosticaban y yo me reía dellos; dichoso yo si los hubiera creído.»

Como cuando un hombre que estaba sosegado en su casa, y si no con mucha abundancia, con una pasada honesta, por ver que valen y suben otros, sale della y se va á la corte, si algún amigo experimentado y fiel le aconseja que se esté en su casa y alabe á Dios en ella, y le dice que la corte es un golfo tan peligroso, que pocos le pasan sin tormenta, y que no hallará en él lo que piensa; cuando esto le dice riese dello y no lo cree, hasta que, entrado en este golfo y pasados los primeros días de novedad y gusto, después, cansada la vida, perdida la salud, acabada la hacienda, gastado ya sin ningún fruto el favor, desengañado de las esperanzas vanas en que estribaba, y conociendo bien que no hay deudo ni amistad ni agradecimiento en córte, solo, desamparado y afligido se halla tendido en una cama, y se acuerda con amargura y dolor de su casa y de lo que su amigo, cuando partió della, le dijo, y él no había entendido hasta que la tribulación y el mal suceso se lo hizo entender. Porque entonces llora su desvario, suspira por su rincón, condena su mal consejo y entiende que no es más rico el que más tiene, ni más bienaventurado el que manda más, sino el que se contenta con menos, y aun que tarde, tiene por mejor una vida quieta, segura y moderada que el bullicio y tráfigo y resplandor engañoso de la córte. Pues vale más, como dice el Sa-

bio (1), un bocado de pan á secas comido con gusto que no los convites y fiestas de los pecadores.

Pues ¿qué diré de los privados y ministros que adoran á los reyes y los sirven como á dioses, y se visten en todo y por todo de su voluntad, y nunca sueñan sino cómo la ejecutarán, y con qué medios y artificios la ganarán, pensando tener en ellos cierta y segura su bienaventuranza? Pero cuando la fortuna se muda y el aire fresco del favor y privanza se les vuelve, y no pueden ver sereno el rostro de su príncipe, y por un pequeño descuido se olvidan los muchos y grandes y largos servicios que hicieron, entonces comienzan á entender lo que dice el Profeta (2): «Mejor es confiar en Dios que no en el hombre; mejor es confiar en Dios que no en los príncipes de la tierra (3). Y no queráis confiar en los príncipes, que son hijos de hombres, porque no hay en ellos salud.» Lo cual aunque muchas veces lo habian oído, nunca lo habian entendido hasta que la experiencia se lo enseñó.

Y lo mismo hemos de decir del ambicioso que quiere ser adorado y estimado de todos cuando le viene alguna deshonra y afrenta, y del codicioso y rico cuando pierde su hacienda, y del que por derramarse y dejar la rienda á su ciego apetito se ve cargado de enfermedades contagiosas y podrido, pagando con dietas, sudores, unciones y dolores los gustos momentáneos y sucios que ya pasaron, aunque no pasó la culpa y la deuda y memoria dolorosa dellos. Todos éstos y los demás, por medio de la tribulación, se reconocen y se vuelven á Dios, y dicen, con el real Profeta (4): «Cuando me ví afligido llamé al Señor y oyóme.» Porque, como habemos dicho, la tribulación nos da entendimiento para que entendamos lo que muchas ve-

(1) *Prov.*, XVII.

(2) *Psalm.* CXVII.

(3) *Psalm.* CXLVI.

(4) *Psalm.* CXX.

ces habíamos oído y no entendido, y desta suerte nos purga y libra del pecado.

Éste es un dón de Dios tan admirable, que no hay hombre que en esta vida le pueda entender como él es, porque es tan grande cuanto es grande el mal del pecado que se nos perdona por él, el cual, por ser contra Dios nuestro Señor, que es bien infinito, es en cierta manera infinito y causador de infinitos males. Y uno dellos, y el mayor de todos, es tener á Dios por enemigo y ser aborrecido y desechado dél. Porque si acá en el mundo tanto se siente el estar en desgracia del Rey y saber que contra su poder no hay lugar en el reino seguro, ¿qué será el tener enojado al Rey de los reyes, en cuya comparación todos los reyes de la tierra son príncipes pintados? Tener contra sí aquel Señor á quien dice el real Profeta (1): «¿Á dónde iré, que no me halle vuestro espíritu? ¿Á dónde huiré de vuestro rostro? Si yo subiere al cielo, allí estáis; si bajare hasta el infierno, allí os hallaré; si madrugare por la mañana y tomare alas para volar, y morare en las partes más remotas y apartadas de la mar, ahí me llevará vuestra mano, y vuestra diestra me tendrá.» ¿Qué seguridad puede tener el que tiene por enemigo á Dios, ó qué vida el que vive sin Él, que es vida de todas las cosas! De este daño tan temeroso nos libra la tribulación, purgando el ánima y alcanzándonos perdón de nuestros pecados, como hemos dicho.

De aquí se sigue otro bien inestimable, que es librarnos de las penas del infierno, á las cuales estamos obligados por el pecado mortal. Y ellas son tan horribles y espantosas, que todas las desta miserable vida, juntas y amontonadas en uno, si se cotejan con ellas, no son más que una sombra ó sueño de penas. La cárcel, la galera, la pobreza, la infamia, el dolor agudo, la angustia y quebranto de corazón, y todo lo que acá nos suele afligir y congojar, no es más que un rascaño de males pintados, y los del in-

(1) Psalm. CXXXVIII.

fierno son los verdaderos. Los unos son breves, pues se acaban con la vida, que es tan corta, y los otros no tienen fin y son pasto con que para siempre vive la muerte.

Demás desto, libranos la tribulación de las penas del purgatorio, que son terribilísimas y más graves que todas las que en esta vida se pueden pasar, como dice san Agustín (1), aunque se aplacan con la esperanza que se han de acabar, la cual esperanza falta á los condenados. Porque, después que el Señor nos perdona, por su misericordia, la culpa del pecado mortal y la obligación de la pena eterna en que por él caímos, quiere que satisfagamos y paguemos lo que debemos con pena temporal, ó en esta vida ó en la otra. Y es grandísima merced de Dios cuando nos da tiempo y comodidad para que lo paguemos en ésta, y para que el cuerpo que tuvo parte de contento en la culpa, lleve también su parte de la pena, sin que sea necesario que el ánima lo pague todo. Porque si entrasen dos compañeros juntos en un mesón y comiesen en él á su placer, y después el uno se huyese secretamente, el mesonero apretaría al compañero que quedó para que pagase el escote por ambos. Así, porque el ánima y el cuerpo de compañía se gozan en el deleite del pecado, es bien que hagan la penitencia y paguen juntos los que comieron juntos, para que no sea menester que sola el ánima pague su parte y la del cuerpo en el purgatorio. Esto hace la tribulación, afligiendo al cuerpo y atormentándole para que pague lo que debe, y el gusto que recibió con el bocado sabroso.

Por esto permite Dios que la mujer tenga un marido áspero de condición, y el marido una mujer insufrible, y que el hijo desobediente y travieso aflija al padre, y que el amigo engañe al amigo, y la pobreza nos apriete, y la enfermedad nos consuma, y otras fatigas y calamidades nos ejerciten, para que, tomándolas con paciencia y como enviadas de su bendita mano, paguemos aquí á poca costa

(1) Aug., lib. *De penit.*

nuestra lo que con tanta costa habíamos de pagar en el purgatorio. Y ésta es una misericordia tan soberana é inestimable del Señor, como se puede ver de lo que san Antonino, arzobispo de Florencia, cuenta (1), y es: que estando una persona muy fatigada de una larga y penosa enfermedad, suplicó á Dios que la librase della, porque se le acababa la paciencia y no podía ya más resistir á los dolores agudos y continuos que la atormentaban. Envióle el Señor un ángel que le dijese que ella había de purgar sus pecados, ó en esta vida con dos años más de aquella enfermedad, ó con tres días de penas del purgatorio; que escogiese de las dos cosas la que quería. Escogió la pena del purgatorio por librarse de la del dolor y enfermedad, que por ser de dos años y presente le debía parecer mayor. Murió y fué al purgatorio. Al cabo de una hora que estuvo en él, le apareció el mismo ángel que antes le había aparecido para consolarla y animarla, y como ella le viese y oyese dél quién era, le dijo que ¿cómo le había dicho que no estaría sino tres días en purgatorio, habiendo estado ya tantos años en aquellos tormentos? Los cuales, por ser tan horribles y penosos, una hora le había parecido muchos años. Y pidióle que suplicase á nuestro Señor que no mirase á su incipencia y mala elección, sino que la volviese al cuerpo y la dejase padecer en él todas las enfermedades y dolores el tiempo que fuese servido, librándola de aquellas penas. Y así se hizo, y llevó con gran paciencia y alegría sus trabajos y fatigas, á trueque de no pasarlas en el purgatorio. Y conforme á esto, es muy gran misericordia del Señor afligirnos en esta vida, para que paguemos en ella nuestras culpas, y no en la otra, aunque sea con pena de purgatorio.

De otra manera, asimismo, purga la tribulación el ánima, que es preservándola y haciendo que no caiga en pecado, porque le sirve de una como medicina preservativa

(1) IV P. *Summa*, tit. XIV, § 4.º

y la tiene que no caiga ; para lo cual es de saber que aunque el hombre de suyo es frágil y caedizo, y resbala con cualquier ocasión de pena y de alegría ; pero es cierto que son más en número y más fáciles y peligrosas las caídas en el tiempo de la prosperidad que de la adversidad, y que muchas veces caemos por la una y nos levantamos por la otra. Y por esto dice san Ireneo (1) que antes del día del juicio vendrá el Antecristo, y enviará Dios muchos trabajos y penas, para que, siendo afligidos los justos, y purgados de los pecados que tienen, y preservados de las culpas en que caerían, puedan volar derechos al cielo.

Este efecto hace la tribulación en dos maneras: la una debilitando y enflaqueciendo al enemigo, y la otra quitándole las armas con que nos hace guerra. Porque el enemigo principal que tenemos es el hombre viejo y la concupiscencia y mala inclinación arraigada en nuestras entrañas, con que nacemos, la cual se reprime y enfrena y pierde sus bríos con la tribulación. Y las armas con que nos hace la guerra y combate son aquellas de que dice el apóstol y evangelista san Juan (2): «Todo lo que hay en el mundo, ó es concupiscencia y deseo de carne, ó concupiscencia de ojos, ó soberbia de la vida.» Quiere decir que todos los males de culpa que hay en el mundo manan de tres fuentes, que son : el deleite de la carne, y la codicia de hacienda, y la ambición y deseo de honra y de propia estimación ; porque todos los pecados que cometen los hombres, los cometen por alcanzar una destas tres cosas, ó por huir de sus contrarias. Pues para esto nuestro soberano y sapientísimo Médico nos envía enfermedades y dolores, para que nuestra carne se debilite y domestique, y sujete á la razón y tome mejor el freno, y le quita los gustos y deleites, que son la materia del pecado y las armas con que nos hace guerra, y de la misma manera, y

(1) Lib. V, *Adversus haereses*, VI, XXVIII et XXIX.

(2) II, Joan., II.

por la misma causa, nos quita la hacienda y la honra, para purgar y limpiar con la tribulación el alma, lo cual se hace en el modo que hemos declarado. Pero vamos adelante y veamos cómo alumbra la tribulación.





CAPÍTULO VIII

Cómo alumbra la tribulación

No solamente purga y alimpia el alma la tribulación, sino también la esclarece y alumbra; y así dijo el Espíritu Santo en el *Eclesiástico* (1): «El que no es tentado y afligido, ¿qué sabe?» Dando á entender que la escuela de la sabiduría, donde el hombre es enseñado y alumbrado, es la tribulación. Lo mismo nos enseña lo que dijimos en el capítulo pasado de Isaías (2): que la aflicción hace que se entienda lo que muchas veces se había oído y nunca se había entendido. Y el mismo profeta Isaías dice en otro lugar, hablando con Dios: «Señor, en su angustia os han buscado, y en la tribulación, cuando se quejan y murmuran, los enseñáis.» Y Oseas, en persona de Dios, dice (3): «Por esto yo la atraeré con blandura, y la llevaré á la soledad, y le hablaré al corazón.» La soledad es la tri-

(1) *Eccles.*, XXXIV.

(2) *Isai.*, XXI.

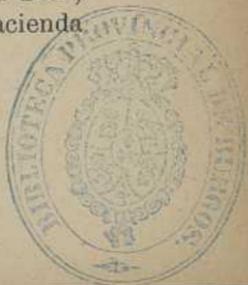
(3) *Oseas.*, II.

bulación, porque los que son muy acompañados en la prosperidad y tienen muchos que se les venden por deudos y amigos, luego los desamparan en trocándose el viento y viniendo la adversidad, y quedan solos, como lo vemos cada día por experiencia. Mas en esta soledad habla Dios al corazón y le alumbra y enseña. Pero veamos cómo le alumbra, y qué cosas son las que le hace ver.

Para declarar esto mejor, tomemos al santo Tobías, y considerémosle cuando estaba ciego y no podía ver. Cier-to es que en este tiempo no veía ni las cosas que tenía de-bajo de sí, ni sobre sí, ni cabe sí, y finalmente, que aun á sí mismo no veía. Alumbróle Dios por medio del ángel san Rafael (1), y con la luz del cielo que recibió, vió todas es-tas cosas que antes no veía. Y ¿cómo fué alumbrado? Con la hiel de un pece, para que entendamos que con la hiel y amargura de la tribulación, que, á manera de pece, anda nadando por las aguas turbias deste siglo, son esclareci-dos nuestros ojos y reciben luz soberana del Señor, para que veamos primeramente las cosas que están debajo de nos.

Estas son todas las cosas criadas debajo del cielo, que no tienen uso de razón: la honra, la hacienda, la salud, la hermosura, la fortaleza, los cargos y dignidades, los delei-tes y regalos, y finalmente, todo lo que Dios cría acá aba-jo para uso y servicio del hombre. Con las cuales cosas pecamos y ofendemos á nuestro Señor de dos maneras. La primera pensando que tenemos estos bienes de nues-tra cosecha, y no reconociéndolos ni agradeciéndolos á Dios. Y aunque cuando consideramos las cosas, no caemos con el pensamiento en este engaño, porque es muy claro; pero con las obras muchas veces caemos en él, abrazándonos con el dón, y no haciendo caso del que nos le dió, y cre-yendo que la nobleza que tenemos no la debemos á Dios, sino á nuestros progenitores, y que el oficio y hacienda

(1) Tob., XI.



que alcanzamos fué por nuestra habilidad é industria. Y por esto nuestro Señor nos quita estos dones que Él nos había dado, para que cuando nos falten volvamos á él y se los pidamos, conociéndole por Señor y dador dellos. La otra manera con que pecamos en estas cosas bajas, es estimándolas y haciendo más caso dellas de lo que ellas merecen, amándolas excesivamente, deseándolas y procurándolas con grande ansia y afecto, desentrañándolas como las arañas, y tejiendo redes para cazar moscas y cosas que se lleva el viento. Por esto Dios nuestro Señor, cuando nos ve hinchados con estos bienes, y que nos parece que son durables, y dichosos los que los poseen, y que el cargo es perpetuo, y que la hacienda no se puede menoscabar, ni la honra ni la gracia del Príncipe, ni la amistad de los poderosos, ni debilitarse la salud, ni marchitarse la belleza, ni enflaquecerse la gallardía y vigor de la juventud; y finalmente, que nunca se ha de secar ni acabar esta florecita de nuestra miserable vida; entonces á deshora nos quita estos bienes, para que entendamos que no lo son verdaderos, pues no pueden hacer bueno al que los posee, ni darle verdadero contento y felicidad (1).

Y muchas veces nos los quita al tiempo que estamos más descuidados y abrazados con ellos, y que nos parece tenemos en ellos entera seguridad. Como aconteció á aquel rico del Evangelio, que decía, hablando consigo (2): «Alma mía, tú tienes muchos bienes guardados para muchos años; descansa ahora, come y bebe y date á regocijos y banquetes, porque seguramente lo puedes hacer.» Pero á este tal, en el mismo tiempo que estaba con esta paz y seguridad, causada de las trojes y bodegas llenas que poseía, le dijo Dios: «Necio, esta noche dejarás la vida, y con ella la hacienda que tienes allegada, y no sabes de quién será, y por ventura vendrá á manos de quien la desperdicie y de-

(1) Aug., *in psalm.*, VII.

(2) Luc., XVII.

rrame, y lo que tú con tanto cuidado, escaseza y miseria has allegado, lo disipe y pierda en un tumbo de un dado.»

De esta manera nos alumbrá la tribulación, para que veamos estas cosas inferiores, y no menos para que conozcamos las penas del infierno, que también están debajo de nosotros. Porque si acá en esta vida sentimos tanto un dolor de ijada ó de piedra, ó otro cualquiera riguroso y vehemente, que sabemos que ha de ser breve, porque, ó se ha de acabar ó nos ha de acabar, y nos parece que no lo podemos sufrir, y que la misma muerte es más tolerable, y estamos en una perpetua congoja y agonía mientras que dura, con tener para aplacarle muchos alivios y remedios de médicos y medicinas, y de personas que nos consuelan y animan, ¿qué sentimiento debemos tener de aquellas penas que están aparejadas á los pecadores, sabiendo que son tan terribles y espantosas, que todas las desta vida se pueden tener por regalo en su comparación, y que no se han de acabar jamás, sino que han de correr á las parejas con Dios? Por eso dijo Isaiás (1): «¿Quién de vosotros podrá morar con el fuego tragador? ¿Quién podrá habitar con las llamas que no tienen fin?» San Gregorio dijo: «Si Dios castiga tan ásperamente en el lugar de perdón, ¿cómo castigará adonde no hay esperanza de perdón ni de misericordia?» Si á un hombre le atasen en una cama blanda y regalada, y le dijese que había de estar en ella todos los días de su vida, ¿cómo lo sentiría? ¿Qué pena tendría? ¿Cómo le parecería que aquélla no era cama blanda, sino dura cárcel é insufrible tormento? Pues ¿qué será estar por todos los siglos de los siglos en aquella cama horrible de fuego infernal, que nunca se acaba, ni tiene necesidad de leña para sustentarse, sino que él mismo se aviva y sustenta, porque quema y atormenta como verdugo vengador de Dios? Si una mota que nos cae en los ojos tanto nos aflige, si una brizna que se atraviesa

(1) Isai., XXXIII.

entre los dientes no nos deja reposar hasta echarla fuera, ¿cómo vivimos tan descuidados y tan olvidados de lo que ha de ser y de tales penas advenideras, pues tanto nos fatigan, por más ligeras que sean las presentes? Esto nos enseña la tribulación, y nos alumbrá, para que por lo que ahora padecemos estimemos con ponderación lo que padeceremos en el infierno si perseveramos en el pecado.

También nos alumbrá la tribulación para que veamos y estimemos las cosas que están encima de nosotros, que son aquellos bienes incomprendibles de la gloria y bienaventuranza que esperamos. Porque la misma tribulación nos despierta, y el mal recaudo que hallamos en la venta nos hace desear nuestra patria, sospirar por ella, y conocer que somos peregrinos y desterrados en este valle de lágrimas, y que no puede esta tierra producir sino espinas y abrojos y penalidades, que nos lastimen y aflijan. Y de aquí sacamos cuán gloriosa y bienaventurada es aquella morada celestial, de donde el dolor y la fatiga, la enfermedad y la muerte, y todo lo que es pena y miseria está desterrado perpetuamente, y no hay sino todo lo contrario de lo que en esta miserable vida nos congoja y acaba (1). Y así, á las riberas de Babilonia sentados y llorosos nos acordamos de la celestial Sión. Porque, como dice el bienaventurado san Gregorio: «Á los que están en tierra de enemigos es cosa dulce acordarse de su patria.»

Estas dos consideraciones que podemos sacar de la tribulación para estimar las penas del infierno y los bienes del paraíso, las pone san Juan Crisóstomo por estas palabras (2): «Todas las cosas desta vida son como una sombra ó sueño, y por eso debemos mirar y esperar las de la otra, porque, comparados con ella, todos los males presentes nos parecerán como si no fuesen, así por su naturaleza como por el tiempo y duración. ¿Qué tiene que ver

(1) Psalm. XXXVI.

(2) Hom. XXXIII, *ad Heb.*

todo lo que aquí padecemos con aquel fuego que nunca se acaba, con aquel gusano que nunca muere, con aquel crugir de dientes, con aquellas tinieblas exteriores y prisiones horribles, con aquella perpetua y sempiterna angustia, congoja y afán? Demás desto, ¿qué proporción puede haber del tiempo breve á la eternidad, con la cual cotejados diez mil años, no son más que una gota de agua respecto de la inmensidad del mar? Pues si ponemos los ojos en aquellos bienes que ni ojo humano puede ver ni oído oír, ¿no debriamos escoger y desear morir mil veces y pasar por ruedas de navajas y por todos los tormentos deste mundo por alcanzar aquel tesoro de inestimables bienes que el Señor nos tiene prometido?» Hasta aquí es de san Juan Crisóstomo.

Alúmbranos asimismo la tribulación para que conozcamos á nuestro prójimo, que está cabe nosotros, que comunmente no le conocemos, especialmente cuando él es pobre y nosotros ricos; cuando él tiene necesidad, y nosotros abundancia; él algún trabajo y miseria, y nosotros descanso y prosperidad; y parécenos que no puede venir por nuestra casa lo que por la ajena; y como si fuésemos de otro barro ó de otro metal, pensamos que somos privilegiados y exentos de las calamidades que pasan por otros, y por esto no nos compadecemos dellos ni les damos la mano. Para que lo hagamos, nos envía Dios las tribulaciones, y para que de nuestra pena y aflicción saquemos la aflicción y pena de nuestros hermanos, y nos ablandemos y compadecemos, y los socorramos y proveamos en sus necesidades. Por esto dijo el Sabio (1): «Por lo que tú sientes en ti entenderás lo que siente tu prójimo;» que es lo que vulgarmente decimos: «De mi mal saco el ajeno.»

Pero aunque para todas estas cosas que hemos dicho nos da luz la tribulación, y ellas son de tanto provecho; pero no lo es menos la que nos da para que nos conozca-

(1) *Eccless.*, XXXI.

mos y humillemos. Porque verdaderamente el hombre en la prosperidad es ciego, y no se conoce hasta que la tribulación le hace abrir los ojos y conocer lo que es. Por eso dijo Jeremías (1): «Yo soy varón que conozco mi pobreza, cuando vos, Señor, levantáis la vara de vuestra indignación.» Y Daniel dice (2), hablando del rey Baltasar: «Pesáronle en la balanza y halláronle falto.» Porque en el tiempo del consuelo y de la prosperidad nos parece que somos de justo peso, y que por ningún trabajo, peligro ni pena no faltaremos, ni tentación alguna, por grave que sea, será parte para derribarnos. Hacemos grandes propósitos y trazas; pero en pesándonos con la tribulación, luégo desmayamos y caemos, y conocemos que no somos tan valientes como pensábamos, y llorando nuestra flaqueza, nos humillamos y confundimos, y acudimos por favor á Dios; y desta manera nos alumbra la tribulación para que nos conozcamos.

Asimismo porque cuando estamos en algún grande aprieto, tenemos grandes deseos y propósitos de hacer y de acontecer, de enmendar la vida y huir de las ocasiones, tener oración y confesar á menudo; pero en pasando aquel aprieto y hallándonos con más anchuras, luégo nos olvidamos de todos aquellos buenos propósitos, y volvemos á nuestros vicios y demasías; y así conocemos cuán mudables é inconstantes somos para lo bueno, y cuán fáciles é inclinados á lo malo. Y con esto, como dije, nos confundimos y humillamos, y acudimos al Señor para que nos sustente y esfuerce, como lo suele hacer por su misericordia, labrándonos con el martillo de la tribulación y ensanchando y dilatando nuestro corazón para que digamos (3): «Bueno ha sido para mí, Señor, que me hayáis humillado, para que yo aprenda vuestra ley, que es la que sola justifica y es causadora de toda justicia y santidad.» Desta manera pues alumbra la tribulación; pero veamos cómo perficiona.

(1) Tren. III.

(2) Dan., V.

(3) Psalm. CXVIII.



CAPÍTULO IX

Cómo perfecciona la tribulación

LA perfección de cada cosa es el fin y cumplimiento de ella, y aquella cosa se dice perfecta, que es acabada y tiene todo lo que debe tener. Y conforme á esto, la perfección del hombre en esta vida, de la cual hablamos, consiste en unirse y juntarse perfectamente con Dios, que es su último fin y todo su bien; lo cual se hace por amor, y por medio de una virtud sobrenatural que infunde el mismo Dios en el ánima, que es la caridad, con la cual amamos á Dios por sí mismo y al prójimo por el mismo Dios. Y así dijo san Pablo (1): «El fin del precepto es la caridad de puro corazón y buena conciencia y fe no fingida.» Y en otro lugar (2): «El cumplimiento de la ley es la dilección y caridad.» Y en otro (3): «Sobre todas las cosas tened caridad, que es el nudo y vínculo de la perfección.» Y el Sa-

(1) 1, *Tim.* I.

(2) *Rom.* XIII.

(3) *Colos.*, III.

bio dijo (1): «Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque en esto consiste el sér del hombre.» Quiere decir, porque cuando el hombre guarda los mandamientos de Dios, entonces es hombre perfeto y cabal; y todo esto comprende la caridad, la cual no puede poseer el que no guarda lo que le manda Dios, como lo dice el glorioso evangelista san Juan (2). Pues para alcanzar esta caridad y perfeto amor de Dios, ayuda mucho la tribulación, y así nos perficiona y afina. Lo cual hace en dos maneras: la primera haciendo el corazón capaz de Dios, y la otra hinchándole deste divino licor y maná celestial de la caridad.

Para entender esto se ha de presuponer que nuestro corazón es como un vaso que no puede estar vacío, sino que siempre está lleno, ó del amor propio, ó del amor de Dios; y que cuando más lleno estuviere del amor de sí mismo, tanto menos podrá recibir del amor divino. Porque es imposible que estos dos amores, siendo contrarios é incompatibles, se junten y quepan en grado perfeto en un corazón. Y así, el que desea henchir su ánima deste licor suavísimo y preciosísimo de la caridad, ha de procurar vaciarle deste otro amor bajo y vil de sí mismo y de todas las cosas de la tierra, como lo dice san Agustín por estas palabras: «Vaso, dice, eres, pero vaso lleno; vacía lo que tienes en él, para que recibas lo que no tienes; vacía el amor del siglo, para que seas lleno del amor de Dios.» Pues para que el hombre vacíe y deseche este perverso amor, y quede capaz para recibir el amor divino, ayuda mucho la tribulación; porque, como hemos dicho, nos alumbra y da conocimiento de nuestra miseria y bajeza, del cual conocimiento nace el odio y aborrecimiento santo de nosotros mismos, y justamente nos hace conocer, estimar y temer las penas del infierno, y huir el

(1) *Eccles.*, XII.

(2) I, *Joan.*, III.

pecado, que es la puerta de la muerte é infierno, y no menos amar y desear y sospirar, por los bienes eternos, y entrar por las estrechas sendas de la virtud, que llevan á ellos, como en el capítulo pasado se declaró. Y esta luz que nos da, y este afecto que engendra en nosotros la tribulación, es gran principio para renunciar y dar libelo de repudio al regalo de la carne y á todos los gustos de nuestra concupiscencia, que es enemigo capital de la caridad, y para huir las obras de muerte que nacen della como de su fuente; y con esto se vacía el corazón del mal licor que tiene, y queda capaz para recibir á Dios.

Pero no nos ayuda menos con el desengaño de las cosas que vemos y padecemos cuando estamos afligidos. Porque, cuando el hombre que estaba sano se ve en un punto enfermo, y de rico pobre, y de honrado afrentado, de privado y favorecido aborrecido y desechado, de libre cautivo, de alegre y contento descontento y caído, entiende que todas las cosas humanas son como un poco de aire ó como un sueño, y que desaparecen como humo y se deshacen como espuma, y se pasan como sombra, y que no tienen tomo, firmeza ni estabilidad; y que siendo ésta su condición y naturaleza, no hay que fiar en ellas ni alegrarnos mucho cuando vienen, ni entristecernos cuando se van; pues no podemos mudar con nuestras lágrimas ni naturaleza, ni tener la corriente del río impetuoso. Y por esto dijo un sabio: «No es grande el que piensa que es gran cosa que las piedras y los edificios caigan, y que mueran los mortales.» Con la cual sentencia, dice Possidonio (1) que se consolaba mucho el glorioso padre san Agustín cuando estaba la ciudad de Bona cercada de los vándalos.

También nos hace capaces de la caridad la tribulación de otra manera, que es labrándonos y dilatando y extendiendo los senos de nuestro corazón á puros golpes, como lo hace el platero cuando martilla un vaso de plata. Y así

(1) Possidonio en la *Vida de San Agustín*.

dijo David, hablando con Dios (1): « Cuando os llamé me oísteis, Dios mío, causador de mi justicia; en la tribulación dilatastes y ensanchastes mi corazón. » Lo cual hace nuestro Señor, ó librándonos de la pena que tenemos, para que después de la tempestad, sosegada ya la mar, acudamos á él y le alabemos, ó mitigando la misma tribulación y haciéndola suave con la dulzura de su divino consuelo. Porque una sola gota de la consolación divina tiene fuerzas para templar y endulzar la amargura de un mar Océano de aflicciones, como lo vemos en los santos mártires. Y por esto dice san Pablo (2) que se gloriaba en sus tribulaciones. Y de los apóstoles se escribe (3) que iban muy alegres delante del concilio, porque habían sido tenidos por dignos de padecer por el nombre de Cristo injurias y baldones. Y por esta misma causa, prometiendo nuestro Señor ciento tanto, aun en esta vida, á los que por su amor dejen el padre y la madre y los hermanos, añade (4): *Etiam cum persecutionibus*; aunque tengan persecuciones. Para que entendamos que no nos promete bienes temporales, como se prometían en la ley vieja á los judíos, sino que habemos de pasar trabajos y persecuciones si queremos seguir la virtud; mas que no podrán ellas ser parte para que aun en esta vida no recibamos ciento tanto más de lo que dejamos. No solamente porque los dones espirituales y las otras mercedes que recibimos del Señor valen ciento y cien mil veces tanto más que todas las cosas precederas, sino también porque muchas veces las mismas persecuciones se nos convierten en flores, y las espinas en rosas, y el consuelo y recreo divino que en ellas nos regala vale más que todos los bienes de la tierra que podemos dejar.

De un caballero y hombre principal, llamado Arnulfo,

(1) Psalm. IV.

(2) Rom., V.

(3) Act.

(4) Marc., X.

se lee que habiendo seguido la milicia y tenido mucha honra y regalo en el siglo, se convirtió á penitencia por la predicación de san Bernardo, y dando de mano á todas las cosas, se entró en la orden de Claravale y fué muy gran siervo de Dios. Éste solía padecer una recia enfermedad de cólica, y estando una vez, por la fuerza del dolor, casi sin sentido y sin esperanza de vida, hablando con el Señor le decía: «Verdaderas son todas las cosas que dijistes, oh buen Jesús; muy bien pagáis, Señor, en esta vida lo que prometéis; bien cumplís vuestra palabra, porque yo aun en estos mismos dolores lo pruebo y recibo ciento tanto más de lo que por vos dejé.» Tanta era la abundancia y fuerza del divino consuelo, que agotaba y deshacía la terribilidad y aspereza del tormento que padecía, y le hacía fácil y suave el cáliz amargo de aquel dolor. Porque, así como no há menester Dios nuestro Señor pan para sustentar al hombre, porque sola su voluntad basta para sustentarle y para convertir las piedras en pan, así no tiene necesidad de consuelos y regalos para consolarle, porque los mismos tormentos y penas sirven de consuelo y recreo divino, cuando con su mano poderosa convierte las duras piedras del dolor en pan sabroso y sustento de sus escogidos.

Con esta experiencia que tienen del socorro y favor que da nuestro Señor á los atribulados cuando le llaman con humildad y confianza, se disponen ellos más y aparejan el corazón para recibir el divino amor. Y no haciendo caso de todas las cosas caducas y transitorias, que son como unos algibes rotos, que no tienen agua ni la pueden tener para apagar la sed, les muestra el Señor aquella fuente de vida que sola puede hartarlos y llenarlos sin medida. Y no solamente se la muestra, pero también les aprieta, y como á caballo rebelde y mal domado, con la vara y espuela de la tribulación les hace y casi compele llegar á ella, y él es tan bueno y tan deseoso de comunicarse á su criatura, que en hallándola aparejada y vacía, luégo la llena.

Esta manera ayuda la tribulación para que alcancemos la perfección, que como dijimos, consiste en la caridad; y así lo dice el Apóstol por estas palabras (1): «La tribulación obra en nosotros paciencia, la paciencia probación, la probación esperanza, y la esperanza no confunde ni engaña á nadie, porque la caridad de Dios está en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido comunicado.»

Demás de perficionarnos la tribulación, también nos conserva en la misma perfección que por ella habemos alcanzado. Porque es como un cofre de hierro fuerte, en que se guarda el tesoro de la divina gracia, y como la espina, que defiende la rosa para que no sea manoseada y pierda su belleza y frescor, y como la corteza dura y áspera, que encierra en sí la dulzura del meollo. Y para concluir este capítulo, la tribulación perficiona al alma; porque, como dice san Gregorio (2), los trabajos y penas le sirven de alas para volar al cielo, donde solamente se halla la perfección absoluta y cumplida que ella puede tener, viendo y amando aquel infinito bien, sin poderse divertir dél.

Y demás destes tres frutos tan señalados y excelentes que obra la tribulación en los que della se saben aprovechar, hace otros maravillosos, que sería largo si los quisiésemos declarar todos. Basta decir que ella es la trilla que aparta la paja del grano, la lima áspera que quita el orín y alimpia el hierro, el fuego y fragua que le ablanda, el crisol que apura y afina el oro, la sal que conserva los mantenimientos, el martillo que nos labra, el agua con que se temple y apaga el fuego de la concupiscencia, la lluvia del cielo con que bañada y regada la tierra de nuestra alma, da copioso fruto; la helada con que se arraigan y acepan los panes, el viento con que más se enciende el fuego del divino amor, y con que más presto llegamos al

(1) *Rom.*, V.

(2) *Greg.*, lib. VI, *Mor.*, cap. IV.

puerto; el acíbar con que nos destetamos y dejamos el pecho dulce y ponzoñoso de las criaturas, la medicina amarga con que nos curamos y sanamos, el lagar en que pisada la uva, da vino oloroso y sabroso; y finalmente, es la librea de los hijos de Dios y la prueba cierta del siervo fiel del Señor. Porque, así como en el tiempo de paz muestra el Rey lo que quiere á sus soldados en las mercedes que les hace, y ellos en el de guerra lo que le aman y estiman peleando y muriendo por él, así en el tiempo del consuelo y favor, el Rey del cielo nos da á entender lo que nos quiere, y nosotros en el de la tribulación lo que le queremos, mucho mejor que en el de la prosperidad.





CAPÍTULO X

De los efectos que hace en los malos la tribulación

A sí como la tribulación purifica, alumbra y perficiona á los buenos, y produce frutos admirables en ellos de paciencia, humildad y confianza, así en los malos causa efectos contrarios de impaciencia, soberbia y desesperación. Porque, como dijimos, es trilla que alimpia el grano, que es el hombre justo, ó el que, aunque es pecador, se reconoce y convierte á Dios, y juntamente aparta la paja liviana, que son los malos, los cuales con el viento de la tribulación se desbaratan y derraman. Y así como en el mismo fuego se purifica y afina el oro, y el madero se quema, así en el fuego de la tribulación el justo resplandece más como el oro, y el malo, como leño seco é infructuoso, se consume. Por esto dijo san Cipriano (4): «Para examinarnos y probarnos nos da Dios varios dolores, y nos ejercita con muchas tentaciones y penas: con la pér-

(4) Lib. *De bono patientia*.

dida de la hacienda, con los encendimientos de las calenturas, con los tormentos de las heridas y llagas, con la muerte de los amigos y queridos, y no hay cosa en que más se eche de ver quién es cada uno, y en que se diferencien más los justos de los pecadores, que en el tiempo de la tribulación; porque en ella el pecador con la impaciencia se queja y blasfema, y el justo con la paciencia se prueba y afina, como está escrito en el *Eclesiástico* (1): «Ten sufrimiento en el dolor y paciencia en tu trabajo, porque en el fuego se prueba el oro y la plata.»

«Las ondas del mar Bermejo sirvieron de muro á los hijos de Israel y ahogaron á los egipcios» (2); dándonos á entender que las aguas de la tribulación son para guarda y defensa de los buenos, y para castigo y tormento de los malos, los cuales, como están desarmados y desapercibidos, y les falta el gobernalle de la paciencia y las armas de las virtudes, con que los buenos se defienden cuando pasan el golfo impetuoso de las tribulaciones, dan al través en las rocas de la ira, de la blasfemia y pusilanimidad y desesperación.

De aquí vienen á dudar de la providencia de nuestro Señor, y á parecerles que no está con nosotros ni cuida de nuestros trabajos, y á decir, con Gedeón (3): «Si el Señor está con nosotros, ¿cómo han venido sobre nosotros tantos males? Si Dios fuese mi padre, ¿cómo me afligiría? ¿cómo no remediaría este daño? ¿cómo no alzaría de mí este castigo tan pesado, largo y trabajoso?» Y juzgando que no tienen en Dios amparo y favor, se vuelven á los enemigos de Dios y acuden á mujeres hechiceras y á hombres que tienen pacto con el demonio, y muchas veces al mismo demonio, pensando hallar en él el remedio que no hallan en Dios.

(1) *Eccles.*, II.

(2) *Exod.*, XIV.

(3) *Jud.*, VI.

Vienen á jurar y á blasfemar y á maldecir al Señor, y á seguir el consejo de la loca é importuna mujer de Job, que, vencida de las calamidades que veía en su casa, dijo á su marido (1): «¿Aún vos permaneceréis en vuestra simplicidad y engaño? Maldecid al Señor y morios.» Pero él respondió: «Vos habéis hablado como una de las mujeres necias é insipientes. Si habemos recibido de mano del Señor las cosas prósperas y alegres ¿por qué no recibiremos las adversas y tristes?» Estos tales echan maldiciones á los padres que los engendraron, trabajan los domingos y fiestas sin necesidad, hurtan para remediar su pobreza, venden por dinero la verdad y son testigos falsos en juicio; murmuran de los poderosos, juzgan mal de todos, y sus lenguas son navajas que cortan y despedazan las carnes de sus prójimos, y en fin, viven como hombres sin Dios. Y habiéndolo de entender que sus culpas son causa de sus penas y de procurar emendar la vida para que así cese la ira y azote de Dios, ellos multiplican sus pecados, y el Señor multiplica sus castigos. Como prometió de hacerlo en el *Levitico* por estas palabras (2): «Si despreciáredes mis leyes y hiciéredes poco caso de mis mandamientos, y no guardáredes lo que yo he ordenado, y quebrantáredes el concierto que hay entre nosotros, yo también os visitaré prestamente con pobreza y angustia que aflija vuestros ojos y consuma vuestras almas; sembraréis y no cogeréis, porque vuestros enemigos destruirán lo que hubiéredes sembrado; mostraros he el rostro airado, y caeréis delante de vuestros enemigos, y seréis esclavos de los que os aborrecen; huiréis sin que nadie vaya tras vosotros. Y si con todos estos castigos no quisiéredes obedecerme, yo añadiré siete veces tanto otros mayores por vuestros pecados, y quebrantaré la soberbia rebelde de vuestra dureza, y os daré un cielo de hierro y una tierra de metal.» Y va dicién-

(1) Job, II.

(2) *Levit.*, XXVI.

do otras espantosas amenazas, por las cuales da á entender Dios que nos castiga por nuestros pecados, y que cuando no nos aprovechan los castigos más blandos, envía otros más terribles y rigurosos.

Estos son aquellos de los cuales dice el profeta Jeremías (1): «Herido los habéis y no han tenido dolor, habeis los azotado y ellos no han querido aceptar la disciplina.» Y en otro lugar (2): «Muerto he y destruído á mi pueblo, y con todo eso no se ha emendado ni entrado por camino. Y curado hemos á Babilonia, mas ella no ha sanado (3).»

De cualquier manera que sea, el Señor ha de ser glorificado en la tribulación, ó con la emienda ó con el castigo del pecador, y siempre saca admirables provechos della, ó manifestando su justicia ó su misericordia. Porque primeramente, aunque el pecador con la tribulación se exaspere y se enoje y embravezca y desespere, y blasfeme y se queje de Dios, y caiga en otras culpas que nacen de la angustia y quebranto de su corazón; pero en este mismo tiempo deja de caer en otros pecados y maldades en que cayera si tuviera contento y se hallara en prosperidad, la cual es madre del deleite, de la ociosidad, de la gula, lujuria, soberbia, vanagloria y de otras semejantes ó mayores ó no nada menores culpas que las que comete en el tiempo de la adversidad. Y desta manera, puesto caso que nuestro Señor sea ofendido del pecador por ocasión della, excusa con ella los otros pecados en que cayera si no se viera acosado y afligido.

Lo segundo, descubre el Señor los tesoros de su divina providencia. Porque cuando á un hombre que antes mandaba y vedaba á su antojo, y trataba los negocios de Dios sin Dios, después por sus maldades le vemos caído y

(1) Hier., V.

(2) Ibid., XV.

(3) Ibid., LI.

derribado de su trono y cortadas las alas, y con necesidad de pedir de balde socorro al que antes no se dignaba de mirar, conocemos que hay Dios y que tiene providencia de las cosas humanas, y que aunque el premio y castigo entero de nuestras obras se guarda para la otra vida, también en ésta comienza y da muestras de lo que después ha de ser. Y desto se sigue que algunos malos vuelvan en sí y escarmienten en cabeza ajena, y los buenos permanezcan en su inocencia.

Porque, así como al buen juez que tiene preso al ladrón y le pesa que aquel hombre haya hecho por qué merezca la muerte; pero porque la justicia pide que sea castigado, y que sea ejemplo y escarmiento para otros, le manda ahorcar, y aguarda el día del mercado y ejecuta la sentencia con grande aparato y cuando hay más concurso de gente; así nuestro Señor, después que ha aguardado y sufrido al pecador muchas veces debajo de los piés, le levanta alguna grande calamidad, con la cual le prende, derriba y castiga, y le hace fábula y ejemplo del mundo.

Lo tercero, en este mismo castigo manifiesta nuestro Señor su bondad, como el sol muestra más su resplandor y la virtud de sus rayos cuando el hombre por la flaqueza de su vista no puede mirar en él. Porque así como la luz es agradable á los ojos sanos y limpios, y enojosa á los enfermos y lagañosos, así los que tienen los ojos claros y limpios para ver esta luz del Señor, y la misericordia que usa con ellos cuando los castiga, se gozan de purgar sus culpas con las penas y de estar debajo de su poderosa mano y corrección. Pero los otros, como están rodeados de espesas y horribles tinieblas, no pueden ver esta soberana luz, antes se hacen cada día más ciegos con ella y se embravecen contra Dios, y Él más ásperamente los humilla y castiga, como lo habemos dicho, y lo dice Job por estas palabras (1): «Todos los días de su vida se ensober-

(1) Job, XV.

bece el pecador, y suena en sus oídos un sonido de espanto y pavor; aunque haya paz, siempre vive sobresaltado y sospechoso de alguna celada, la tribulación le espantará y la congoja le cercará, como suelen cercar al Rey sus soldados cuando se apareja para la guerra. Porque él ha extendido su mano contra Dios y hecho pié y esforzándose contra el Todopoderoso, y con lo cerviz engreída y levantada se ha armado y corrido contra Él.» Por esto el Señor agrava más su mano y hiere y derriba al pecador, y echa acibar en todos sus deleites, y por todos cabos le cerca y aflige para que se reconozca, rinda y humille, y si perseverare en su maldad, comience aquí á padecer las penas del infierno, como lo dice san Gregorio por estas palabras (1): «La pena presente, si convierte el corazón del afligido, es fin de la culpa pasada, y si no le convierte, es señal de la pena que se le ha de seguir.»

Y dura este castigo cuanto dura la rebeldía y obstinación del pecador, que en los condenados es para siempre jamás. Porque, así como siempre duran sus culpas, así también duran sus penas, lo cual pone grima y admiración. Porque ¿qué hombre hay tan vengativo y cruel, que si tomase á su enemigo y le colgase en una horca, le dejase estar en ella medio vivo y medio muerto un día entero, un mes, un año, toda la vida, ó por mejor decir, infinitos años? ¿Quién no se aplacaría con este tormento? ¿Quién no se amansaría? ¿Quién no perdería su crueza y furor? Pero el Señor ve las penas terribilísimas de los malaventurados que están en el infierno viviendo en una muerte perpetua, y con todo eso no se mitiga su saña ni les disminuye las penas, y no por eso es cruel Dios, sino justísimo juez y sapientísimo médico, pues castiga la culpa cuanto ella dura, y cauteriza la llaga mientras que mana podre y echa mal olor.

(1) Gregor., in *Registr.*



CAPÍTULO XI

*De los medios que toman los malos para salir de las
tribulaciones*

LA causa porque los malos no se aprovechan de las tribulaciones ni hallan alivio y consuelo en ellas es porque no le buscan adonde se debe buscar, ni aciertan á dar en la vena de sus trabajos. Quieren salir dellos, y buscan medios para salir, mas los que toman son redes con que se enlazan y multiplican sus culpas y doblan sus penas, que son efectos dellas; porque quando se ven angustiados y afligidos, no consideran que aquella angustia les viene de la mano de Dios, y que sus pecados son causa della, ni procuran quitarla y emendar la vida para que Dios quite el castigo, y cesando la causa de la tribulación, cese la misma tribulación. Antes, ó pensando que aquel mal les viene acaso, ó que su remedio es olvidarle, procuran con un falso y dañoso engaño distraerse y ocuparse en cosas de entretenimiento y gusto, para que el ánima, embebecida y absorta en los deleites y pasatiempos de fuera,

no pueda atender á lo que padece dentro de sí, ni sacar la espina que le atraviesa las entrañas. Por esto cuando los tales se ven congojados se dan á conversaciones profanas, á juegos, á banquetes, á solaces y comedias, y andan todo el tiempo entretenidos y embelesados en fiestas y en regocijos, porque con ellos ó se divierten ó se olvidan de la pena que carcome y consume el corazón, y no ven que viven como sobresanados, y que dentro está la llaga, y que hasta que se corte la raíz de la pena, que es el pecado, siempre brotará y dará fruto de muerte, y que son como unas malas mujeres, podridas de dentro y afeitadas de fuera, ó como dijo nuestro Redentor (1): «Como unos sepulcros, de fuera blanqueados y dentro llenos de gusanos y de huesos de muertos.»

Castigó Dios á los egipcios, entre otras plagas, con trocar las aguas de los ríos en sangre (2); y siendo el remedio deste azote conocer al que se le daba y volverse á él y pedirle perdón, no lo hicieron así, sino cavaron pozos y buscaron otras aguas limpias para poder beber; pero poco les aprovechó. Tomaron los filisteos el arca de Dios, y fueron afligidos por ello, y castigados con una vergonzosa y dolorosa enfermedad (3), y para sentir menos sus penas hicieron unas sillas blandas de pellejos en que se asentar, y no entendían que el remedio de su mal era aplacar á Dios y enviarle el arca con dones y presentes, y que desta manera sanarían y saldrían de sus trabajos, como salieron cuando tomaron este camino. Dejó el espíritu del Señor el rey Saúl por su desobediencia, y fatigábale el espíritu malo y una profunda tristeza y melancolía. El consuelo era volverse á Dios, para que el Señor le volviese el rostro y le alegrase como antes, con su divina presencia. Pero él tomó otro consejo y buscó uno que

(1) Matt. XXIII.

(2) Exod., IX.

(3) I, Reg., VI.

le tañese cuando estaba fatigado (1), y con la suavidad de la cítara y con la melodía le recrease y aliviase, y así lo hacía David. Y aunque mientras que duraba la música parecía que se aliviaba algún tanto el Rey, en cesando, tornaba la tristeza á su sér, porque no era aquel su remedio, sino cortar la raíz del mal y cobrar la gracia del Señor.

No es mi intención tratar aquí de la vanidad y engaño de los que por este camino piensan remediar sus males y declarar el peligro que hay en semejantes gustos y entretenimientos, porque esto sería alargarme más de lo que pide este tratado, y extenderme á otras cosas que no son propias dél. Pero porque el medio más eficaz que algunos toman para engañar y disimular sus penas es entretenerse con farsas y representaciones, así por el gusto que hallan en ellas, como porque realmente se divierten más, y la novedad y variedad de las cosas que se representan suspenden los males, y no los deja pensar en ellos, y veo que de poco acá se ha introducido y extendido mucho esta manera de entretenimiento y recreación, y aunque se representan algunas veces por hombres y mujercillas perdidas, cosas indignas de la excelencia y honestidad cristiana, quiero tomar licencia para referir aquí algo de lo mucho que acerca deste punto dicen algunos esclarecidos y santísimos doctores que han sido lumbreras de la Iglesia católica, los cuales no reprenden los espectáculos solamente por haber sido antiguamente instituídos de los gentiles en honra de sus falsos dioses (que por este título bien se ve que son detestables, y que los debe huir el cristiano), sino también por la ofensa que por muchos respetos se hace á nuestro Señor con ellos, y por la corrupción de las costumbres y daño que se sigue á la república. Y así dice el glorioso mártir y obispo san Cipriano (2):

(1) I, *Reg.*, XVI.

(2) Lib. *De spectaculis*.

«Aunque estos espectáculos no hubieran sido consecrados á los falsos dioses, no debrían los cristianos verlos ni hallarse en ellos, porque puesto caso que no fuera tan grave delito como es, tienen grandísima vanidad y muy indigna de la gravedad cristiana. Porque si el hombre de suyo es inclinado á los vicios, ¿qué hará teniendo quien á ellos le impela? Y si nuestra naturaleza cae de suyo, ¿qué hará si le dan empellones y enviones para que caiga?» Y el mismo santo, habiendo antes hablado de otros males de la república, añade estas palabras (1): «Volved, dice, los ojos á otros daños no menos dolorosos de los espectáculos, los cuales con su contagio inficionan. En los teatros verás cosas que te causen dolor y vergüenza; en las tragedias se cuentan las hazañas antiguas y se representan al vivo los parricidios é incestos, para que con ningún discurso de tiempo haya olvido de las maldades que en algún tiempo se cometieron. Todos los hombres de cualquiera edad que sean, oyéndolas, entienden que se puede hacer lo que en algún tiempo se hizo. Nunca mueren con la vejez del siglo los delitos, nunca la maldad se acaba con el tiempo, nunca el pecado se entierra con el olvido; antes se hace ejemplo lo que ya dejó de ser pecado, y gustamos de oír lo que se hizo para imitarlo, ó lo que se puede hacer para hacerlo. Apréndese el adulterio cuando se ve representar, y con el cebo y blandura de lo que se ve autorizado con la permisión de la pública potestad, la matrona que por ventura vino á la comedia honesta, vuelve de la comedia deshonesta. Demás desto, ¿cuánto estrago reciben las buenas costumbres? ¿Cuánto daño la virtud? ¿Cómo se fomentan los vicios? ¿Cómo crecen y se aumentan las maldades?» Todas éstas son palabras de san Cipriano (2), el cual en el principio de un libro que escribe *De los espectáculos*, se queja que haya entre los cristianos tan blandos defensores

(1) Lib. II, epist. II.

(2) Lib. *De spectac.*

de los vicios, que los quieran autorizar y defender, y que digan que se pueden ejercitar y ver los espectáculos por honesta recreación y entretenimiento, y añade estas palabras: «Porque está ya tan debilitado el vigor de la disciplina eclesiástica, y cada día va de mal en peor, que no buscamos ya cómo excusar los vicios, sino cómo les daremos autoridad.»

Á san Cipriano siguiendo Lactancio, dice (1): «Los gestos y los meneos de los representantes, ¿qué otra cosa enseñan sino torpezas? ¿Qué harán los mozos y las doncellas cuando ven que tales cosas se representan sin empacho y vergüenza, y son vistas de todos con aplauso y alegría? Cierto que con lo que ven son amonestados de lo que pueden hacer, y se inflaman en torpe concupiscencia, la cual con ninguna cosa más se enciende que con la vista; y riendo aprueban lo que ven, y vuelven á sus casas más perdidos, llevando heridas las entrañas y tocadas de la yerba ponzoñosa. Y no solamente los mozos, que se han de apartar de semejantes ocasiones porque no se inficionen antes de tiempo; pero también los viejos, á quien no es decente pecar, caen en semejantes desconciertos.» Hasta aquí es de Lactancio.

San Juan Crisóstomo en una parte llama á estas representaciones pestilencia de la república (2); en otra, fuente y manantial de todos los males (3); en otra, cátedra de pestilencia (4), escuela de incontinencia, obrador de lujuria, horno de Babilonia (5); en otra, fiesta de los demonios (6); en otra dice que fué invención del demonio para corromper y destruir el género humano (7); en otra, ha-

(1) Lib. VI, *Instit.*, cap. XX.

(2) Homil. *in Matth.*

(3) Homil. LXI, *in Matth.*, XXI.

(4) Homil. LXIII, *ad populum Antiochenum*, et VIII, *De penitentia*.

(5) Homil. XXXI, *in iv cap. Joannis*.

(6) Homil. II, *in psalm.*, CXVIII, *et in verba Esaiæ vidi Dominum ad medium*, et Homil. VI, *in Matth.*, II.

(7) Homil. XLII, *in Acta Apostolorum*.

biendo comparado el teatro, que es lugar de las representaciones, con la cárcel, y dicho algunos males della, añade estas palabras: «Mas en el teatro todo lo contrario se ve, porque no hay en él sino risa, torpeza, pompa del demonio, derramamiento del corazón, perdimiento del tiempo, empleo de los días sin provecho y apercebimiento para la maldad.» Aquí se conciben, dice, los adulterios, aquí los amores deshonestos se enseñan, ésta es la escuela de la destemplanza, el incentivo de la lascivia, materia de risa y ejemplo de deshonestidad. Grandes males hacen las comedias en las ciudades, y tan grandes, que aun no sabemos cuán grandes son.» Y en otro lugar dice (1): «Si Cristo nuestro Señor dice que el que viere á la mujer con mal deseo, ya en su corazón ha adulterado, y si vemos que una mujer que se topa acaso en la calle sin ninguna curiosidad de vestido, muchas veces roba y pervierte el corazón del que la mira con atención, y que sola su vista basta para aprenderle y encadenarle, ¿qué diremos de los que están todo el día muy de propósito mirando á las mujeres hermosas y compuestas en las representaciones? Adonde, demás de la vista ponzoñosa, hay palabras lascivas y torpes, canciones de sirenas, voces suaves y muelles, los ojos pintados, afeitados los rostros, todo el cuerpo galano y compuesto, y otros mil lazos para engañar y prender á los que miran; adonde hay tanto descuido y confusión, y todas las cosas convidan á deshonestidad y corrupción de los presentes, y aun de los ausentes, que después oyen referir lo que en la comedia se representó. Añádense á esto otras blanduras de instrumentos músicos y voces, que ablandan los corazones y los pervierten y hacen caer en la red, ó los disponen para que caigan fácilmente. Porque si en la Iglesia, donde se cantan los salmos y se predica la palabra de Dios, y está el hombre con recogimiento y reverencia del Señor, muchas veces nos saltea como ladrón la concupis-

(1) Tom., I, de *David et Saule*, Homil. III.

cencia y mal deseo, ¿cómo es posible que en la comedia, adonde no se oye ni se ve cosa buena, sino por todas partes estamos como cercados de peligros, podamos escaparnos de tan doméstico y peligroso enemigo?» Todo esto dice este glorioso doctor.

Clemente Alejandrino dice (1): «Védense los espectáculos y canciones, que están llenas de lascivia y de palabras vanas y torpes, dichas sin consideración. Porque ¿qué cosa hay tan fea, que no se represente en el teatro? ¿Qué palabra tan desvergonzada, que no digan estos representantes para mover á risa á los que los oyen?

Tertuliano llama al teatro sagrario de Venus y consistorio de deshonestidad (2), adonde no se tiene por bueno sino lo que en las otras partes se tiene por malo, y dice que todo el regocijo y gracia de las comedias, por la mayor parte, es compuesta y guisada con la deshonestidad.

San Basilio dice (3): «No se han de ocupar los ojos en ver los espectáculos y las vanidades de los representantes, ni las orejas en oír músicas y canciones que corrompen y ablandan los ánimos, porque esta manera de cantos suele acarrear frutos de servidumbre y de ignominia, é incitar los estímulos de la deshonestidad. Y en otro lugar trata el mismo argumento del que ve en la calle la mujer acaso, y la codicia, como de san Juan Crisóstomo queda referido.

San Agustín llama á los teatros patios de torpezas y pública profesión de maldades, y dice (4) que entre las ocasiones de pecar de que se apartaban los que hacían penitencia, era el ir á los espectáculos (5).

San Epifanio dice (6) que entre las otras señales con que la Iglesia de Jesucristo se diferencia de las sectas de

(1) Lib. III, *Pædag.*, cap. XI, *prope finem.*

(2) Lib. *De spectac.*, cap. XI et XVII.

(3) *In oratione de legendis libris Gentilium.*

(4) Serm. *De ebrietate et luxu.*

(5) Aug., *in psalm.* CXIX.

(6) *In compendiaro doctrina fidei.*

perdición, es porque veda los espectáculos, la fornicación, el adulterio, los hechizos y otros delitos, poniendo entre ellos los espectáculos. Y así se vedaron en el sexto concilio Constantinopolitano, y se mandó (1) que el clérigo que se hallase en ellos fuese depuesto, y el lego excomulgado (2). Con estos santos siente también san Isidoro y los demás padres antiguos, que fueron ornamento y luz de la santa madre Iglesia, y hablan desta materia con grande sentimiento y ponderación; cuyas palabras y sentencias dejo por brevedad. Solamente añadiré lo que dice Salviano, obispo de Marsella, que floreció más há de mil y cien años, y es llamado de Genadio maestro de los obispos, cuyas palabras son:

«Hablo de solas las impuridades de los teatros y espectáculos (3), porque son tales las cosas que allí se hacen, que no puede nadie, no solamente decillas, pero ni acordarse dellas sin amancillarse. Los otros pecados no inficionan comunmente sino sus propios sentidos y potencias: los feos pensamientos el ánimo, la vista impúdica los ojos, las palabras deshonestas los oídos. De suerte que aunque el hombre con alguna de estas partes ofenda á nuestro Señor, las otras quedan limpias y sin pecado. Pero en la comedia ninguna destas partes está libre de culpa, porque el ánimo arde con el mal deseo, y los oídos se ensucian con lo que oyen y los ojos con lo que ven, y son tan feas y perniciosas las cosas, que no se pueden declarar sin vergüenza. Porque ¿quién podrá contar sin cubrirse el rostro aquellos fingimientos y representaciones de cosas torpísimas, aquellas fealdades de voces y palabras, aquellos meneos descompuestos y movimientos abominables, que son tales, que ellos mismos obligan á callarlos? Otros pecados hay que, aunque son gravísimos, se pueden decir y repre-

(1) Cap. *Si in Trullo*.

(2) Lib. XVIII, *Ethim.*, cap. XXVII et XLI et LIX.

(3) Salvian., lib. VI, *De provid.*

der sin menoscabo de la honestidad, como el homicidio, el adulterio, el sacrilegio y otros semejantes; pero las torpezas y abominaciones de las comedias son tales, que no se pueden tomar en la boca ni vituperarse sin daño de la honestidad. Así que esto es propio y nuevo en la reprehensión destas comedias, que si el hombre que las quiere vituperar es casto y honesto, como sin duda lo debe ser, no lo podrá hacer sin injuria de su limpieza.» Todo esto es de Salviano, el cual, escribiendo las maldades que había en su tiempo, por las cuales dice que Dios castigó gravísimamente al mundo, pone los espectáculos y comedias. Y aun añade en otro lugar que antiguamente se preguntaba á los que se bautizaban si renunciaban á Satanás y á pompas y espectáculos y obras, poniendo entre las obras de Satanás los espectáculos, como cosa inventada por él, y en aquel tiempo muy usada de los gentiles, y que después, cesando los espectáculos, se quitó aquella partícula de la pregunta que se hace á los que se bautizan, y quedó la que ahora se usa, porque no había della necesidad.

Pero no solamente se estragan las costumbres y se arruinan las repúblicas, como dicen estos santos, con esta manera de representaciones; pero hácese la gente ociosa, regalada, afeminada y mujeril; gástase mucha hacienda en sustentar una manada de hombres y mujercillas perdidas para sí y perniciosas para los que las ven y las oyen. Y por esta misma razón los príncipes y repúblicas bien ordenadas, aun las que carecieron de la lumbre de la fe, ó no admitieron jamás semejantes comedias en sus repúblicas, ó conocido el daño, después las desterraron, ó á lo menos no consintieron que mujeres se hallasen presentes á ellas. Y tuvieron por personas tan infames á los que tenían oficio de representar, que los privaban de cualquier privilegio de ciudadanos, como lo hacían los romanos, y lo cuenta san Agustín (1). Y habiendo en Roma ladrones, adúlteros, ho-

(1) Lib. I, *De civ. Dei*, cap. XIII, y tráelo de Cic.

micidas y otros facinerosos, á ninguno destes quitaban los censores, que eran los maestros y reformadores de las costumbres, el derecho y privilegio de ciudadano romano, y quitábanle al que era representante, porque le tenían por más infame que á los demás. Y los mismos censores muchas veces mandaron derribar los teatros, como lo dice Tertuliano (1). Y aun san Cipriano, preguntado si se había de dar la comunión de los fieles á uno destes que había dejado de ejercitar por sí aquel arte, pero la enseñaba á otros, responde estas palabras (2): *Nec Majestati divinæ, neque evangelicæ disciplinæ congruit, ut pudor atque honor Ecclesiæ tam turpi contagione fœdetur*; que no convenia á la Majestad divina ni á la disciplina evangélica que la honestidad y la honra de la santa Iglesia fuese contaminada con cosa tan fea.

Por donde se ve la ponderación con que se debe tratar deste negocio, y la cuenta que todos los grandes gobernadores de la república tuvieron de apartar della todo lo que podia, ó estragar las costumbres, ó ablandar y afeminar los ánimos, ó afear y oscurecer la excelencia y resplandor del glorioso título que tenemos de cristianos.

Y también se ve que, puesto caso que en ley de gobierno político se debe dar alguna recreación y entretenimiento al vulgo, porque difícilmente puede vivir sin él; pero que no es buena recreación la que es dañosa á las buenas costumbres y destruidora del vigor y esfuerzo varonil, con tanta ofensa de Dios, que es el conservador y amplificador de todos los reinos y señoríos. Otros ejercicios se pueden instituir de tanto entretenimiento y gusto y de más provecho para el pueblo, como son aquellos en que se ejercita y habilita el cuerpo para los trabajos y ocupaciones militares, que son propias de hombres y necesarias para la guerra, que do quiera que hay enemigos siempre se ha de temer.

(1) Lib. *De spectac.*, cap. XI.

(2) Cip., epist. LXI.

Y aunque es verdad que por ser limitada la virtud del hombre, no puede estar siempre ocupado en cosas graves, y que tiene necesidad de intermisión en los trabajos y de alguna honesta recreación, y que, según Aristóteles y santo Tomás (1), es virtud saberse recrear y dar entretenimiento á los otros con la medida y tasa que manda la razón, y que para hacerlo como se debe nos ayuda la virtud que ellos llaman eutrapelia, y nosotros podemos llamar en latín *jocunditas*, y en castellano honesto entretenimiento ó apacible conversación; pero también es verdad lo que el mismo angélico doctor nos enseña (2), que es pecado el usar en estas recreaciones y entretenimientos de palabras lascivas ó de hechos torpes y feos, y el dejarse llevar demasiado y sin rienda del gusto y entretenimiento, que ha de ser como la sal en el manjar, y el hacer ó decir cosa que no sea muy circunstanciada y muy conveniente al lugar y al tiempo, y á la persona que se recrea.

Y conforme á esta doctrina, puesto caso que pueda ser que las cosas que se representan sean tan honestas y santas, y representadas por tales personas y de tal modo, que no dañen á las costumbres, sino que sirvan de honesta recreación y deste justo y loable entretenimiento; pero cierto que las que se representan por hombres y mujercillas infames, y de cosas lascivas y amorosas, son la ruina y destrucción de la república. Y los entremeses que se mezclan entre las cosas sagradas son muy perjudiciales é indignos de la gravedad cristiana; porque si las palabras malas corrompen las buenas costumbres, como lo dice el apóstol san Pablo (3), ¿qué harán las cosas feas y torpes cuando se ven, pues es más agudo el sentido de la vista que el del oído, y hiere y mueve más al alma lo que se le representa por los ojos que por los oídos? Especialmente

(1) Lib. IV, *Ethic.*, cap. VIII, 2, 2, q. 168, art. 2.

(2) 2, 2, q. 168, art. 2 y 3.

(3) I, *Cor.*, XV.

que en las representaciones, como dice Salviano (1), todos los sentidos son combatidos y contaminados. Y si el Espíritu Santo nos manda (2) que no miremos á la mujer liviana, si no queremos caer en sus lazos, y que no nos paremos á ver la mujer bailadora, ni oyamos su voz, si deseamos no perdernos, ¿quién será tan atrevido ó tan confiado, que, contra lo que manda el Espíritu Santo, presume de sí que estará seguro en tan manifiesto peligro, y sin lesión en medio de tan infernales llamas? Pues las mujercillas que representan comunmente son hermosas, lascivas y que han vendido su honestidad, y con los meneos y gestos de todo el cuerpo y con la voz blanda y suave, con el vestido y gala, á manera de sirenas, encantan y transforman los hombres en bestias, y les dan tanto mayor ocasión de perderse, cuanto ellas son más perdidas, y por andar vagueando de pueblo en pueblo, menos se echa de ver su perdición.

Y así no hay para qué ninguno quiera asirse de la doctrina de santo Tomás, y dar por bueno lo que al presente en algunas partes se hace, por lo que este sapientísimo doctor dice que se puede hacer. Porque lo que dice santo Tomás es, que de suyo, y mirada la naturaleza de la cosa en sí, no es pecado el representar ni ver representar comedias, ni el oficio de representar es ilícito y malo en sí; porque si fuere tal, siempre sería malo y culpable, y por ningún respeto y circunstancia podría ser bueno, y esto es falso. Y lo que nosotros decimos es verdad, que entreviniendo en las representaciones palabras lascivas, hechos torpes, meneos y gestos provocativos á deshonestidad, de hombres infames y mujercillas perdidas, y habiendo exceso y demasia en las comedias que cada día se representan, son ilícitas y perjudiciales, según la doctrina que habemos declarado del mismo santo Tomás, y el mismo santo las condenara como agora en muchas partes se usan.

(1) *Salu.*, lib. VI, *De prov.*

(2) *Eccles.*, IX.

Y pues en las cosas morales no se ha de mirar tanto lo que se puede y debe hacer, quanto lo que se hace y lo que según el curso común probablemente siempre se hará, bien claro está lo que de semejantes representaciones debemos juzgar y lo que deben mandar los gobernadores de la república, los cuales algunas veces permiten algunos males por excusar otros mayores, y otras por no saber tan particularmente todos los daños que dellos se siguen. Y los que nacen destas comedias son tantos y tan grandes, que, como dice san Juan Crisóstomo, no podemos saber cuán grandes son. Y sé yo de algunos destes comediantes, cuando Dios les ha tocado el corazón, y con la luz de su gracia han conocido su mal estado y deseado salir dél, nunca acaban de decir y llorar la infinidad de pecados espantables y daños irreparables que con semejantes representaciones se cometen, como hombres que tan bien lo saben y han sido artífices y maestros dellos. Pero ya es tiempo que volvamos á lo que tenemos comenzado, y digamos los medios que habemos de usar para aprovecharnos de la tribulación.





CAPÍTULO XII

*De los medios que debemos tomar en el tiempo de la
tribulación*

PUES los medios que habemos dicho en el capítulo precedente no son buenos ni eficaces para aliviar nuestras penas ni curar las llagas que nos hace la tribulación, razón será que busquemos otros ciertos y poderosos para librarnos dellas. Porque, ya que no está en nuestra mano evitar la tribulación, sepamos á lo menos cómo nos habemos de haber cuando viniere, para que no nos empezca, ó nos ayude y aproveche, que es lo que pretende el Señor. Sea pues el primer remedio, y como escudo fuerte contra los golpes de la tribulación, conocer el hombre que es hombre, que quiere decir sujeto á todas las miserias y calamidades del mundo, y tener entendido que todo él es lugar de destierro y está lleno de fieras bravas y sembrado de abrojos, y que no podemos poner el pié, por más que parezcan rosas y azucenas, sino sobre espinas, y que ha-

bemos de ser heridos y lastimados dellas. ¿Quién se maravilla que haga calor en los días caniculares, ó frío en el corazón del invierno, ó que se maree el que navega? Ninguno por cierto; sino el que no supiere qué cosa es navegar ó no tuviere entendido la calidad de los tiempos. Pues ¿por qué se maravilla el hombre que padezca como hombre y sea combatido de las ondas y miserias á que está sujeto cualquier hombre que navega por el golfo turbulento y peligroso desta vida miserable?

Con esta consideración ganará dos cosas: la una, el no maravillarse de trabajo ninguno que le venga, pues es la fruta ordinaria que se coge en este valle de lágrimas; y la otra, el estar apercebido y armado contra los golpes de la aflicción, y así sentirlos menos, como lo dice el glorioso mártir san Cipriano con estas palabras (1): «Necesaria cosa es que todos los días de nuestra vida vivamos en tristeza y llanto, y que comamos el pan con sudor y trabajo. Y por esto cada uno de nosotros, cuando nace y entra en la posada deste mundo, comienza á llorar, y aunque por entonces, como inorante de todas las cosas, no sabe más que llorar, todavía con un natural instinto el ánima lamenta los trabajos, fatigas y tempestades del mundo en que entra y ha de pasar. Porque mientras durare la vida han de durar los sudores y trabajos, los cuales no pueden tener otro mayor alivio y consuelo que la paciencia y sufrimiento.»

De aquí suba otro escalón y conozca que no solamente es hombre, sino también pecador y merecedor de castigo, y que son menores las penas que padece que las culpas que cometió, y diga, con los hermanos de Josef (2): «Justamente padecemos estos males porque pecamos contra nuestro hermano y no le oímos cuando nos rogaba.» Y la santa Judit (3): «Consideremos que son menores nuestros

(1) Lib. *De bono patient.*

(2) *Genes.*, IV.

(3) *Jud.*, VIII.

trabajos de lo que por nuestros pecados merecemos.»

Y si por ventura la tribulación es algún falso testimonio que le levantan, ó alguna vana sospecha que no tiene culpa, no por eso se justifique, sino agradezca al Señor que no la tiene en aquello que le impone, y conozca las otras muchas que tiene, por las cuales ha merecido aquella y otra cualquiera mayor tribulación. El glorioso san Gregorio Magno, siendo perseguido y maltratado, contra razón y justicia, de Mauricio, emperador, le escribe estas palabras (1): «Yo soy hombre pecador, y porque continuamente ofendo á Dios, pienso que delante de su tremendo juicio es algún remedio de mis culpas el ser continuamente afligido por ellas, y creo que vos, señor, tanto más aplacáis y ganáis la gracia de Dios, cuanto, como á siervo suyo descuidado y flojo, más me afligís.»

Espántese de la bondad de Dios, que no le castiga, conforme á la gravedad de sus culpas, en el infierno, y le trata como un juez piadoso á un ladrón que, mereciendo, según las leyes, pena de muerte, se contenta con tenerle pocos días en la cárcel.

Examine bien su conciencia y alimpiéla y purifíquela, y despida de sí todo lo que viere que puede desagradar á Dios y tenerle enojado contra sí, y ser causa de aquella aflicción. Acuda á Él por oración humilde y devota, por la confesión frecuente y sencilla, y recíbale á menudo en el sacrosanto Sacramento del altar con profundísima reverencia y filial amor. Porque las llagas que hace Dios, por ninguna otra mano, sino por la suya, se pueden sanar. Y las medicinas con que Él las suele curar son los santos sacramentos que Él instituyó, como unos saludables, divinos y eficaces remedios de todas nuestras dolencias, y particularmente el Sacramento del altar que es Sacramento de los sacramentos y fuente copiosísima de la gracia, en el cual el mismo Dios se comunica al ánima afligida y necesitada, y la cura con-

(1) Epist. XXV, lib. IV.

sigo mismo, siendo, no solamente médico sapientísimo, sino también medicina suavísima y eficacísima para sanar todas sus enfermedades.

Y para que haga todo esto con más facilidad y gusto, acuérdesese de lo que arriba enseñamos, que Dios nuestro señor es la primera y principal causa de cualquier mal de pena y trabajo que nos venga, y que nos azota como padre, y que el mismo azote es señal de amor. Por tanto, aunque nos parezca que los trabajos que tenemos nos vienen por la malicia de los hombres, sepamos que no son ellos parte, ni todo el infierno, para quitarnos un cabello, si el Señor no se sirviese de su mala voluntad para nuestro bien. Que pues el demonio no tuvo poder de tocar en la hacienda y en la carne del santo Job (1) hasta que se le dió el Señor, y para entrar una legión de demonios en los puercos pidieron primero licencia á Cristo nuestro redentor (2), y todos nuestros cabellos están contados delante de su acatamiento, cierto es que no es parte nadie para empecernos sin su voluntad. Y así el mismo santo Job (3), aunque el demonio le había muerto los hijos, y robádole y quemádole su hacienda, y llenado su cuerpo de una espantosa lepra, no atribuyó estas calamidades suyas al demonio, sino á Dios, que se había querido servir dél para su bien, y por esto dijo: «El Señor nos lo dió y el Señor nos lo quitó; sea su nombre bendito.» Y conforme á esto, dice san Agustín (4): «Ninguno diga: El demonio me ha hecho este mal; atribuid á Dios vuestro azote, porque el demonio no os puede hacer más mal de lo que le es permitido ó para pena ó para corrección: para pena á los rebeldes, para corrección á los buenos.» Por esta misma causa dice el bienaventurado san Gregorio (5): «Siempre

(1) Job, I.

(2) Luc., VIII.

(3) Job, I.

(4) Aug., *in psalm.* XXXI.

(5) Lib. II, *Moral.*, cap. VI.

la voluntad de Satanás es perversa, pero nunca su potestad es injusta, porque de suyo tiene la voluntad, y de Dios la potestad.» Y así lo que él desea hacer injustamente, nunca Dios permite que lo pueda hacer sino justamente. Y esta es la causa porque en los libros de los *Reyes* se dice (1) que el espíritu malo del Señor atormentaba á Saúl. El mismo espíritu se llama espíritu del Señor y espíritu malo: del Señor, por la licencia justa que él le daba, y malo, por el deseo de su injusta y maligna voluntad. El casto y amable Josef, cuando fué conocido, sus hermanos, estando ellos atónitos y pasmados, les dijo (2): «No temáis ni os parezca cosa dura y extraña que me hayáis vendido para estas partes, porque Dios me ha enviado delante de vosotros para conservar vuestra vida y salud.» El santo rey David (3), cuando Semey le maldecía, dijo á sus capitanes, que le querían matar, que no lo hiciesen, porque Dios le había mandado que le maldijese y afligiese, y que pues era así, que no era justo que ninguno dijese á Dios: «¿Por qué hacéis esto? Pero más excelentemente que nadie nos ha enseñado esta verdad Cristo nuestro redentor, cuando, mandando á san Pedro que envainase el cuchillo, añadió: «¿No quieres que beba el cáliz que me ha dado mi Padre?» No dijo el cáliz que me ha aparejado Judas ó los escribas y fariseos, porque sabía que todos estos no eran sino criados, que le servían la copa del Padre. Y cuando, maravillándose Pilato que no le respondía, teniendo él potestad de crucificarle y de librarle, le dijo el Señor (4): «No tendrías tú potestad ninguna contra mí si no te la hubiesen dado de arriba.»

La sanguijuela chupa la sangre del enfermo, y lo que pretende es hartarse della, y si pudiese, bebérsela toda; mas el médico pretende con ella sacar la mala sangre y

(1) I, *Reg.*, XVIII.

(2) *Gen.*, XLV.

(3) II, *Reg.*, XVI.

(4) *Joann.*, XIX.

dar salud al enfermo, el cual sería imprudente si no se dejase sacar la mala sangre, mirando más á lo que pretende la sanguijuela que á la intención del médico. De la misma manera debemos hacer nosotros en cualquier trabajo que nos venga por parte de los hombres ó de las criaturas, pues todas ellas sirven al sapientísimo Médico de sanguijuelas y de remedios para evacuar la mala sangre y darnos entera salud. Y por esto el real profeta David se volvió á Dios como á médico soberano y le dijo, según la traslación del texto hebreo que hizo san Jerónimo (4): «Librad mi ánima de manos del hombre perverso, que es vuestro cuchillo, con el cual herís y castigáis.»

(4) Psalm. XVI.





CAPÍTULO XIII

De otros medios que podemos usar

DEMÁS desto, acuérdesese el que está afligido que Dios nuestro Señor es fiel en sus promesas, y verdadero y fiel amigo de los suyos, y que está más presente con ellos en sus tribulaciones que en ninguna otra cosa, aunque menos lo parezca. Cosa es muchas veces repetida y prometida en la Sagrada Escritura, el socorro y favor que da Dios nuestro Señor á los suyos cuando le llaman en el tiempo de la tribulación; y por ser tan clara y tan sabida, no traigo aquí los lugares de las divinas letras que hablan desto; solamente diré lo que dijo san Bernardo sobre aquellas palabras del salmo (1): « Con el estoy en la tribulación; librarlo he y glorificarlo he.» Dadme, Señor, dice este santo, siempre tribulaciones, para que siempre estéis conmigo. Y así, pida instantemente al Señor y procure criar en su pecho esta segura confianza; que Dios es su padre y está con él, y que no le puede venir trabajo ni

(1) Bernar., *in psalm.* XC.

pena que no sea por su mano, y que no es parte toda la potencia del mundo ni la del infierno para quitarle un cabello, como habemos dicho, sin su divina voluntad. Y aunque esté atado sobre el altar y debajo del cuchillo para ser sacrificado como otro Isaac (1), y en la cestilla de mimbres como estuvo Moisés (2), y aherrojado en la cárcel como Josef (3), y en el lago de los leones como Daniel (4), y en el horno de Babilonia como los tres mozos sus compañeros (5); aunque esté en medio de los hombres armados con las piedras para arrojárselas, como estuvo la casta Susana (6), y en el desierto como David (7), perseguido y cercado de Saúl, y en el vientre de la ballena como Jonás (8), y desmayado debajo del enebro como Elías (9), y cercado de los soldados del Rey de Siria como Eliseo (10), y sustentado con pan de tribulación y agua de angustia como Miqueas (11), y medio sumido y anegado de las olas, como san Pedro (12) y como san Pablo (13), en el abismo y profundidad de la mar, sepa cierto que volviéndose y llamando con puro y fiel corazón á Dios, le socorrerá y le dará la mano, y le sacará á puerto de quietud y tranquilidad. Dígale, con el real profeta David (14): «Aunque camine por medio de la sombra de la muerte, no temeré las tribulaciones, porque vos, Señor, estáis conmigo.» Y lo que dijo Job: «Señor, ponedme á vuestro lado, y pelee quien quisiere contra mí.»

(1) *Genes.*, XXII.

(2) *Exod.*, II.

(3) *Genes.*, XXXIX.

(4) *Dan.*, VI.

(5) *Dan.*, III.

(6) *Dan.*, XIII.

(7) *I, Reg.*, XXXIII.

(8) *Joan.*, II.

(9) *III, Reg.*, XIX.

(10) *IV, Reg.*, VI.

(11) *III, Reg.*, II.

(12) *Matth.*, XIV.

(13) *II, Cor.*, XI.

(14) *Psalm.* XXII.

Tengo por cierto que tras la tribulación vendrá la consolación del Señor, y tras la noche el día, y tras el invierno áspero y frío, la primavera alegre y templada. Porque, así como el buen tañedor de vihuela no estira demasiado la cuerda, porque no se rompa, ni la afloja mucho, porque no haría consonancia y armonía, así aquel músico celestial no nos da siempre prosperidad, porque no aflojemos y perdamos la suave armonía de la virtud, ni tampoco nos aprieta siempre con trabajos y aflicciones, porque no quebrems y desesperemos en ellos; y comunmente la tristeza de la vigilia es pronóstico y señal de la alegría de la fiesta que tras ella Dios nos envía. Y así, dice san Gregorio (1): «Si miramos verdaderamente el curso desta nuestra vida, hallaremos que no hay en él cosa firme y estable, sino que, como el caminante unas veces anda por los campos llanos, otras por las sierras ásperas, así nosotros, ya gozamos de la prosperidad, ya somos apretados de la adversidad, y un tiempo sucede á otro tiempo, para que ni nos levante la prosperidad, ni la adversidad nos derribe. Por tanto, anhelemos por aquel que siempre es uno y el mismo, y no se muda con ninguna mudanza de tiempo, y con tal moderación ha templado las cosas desta vida, que siempre, ó la adversidad se siga tras la prosperidad, ó al contrario, la prosperidad tras la adversidad, para que, humillados con la una, lloremos nuestras culpas, y recreados con la otra, no desfallezcamos, y la tengamos por áncora firme en nuestros trabajos.» Y Séneca dice (2): «Dios rige este reino que ves con varias mudanzas.» Tras los ñublados viene la serenidad, después de la bonanza se turba el mar, los vientos soplan á veces, tras la noche sigue el día, una parte del cielo sube y otra baja. Esta ley habemos de seguir, á ésta obedecer, y creer que todo lo que se hace se debía hacer, y no reprender á la naturaleza, porque es

(1) Epíst. XC, lib. III.

(2) Epíst. CVII.

excelente cosa pasar con alegría lo que no se puede excusar, y sin murmuración acompañar y obedecer á Dios, que es autor de todas las cosas. Éste es grande ánimo, que se entrega á Dios, y por el contrario, aquél es pequeño y civil, que resiste y se queja del orden del mundo, y quiere antes culpar á Dios que emendar á si mismo.

Acuérdese que es mejor la adversidad que la prosperidad, como arriba dijimos, porque las cosas prósperas muchas veces estragan el corazón con soberbia, y las adversas, por el contrario, le purifican con el dolor. En aquéllas se levanta el corazón; en éstas, aunque esté levantado, se humilla. En aquéllas se olvida el hombre de sí mismo, y en éstas se acuerda de Dios. Por aquéllas muchas veces las buenas obras se pierden, por éstas las culpas cometidas en muchos años se limpian, y el ánimo se conserva para no caer en otras. Y en efeto, son innumerables y maravillosos los frutos que saca el hombre de la tribulación, si se sabe aprovechar della.

Pero el remedio más fuerte y eficaz para resistir y vencer todos los encuentros y golpes de la tribulación, es considerar con atención la vida y muerte de Cristo, nuestro redentor, y procurar de imitar su paciencia y mansedumbre; porque, ¿qué cosa puede parecer áspera á un hombrillo y vil gusano, mirando á Dios por su amor enclavado en una cruz? ¿Qué no sufrirá por sus pecados el que ve padecer tanto por los ajenos al Señor de la majestad? Y así, el Apóstol, después de haber contado las persecuciones y tormentos de muchos santos, y puéstolos por ejemplo de paciencia y constancia, dice estas palabras (1): «Por tanto, nosotros, que tenemos delante un escuadrón de tales testigos, dejando el peso y la carga del pecado que nos cerca, corramos por la paciencia á la batalla que nos está aparejada, mirando siempre al autor y consumidor de la fe, Jesucristo, el cual, teniendo delante el gozo, y des-

(1) *Heb.*, XII.

preciando la confusión y oprobrio del mundo, padeció en la cruz y está asentado á la diestra del trono del Padre.» Acordaos, pues, de aquel que padeció de los pecadores tan grande contradicción é ignominia, para que no se cansen ni desfallezcan vuestros corazones, porque aún no habéis peleado ni resistido al pecado hasta derramar la sangre, y estáis olvidados de la consolación, que os habla como á hijos y os dice: «Hijo mio, no tengas en poco la disciplina y castigo del Señor, ni desmayes cuando fueres de Él castigado.» Todas éstas son palabras del apóstol san Pablo.

Finalmente, debemos considerar que la grandeza de aquella bienaventuranza que aguardamos y alcanzamos por medio de los trabajos, sobrepuja infinitamente á todos los que en esta vida podemos padecer, como lo dice el mismo Apóstol por estas palabras (1): «No tienen que ver las aflicciones que padecemos en esta vida, cotejadas con la gloria advenidera que esperamos.» Y en otro lugar (2): «El trabajo momentáneo y liviano de nuestra tribulación es materia de un inestimable peso de gloria que por él se nos da en el cielo.» Los que pasan algún río caudaloso é impetuoso no miran á la corriente de las aguas, porque no se les turbe y desvanezca la cabeza; mas ponen los ojos en el cielo ó en la tierra firme y estable. Lo mismo habemos de hacer nosotros, que para que las aguas violentas y furiosas de las tribulaciones no nos turben y hagan perder el sosiego y la quietud de nuestra alma, debemos desviar dellas los ojos, y fijarlos en el cielo y en aquella tierra firme, perpetua y segura de los vivientes que esperamos.

Todos estos frutos y esperanzas pierden los malos con su impaciencia, con la cual los mismos trabajos se hacen más pesados y duros de llevar, pues de grado ó por fuerza, queramos ó no queramos, los habemos de llevar, y llevándolos de buena gana, se hacen más ligeros; porque, como

(1) *Roman.*, VIII.

(2) *II, Cor.*, IV.

dice Boecio (1): *Beata sors omnis est æquanimitate tolerantis*. No hay suerte ninguna tan trabajosa, que no sea dichosa y bienaventurada si se lleva con paciencia y ánimo sosegado; y al contrario, llevando los trabajos cansadamente, son insufribles, porque la carga se hace mayor, y sola la impaciencia ya es una sobrecarga, que pesa más que la misma carga.

Gran prudencia es saber el hombre divertir y entretener el corazón en cosas que le den alivio y esfuerzo cuando anda caído y desmayado, y con leer á ratos un buen libro, ó oír un buen sermón, ó platicar con algún amigo fiel y prudente, ó espaciarse y recrearse en algún honesto entretenimiento, engañar sus penas y sustentar la flaqueza humana, y aprovecharse de los remedios corporales para los trabajos del cuerpo, y de los divinos para el mismo cuerpo y para el ánimo, de donde muchas veces se suelen derivar y comunicar al cuerpo los contentos y las penas.

Sea, pues, la conclusión deste capítulo, que nos pongamos, como un enfermo que desea mucho la salud, en manos del Médico sapientísimo y soberano, y le digamos, con san Agustín: «Señor, cortad aquí y quemad aquí, con tal que nos perdonéis eternamente.» Que, pues, lo hacemos cada día con los médicos corporales, en los cuales hay tan poca seguridad y acierto en la calidad y cantidad de las purgas que recetan, y en los remedios peligrosos y dolorosos que ordenan, más justo es que lo hagamos con aquel divino Médico, que es autor de nuestras penas y sólo las puede curar; porque, así como no hay pena ni dolor que no venga por la mano del Señor, así no hay fuerza para resistirle sino la suya, y ésta nunca nos faltará si nosotros no faltamos, confiando en nosotros mismos y desconfiando de Él. Estando santa Felicitá con gravísimos dolores de parto en la cárcel, y quejándose, le dijeron los ministros de justicia, que eran infieles, que si no podía padecer los

(1) Lib. II *De hon. pros.*, 4.

dolores del parto, ¿cómo podría pasar los horribles y atroces tormentos que le estaban aparejados: Respondió la Santa muy discretamente: «Ahora padezco yo por mí; entonces padecerá Cristo en mí.» Y por esto en el *Martirologio romano*, á los siete de Marzo, hablando desta santa, se dice, alegando á san Agustín: «Con los dolores del parto se quejaba, y echada á las bestias fieras, se gozaba.» Y es así, que Él padece en nosotros, vistiéndonos de su virtud, y nosotros padecemos en Él, alentados con su espíritu y esforzados con su vigor y gracia. Por esto llamó el Profeta al Señor (1) su paciencia, porque no solamente nos manda que la tengamos, sino porque nos da lo que nos manda. Y por esto nos debemos siempre sujetar en todo á su divina disposición, y procurar en todos los tiempos, de prosperidad y de adversidad, de día y de noche, mirar á Él y tener fijo nuestro corazón en Él, como el aguja de marear mira y no se desvía del Norte; porque si no le perdemos de vista, tendremos guía cierta y segura para pasar el golfo tempestuoso desta vida, y podremos contrastar y vencer las horribles ondas y furiosos vientos de la tribulación.

(1) Psalm. LXX.





CAPÍTULO XIV

*De la conformidad que debemos tener con la voluntad
de nuestro Señor*

Todos éstos son maravillosos medios para hallar alivio en nuestros trabajos, y en la tormenta tranquilidad. Pero mucho importará pedir muy de veras á nuestro Señor que nos dé una perfectísima conformidad con su voluntad. Y que, por más áspero y penoso que sea el camino por el cual quiere que vamos, vamos siempre por él con contento y alegría, queriendo lo que Él quiere. No porque en sí á nuestro gusto estragado sea sabroso, sino porque aunque sea desabrido, se hace sabroso con la dulzura de su beneplácito y santísima voluntad, la cual es la regla de todas las buenas voluntades, y en tanto es una y se puede llamar buena voluntad, en cuanto se conforma con la voluntad divina; y en tanto mala, en cuanto discrepa y se desvía della. Y aquella voluntad es más perfecta y mejor, que está más nivelada con este nivel, y aquella más imperfecta y perversa, que más desdice y se aparta desta perfectísima

medida y regla; porque, así como es más resplandeciente la cosa que más participa de la luz del sol, y más caliente la que es más semejante al fuego, y más ligera la que está más conjunta al movimiento y velocidad del primer mobile, porque cada cosa destas es la primera, en su género y medida, de las demás; así la voluntad que está más rendida y sujeta á aquella voluntad que es metro y mensura de todas las voluntades, que es la de Dios nuestro Señor, es más acertada y derecha. Por esto, sobre aquellas palabras del salmo: «Á los rectos les conviene la alabanza», dice la glosa (1): «Aquél tiene el corazón recto, que quiere lo que Dios quiere.» Y en otra parte dice (2): «Torcido tiene el corazón el que no quiere lo que Dios quiere.» Conforme á esto, dice san Agustín (3): «La justicia de Dios alguna vez quiere que estés sano, y otra que estés enfermo; si cuando estás sano la voluntad de Dios te parece dulce, y amarga cuando estás enfermo, no tienes derecho corazón; ¿por qué? Porque no quieres enderezar tu voluntad y nivelarla con la voluntad de Dios, sino torcer la voluntad de Dios á la tuya. La voluntad del Señor derecha es, y la tuya torcida, y por esto la tuya se ha de enderezar y regular con la de Dios, y no la de Dios torcerse con la tuya, y desta manera tendrás recto el corazón. Cicerón dice (4) que la verdadera amistad consiste en un querer y no querer: en querer lo que quiere, y en no querer lo que no quiere el amigo. En ninguna cosa muestra el hombre más lo que quiere á Dios, que en esta verdadera amistad y en la conformidad y sujeción de su voluntad, y en querer lo que quiere y en no querer lo que no quiere. Esto es lo más subido y perfecto del amor, esto lo que levanta y sube de punto la virtud, esto lo que de hombres hace ángeles, y estando aún en este cuerpo mortal, nos hace moradores

(1) Psalm. XXXII.

(2) Psalm. CX.

(3) Aug., in *psalm.* XXXV.

(4) Cicer., *De Amicit.*

del cielo. Todas las personas que tratan de oración y mortificación, y de aventajarse en la excelencia y perfección de la vida cristiana, deben procurar con grande ahinco alcanzar este rendimiento y conformidad con la voluntad de Dios. Á este blanco han de enderezar sus deseos, éste debe ser el fin de sus santos ejercicios, ésta la suma y fruto de sus trabajos. Tanto piense cada uno haber aprovechado en el camino de la virtud, cuanto hubiere aprovechado en esto, y sepa que tendrá tanto más de descanso y quietud, cuanto menos fuere suyo y más fuere de Dios, abnegándose á sí, y desapropiándose de su voluntad, resignándose en todo y por todo en la voluntad divina, y haciéndose una cosa con ella. El rey David fué llamado de Dios varón según su corazón, por esta resignación perfectísima que tenía á la divina voluntad, y porque tenía su corazón tan rendido y sujeto al corazón del Señor, y tan aparejado para cualquiera cosa que Él quisiese imprimir en él, de trabajo ó de alivio, como está una cera blanda en las manos del artífice para recibir cualquiera figura ó forma que le quisiere dar (1). Que por esto dijo él dos veces: «Aparejado está mi corazón, Dios mío; aparejado está mi corazón.» Y vióse bien este rendimiento de corazón cuando, huyendo de su hijo Absalón, mandó á los sacerdotes que le acompañaban con el Arca del Testamento, que se volviesen con ella á Jerusalén, para que el Arca no anduviese peregrinando y estuviese en peligro. Y añade estas admirables palabras (2): «Volved el Arca á la ciudad; si yo hallare gracia en los ojos del Señor, Él me restituirá y me la mostrará, y su tabernáculo. Y si me dijere: No me agradas, no quiero que seas rey; aquí estoy, haga de mí lo que fuere servido.» Y el apóstol san Pablo, cuando Dios le derribó y cegó para levantarle y alumbrarle, y hacerle vaso escogido de su santo nombre, la primera cosa que apren-

(1) *Act.*, XIII.

(2) *II, Reg.*, XV.

dió en la celestial escuela fué esta resignación y á decir (1): «Señor, ¿qué queréis que haga?» Y cuando el mismo apóstol iba á Jerusalén, y Agabo, que era profeta, le profetizó que había de ser en ella preso y maniatado de los judíos, y se lo quisieron estorbar, respondió con esforzado y valeroso corazón (2): «¿Por qué lloráis y afligís mi corazón? No solamente estoy aparejado para ser preso, sino para recibir la muerte en Jerusalén por el nombre de mi Señor Jesucristo.» Y todos los otros discípulos, que le querían estorbar la jornada, se quietaron y sosegaron, diciendo: «Hágase la voluntad del Señor.» Pero ¿para qué traemos otros ejemplos, teniendo por dechado desta doctrina á Cristo, nuestro redentor, el cual en todas sus acciones nos enseñó esta dependencia de la voluntad divina? Pues en una parte dice (3) que bajó del cielo, no para hacer su voluntad, sino la voluntad de su Padre, que le había enviado; y en otra (4), que no estaba solo, sino que su Padre estaba con Él, porque hacía lo que le agradaba; y en otro lugar dijo (5) que su manjar era hacer la voluntad del que le había enviado al mundo. Y estando para partirse dél, y en aquella agonía del huerto, aunque, como hombre que sentía sus penas y estaba angustiado por la representación de los tormentos que había de pasar, y de la horrible muerte que tenía delante de los ojos, con inclinación natural suplicó al Padre eterno que si era posible le librase de aquel cáliz amargo y desabrido, luégo, con el apetito racional y superior, añadió (6): «Pero hágase, no lo que yo quiero, sino lo que Vos queréis.» En lo cual nos declaró el Señor que no es pecado huir naturalmente el trabajo y la cruz y la muerte; pero que debemos con la razón reformar este

(1) *Act.*, IX.

(2) *Act.*, XXI.

(3) *Joan.*, VI.

(4) *Joan.*, VIII.

(5) *Joan.*, IV.

(6) *Matth.*, XXVI.

natural apetito, y con el espíritu del cielo esforzar nuestra flaqueza y abrazar lo que ella aborrece, por conformarnos en todo con la divina voluntad. Y esto mismo nos enseñó cuando en la oración del Padre nuestro manda que digamos (1): «Hágase vuestra voluntad como en el cielo, así en la tierra»; en la cual petición está cifrada la suma de todo nuestro bien, el cual consiste en que nuestra naturaleza depravada se reforme y enfrene sus apetitos desordenados y bestiales con la ley del Señor, y obedezca perfectamente á sus mandamientos, obrando lo que Él manda que obremos, y huyendo de lo que Él quiere que huyamos, y contentándonos con el estado que por la divina disposición nos ha sido dispensado, y con la suerte de pobreza ó de riqueza, de alteza ó de bajeza, de salud ó de enfermedad, de adversidad ó de prosperidad, ó de otra cualquier condición ó manera de vida que el Señor nos haya repartido. Y esto con aquella alegría, resignación y prontitud cuanto nos fuere posible, según el estado desta nuestra peregrinación y flaqueza, con que todos los santos del cielo, y aquellos purísimos espíritus que le asisten y gozan de su bienaventurada presencia lo hacen, queriendo siempre lo que Él quiere y estando colgados de sus mandatos. De manera que habemos de procurar tener la misma voluntad que el Señor tiene en lo que Él quiere que la tengamos; porque, como dice san Anselmo (2), ninguna voluntad es justa sino la que quiere lo que Dios quiere que quiera. Y desto se sigue que no está el hombre obligado á querer todo lo que quiere Dios, sino á querer todo lo que Él quiere que quiera. El hijo, como dice san Agustín (3), obligado está á desear que viva su padre, y esto quiere Dios que él quiera, aunque por otra parte el mismo Dios quiere que muera el padre. Y la razón desto es, porque la voluntad

(1) Matth., VI.

(2) Lib. *De lib. arb.*, cap. VI.

(3) Aug., *Enchirid.*, cap. CI.

divina no es regla de la voluntad del hombre, que es criatura racional y libre, sino en cuanto le propone lo que quiere que haga ó deje de hacer; ni el súbdito está obligado á conformarse con la voluntad de su superior hasta que el superior le declare su voluntad. Y cuando el Señor nos manifiesta la suya, pecho por tierra la habemos de obedecer y querer lo que Él quiere que queramos, y no querer lo que Él quiere que no queramos; porque en esto, como dijimos, está la suma de nuestro bien y perfección. Y por este medio el ánima se viene á unir con Dios como con su último fin, abnegando su propia voluntad y cumpliendo la divina, y procurando de ser de tal manera una cosa con Él, que por ninguna cosa que se pierda, pierda ella su paz y quietud. En un diálogo que escribió santa Catalina de Sena, *De la absoluta perfección del cristiano*, dice, entre otras cosas (1), que Cristo nuestro Señor, su dulcísimo esposo, le había enseñado que hiciese uno como aposento de una fuerte bóveda, que era la divina voluntad, y que se encerrase y morase perpetuamente en él, y que no sacase dél jamás ni ojo ni pié ni mano, sino que siempre estuviese recogida en él, como la abeja cuando está en su corcho, y como la perla en su concha. Porque, aunque al principio por ventura le parecería aquel aposento estrecho y angosto, después hallaría en él grandes anchuras, y sin salir dél pasearía por las moradas eternas, y alcanzaría en poco tiempo lo que fuera dél no se puede alcanzar en mucho. Ésta es, como dijimos, la suma y todo el caudal de nuestra perfección, que consiste principalmente en la caridad, y della, como de su raíz, nace esta sujeción y rendimiento total á la divina voluntad, que es un tesoro de inestimables bienes y merecimientos.

(1) *Ex dialogo sanctæ Catherinæ Senensis consummatam continentæ perfectionem.*





CAPÍTULO XV

*Cómo podremos merecer con los trabajos que nos vienen
contra nuestra voluntad*

Y si alguno me preguntare cómo puede agradar á Dios y ser de algún merecimiento lo que padece el hombre contra su voluntad, pues no hay pecado ni virtud, culpa ni merecimiento que no sea voluntario, respondo que así es; pero que podemos, con el favor del Señor, hacer de la necesidad virtud, y lo que al principio era involuntario y sin mérito alguno, abrazarlo de tal manera con nuestra voluntad, que sea voluntario y nos acarree grandísimos merecimientos. Como el que en una peligrosa tormenta echa su hacienda en la mar por no perderse, aunque le pesa de perder su hacienda y no querría echarla, y por esta parte la echa contra su voluntad; pero mirando que la necesidad le obliga á perder la hacienda ó á perder la vida, quiere antes perder la hacienda que no la vida, porque estima más la vida que la hacienda. Y por esto

echa en la mar su hacienda por su propia voluntad, y quiere voluntariamente por hallarse en aquel trance peligroso, lo que no quisiera si no se hallara en él. Desta manera debemos hacer nosotros, que ya que por nuestra poca virtud y tibieza no deseemos ni busquemos los trabajos, ni los tomemos por nuestras manos por agradar y servir más al Señor, á lo menos cuando Él los enviare y la enfermedad nos apretare, ó la pobreza y pérdida de hacienda nos congojare, ú otro cualquier trabajo y disgusto nos fatigare, hagamos de la necesidad virtud, y queramos lo que quiere su divina voluntad, aunque sin ella no lo quisiéramos, y ofrezcámoslo al Señor y hagamos sacrificio de la nuestra con entera resignación de nosotros mismos, la cual puede ser que sea tan fervorosa y eficaz, que agrade á Dios tanto como si por nuestra propia voluntad tomáramos aquel trabajo ó incomodidad y molestia que padecemos. Gerson dice que mereció más Job con la paciencia que tuvo, cuando el demonio le quemó la hacienda, que si por su voluntad la hubiera dado á los pobres; que algunas veces vale más el sufrimiento con paciencia de los azotes que Dios nos envía, sin quejarnos ni murmurar, ni reprender los juicios de Dios, ni tener odio ni rencor á los que nos afligen, que el abrimos á azotes y despedazar nuestras carnes con impaciencia.

Cuando el santo Job (1) perdió los hijos y la hacienda y la salud, no fué él á buscar ni provocar á Satanás para que le tentase, sino el demonio le buscó á él; pero el Santo se aprovechó de aquella ocasión y conoció el azote de la mano del Señor. Ni el santo Tobías (2) tomó por sus manos la ceguedad, antes se había puesto á reposar cuando Dios por medio de las golondrinas se la envió. Ni el casto Josef se vendió á los ismaelitas (3) ni entró en la

(1) Job. I.

(2) Tob., II.

(3) Gen., XXXVII y XXXIX.

cárcel por su voluntad. Ni David, cuando el rey Saúl le perseguía ó Semey le maldecía (1), gustaba, según su natural inclinación, de aquel trabajo que padecía; mas considerando estos santos que no les podía venir ninguno sino por la voluntad del Señor, conformábanse con ella, queriendo lo que él quería. Unas veces nosotros buscamos y hallamos los trabajos y dolores, y otras ellos nos buscan y hallan; pero en la una y en la otra manera debemos acudir al Señor y consolarnos con su voluntad y providencia; que por eso dijo David en una parte (2): «Yo he hallado la tribulación y el dolor.» Y añade: «Y invoqué el nombre del Señor.» Y en otra dice (3): «La tribulación y la angustia me han hallado, pero yo meditaré en vuestros mandamientos.» Género de descomedimiento y de mala crianza es volver á la cara cualquiera cosa que se nos envíe, y tanto es mayor la descortesía, cuanto es mayor el que la envía; y así lo es, y grandísima, no querer recibir lo que nos envía el Señor, aunque sean trabajos, y darle con ellos en el rostro.

Si un señor convidase á algún escudero con su casa, y le pidiese que le viniese á servir, y él, porque por entonces no le estaba bien, no quisiese, y después, trocadas las cosas, se viese en necesidad, y rogase á aquel señor le recibiese en su casa y se sirviese dél, según las leyes y pundonores del mundo, por ventura aquel señor no le querrá recibir, por parecerle que, pues el escudero no le quiso cuando le rogaba, no es justo que él quiera cuando el otro le ruega, ni que abra la puerta de su casa á quien tuvo tan cerrada la de su voluntad cuando le convidaban con ella. Esto hacen los gusanos de la tierra; mas el Rey soberano del cielo y de la tierra, y príncipe de inestimable majestad, no lo hace así con los gusanos viles y despre-

(1) *Reg.*, I y II, cap. XVI.

(2) Psalm. CXIV.

(3) Psalm. CXVIII.

ciados de la tierra, que somos los hombres. Antes de cualquier manera y con cualquier ocasión que vamos á Él nos acoge y recibe con buen rostro, y por mucho que nos haya rogado é importunado infinitas veces, y convidádonos con su casa, y llamado y dado aldabadas á nuestra puerta, y nosotros, como malos criados, no le hayamos respondido ni hecho caso de sus ofertas, promesas y regalos, si después, forzados de la necesidad y como por los cabellos, no hallando remedio ni consuelo, ni adonde poner el pié en alguna criatura, volvemos á Él y le suplicamos que nos admita en su casa, nos sale al encuentro, y con los brazos abiertos nos acoge, y se olvida de las veces que nos rogó y no quisimos, por el deseo amorosísimo que tiene de nuestro bien.

Destá manera, pues, podemos merecer y hacer que sea voluntario lo que de suyo no lo es. Y puesto caso que la sensualidad y la flaqueza de nuestra naturaleza repugne y sienta su dolor, y quiera salir dél, y busque los medios para ello, no por eso desmayemos ni pensemos que está todo perdido, antes venzamos con la razón y con la voluntad libre y superior esta natural inclinación, y sustentemos con el espíritu del Señor y con esta nuestra resignación y sujeción nuestra flaqueza, porque ésta es la que mira y galardona el Señor, el cual nos deja la otra inferior inclinación para ejercicio y materia de virtud, y para que sea tanto más ilustre nuestra victoria, cuanto más dura hubiere sido la pelea.





CAPÍTULO XVI

De los remedios particulares que habemos de usar en las particulares tribulaciones

Los medios que habemos dicho en los capitulos pasados para aliviar nuestras penas y hallar descanso en la tribulación son remedios generales, de los cuales nos podemos aprovechar en cualquier linaje que tengamos de cruz y aflicción, y ellos solos bastan, si sabemos usar dellos, para darnos entero consuelo y convertir nuestro llanto en alegría. Pero, demás de estos remedios generales, hay otros, de que podemos usar como de medicinas propias para algunas enfermedades particulares, que cuando se aplican con sazón y tiempo tienen grande eficacia para sanarlas. De algunos destos remedios particulares trataremos ahora con brevedad, remitiéndonos á lo que más difusamente otros muchos y graves autores han escrito.

Algunos hay que son muy afligidos de la pobreza, y más si en algún tiempo fueron ricos y ahora se ven po-

bres, ó tienen hijos y familia, sin hacienda para sustentarla, ni salud ni industria para ganarla; los cuales tanto más suelen ser combatidos, cuanto ven que otros que no son mejores que ellos son ricos y tienen copia y abundancia de los bienes temporales, y los gastan y derraman viciosa y superfluamente.

Estos tales, para su consuelo, deben considerar que el estado de la pobreza, aunque en los ojos de los hijos del siglo sea despreciado y miserable, no lo es en los ojos del Señor, antes es más alabado y tenido por más dichoso y bienaventurado que el de los ricos. Pues el unigénito Hijo de Dios, y Rey de gloria, y Príncipe soberano y Señor de todo lo criado, viniendo á este mundo, y pudiendo tomar el estado rico ó pobre á su voluntad, escogió suma pobreza, naciendo en un pesebre y muriendo en una cruz, y no teniendo cosa suya en la vida, ni donde reclinar su cabeza en la muerte, ni después della, propia sepultura. Y pues él, siendo rico, y la mina, vena y fuente de todas las riquezas, se hizo pobre por nosotros, señal es que la pobreza, no solamente no es mala, pero que es camino más llano y seguro para alcanzar el tesoro de la gloria inestimable que esperamos. Que por esto el mismo Señor llama bienaventurados á los pobres y amenaza á los ricos (1), y por el Profeta dice (2) que los ojos del Señor miraban al pobre, y que sus oídos están atentos á los ruegos dél. Y Santiago dice (3) que Dios escogió á los pobres en este mundo para hacerlos herederos del reino que prometió á los que le aman.

Considere, lo segundo, que aunque las riquezas parezcan rosas, verdaderamente no son sino espinas, y así las llamó Cristo nuestro Señor en el Evangelio (4), porque lastiman y punzan el corazón con el deseo y solicitud de

(1) Matth., V.

(2) Psalm. V et X.

(3) Jacob., XXII.

(4) Matth., VII.

adquirirlas, y después de adquiridas con el temor de perderlas, y cuando se pierden con el dolor y tristeza, la cual suele ser igual al amor y afición con que se poseían. Y por esto dijo san Bernardo (1): «El amor insaciable de las riquezas mucho más aflige el ánimo con el uso dellas, que las recrea, porque el adquirirlas está lleno de trabajos, y el poseerlas de temor, y el perderlas de dolor.» Y en otro lugar dice (2): «Bienaventurado el que no va tras aquellas cosas que poseídas cargan, amadas ensucian, perdidas afligen. ¿No es mejor despreciar con honra lo que con dolor has de perder? Y demás destas congojas y zozobras que las riquezas causan en el corazón del que las desea, posee ó pierde, hay otros peligros más dañosos, de los cuales dice el apóstol san Pablo (3) que los que desean ser ricos caen en muchas tentaciones y lazos de Satanás, y en muchos deseos inútiles y perniciosos, los cuales acarrearán al hombre muerte y perdición. Porque la raíz de todos los males es la codicia, que es servidumbre de falsos dioses y un género de idolatría, y por esto el mismo apóstol ordena á su discípulo Timoteo que enseñe y mande á los ricos que no se desvanezcan y pongan su confianza en las riquezas, porque son inciertas y fugitivas, sino en Dios vivo, que es el que las da. Y el profeta David les dice (4) que si hubiere copia de riquezas, no pongan en ellas el corazón. Y conforme á esto, considere que los mayores santos han sido más pobres, y que muchos que eran ricos dejaron las riquezas, como carga pesada y embarazosa, para librarse de las molestias y peligros que traen consigo, y hallar más fácilmente á Dios. Y aun algunos filósofos y gentiles las menospreciaron de manera, que las echaron en la mar, para poder filosofar más libremente y atender al estudio de la sabiduría.

(1) *In quodam sermone.*

(2) *Epist.*

(3) *I. Tim.*, VI.

(4) *Psalm.* LXI.

Considere asimismo que ni el deseo y codicia de las riquezas, ni el dolor y tristeza de la pobreza son parte para que el que es pobre se haga rico y salga de necesidad, sino para que ella se haga más insufrible y se acreciente con la pena. Y que, como dice Casiano (1), es gran desventura padecer las congojas de la desnudez y pobreza, y perder por nuestra culpa los frutos y tesoros que por ello podríamos alcanzar.

Finalmente, acuérdesese que ha de morir, y por ventura más presto de lo que piensa, y que saldrá deste mundo tan desnudo como entró en él, y que en aquella hora tendrá menos cuidados y dolores que el rico, pues tendrá menos que dejar y que dar cuenta á Dios, y que por la pobreza llevada con paciencia y alegría irá á lugar de descanso con Lázaro mendigo; y si fuera rico, por ventura bajará á los infiernos, como lo hizo el rico avariento (2).

Y si en algún tiempo fué rico y se halló con abundancia y prosperidad, y al presente se ve pobre y cercado de hijos y necesidad, no por eso desmaye, sino ponga los ojos en aquel Señor que siendo rico, como habemos dicho, se hizo pobre para enriquecernos y darnos ejemplo con su pobreza; y diga, con el santo Job (3): «El señor lo dió y el Señor lo quitó; sea su nombre bendito;» y haga gracias á nuestro Señor, que le quitó un enemigo que nos suele hacer cruelísima guerra, y muchas veces destruirnos y acabarnos. Porque, demás de los tres enemigos mortales que todos los hombres tenemos, que son: demonio, mundo y carne, los ricos tienen otro particular, que son sus mismas riquezas, las cuales con el regalo ablandan, y con la ocasión de pecar corrompen, y con la esperanza de salir con lo que quieren sin castigo, pervierten y arruinan sus ánimas. Por esto dijo el Espíritu Santo (4): «Si fueres rico, no serás

(1) Lib. VII, *De instit. monast.*

(2) Luc., XVI.

(3) Job., I.

(4) *Ewles.*, XI.

libre de pecado.» Y san Agustín dice (1) que la codicia y amor de las riquezas no teme á Dios ni tiene respeto á hombre, no perdona al padre, ni conoce á la madre, ni obedece al hermano, ni guarda palabra al amigo; oprime á la viuda, atropella al pupilo, hace esclavos á los que son libres, dice falsos testimonios, entrégase en la hacienda de los muertos, como si los que lo hacen no hubiesen de morir; y añade: «¡Qué locura y desatino tan grande, perder la vida y apetecer la muerte, adquirir oro y perder el cielo!»

Acuérdese de lo que dice Job (2): «El rico cuando duerme no llevará nada consigo; abrirá sus ojos y hallará las manos vacías.» En las cuales palabras nos da á entender dos cosas. La primera, que toda esta vida es un sueño, y que los que poseen muchas riquezas y grandes bienes y se tienen por ricos, realmente no lo son, sino que sueñan que son ricos. Deléitanse en las riquezas que sueñan que tienen, y en despertando á la hora de la muerte, se hallan pobres, desventurados y con las manos vacías. La otra, que cuando duermen los ricos, como dice Job, abren los ojos, lo cual es contra el uso y costumbre de los que duermen. Porque cuando queremos dormir cerramos los ojos, y cuando despertamos los abrimos. Y el santo Job dice que cuando el rico duerme abre los ojos, para darnos á entender, como dice san Gregorio (3), que cuando muere y duerme el cuerpo en la sepultura, entonces se abren los ojos del alma, para ver y conocer que todas las cosas deste mundo son una representación y vana figura. Y que hace Dios gran merced al que en esta vida le quita los estorbos y lazos de las riquezas, y hace que las deje ó pierda, antes que ellas le dejen ó pierdan á él.

No se congoje si tiene familia que sustentar sin hacienda, y sin fuerzas ó industria para ganarla, ni por eso des-

(1) August. *De verbis Domini*.

(2) Job, XXVII.

(3) Greg., lib. XVIII, cap. XXI.

fallezca; antes confie en el Señor, que le dió el sér que tiene sin merecerlo, y lo hizo capaz de su gloria, y derramó su sangre por él, y sustenta los pajaritos del aire, y los peces de las aguas, y los gusanos de la tierra, que le dará todo lo que hubiere menester para criar los hijos y para sustentar la familia que el mismo Señor le dió, pues está á su cargo y nació con su confianza, y Él así lo tiene prometido, y muchas veces la falta que tenemos de socorro es por falta de confianza, ó por querer Dios nuestro Señor ejercitar la que tenemos y acrecentar nuestra fe. Pues es verdad infalible lo que dice el apóstol san Pablo (1), que nunca deja Dios al hombre de manera, que sea tentado sobre sus fuerzas, antes cuando son más fuertes las peleas, tanto son mayores las fuerzas que Él añade para que podamos resistir. Por esto el mismo Salvador llama á sí y convida á todos los cargados y afligidos para darles descanso, y les dice (2) que tomen sobre sí su yugo, y que así hallarán quietud y reposo para sus ánimas, porque su yugo es suave y su carga ligera. Y no lo sería si no fuese por este socorro y favor divino, con el cual alentada el ánima, puede en Dios lo que no puede en sí, que aun por esto se llama esta carga yugo, porque le llevan dos, que son el hombre y Dios; que solo el hombre no puede, y en abajando el hombre la cabeza para llevar el yugo, parece que está del otro lado el Señor, ayudándosele á llevar. Para que diga, con el Apóstol (3): «Por la gracia de Dios soy todo lo que soy, y su gracia en mí no ha sido en balde, porque he trabajado más que todos, no yo solo, sino la gracia del Señor conmigo.

Lo mismo se ha de decir de la doncella honesta, pobre y desamparada, que no tiene un pedazo de pan que llegar á la boca, y es combatida de la necesidad y de los minis-

(1) I, *Cor.*, X.

(2) *Matth.*, XI.

(3) I, *Corint.*, X.

tros del infierno para que se rinda y venda su castidad. Que esta tal se ha de abrazar con Jesucristo crucificado y desnudo, y resistir y estar fuerte á los fieros golpes de las duras piedras, como otra Susana, antes que rendirse, y entrar en el horno encendido como los tres santos mozos, y dejarse abrasar, si fuere menester, de las llamas de la hambre y necesidad antes que adorar la estatua de la dishonestidad (1). Porque desta manera no dude sino que Dios le enviará un Daniel que la libre, y el rocío del cielo que la socorra (2) y tiemple el incendio de Babilonia, y allí con ella estará en el horno regalándola el ángel, semejante al Hijo de Dios, y cuando él fuere servido que padezca y que muera, téngase por bienaventurada y dichosa, pues muere por Dios y es mártir por la castidad.

(1) Dan., XIII.

(2) Dan., III.





CAPÍTULO XVII

*Lo que habemos de hacer cuando estamos enfermos y en
las muertes de los que bien queremos*

Esto es lo que toca á la pobreza. Veamos ahora lo que habemos de hacer y meditar cuando Dios nuestro Señor nos visita con dolores agudos y enfermedades. El Sabio dice (1) que no hay contento y alegría que se iguale al de la salud, la cual, puesto caso que cuando se tiene no se estima, pero después de perdida se desea y llora, y al que no la tiene, todos sus placeres y gozos se le aguan y vierten, y la enfermedad es tan penosa y triste porque nos quita la salud, que naturalmente es la cosa más alegre y deleitable que tenemos, y más si es grave, prolija y dolorosa, que entonces es menester mucha gracia del Señor para llevarla con paciencia. Pues el que se hallare en este trabajo, y aflicción, consuele sus penas con las consideraciones siguientes.

(1) *Eccles.*, XXX.

Primeramente entienda que Dios es padre y que no se las envía porque se huelgue con ellas, sino para su emienda y corrección, y para despegarle del amor de las cosas sensibles y descarnarle de todos los apetitos de la carne, y acordarle que no es ésta su patria, sino una como venta, y que es en ella peregrino y desterrado. Mire mucho y esté atento á este corazón de Dios, y no considere tanto las manos que le hieren como el corazón y amor paternal con que le hiere, y el fin por que le hiere y castiga. Ablande y enternezca y regale su ánima con la vista y consideración deste corazón blando, tierno y amoroso del Señor, el cual, como dice san Bernardo (1), porque sabe que algunos, si tuviesen salud, le ofenderían, se la quita para que no le ofendan; á los cuales es provechosa para su salvación la enfermedad, pues la salud les sería dañosa y para su condenación. Perniciosa, dice este santo, es la salud que quita al hombre el freno y le aparta de la obediencia, y saludable es la enfermedad con la cual el Señor le castiga, pues por ella se ablanda y humilla el corazón. Y hay algunos corazones tan rebeldes, que no se pueden domar ni ablandar sino á puros golpes de dolores y tribulaciones.

Lo segundo, piense que, como dijimos arriba, es gran merced de Dios enflaquecer y debilitar al enemigo que nos hace guerra, y quitarle las armas con que nos la hace. Y no hay duda sino que la salud suele ser á muchos ocasión de caer, y la enfermedad de levantarse; que por esto dijo el real profeta David! «Multiplicado se han sus enfermedades, y con esto se dieron priesa á buscaros;» lo cual hace la enfermedad, purgando, alumbrando y perfeccionando el ánima aun más eficazmente que las otras tribulaciones que nos caen de fuera.

Demás desto, considere los grandes y maravillosos provechos que puede sacar de la enfermedad, tomándola como de la mano del Señor, y ofreciéndosela como por peniten-

(1) *De interiori domu*, cap. XLVI.

cia y satisfacción de sus pecados, los cuales ha de pagar y purgar, ó en la otra vida, á buen librar, con las penas del purgatorio, ó en ésta, afligiéndose voluntariamente para satisfacer por ellos. Y porque somos perezosos y flojos, y amigos de nuestra carne, el Señor nos envía con su particular providencia los trabajos y las enfermedades, para que, llevándolas con sufrimiento y alegría, y conformándonos con su voluntad, hagamos virtud de la necesidad, y paguemos cómo compelidos lo que habíamos de pagar, y no pagamos de nuestra espontánea voluntad. Porque es nuestro Señor tan piadoso y benigno, que acepta estas mismas penas llevadas con paciencia, como si de nuestra propia voluntad las tomásemos y se las ofreciésemos. Y no mira tanto á la parte que tienen de fuerza y necesidad, como á la que tienen de voluntad, con la cual queremos lo que no queríamos, y le ofrecemos por sujetarnos á su beneplácito y divina disposición, como arriba se declaró.

De un santo que cada año solía enfermar se lee que faltándole un año la enfermedad, se afligió en gran manera, pensando que le había desamparado el Señor, y que le suplicó que le volviese la enfermedad.

Un ermitaño, habiendo sido herido acaso de una saeta, pidió á Dios que le durase toda la vida aquella herida, para que con el dolor della reprimiese más fácilmente los deleites sensuales.

El glorioso príncipe de los apóstoles, san Pedro, estando su hija santa Petronila enferma, fué preguntado por qué no le daba salud, pues la daba á todos los dolientes que venían á él, y bastaba sola su sombra para que, tocados della, quedasen libres de cualquiera enfermedad; y respondió que á su hija le convenía estar enferma, y que por eso no le daba la salud; y para que se entendiese ser ésta la causa, se la dió un poco de tiempo, y después se la quitó.

Entre los milagros del bienaventurado patriarca santo

Domingo se escribe (1) que en Roma había una santa mujer que se confesaba con él y recibía á menudo de su mano la sagrada comunión. Ésta padecía una enfermedad horrible y penosa, porque tenía los pechos de tal manera podridos y encancerados, que le hervía y salía dellos gran cantidad de gusanos; y como el Santo se compadeciese della y le hiciese lástima ver tan fatigada aquella religiosa mujer rogóle un día que le diese un gusano de aquellos que salían de sus pechos. Diósele, pero con condición que se le había de volver. Era el gusano grande y de una cabeza negra, y tomándole en las manos santo Domingo y mirándole atentamente, se convirtió en una rica y preciosa piedra. La santa mujer cuando la vió se enterneció, y alcanzó, con muchas lágrimas, del Santo que se le volviese, y tornóle al pecho de donde le había sacado, y luégo se volvió gusano como antes. Y después de haber nuestro Señor probado la paciencia desta santa mujer, al cabo la consoló y sanó por las oraciones deste santo patriarca. Vese por este ejemplo que los que toman las enfermedades, por más que sean asquerosas y dolorosas, con sufrimiento y alegría, los gusanos se les convierten en joyas, y las mismas penas, por particular gracia y favor del Señor, les sirven de consuelo y regalo.

No solamente en el campo ha de pelear el cristiano, sino también en su casa, ni solamente se ha de derramar la sangre cuando el tirano y el enemigo le aflige y atormenta, sino también en la cama ha de mostrar el pecho valeroso y constante, cuando el mismo Dios, que es verdadero y fiel amigo, le pone á cuestión de tormento con fuerza del dolor, y sin cuchillo del perseguidor le da ocasión para alcanzar la corona, y ser de voluntad mártir por su amor.

Acuda á aquel remedio que pusimos arriba, que es el más poderoso y eficaz de cuantos podemos tomar, y con-

(1) Ant., III, p. hist., tit. XXIII, cap. IV, párr. 10.

sidere atentamente al Unigénito del Padre y purísimo Hijo de la Virgen y Madre, enclavado por su amor en una cruz, sin tener parte en su cuerpo que no fuese atormentada con su propio y acerbísimo dolor; que por esto le llamó el profeta Esaias (1) varón de dolores y que sabía de enfermedades. Y dice que tomó sobre sí nuestras dolencias y padeció nuestros dolores, y que fué tenido como leproso, y herido y humillado de Dios; pero que él había sido llagado por nuestros pecados y afligido por nuestras maldades y disciplinado por nuestras demasías, para que con sus cardenales nosotros fuésemos hermoseados y alcanzásemos paz y salud.

Sí la pena ó tribulación naciere de la muerte del marido ó mujer ó hijos, ó otra cualquier persona querida y amada, consolémonos en el Señor, considerando que el que nos la dió nos la quitó, y que es más justo alabarle por el tiempo que nos la dió, que quejarnos porque la llevó, pues es Señor de todos y de todo, y sin hacernos agravio, puede hacer de su hacienda lo que es servido. Y si falleció la tal persona con conocimiento de Dios y con los sacrosantos sacramentos de la Iglesia, puede tener confianza que goza ya ó gozará muy presto del Señor, y debe más alegrarse con ella por el gozo y gloria que tiene, que entristecerse de su soledad y de la falta que le hace, pues el verdadero amor no pone los ojos en sí, sino en el bien del amado, y considerando las miserias y calamidades que hay en el mundo, de las cuales le libró Dios, sería falta de conocimiento ó de verdadero amor el tomar pena de verle libre, y congojarnos de lo que nuestro querido tiene alegría.

Acuérdesese que muy presto, y por ventura más de lo que piensa, seguirá al que fué adelante, y no se fatigue porque el que bien quiere llegó poco antes que él á su patria, sino aparéjese él y disponga sus cosas para ir á ella, y pro-

(1) Esai., LIII.

cure de llegar al mismo puerto donde jamás le perderá de vista.

Venza con la razón el dolor, pues no tiene remedio, como lo hizo David (1), y la llaga que suele curar el tiempo, cúrela él con la obediencia y prudencia cristiana, conformándose en todo con la voluntad del Señor, el cual lloró por la muerte de Lázaro (2), para enseñarnos la flaqueza de nuestra humanidad, y para esforzarla, mandó á la viuda que lloraba la muerte de su unigénito hijo, que no llorase (3). Y el apóstol san Pablo (4) nos manda que no lloremos como los gentiles, que no esperan lo que los cristianos esperamos, ni se pueden consolar con la esperanza de la resurrección y vida perdurable, reprendiendo, no el sentimiento, porque éste es natural, sino el demasiado y desordenado sentimiento, causado del amor propio de la infidelidad.

El glorioso pontífice y esforzado mártir san Cipriano, en una pestilencia cruel que hubo en su tiempo, escribió un libro, que intituló *De mortalitate*, para consolar y animar á los cristianos, en el cual, entre otras cosas admirables que escribe, dice que Dios nuestro Señor muchas veces le reveló y le mandó que enseñase y predicase que cuando morían y eran llamados de Dios nuestros hermanos, no habian de ser llorados, pues no los perdíamos, sino los enviábamos delante, y estaban ya fuera de los peligros de la navegación, y habían llegado al puerto de tranquilidad, y que no se había de dar ocasión á los gentiles para pensar que es fábula lo que los cristianos creemos, viendo que por una parte lloramos tan sin consuelo á los que por otra decimos que viven y gozan de Dios, y para juzgar que somos prevaricadores de nuestra fe y que es vana nuestra

(1) II, *Reg.*, XII.

(2) *Joan.*, XI.

(3) *Luc.*, VII.

(4) I, *Tess.*, XIV.

esperanza, y que todo lo que predicamos es fingido y compuesto.

Pues si nuestra congoja naciere, no de la muerte del que bien queremos, sino del temor y espanto de la nuestra, que por ser la cosa más terrible de todas las humanas, es la que más nos suele afligir, demás de las consideraciones que habemos dicho, que también para esto nos podrán servir, acordémonos de lo que el mismo san Cipriano dice en aquel mismo libro *De mortalitate*, y es, que estando un santo obispo y compañero suyo muy al cabo, y fatigado y solícito con la muerte que tenía presente, suplicase á nuestro Señor que le alargase la vida, le apareció un ángel en figura de un mancebo, de rostro hermosísimo y aspecto venerable y resplandeciente, que con voz grave le dijo: *Pati timetis, exire non vultis, quid faciam vobis?* Teméis el padecer, no queréis salir; ¿qué queréis que os haga? Y dice que le dijo el ángel estas palabras para que en su agonía las dijese y enseñase á los demás.





CAPÍTULO XVIII

Cómo se deben consolar los casados que no tienen hijos

HABLEMOS del estado de los casados, y consolémoslos en las aficciones y tribulaciones que tienen, anexas á su estado, que no son pocas ni pequeñas; y primeramente tratemos en este capítulo de las mujeres casadas que son estériles y privadas del fruto de bendición, y por eso se congojan y afligen demasiadamente. Este deseo de tener hijos los casados es natural y muy vehemente, especialmente en las mujeres. Raquel, mujer de Jacob (1), viendo que su hermana Lía tenía hijos y ella no, se afligió de manera, que moría de dolor, y con la impaciencia dijo á Jacob: « Dame hijos, porque si no me los das, me moriré.» Á la cual con enojo respondió Jacob: « ¿Soy yo por ventura Dios, que te puede dar hijos, el cual te ha privado del fruto de tu vientre?» También se ve este mismo afecto

(1) *Gen.*, XXX.

en Ana, madre de Samuel (1), la cual, viéndose estéril y que no paría, se deshacía en lágrimas y andaba triste y desconsolada, y atravesado el corazón de dolor. Argumento asimismo deste vehemente afecto son los extremos que hacen algunas mujeres por tener hijos, en gran perjuicio de su salud y de su vida y aun de su conciencia. Las que están en esta aflicción y afán, querria que considerasen, ante todas cosas, que Dios solo es el que puede dar los hijos, y que sin Él, ni el marido, ni los remedios, medicinas ni bebedizos ni otra cosa alguna puede dar sér á lo que no tiene sér, ni formar el cuerpo humano en las entrañas de la madre, y mucho menos infundir en él el ánima racional, que se cría de nada. Sabiendo esto la mujer cristiana, debe conformarse con la voluntad de Dios, y tomar con agradecimiento lo que le da de su mano, y no afligirse por lo que no le da, pues á quien dan (como dice) no escoge, porque de otra suerte también podría afligirse por no ser tan hermosa, ó tan noble, ó tan rica, ó tan agraciada, estimada y servida como otras; que sería una desatinada congoja, pues el Señor reparte sus dones como es servido. Lo segundo, considere que lo que le parece azote y castigo de Dios, por ventura es gran merced y señalado beneficio que le hace; porque con este solo dolor la libra de otros innumerables y más desmedidos y crudos dolores que no es éste; porque la libra de todas las molestias, dolores y peligros que tienen las mujeres cuando están preñadas y cuando paren, que son tantos, que solas ellas, que lo pasan, lo saben y dignamente lo pueden llorar. Pues después de haber parido, ¿quién podrá contar los cuidados, temores y pesares que combaten el corazón de la pobre madre? ¿Qué recelo tan continuo y qué sobresalto tan congojoso, que al hijo no le suceda algún desastre, que no sea travieso y vicioso, que las malas compañías no le pervertan, que no haga ó reciba algún daño, que no

(1) I. Reg., I.

se vaya ó no se pierda, ó en fin, que no se muera? Cuando el hijo es niño, hay una perpetua solicitud en criarle; cuando ya grandecillo, un continuo cuidado y sobresalto en guardarle; si es desobediente, una entrañable tristeza; si bueno y sosegado, una terrible cruz, por el temor que siempre tiene la madre de perderle. Pues ¿qué diré cuando el niño nace tuerto ó ciego, cojo ó manco, sordo ó mudo, corcovado ó contrahecho, loco ó feo, ó con otras tachas que se ven cada día y cada hora, aun en los hijos de los señores y príncipes y de los que se tienen por bienaventurados? No digo nada de los cuidados, angustias y peligros que traen las hijas en criarlas, guardarlas y casarlas, ó ponerlas en estado, y más si son muchas y los padres pobres, que es otro dolor y amargura intolerable. ¡Qué pocos son los hijos que salen buenos y son alivio y consuelo de sus padres! ¿Cuántos más son los que le dieron gran contento en su nacimiento, y mucho mayor con su muerte? ¿Cuántos nacieron para cruz y tormento de los que los engendraron, para deshonra de sus casas, para destrucción de la república, para infamia de todo su linaje, y para perdición suya propia y escándalo de todos los que los conocen; los cuales con sus calamidades y tristes sucesos convirtieron todo el placer de sus madres en penas, todo su gozo en angustia, y el gusto que tuvieron cuando les dijeron que habían parido un hijo, en llantos, sollozos y gemidos, faltando antes en ellas el espíritu para vivir que el sentimiento para llorar tantas lástimas y miserias y afrentas como vieron por sus hijos en sus casas? Si se pudiese pintar en un retablo todos los trabajos, dolores, cuidados, temores y miserias que pasa una triste madre con sus hijos, ellos solos bastarían, aunque fuesen pintados, para desengañar á la casada que no los tiene, y para darle á conocer la merced que Dios le hace en no dárselos; porque el no tenerlos es un dolor solo, y el tenerlos, muchos. Y como dijo un sabio, es un infortunio afortunado, ó una desdicha dichosa é infelicidad feliz.

No quiero hablar aquí de los hijos que fueron tan crueles y detestables, que dieron la muerte á los que les habían dado la vida, y matando á sus padres, dieron motivo á los legisladores y gobernadores de la república para escribir leyes y buscar nuevos linajes de penas exquisitas para castigo de tan extraña maldad ; porque éstos son monstruos de la naturaleza. Y aunque ha habido algunos que han cometido este delito tan inhumano y aborrecible, son pocos, y no es bien que espantemos á las madres que mueren por tener hijos, con estos ejemplos, que son raros ; mas lo que vemos que pasa en las casas de nuestros vecinos, también podremos temer que vendrá por la nuestra, y que los hijos no saldrán tan á gusto como deseamos, especialmente en un siglo tan estragado y de tan disoluta y desenfrenada juventud, que tiene suelta la rienda á sus apetitos y perdido el respeto á las canas, y está olvidada de su obligación natural, y de la reverencia y obediencia que los hijos deben á sus padres. Y si alguna madre fuere tan dichosa, que no haya visto las calamidades que vieron otras madres en sus hijos, y hubiere pasado esta navegación prósperamente, y llegado, á su parecer, al puerto, por tener ya algún hijo salido de la primera edad, quieto, obediente y virtuoso, y como una rosa ó clavellina en la flor de su juventud, acuérdesese cuán fácilmente se le puede Dios quitar (y lo suele hacer algunas veces), y secarse con cualquiera viento y helada esta flor, y en el mismo puerto dar al través el navío ; y que en tal caso se siente tanto más la pérdida del hijo, cuanto más segura parece que estaba la posesión dél. Como el labrador siente más pena cuando los panes ya espigados se anieblan que no cuando no nacen. Para excusar esta pena y dolor tan terrible, no hay mejor remedio que no pedir los hijos absolutamente á Dios, ni querer más de lo que Él quiere, para que no falte nuestro contento y felicidad, por faltar lo que en ella estaba fundado. Lo tercero, querría que considerasen las que se afligen con este deseo, qué causa les puede mover para desear con tanta ansia lo

que desean; porque si es querer conservar el mundo y el linaje humano, de su parte, con la multiplicación de los hijos, crea que el Señor, sin ellos, le podrá y sabrá conservar, y que no tiene necesidad de su espiga, teniendo tan grandes y tan copiosas mieses. Si le parece que es género de castigo y maldición el ser estéril, engañase, porque, aunque en la ley vieja era tenuta por maldita la estéril, en la ley de gracia, en que ahora vivimos, la virginidad lleva la palma y es preferida al matrimonio. Si le parece que con no tener hijos carece de fruto de bendición y del fin del matrimonio, y que faltándole estas prendas de amor y vínculo de más estrecha benevolencia, su marido no la amará tanto ni la querrá bien, consuélase con lo que habemos dicho, que Dios es Señor de todos y de todo, y reparte sus dones como es servido; confórmese con su voluntad, y procure amar y estimar y regalar y servir más á su marido, y desvelarse en darle contento, porque la falta de los hijos se supla con estos servicios y regalos; que desta manera, aunque falten los hijos, no faltará el amor que siempre debe haber y hay entre los buenos casados. Jacob más quería á Raquel, aunque era estéril, que no á Lia, que paría; y Elcana amaba más á Ana, madre de Samuel, el tiempo que fué estéril, que no á Fenena. ¿Por ventura Abraham no amaba mucho á Sarra, su mujer, antes que tuviese della á Isaac, porque era estéril, ó los padres de Sansón no se amaban porque no tenían hijos? Lo mismo podemos decir de Zacarías y de santa Isabel, y de Joaquín y de santa Ana, y de otros santos y perfetos casados, á los cuales la esterilidad y falta de los hijos no los hizo estériles y faltos en el amor y caridad que los buenos casados deben tener entre sí. No quiero decir por esto que la casada no desee hijos, y que no los pida á nuestro Señor, y le suplique que riegue sus entrañas estériles con su gracia, y le dé hijos que le sirvan (y aunque tome algunos medios naturales seguros que para esto le puedan ayudar); pero lo que le pretendo persuadir es, que este deseo no

sea demasiado é impaciente ; que no se aflija y desespere ; que no acuda á hechiceros y mujeres locas y desatinadas ; que no tome brebajes ni bebedizos peligrosos ; que sepa que todos los remedios que tomare, si Dios no pone su mano, no le pueden aprovechar ni debe confiar en ellos, y que si confía en Dios y espera dél su remedio con sufrimiento y blandura de corazón y confianza, el Señor se le dará, si fuere para gloria de su divina Majestad y para bien suyo y de su casa ; y no habiendo de ser esto, no tiene para qué desear los hijos, pues no los habrá, y si los hubiere, serán sus verdugos, su tormento y su cruz, y por ventura medio para su condenación.





CAPÍTULO XIX

De los desabrimientos que hay entre los casados

CON ser tan grande la aflicción y tristeza que tienen los casados, especialmente las mujeres que son estériles y no tienen hijos, es mucho mayor tribulación y más para llorar, cuando entre los mismos casados hay poca conformidad, y della nacen desabrimientos y disgustos y amarguras; porque no sé yo qué mayor mal puede haber (de las tejas abajo) que hallar guerra donde debería haber suma paz, y división en tanta unión, y hiel en la miel, y tósigo en la medicina. Pues para hablar desta materia, y dar remedio y consuelo á los mal casados, se ha de presuponer que las causas desta discordia y poca conformidad, muchas veces salen de la mala raíz y del mal pié con que se entró en este santo sacramento, por haberse hecho el matrimonio locamente y por malos medios y peores fines, y querer nuestro Señor que con la pena se pague la culpa que hubo en esto. Otras veces se hizo el matrimonio, según la ley de Dios, con cordura y cristiandad, y después nacen entre el

marido y la mujer disgustos, rencillas y rancores, y toda la dulzura de aquel santo estado se convierte en amargura y lágrimas. Hablemos en este capítulo de los primeros, y en el siguiente hablaremos de los segundos. Todas las veces que el santo matrimonio se profana y se toma por malos fines y en ofensa de nuestro Señor, no es maravilla que sea materia de tristeza y llanto, y que pues la entrada fué mala, la estada en él sea trabajosa, y aunque el fin sea bueno, cuando los medios son ruines y desproporcionados, no puede tener buena salida ni causar buenos efetos. La doncella que para casarse sale á vistas y se atavía y compone, y quiere parecer graciosa, hermosa, bien hablada, amiga de donaires y buena conversación; que tañe y canta y baila y danza, y para atraer á sí al que querría tener por marido, le habla á menudo y le muestra amor, y aun pasa más adelante, y le da prendas de su afición, muchas veces por el mismo caso, después de haber perdido á sí misma, pierde lo que pretende, porque el hombre con quien ella se desea casar, y cuya voluntad quiere ganar por aquellos medios, gusta dellos para entretenerse ó para tenerla por amiga, mas no por legítima mujer; porque juzga que aquel trato y aquellas habilidades y gracias más son de mujer graciosa y liviana que de grave y honesta. Y si acaso, cegado de la pasión, la quiere y la toma por mujer, después que pasaron aquellos primeros amores y se resfrió aquella afición y se extinguió aquella llama que ardía en el pecho, comienza el hombre á abrir los ojos y á entender que no debe de ser honesta la que le amó tanto antes que él fuese su marido, y que lo que hizo con él no siéndolo, también lo hará con otros aun después de casada. Y con esto va perdiendo la afición que antes le tenía, y traspasándola á otras mujeres; y éste es un seminario de rencillas, pleitos y discordias entre los casados, y dél fué la semilla y origen el haber entrado en el matrimonio, que es santo y sacramento instituido de Dios, por puerta falsa y caminos torcidos y medios livianos. Otros hay que aunque entran en el

matrimonio con mejores fines, no aciertan en los medios para alcanzar el fin que pretenden; porque en el escoger el marido ó la mujer tienen más atención al linaje de la parte, á la hacienda que tiene, al oficio ó cargo que espera, á la hermosura ó gentil disposición, que no á la virtud, á la buena condición, á la conformidad de costumbres, á la edad y salud, y otras cosas que se deben mirar y considerar como principales en los que se quieren casar, teniendo las demás por accesorias y menos principales, como dijo gravemente Séneca: «Con los dedos tomamos las mujeres»; es á saber, contando la moneda que traen, y la primera cosa que se pregunta es, ¿qué hacienda tiene? como si no valiese más el pobre bueno que el rico malo; y como dijo Temístocles, príncipe de Grecia, el hombre sin dinero que el dinero sin hombre. El rico y desvariado, cuando se casa, no piensa que toma mujer legítima, sino compañera en sus placeres y vicios, y así la lleva de fiesta en fiesta, de jardín en jardín, tráela ricamente ataviada y hinchela la cabeza de viento; y como la naturaleza nos inclina á estas liviandades, y más á las mujeres, especialmente si son mozas y hermosas, paréceles que no hay otra bienaventuranza en el mundo sino la vida que tienen con sus maridos. Pero en comenzando á nacer los hijos y á crecer los cuidados, y á perderse aquella lozanía de la mujer ya parida, y que la hacienda no basta para tantas galas y expensas superfluas; como no se puede hacer lo que se hacía, ni dejar lo acostumbrado, búscanse medios para destruir y malbaratar la hacienda, y para dar cabo á lo que no le tuviera si se hubiera procedido con cordura; y cuando ella no basta, empeñarse y venderse las ropas y joyas y dote de la mujer, la cual, si es buena, llora y calla, y si es mal sufrida, rompe y riñe, y da gritos contra su marido. No es esto lo peor, porque comunmente estos hombres ricos y viciosos se derraman con otras mujeres, y no se contentan con la que Dios les dió y tienen en su casa, y traen á ella muchas veces enfermedades contagiosas y asquerosas, y

las pegan á sus mujeres y aun á sus hijos; y destos tratos nacen los desabrimientos, rencillas y discordias, y aun, con su mal ejemplo y vida viciosa, provocan á sus mujeres para que los imiten y sean tales cuales son ellos, y les pierdan la vergüenza y el respeto; de suerte que inficionan los cuerpos con dolencias contagiosas (como dijimos), y las ánimas de sus mujeres con una lastimosa y horrible pestilencia de liviandad y deshonestidad; y como no está Dios entre el marido y la mujer, el matrimonio, que había de ser, y para los bien casados es, un paraíso, se convierte en un infierno. Mas el que es pobre, pero pobre honesto y diligente, entiende que el matrimonio es sacramento de Dios, y un nudo de amor tan estrecho, que no se puede desatar ni romper sino con la muerte, y que hace de dos almas un alma, y de dos cuerpos un cuerpo, y que aunque tenga muchas cargas, se pueden llevar fácilmente adonde hay discreción y cristiandad, y que cuando éstas faltan, es un yugo intolerable; cuando se casa procura de amar á la mujer que Dios le dió, y mírase en ella con ojos de amor, y si la halla tal como él esperaba, tiénese por bienaventurado, y si no corresponde á lo que él pensaba, con su ejemplo y consejo y buena maña la va amoldando y reformando, para que vivan en perpetua paz y conformidad; y con la diligencia en el ganar, y la templanza en el gastar, de pobre se hace rico, y tiene con que sustentarse á sí y á su mujer y á sus hijos y familia. Ésta es la diferencia que hay en el casarse con hombre rico y vicioso ó con hombre pobre y virtuoso; pero como no se mira esto, ni se ponen los ojos en la virtud, sino en la hacienda, vemos tantos casamientos tristes y llenos de mil fatigas y miserias, porque cada una de las partes se tiene por casado con la hacienda, y no con la persona, y se abraza estrechamente con el arca. El marido tiene á la mujer como por manceba, y la querría ver muerta por gozar á solas de su dote, y la mujer tiene al marido como por enamorado y adúltero, y se querría ver libre dél, y ser señora de sí y de la hacien-

da á su voluntad. Lo mismo podríamos decir de los otros desvarios que hay en los casamientos cuando se hacen principalmente por la nobleza del linaje, ó por la buena disposición de la persona, ó por el oficio ó cargo que se espera, ó por otras cosas semejantes, que son buenas y se deben estimar, pero no como principales, sino como secundarias y menos principales en el matrimonio, como dijimos; porque de otra manera se pervierten las cosas y se sacan de sus quicios, y son materia de tristeza, llanto y amargura.

También creo que salen desastrados los casamientos muchas veces porque el marido y la mujer son parientes muy cercanos, porque parece que la misma naturaleza repugna á semejantes conjunciones, y quiere que se tenga respeto á la sangre y propincuidad; y no sin causa las leyes divinas, eclesiásticas é imperiales pusieron límites y vedaron dentro de ciertos grados de consanguinidad y afinidad el contraerse matrimonio, y dado que traigan dispensación de la Sede Apostólica, bastará ella para excusar el pecado y para asegurar la conciencia de los que se casan, pero no por ventura para que Dios los prospere y dé dichoso suceso á sus casamientos. Á lo menos, el glorioso doctor de la Iglesia san Ambrosio, en una epístola que escribe á un amigo suyo, que le había consultado si casaría á un hijo suyo con una nieta suya, y sobrina de su hijo, le reprende porque tal cosa había pensado, y le aconseja que no lo haga, y le dice que será desastrado el casamiento, y concluye la epístola con estas palabras (1): *Unde oportet ab ea discedas intentione, quae etiam siliciret, tamen tuam familiam non propagaret.* Por tanto, es necesario que os apartéis de vuestro propósito, porque, aunque fuese lícito, os será dañoso y no veréis sucesión deste casamiento en vuestra casa. Y san Gregorio dice (2) que aunque una ley

(1) Lib. VIII, epist. LXVI, *Ad paternum.*

(2) Lib. XII, epist. *ex registro ad interrogationes Augusti*, cap. VI; et habetur XXXV, q. III, cap. *Quaedam lex*, XXIV.

romana permitía que el primo hermano se casase con su prima hermana, pero que la experiencia enseñaba que no nacían hijos de tal matrimonio.

No hablamos aquí de los grandes príncipes ni de otras personas públicas, que por graves y públicas causas se pueden casar con sus estrechos parientes, y es justo que la Sede Apostólica dispense con ellos, como lo dice el santo Concilio de Trento (1), hablando aun del segundo grado; pero para la gente común y ordinaria, aunque sea honrada, en la cual no concurren causas públicas ni muy graves para concederse semejantes dispensaciones, el mismo santo Concilio las restringe y prohíbe.

Otra causa suele ser cuando no quiere Dios para casada á la persona que se casa, antes la llama á otro estado más perfecto, y ella siente el llamamiento de Dios, y propone de seguirle y vivir en continencia y ser religiosa, y aun algunas veces hace voto de serlo, y después se arrepiente y vuelve atrás, y arrebatada de su sensualidad ó movida de otras causas livianas y ligeras, contra lo que Dios quiere y su propia conciencia le dicta, se casa y toma el estado del matrimonio, el cual, puesto caso que sea santo, como no es el que le convenía, permite Dios que suceda mal y esté lleno de amarguras, y que pues la persona en casarse no siguió la inspiración y voluntad santa del Señor, sino su propio apetito y gusto, halle desgustos y desabrimientos, para purgar con ellos la culpa que tuvo; porque realmente no hay cosa que más se deba mirar y examinar que la elección del estado, del cual depende el contento y felicidad de toda la vida, y no hay cosa que menos se piense ni que se haga con menos consejo y madura deliberación, y así acarrea grandes descontentos é infortunios, y lo que se hizo ligera y apasionadamente, se paga con una perpetua cruz por toda la vida.

Demás destas causas, hay otra de los hijos é hijas mozas

(1) Sessio 24, cap. V.

que se casan contra la voluntad de sus padres, por su antojo y apetito; porque aunque para la sustancia del matrimonio no sea necesaria esta voluntad, pues basta la de las partes, como sean hábiles y legítimas; pero deben este respeto los hijos y hijas á sus padres para no tomar compañía sin su licencia y beneplácito, pues son principio de su sér y están debajo de su poder, y ellos desean más su bien que los mismos hijos, y acertarán mejor á escoger lo que más les conviene, por ser padres y desapasionados, y con la mayor edad más prudentes y maduros. Y quiere Dios que los hijos tengan tanta obediencia y respeto á sus padres en todo, que no es maravilla que castigue cualquiera falta que haya en esto, y cualquiera desacato y desabrimiento que se les hace. Por esta causa, en el catecismo (1) que, por orden del santo Concilio de Trento, mandó publicar el papa Pío V, de feliz recordación, tratando desta materia, se dicen estas palabras: «Entre las otras cosas, lo que principalmente se ha de encomendar y persuadir á los hijos de familias es, que por reverencia y honra de sus padres y de los otros á cuyo cargo están, no se casen sin que ellos lo sepan, y mucho menos contra su parecer y voluntad; porque aun en el Viejo Testamento vemos que siempre los padres casaban á sus hijos. Y el apóstol san Pablo nos da á entender que así se debe hacer, diciendo (2): «El que casa á su hija doncella hace bien, y el que no la casa hace mejor.» Dando á entender que es propio oficio de los padres el casar á sus hijas doncellas, y que ellas sin ellos no se deben casar.

He puesto aquí estas causas, para que los casados que andan atribulados y afligidos recorran á ellas y examinen sus conciencias, y vean por dónde les viene el daño y aquel azote del Señor, y si hallaren culpa en sus casamientos, entiendan que su pena es castigo de su culpa, y agra-

(1) *De matr. sacramento, in fin.*

(2) I, *Cor.*, VII.

dezcan á Dios, que se le da en esta vida y no le guarda para la otra, pues sería más largo y más riguroso, y lo mismo se debe hacer en las otras causas en que hay pecado y ofensa de Dios, porque las más veces que padecemos algún trabajo y disgusto, nos viene por nuestra culpa, y nosotros la echamos á la mala condición y falta del compañero, ó á otras cosas extrínsecas, y no acudimos á la raíz, que son nuestros pecados, y á la bondad de Dios, que con la tribulación los purifica y nos purga; y así, no conocemos mayor castigo, ni le pedimos ni le suplicamos que nos dé paciencia, ni aliviarnos nuestras penas con estos remedios, antes las doblamos con cuidados y consideraciones infructuosas y desbaratadas.

Pues para obviar á estos inconvenientes y consolar á los casados, que por estas causas están desconformes y afligidos, avisamos primero á todos los que se quieren casar que adviertan cómo se casan, y que entiendan bien primero la fuerza que tiene este santo sacramento del matrimonio, y que es vínculo indisoluble, y una junta muy apretada que hace Dios del marido y de la mujer, y una compañía que, si es dulce, amorosa, pacífica y conforme, es de grande alivio y consuelo para toda la vida; pero si es pesada, odiosa, rencillosa y desconforme, es una cruz y tormento perpetuo; y que para esto conviene que en los que se casan haya temor de Dios y mucha cristiandad, y virtud, y buena condición, y conformidad de costumbres, para poder llevar suavemente las cargas pesadas del matrimonio. Que por esto dijo el otro sabio, hablando del casamiento: «Toma tu igual.» Y no quiso decir solamente que sea igual en nobleza, riqueza, edad y estado, sino mucho más en condición y costumbres, porque desta igualdad nace la conformidad y perpetua concordia entre los casados. Pero los que ya están casados, y por no haber acertado en el fin ó en los medios que tomaron para casarse, pagan su culpa con la pena y andan atribulados, vuélvase á Dios, lloren su culpa, y con la paciencia y sufri-

miento procuren ganar la voluntad de la compañía que Dios les dió para su castigo, ó ellos tomaron por su voluntad; y entendiendo que no hay otro remedio sino éste, abrácese con él, que por ventura el Señor los consolará, y pondrá paz donde hay guerra, y dulzura y suavidad en los corazones amargos y desabridos.





CAPÍTULO XX

Prosigue el capítulo pasado

PERO por muchas diligencias que se usen en buscar los medios para acertar en el santo matrimonio, ni por más recta que sea la intención, no es posible que siempre se acierte en la compañía que se toma; porque, ó la persona se engaña en tomarla, creyendo que es diferente de lo que realmente es, ó con el tiempo se muda, y con los varios sucesos desta vida y con la mutabilidad natural se truecan las condiciones de los hombres. Las otras cosas, antes que se tomen y traigan á casa, se pueden examinar y mirar muy en particular, para ver si nos contentan. El caballo, el buey, el jumento y el esclavo se pueden probar antes que se compren. La compañía que se toma en el matrimonio es carga cerrada; y así, muchas veces acontece que no se entienden las faltas que hay, hasta que no tienen remedio. Y por esto, aunque todos los negocios se deben encomendar mucho á nuestro Señor, y suplicarle

que los guíe y enderece, ninguno más que el de los casamientos, los cuales no pueden ser acertados ni dichosos, sino se negocian primero en el cielo que en la tierra. Des-to suelen nacer disgustos y discordias en los casados, cuando no hallan en la compañía que tomaron lo que pensaban. Mas cuando no hay error ni engaño, con el suceso del tiempo suele haber discordia y división entre los que son una misma cosa, ahora sea por culpa de la mujer, ahora del marido, ahora de ambos, que es lo más ordinario. Y suele crecer esto de manera, que no hay paz ni quietud en casa, sino una perpetua guerra y tormento. No es mi intención tratar aquí de lo que los casados deben hacer entre sí, y darles reglas de vivir, para que tengan una entera paz y santa conformidad; porque desto han escrito muchos, y es cosa larga y fuera de mi propósito; solamente quiero hablar de lo que es propio deste tratado, que es consolar á los casados que están afligidos y amargos entre sí, y darles remedio para tan grande tribulación. Para esto digo que el marido y la mujer que tienen poca paz entre sí, deben primeramente considerar que no son dos personas, sino una persona; no dos cuerpos, sino un cuerpo; no dos almas, sino un alma. Para darnos á entender esto, Dios nuestro Señor, que había formado el hombre de tierra, formó á la mujer de la costilla del mismo hombre, para que entendiéndose que era parte suya y hueso de sus huesos y carne de su carne, y que por ella había de dejar al padre y la madre, y allegarse á su mujer y ser dos en una carne, como lo dijo nuestro primer padre (1). Y esto mismo nos enseñó Cristo nuestro redentor en san Mateo (2), cuando, alegando estas palabras que dijo Adán, añadió: «De manera que ya no son dos, sino una carne», que quiere decir una persona. Y si el marido debe hacer esto para con la mujer, mucho más lo debe hacer la mu-

(1) *Gen.*, II.

(2) *Matth.*, XIX.

jer con el marido, que es su cabeza y como su señor y padre, y por ser más flaca que el varón, tiene más necesidad de su arrimo, amparo y defensa. Los filósofos enseñan que la verdadera amistad hace de dos almas un alma, y por esto Horacio, poeta, llama á Virgilio la mitad de su alma. Y san Bernardo, en una epístola, dice de un amigo suyo que era otro él, y que no podía ir el amigo á ninguna parte sin él, porque moraba en el corazón de su amigo más segura y suavemente que en su propio corazón. Pues siendo esto así, ¿qué ha de hacer la mujer para con su marido, en el cual tiene padre, madre, hermano y amigo, y todas las cosas del mundo? Y si la verdadera amistad consiste en un querer y no querer, ¿por qué los buenos casados no querrán y dejarán de querer lo mismo, pues siendo un alma, no han de tener más de una voluntad? Sea, pues, el fundamento y como quicio de toda la concordia y buena unión que deben tener los casados, el procurar de tomar cualquiera cosa de su compañía, no como extrínseca y ajena de sí, sino como cosa propia y que toca á su propia persona; la salud y enfermedad, la honra y deshonra, el contento y el descontento, la pobreza y la abundancia, y todas las demás cosas que tocan al uno son del otro, y por tales se deben tomar; y con este amor y afición entrañable, se han de llevar y hacer ligeras las cargas pesadas del matrimonio.

Lo segundo, se deben considerar los ejemplos de los que fueron bien casados, especialmente de las mujeres, que aún siendo gentiles y sin conocimiento de Dios verdadero, en las tinieblas de su gentilidad tuvieron esta verdad, y siguieron aquella vislumbre y corta luz de la naturaleza, y amaron y sirvieron á sus maridos con amor tan extraño y constante perseverancia, que merecieron ser alabadas en todos los siglos, y quedar por dechado y espejo de todas las mujeres casadas. ¿Cuántas mujeres ha habido que, estando sus maridos enfermos, llagados y podridos, los sirvieron muchos años, de dia y de noche, con diligencia

increíble y amor entrañable? ¿Cuántas chuparon la podre asquerosa y aun ponzoñosa de sus heridas y llagas, poniéndose á peligro de morir ellas por dar vida á sus maridos? ¿Cuántas, estando presos, los sacaron de la cárcel, quedando ellas presas por ellos, y con un santo engaño trocaron con ellos sus vestidos, para poderlo hacer con más facilidad? ¿Cuántas, estando condenados á muerte, los ocultaron, con peligro de sus propias vidas? ¿Cuántas los siguieron en sus destierros, y dejando sus casas, sus haciendas y sus propios hijos, los acompañaron y huyeron con ellos, y vivieron á sombra de tejados con grandísimos peligros y sobresaltos? ¿Cuántas no quisieron vivir después de la muerte de sus maridos, teniéndolos á ellos por su vida y todo su bien? Todo esto han hecho muchas mujeres, que ni tenían conocimiento del cielo, ni esperaban por ello gloria y bienaventuranza, ni estaban atadas con sus maridos con ñudo tan estrecho ni con vínculo tan apretado como lo es el del sacramento del santo matrimonio, que representa la unión inefable que hay entre Jesucristo y su Iglesia; ¿y no lo harán las mujeres cristianas, que tienen todas estas obligaciones más sobre sí?

Sea lo tercero que procuren los casados, especialmente las mujeres, quitar todas las ocasiones de disgustos, mayormente en los principios, cuando vienen á poder de sus maridos; porque importa mucho cualquiera enojo en aquel tiempo, cuando se han de ganar las voluntades y amasar las aficiones, y hacer de dos corazones uno, como dijimos; y también procuren que en brotando cualquiera ocasión de desabrimiento, se arranque y no se deje crecer. Porque, así como los médicos tienen por más peligrosas las enfermedades que se van cuajando poco á poco que no las que nos vienen de repente por causas graves y desórdenes manifiestos; así, dice Plutarco que entre los casados, las discordias que se van engendrando y creciendo poco á poco con disgustos son más peligrosas y más difíciles de curar que las que nacen súbitamente de alguna grande causa.

Procure, pues, la buena mujer (como dijimos) de amar á su marido, de contentarle, servirle, respetarle, y de no tener otra voluntad más de la suya, y de vivir con tanto recato, que con razón no pueda tener celos della; de callar cuando él se enoja y da voces, y hablarle con blandura y cordura cuando él está sosegado y calla; de quitarle los pesares que trae de fuera de casa, y no acrecentárselos con los della; de descubrir sus secretos y deseos, y darle parte de sus penas, como á padre y amigo y como á sí mismo, y siga en todo su parecer y consejo; de no descubrir ni publicar sus faltas ni lo que pasa entre los dos; porque el secreto sobre el marido y la mujer es sacrosanto, y debe estar cerrado debajo de siete llaves; y, finalmente, procure de tenerle en lugar de Dios y espejarse en él y mirarle como á sí misma; pero cuando hubiere hecho de su parte todo lo que pudiere para tener paz y dar contento á su marido, y si no aprovechar, por ser él tan perdido, que no se puede ganar, y tan vicioso, que no tiene remedio, ó tan loco y fuera de juicio, que Dios solo le puede dar seso, vuélvase á él, y suplíquele de corazón, y hágale suplicar, que ponga su mano y remedie tan grande mal, y que le dé paciencia; y conozca que es azote del Señor, que por este camino y cruz quiere purgar sus pecados, y labrarla y llevarla á gozar de sí. Confórmese con su santa voluntad, y con la paciencia y sufrimiento, y confianza en la bondad de Dios, mitigue su dolor y haga más ligera su carga; porque, haciéndolo así, ó el Señor la librará della, ó le dará fuerzas para llevarla con suavidad, y estando Dios en su alma, hallará consuelo en su pena y alivio en su trabajo, y paz en la discordia, y en el peligro seguridad, y quietud dentro de sí, la cual, ni el marido ni ninguna otra criatura, si ella no quiere, no se la podrá quitar. Y lo que aquí decimos que debe hacer la buena mujer para con su marido, también decimos que lo debe hacer el buen marido con su mujer, porque de ambas partes nacen ocasiones de trabajos y amarguras. Y puesto caso que la mujer debe

sujeción y obediencia á su marido por ser su cabeza, y por esta causa sufrir más, el marido debe más compasión á su mujer, y gobernarla con más moderación y cordura, por ser más frágil y de su natural condición más flaca y antojadiza; y, finalmente, el consejo de san Gregorio, papa, es admirable, que dice (1) que los casados deben ser amonestados que cada uno dellos no considere tanto lo que él sufre de su compañía, quanto lo que la compañía que tiene le sufre á él; porque desta manera llevará con más paciencia lo que hiciere consigo el otro, considerando lo que él hace con él.

(1) Gregor., *in pastor*, III; *p. admonitione*, XXVIII.





CAPÍTULO XXI

Cómo se deben consolar las personas espirituales cuando les faltan las consolaciones divinas

TRATADO habemos en los capítulos pasados de algunos remedios principales, con que los atribulados y afligidos se podrán consolar en sus tribulaciones, en su pobreza, en sus enfermedades, en las muertes de los que quieren bien, y cosas semejantes, pero todas temporales y de la tierra, que son comunmente las que los hombres mundanos suelen sentir y llorar más. En este capítulo quiero tratar de otro género de tribulación y desconsuelo más alto y más espiritual, que llega al alma y la atormenta y consume, y se funda, no en la pérdida destes bienes perecederos y caducos, sino en la de otros celestiales y divinos; porque, así como cuando Dios quiere castigar á los hijos deste siglo no les quita las cosas espirituales (porque, como no las aman, no sienten la pérdida dellas), sino en las temporales, que ellos tienen tan arraigadas en sus entrañas, que

cuando se las quitan les arrancan las mismas entrañas y se les sale el alma tras ellas, para que castigados por esta manera, se vuelvan á Dios; así, cuando quiere afligir á las personas espirituales, no les quita las cosas temporales (porque no hacen caso dellas, ni reciben pena de la pérdida de lo que no aman ni estiman), sino los consuelos espirituales y divinos, que son los que ellas precian y procuran. Esto es, cuando parece al ánima que no tiene á Dios y que le ha perdido; que le habla, y no le responde; que le busca, y no le halla, y se ve sola y como desamparada y desechada de la faz del Señor, que sabe que es todo su remedio y todo y sólo su bien. Este lenguaje entienden las ánimas devotas y regaladas de Dios cuando él á tiempos las deja y se les esconde; que las otras que andan como anegadas debajo de las ondas de sus desvariados apetitos y vicios, y no tienen trato ni familiaridad con Dios, no saben á qué sabe esto, ni cuánto sea más agudo el dolor que causa esta ausencia del Señor, que todas las otras calamidades y pérdidas temporales. Pues para estas ánimas recogidas, espirituales y devotas, servirá este capítulo cuando se vieren desconsoladas y como sumidas en un abismo deste desamparo de Dios, que es mayor trabajo que todos los trabajos temporales, y la mayor pena de todas las penas. Porque, así como las consolaciones de Dios son mayores de lo que se puede decir, así las desconsolaciones de su ausencia no son creíbles á quien no las experimenta. Y como cuando el ánima está de veras regalada y gozosa con la presencia del Señor, no le parece que hay cosa en el mundo que la pueda entristecer, ni turbar aquel gozo que posee, así, cuando Dios le vuelve las espaldas y se ausenta della, y la quiere probar de veras con desconsuelos y temores, se halla á las veces tan triste y afligida, que ninguna cosa la puede alegrar, ni aun aliviar el peso de su grande tristeza, porque se halla entonces el ánima tan atajada, tan pesada, tan perpleja y confusa, que no sabe qué se hacer, y cualquiera cosa que haga la embaraza y confunde más. Está

como un viandante que camina por un desierto lleno de bestias fieras, y ha perdido el camino en una noche muy oscura, y no sabe qué se hacer. El estarse quedado le aflige, el ir adelante le congoja, el volver atrás le da pena; si se queja, no descansa; si llama, no le responden; si no llama, repréndele la conciencia; anda sumido en un mar profundo de angustias y sobresaltos, en tanto grado, que aun el mismo buscar á Dios busca el ánima cuando está en este estado, y no le halla; antes todos los medios que toma para consolarse le son materia de tristeza, como á los muy alegres lo suelen ser de alegría las mismas causas con que otros se entristecen. Éste es el verdadero desierto por donde Dios lleva á los que saca de Egipto con la promesa de su palabra, á la cual quiere que crean tanto, que ni estas ni otras cosas los desmayen en la fe, pues es más cierto lo que Él promete que lo que nosotros sentimos, y nos tiene prevenidos y avisados que pasaremos por estas penas, mas que Él nos libraré. Pues cuando un ánima se halla en este desierto tan yermo y horrible, ¿qué hará? ¿cómo se consolará? Primeramente, es menester que cuando se hallare en tan peligroso estrecho, y como arrebatado de una corriente de desconsuelos y temores, que no pierda el áncora de la confianza en el Señor, ni se deje ahogar de manera que piense que está del todo olvidado y desamparado de Dios; porque en llegando á este punto, como perdido el gobernalle, se da al través y se quiebra la nave sin remedio. Para esto, conviene que la persona espiritual asiente en su corazón que las consolaciones y dulzuras con que el Señor á veces regala á sus siervos en la oración, no son las prendas más ciertas de su amor, ni lo más precioso ni más fino de la virtud; pues muchas veces los más santos tienen menos regalos sensibles que otros que son principiantes y menos perfectos, á los cuales cria el Señor con esta leche, como á niños, hasta que, esforzados ya, dejen de serlo, y coman pan con corteza y comiencen á andar por su pié. De suerte que el tener más consolaciones sen-

sibles no es señal cierta de ser el que las tiene más perfecto ni más santo, ni más querido del Señor, y eslo cuando, faltando ellas, el hombre no falta un punto de sus santos ejercicios ni de un amor fuerte y macizo, con que se abraza con su Dios y se aprieta con Él y totalmente se pone en sus manos, y con prosperidad y con adversidad, con consuelo y desconsuelo, en paz y en guerra, le sirve igualmente. Para hacer prueba deste amor fino y perfecto, quita Dios muchas veces á sus siervos estos regalos y dulzuras, y no menos para que ellos conozcan que no son suyas, sino dádiva del cielo, y no se desvanezcan cuando las tienen, ni se congojen demasidamente cuando les faltan, y siempre anden humildes y dentro de sí, conociendo que no las merecen cuando no las tienen, y agradeciéndolas y sirviéndolas al Señor cuando se las da. Otras veces también las quita su divina Majestad con piadosa providencia, para que sus siervos no pierdan la salud y desfallezcan, porque es tanta la flaqueza de nuestros cuerpos, y tan grande la abundancia y suavidad destes consuelos divinos, que puesto caso que el alma se derrite y regala con ellos, la carne muchas veces se enflaquece y no puede sufrirlos, ni llevar carga tan ligera para el espíritu y tan pesada para sí; y por otras muchas causas quita Dios estas consolaciones divinas á sus siervos, de las cuales trata largamente, en la segunda parte del libro de la *Oración*, el padre fray Luís de Granada, adonde las hallará el que las quisiere ver.

Mas algunas veces esta tribulación no es más que una privación de los regalos sensibles de Dios, y una como falta del pan y sustento con que el ánima esforzada tiene aliento para andar por el camino áspero de la virtud, y llegar, como Elías después de haber comido la hogaza, hasta el monte de Oreb, y perseverar en los ejercicios santos de la oración. Otras veces pasa más adelante, y es un desamparo y una soledad tan grande, un dejamiento que hace Dios en el ánima, que sola la que le padece le puede explicar; porque parece que no sólo el Señor no la ayuda

y favorece en aquel punto, pero que la persigue y desfavorece; de manera que no halla ni en sí ni en ninguna criatura reparo, y que el mismo Dios le vuelve el rostro y se le esconde, ó por mejor decir, se esquivo y la trata como enemigo. Pongamos aquí dos ejemplos deste desamparo del Señor: uno de un varón santo, y otro de una mujer santa, y ambos de dos religiosos de la orden de santo Domingo. Fray Enrique de Suson, alemán de nación, fué varón muy ilustre en sangre, y más en toda santidad y perfección, y particularmente en la paciencia y sufrimiento de innumerables y pesadísimas tribulaciones con que Dios le ejercitó muchos años; de las cuales hallándose algunas veces muy apretado, y suplicando á nuestro Señor que le sacase dellas, le apareció un día y le reprendió, diciéndole: «Cuando Dios te enclavare en alguna cruz, no has de poner los ojos en cuándo se acabara, sino apretarte con ella y apercebirte para otra.» Otra vez le dijo el Señor las grandes adversidades que había de padecer, y le especificó tres más terribles que las demás, y entre ellas le declaró la tercera en esta manera: «La tercera es, que hasta agora has mamado los pechos de Dios como niño, mas ya no será lo que ser solía, ni gustarás de aquellos regalos y dulzura divina, antes te dejaré secar y enfermar de pobreza y falta destes gustos y regalos, y verte has desamparado de Dios y de los hombres, maltratado de amigos y de enemigos, y todo cuanto imaginares, tratares y buscares para tu consuelo, todo se te volverá al revés.» Y como el Señor se lo dijo, así lo hizo. Éste es ejemplo de varón; digamos agora el de una purísima y santísima virgen, que es santa Catalina de Sena, la cual, después de haber sido regalada extrañamente de Dios, y tratada como dulcísima y amadísima esposa, pasó por este desierto y desamparo, no hallando gota de agua de consuelo para refrescarse y matar la sed, ni bocado de pan que comer, sino serpientes venenosas y enemigos crueles por todas partes, que la perseguían y querían tragar; y buscando al

Señor para su defensa, no le hallaba, ni aun rastro dél; porque Él la quería probar y afinar, y para esto dió licencia á los demonios para que empleasen su malicia en combatir á la santa virgen con tentaciones torpes, y en cuerpos visibles ejercitasen delante de ella actos sucios, y le apareciesen en varias y horribles figuras, y la maltratasen y afligiesen; y cuando ella se volvía á Dios, Él se le escondía y la dejaba como sola, aunque no estaba sino más acompañada que antes del mismo Señor que la dejaba. Esta cruz es pesadísima y terribilísima, y que para llevarla son menester hombros de gigante; y así, el Señor no la suele dar sino á personas muy ejercitadas y robustas en la virtud. Pues cuando el Señor fuere servido de probarnos con la falta de sus regalos y consolaciones divinas, no hay que hacer sino humillarnos, y conocer y confesar que somos indignos dellas, y que justísimamente se nos quitan porque no supimos usar dellas ni agradecerse las, como era razón; algunas veces atribuyéndolas á nuestros merecimientos, otras desvaneciéndonos con ellas, y desestimando á los otros que no las tienen, como si por no tenerlas fuesen menos buenos y perfectos que nosotros; otras descuidándonos en el ejercicio de la oración y de la mortificación de nuestras pasiones, y no acudiendo con humilde y total resignación á la voluntad del Señor, y á las santas inspiraciones que por su sola benignidad nos envía, ó por algún pecado oculto ó afición desordenada con que está preso y cautivo nuestro corazón, el cual en estas ocasiones debemos examinar con mayor cuidado, y purificarle de cualquier cosa que hay en él y entendiéremos que puede desagradar á los ojos del Señor. Y hecho esto de nuestra parte, dejémosle hacer de la suya lo que fuere servido; si nos consolare, tomemos el consuelo con agradecimiento, y si no nos consolare, el desconsuelo con paciencia, que aunque sea medicina amarga, no por eso será menos provechosa para la salud, y lo que nos faltare de regalo, por ventura se nos dará de virtudes sólidas y ma-

cizas, de humildad, de paciencia, de amor fuerte, de confianza, de perseverancia y de otros dones de Dios, que valen tanto más que los regalos y consuelos, aunque sean espirituales, cuanto vale más el fin que los medios que se toman para alcanzarle. La mujer que es muy regalada de su marido, cuando está presente no es mucho que le quiera bien y que le sirva y le sea fiel; mas la que hace esto estando su marido ausente y lejos, y como olvidado della, no la escribe ni la regala, ni parece que tiene cuenta con su necesidad, ésta es la buena mujer, amorosa, leal, constante, desinteresada, que ama al marido porque es marido, y no por las dádivas que le da ni por los regalos que le hace. Esto mismo debemos nosotros hacer con el Esposo dulcísimo de nuestras ánimas, cuando nos pareciere que se descuida y olvida de nosotros, y no nos regala como solía, y con tanta mayor solícitud lo debemos hacer, cuanto tenemos mayor seguridad del amor del Señor para con nosotros, que cualquiera mujer puede tener del amor de su marido para consigo; pues es cierto que no se puede olvidar Dios de los suyos, como lo hacen los hombres, y que aunque algunas veces se esconde, nunca se aleja, antes está más presente cuando parece que está más ausente, y abrasa con llamas más encendidas de amor al corazón que no se entibia en él por la falta destas consolaciones y regalos. Y si el desamparo fuere tan grande como fué el de santa Catalina de Sena y del santo fray Enrique, de quien habemos hablado, hagamos nosotros lo que ellos hicieron, y tendremos vitoria de nuestros enemigos, con admirable aprovechamiento de nuestras ánimas; porque del santo fray Enrique se escribe en su *Vida* que, después de haber sido tantas veces crucificado y deshecho, decía que cuando hubiese igual gloria para los que padecen trabajos y para los que no los padecen, era justo que todos deseásemos vivir y morir en cruz, y que á los que Dios aflige, con las mismas aflicciones los consuela. Y fué tanto lo que el Señor después le consoló y regaló, que solía de-

cir: «Si hay alguno que haya padecido adversidades, venga y quéjese; que yo de mí digo que, á mi parecer, nunca he padecido cosa en la tierra, ni sé qué sea cruz, pero muy bien sé qué cosa es gozo y alegría.» Pues ¿qué diré de la bienaventurada virgen santa Catalina de Sena, la cual, después de haber padecido y vencido tan feas y abominables tentaciones, que para su purísima ánima eran más grave tormento que el mismo infierno, y pasado por este desierto tan áspero y tan lleno de fieras y bestias ponzoñosas, se volvió á su dulcísimo Esposo y le dijo (como san Antonio el Abad): «Señor mío, ¿dónde habéis estado? ¿Por qué me dejastes sola?—Sola no, respondió el Señor; que yo aquí estaba, mirando como peleabas, y me gozaba de tus vitorias; porque no me huelgo yo con los trabajos de mis siervos, sino con su paciencia, que es más mía que no suya.» Después el Señor la regaló tan por extremo, que se tendrían por increíbles los favores y regalos que le hizo, por ser tan grandes, si los autores que los escriben no fuesen tan graves, y la bondad y dulzura del Señor para con las ánimas que perfetamente le aman y sirven no excediese á todo lo que el ingenio humano puede comprender. Y así decía esta gloriosa y regalada esposa del Señor que en las manos de Dios la muerte es vida y la enfermedad salud, y los trabajos descanso y el infierno paraíso. Tengan, pues, fuerte en semejantes aprietos las ánimas santas y puras, y si tardare el Esposo, no desfallezcan ni se echen á dormir, sino velen y espérenlo con paciencia, porque *veniens venit, et non tardavit*; sin falta vendrá, y no tardará. Y en qué haya de estribar esta certidumbre y segura esperanza, declararlo hemos en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XXII

Como toda nuestra confianza estriba en los merecimientos de Jesucristo, y cuán grande motivo sea éste para nuestro consuelo.

Lo que más nos suele afligir y desmayar en semejantes aprietos, y en las otras tribulaciones que el Señor nos envía, es el parecernos que aunque Él es suma bondad y piadosísimo y misericordiosísimo, pero que también es justo y castigador de pecados, y que siendo tantos los nuestros, no nos mirará con buenos ojos ni nos amará; porque, como el objeto del amor sea el bien, no habiendo en nosotros bien ninguno, ni en nuestro cuerpo, que es un muladar, ni en el ánima, por ser un manantial de pecados, el Señor, que no es ciego ni apasionado ni antojadizo, no se puede engañar, ni amar lo que no merece ser amado, ni querer bien lo que es digno de aborrecimiento. De aquí se afligen las ánimas y nacen las congojas, temores y desconfianzas, y el tenerse por desamparadas y perdidas,

porque ponen los ojos en sí, y no en la sobreabundante bondad de Dios, y en los tesoros riquísimos de los merecimientos de su benditísimo Hijo, por los cuales Él nos perdona. Y esto es lo que pretendo declarar en este capítulo (porque es el fundamento y la nave de toda nuestra confianza ó consuelo), y referir en él parte de un discurso admirable que hizo el padre maestro Juan de Ávila, en que trata altísimamente del amor de Cristo para con los hombres.

Pues para declarar bien la medida con que habemos de medir el amor que Cristo nuestro Redentor nos tiene, habemos de desviar los ojos de nuestra consideración de nosotros mismos, y ponerlos en Cristo, porque no nace el amor que Él nos tiene de la perfección que hay en nosotros, sino de la que hay en Él, ni de lo que Él tiene que mirar en nosotros, sino de lo que tiene que mirar en su eterno Padre; para lo cual se debe presuponer que en el instante de su concepción fueron dadas á la sacratísima humanidad de Jesucristo tres gracias tan excelentes y tan grandes, que cada una en su manera es infinita; conviene á saber: la gracia de la unión hipostática, y la gracia universal de ser cabeza de toda la Iglesia, y la gracia singular que se le dió á su santísima ánima. Primeramente se dió á aquella santísima humanidad el sér divino, juntándola con la persona divina, con tan fuerte nudo y con tan estrecho vínculo, que en ambas naturalezas, divina y humana, no hay sino una persona, y podemos con verdad decir que aquel hombre es Dios. Esta gracia es infinita, así porque lo es lo que por ella se da, que es el sér divino, como por la manera con que se da, que es la más estrecha que se puede dar, que es por vía de unión personal.

Diósele también que fuese padre universal y cabeza de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influya su virtud y merecimientos; de manera que en cuanto Dios es igual al Padre, y en cuanto hombre es príncipe de todos los hombres; y por este principado

se le dió gracia infinita, para que dél, como de una fuente de gracia y de un mar Océano de santidad, la reciban todos los hombres; y Él se llama Santo de los santos, no solamente por ser el mayor santo de todos, sino por ser el santificador de todos, y por cuya mano ha de recibir el lustre de santidad todo lo que ha de ser santo; porque, así como todos los hombres que son engendrados por vía natural son hijos de Adán, y á él reconocen por su padre y por su raíz y principio, así todos los que son regenerados por la gracia sobrenatural nacen deste segundo Adán, que es padre del siglo que ha de venir. Esta gracia es asimismo infinita, porque es para toda la generación humana, que en su manera es infinita, pues no tiene número determinado, y siempre se puede multiplicar cuanto es de su parte en infinito, y para todo lo que en ella se multiplicare hay gracia y méritos en la benditísima ánima de Jesucristo.

La tercera gracia fué singular, que se llama *gratia gratum faciens*, que quiere decir, gracia que hace al que la tiene agradable á Dios, y ésta se le dió para santificación y perfección de su vida, la cual también se puede llamar en cierta manera infinita, porque tiene todo lo que pertenece al sér de la gracia, sin que nada le falte y sin que nada se le pueda añadir. Diéronsele, demás desto, todas las gracias que llaman *gratis datas*, y todos los dones del Espíritu Santo, de manera que fuese aquella purísima ánima como un río caudaloso que recoge todas las avenidas y crecientes de todas las gracias, sin que haya gota de gracia que no éntre en él, ni se pueda derivar sino dél. Aquí hizo Dios cuanto pudo hacer y dió cuanto pudo dar, y sobre todo, esto le fué dado en aquel mismo punto que viesse luego la esencia divina, y conociese claramente la majestad y la gloria del Verbo, con quien estaba unida, y viéndola fuese bienaventurada y llena de tanta gloria esencial, cuanta ahora tiene á la diestra del Padre. Todo esto se dió á aquella santísima ánima por pura gracia y magnifi-

cencia de Dios, sin que precediese algún merecimiento de parte della, porque todo fué junto, el criarla y dotarla de todas estas gracias, por haber querido Dios hacer esta sacratísima humanidad, como dice san Agustín, un dechado y una muestra de la divina gracia, tan acabado y perfeto, que cosa no se la pueda añadir.

Pues siendo todo esto así, como queda declarado, cuando esta santísima ánima, en aquel dichoso punto en que fuese concebida, abriese los ojos y viese aquella infinita é inmensa bondad de Dios, y conociese que es digna de infinito amor y servicio, ¡cómo la amaría, cómo la desearía servir, con qué afecto desearía emplear todo su caudal en la amplificación y acrecentamiento de su gloria! Y cuando se mirase á sí con aquellas grandezas y excelencias que hemos dicho, y conociese de cuyas manos le venía tanto bien, y como el que nace rey y no lo ganó por su lanza se hallase con el principado de todas las criaturas, y viese postradas á sus piés todas las jerarquías del cielo, que en aquel punto le adoraron, como dice san Pablo (1); pregunto yo: cuando todo esto viese, ¡con qué amor aquel ánima amaría al que así la hubiese glorificado y ensalzado! ¡cómo desearía que se ofreciese cosa en que servir tan grandes beneficios, y mostrarse agradecida al Dador de tan inmensos bienes! ¿Hay entendimiento de querubines ó de serafines que lo pueda comprender, ó lengua de ángeles que lo pueda explicar? No hay quien mejor reconozca ni agradezca el bien que se le hace, que el verdadero humilde, ni entre todas las criaturas del cielo y de la tierra ha habido criatura más humilde que el ánima de Jesucristo, y por el consiguiente, más agradecida ni más deseosa de servir á Dios las gracias que dél había recibido. Pues como juntamente viese que Dios era gravemente ofendido de los hombres, y tuviese presentes todos los pecados que desde el principio del mundo se han he-

(1) *Hebr.*, I.

cho y se hacen, y se harán hasta su fin, contra aquel Señor tan bueno en sí y tan liberal para consigo, á quien ella deseaba tanto amar y servir, ¡qué dolor causaría esta vista en su amoroso y agradecido corazón! Y entendiendo que Dios quería desenojarse y salvar al linaje humano, que estaba perdido, y que para esto ella, por su amor y obediencia, tomase este negocio á su cargo, y no descansase hasta acabarle; y que porque la manera que tienen todas las cosas en obrar es por amor, convenía que Él, para cumplir esta obra de nuestra redención de los hombres, los amase con tan grande y ardiente amor, que para redimirlos se pusiese á hacer y padecer todo lo que fuese necesario. ¡Con qué celo, con qué agradecimiento, con qué obediencia, con qué entrañas de piedad, con qué fuego de amor, con cuán blando, fuerte y encendido corazón se ofrecería para esta empresa, y volvería los ojos á los hombres y se regalaría con ellos, aunque le hubiesen de costar la vida! No hay entendimiento que pueda llegar á entender esto como ello es, ni lengua para poderlo declarar. Por esta vía de conocimiento de lo que Dios merece ser servido por lo que es en sí, y de agradecimiento y obediencia, se nos manifiesta este amor tan excesivo de Jesucristo para con nosotros; y no menos por la de su caridad y gracia, á la manera que dijimos, infinita; porque si muchos santos con una gota sola de gracia, derivada deste piélagos inmenso de la gracia de Cristo, tuvieron tanta ansia y deseo de padecer trabajos y penas, y morir por Dios, ¿qué tal habrá sido el deseo que tendría el mismo Señor de honrar, muriendo, á su Padre, pues es santo de los santos, fuente de toda la gracia, en cuya comparación toda la gracia y santidad de todos los otros santos es como un punto en el círculo, y se oscurece como la luz de las estrellas delante del sol? ¡Qué vivos deseos tenía el glorioso apóstol san Andrés de morir crucificado, pues cuando vió la cruz, así se regocijó y la saludó y se abrazó con ella! ¡Qué llamas tan encendidas de amor arden en el pecho

del abrasado Ignacio, cuando le llamaban de Siria á Roma para ser martirizado, y llamaba saludables las bestias que le habian de despedazar y tragar, y decía que si ellas no quisiesen llegar á él, él les haría fuerza y violencia! ¿Qué diré de las parrillas de san Lorenzo y de aquel fuego lento que le consumi6, y no pudo apagar el incendio interior de su ánima, antes fué dél de tal manera vencido, que las llamas de fuera le parecían rosas, y cuando más le quemaban, decía que estaba en refrigerio? ¡Con cuánto ardor deseó y procuró el martirio el seráfico padre san Francisco! ¡Cuánta era la caridad del glorioso patriarca santo Domingo, pues no solamente deseaba ser mártir, sino que todos sus miembros lo fuesen, y cada uno dellos padeciese su martirio! Sería nunca acabar si quisiésemos referir aquí los otros ejemplos de los bienaventurados santos que padecieron ó desearon padecer por Cristo, y con tanto fervor y con caridad tan encendida, que los tormentos tenían por regalos, la muerte por vida y la cruz por gloria; porque cuando se ama el padecer, no es pena el padecer, sino alivio y gozo. Pues si estos deseos de padecer tuvieron los santos, que, como dijimos, no tenían sino una gota de gracia, comunicada desta fuente y mar de toda gracia, ¿qué deseos, qué ansias, qué ardores, qué quebrantos de corazón, qué agonias habrán sido las de la misma fuente, de cuya plenitud y abundancia reciben los demás? De aquí es que se angustiaba tanto este Señor con la dilación de su muerte, y cada hora que se dilataba le parecía mil años, por el deseo tan encendido que tenía de ofrecerse por nosotros en sacrificio al Padre, y los treinta y tres años que vivió le fueron una perpetua cruz y un nuevo género de tormento. Por esto dijo: «Con bautismo de sangre tengo yo de ser bautizado, y ¡cómo se angustia mi corazón hasta que llegue la hora dél y se cumpla!» Esto deseó, y este amor le hizo padecer tantos y tan terribles dolores, injurias, afrentas, ensayos y nuevos linajes de tormentos; los cuales, con haber sido innumerables y gravísimos, nunca

llegaron al deseo que tenía de padecer más, y amor entrañable é infinito de su corazón; porque mucho más fué, sin comparación, lo que deseó padecer que lo que padeció, y lo que nos amó allá dentro de su pecho divinal, que lo que nos mostró de fuera con sus llagas; y si como le mandaran morir una vez, le mandaran morir mil, tantas muriera, y si fuera menester estar hasta el día del juicio en la cruz para nuestro remedio, como estuvo penando tres horas, allí estuviera, y lo mismo hiciera por cada uno de los hombres que hizo por todos, porque tenía amor para todo y gracia para todo, y agradecimiento y gracia para todo. Éstos son los estribos de nuestra esperanza, ésta la áncora de nuestra nave, éste el norte de nuestra navegación, éste el puerto seguro para recogernos en todas nuestras tempestades. Cristo, por amor del Padre, me ama, y por obedecer al Padre, muere por mí; y el Padre eterno, por los merecimientos y obediencia del Hijo, me perdona; pues ¿cómo no confiaré yo en tal Hijo y en tal Padre? Toda la razón porque el Hijo nos ama es por obedecer á su Padre, y la causa porque el Padre nos perdona es porque se lo merece y suplica su Hijo; y de mirar el Hijo el corazón del Padre resulta que nos ame, porque así lo pide su obediencia; y de mirar el Padre las heridas y peticiones del Hijo procede nuestro remedio y salud, porque así lo pide su merecimiento. Deste aspecto del Hijo al Padre y del Padre al Hijo proceden todas las influencias de dones y gracias con que se gobierna la Iglesia, como del aspecto de los planetas en tal ó tal disposición proceden las influencias con que se gobierna el mundo, como dicen los astrólogos. Miráos siempre, ¡oh Padre y Hijo! miráos sin cesar, porque desta inefable vista cuelga nuestra bienaventuranza. ¡Oh vista de inestimable virtud, de la cual proceden los rayos de la divina gracia, el perdón de los pecados, el esfuerzo de Dios en nuestra flaqueza, su compañía en nuestra soledad, su consuelo en nuestra aflicción, y en nuestra desesperación su seguridad y confianza! Pro-

curemos nosotros estar muy unidos por fe y amor con este Señor, como miembros de nuestra cabeza, como discípulos con nuestro maestro, como soldados con nuestro capitán, como fieles vasallos con nuestro rey, como cautivos con su libertador, como redimidos con su redentor, como criaturas con su Criador, como esposas con su dulcísimo y amantísimo esposo, y finalmente, como pobres mendigos y miserables con nuestra riqueza, con nuestro tesoro y nuestro sumo bien. Porque si estuviéremos unidos con Él, lo que dél fuere será de nosotros, y allí estarán los miembros donde estuviere la cabeza. En figura desto, dijo David á Abiatar (1), que estaba muy temeroso: «Quédate conmigo y no temas, y lo que de mí fuere, eso será de ti, y conmigo te salvarás.» Éste es el mayor y más eficaz remedio para todas nuestras tribulaciones: juntarnos con este Señor, vivir debajo de sus alas, seguir valerosamente su estandarte real, y cuando por considerar nuestra flaqueza desmayamos, ó por mirar á las aguas furiosas y crecidas de nuestras penas se nos desvanece la cabeza, alzar los ojos á lo alto y mirar á Cristo en una cruz, y acordarnos de sus merecimientos y de su obediencia para con el Padre, y del agrado y complacimento del Padre para con tal Hijo. Todo cuanto Dios tiene fuera de sí es menos que su Hijo; y pues el Padre nos dió tan liberalmente tal Hijo, al tiempo que éramos sus enemigos y no se lo pedíamos, ni nos pasaba por la imaginación pensar que tal cosa podía ser, ¿qué nos negará ahora de lo que le suplicamos, para poder mejor agradecer y servir este beneficio? ¿Qué me negará el que no me negó á su unigénito Hijo? Pues, como dice san Pablo (2), quien no perdonó á su Hijo, sino que le entregó á la muerte por nosotros, ¿cómo no nos habrá dado todas las cosas con Él, para que entendamos que en el punto que nos dió á su Hijo, nos dió juntamente todas las cosas con Él?

(1) *I, Reg.*, XXII.

(2) *Rom.*, VIII.

Ninguna cosa nos puede atemorizar tanto, cuanto asegurarnos de ésta. Cérquennos pecados pasados, apriétenos temores de lo por venir, rodéennos demonios que nos acusen y tiendan lazos, espanten y persigan los hombres, abra el infierno su boca, y pónganse mil peligros delante, que con levantar los ojos á Jesucristo, el manso, el benigno, el obediente, el lleno de misericordia é infinito amador nuestro hasta la muerte, no podemos sino confiar, viendo que apreció tanto nuestra salud el Padre eterno, que por ella dió á su benditísimo Hijo y le entregó á la muerte, y muerte de cruz. Porque si aun acá entre los hombres hay padres que aman tan entrañablemente á sus hijos, que con sola la vista dellos se amansan y sosiegan, por más enojados que estén, ¿qué hará la vista de tal Hijo en el pecho de tal Padre, que le mira puesto por su obediencia en una cruz?

Esto baste para consuelo de las personas espirituales que andan por el desierto áspero y fragoso del desconsuelo, y son probadas y purificadas del Señor con la soledad y desamparo de su dulce y amorosa presencia.

Esta misma manera podríamos decir de las demás tribulaciones, y dar en cada linaje dellas sus medicinas y remedios, como de los que padecen afrentas é injurias, ó falsamente son acusados y oprimidos con calumnias, y discurrir por los otros géneros de cruz que hay en cada estado y forma de vida; mas por ser tantos, y casi infinitos, me ha parecido dejarlos, y contentarme con los remedios que en general y en particular habemos dicho hasta aquí.

Solamente quiero añadir algunas sentencias de las muchas que acerca de esta materia se hallan en Séneca; porque este filósofo, aunque en todos sus libros se mostró grave y severo, pero en los que trata de las miserias humanas y de la fortaleza é igualdad de ánimo con que se han de pasar, es maravilloso y divino; y aunque es verdad que en la Sagrada Escritura y en los libros de los santos

tenemos abundantísima luz para todo lo que en esta vida habemos menester, y particularmente para nuestro consuelo y esfuerzo, porque, como dice el glorioso apóstol san Pablo (1), todo lo que está escrito está escrito para nuestra doctrina, y para que por lo que leemos de la paciencia que tuvieron los santos, y de la consolación que después de haberlos probado les dió el Señor, aprendamos nosotros á tener confianza en Él, todavía me ha parecido poner aquí, como he dicho, algunas sentencias de este filósofo, así porque son admirables, como para nuestra confusión, y para que, considerando cuánto más obligados estamos nosotros á llevar con sufrimiento y alegría nuestras penas, pues tenemos tantos mayores rayos de luz y más ayudas de gracia y más prendas de bienaventuranza que él tuvo, procuremos poner por obra lo que nos enseña de una virtud tan excelente y tan necesaria como es la paciencia, y que nos ha sido tan encomendada con ejemplos y con palabras de Cristo nuestro redentor y de todos los santos que le imitaron.

(1) *Rom.*, XV.





CAPÍTULO XXIII

Algunas sentencias de Séneca acerca de las miserias desta vida, y cómo las habemos de pasar

No me parece que hay hombre más desdichado que el que nunca tuvo alguna adversidad (1); porque este tal no tuvo ocasión de hacer prueba de sí, y aunque todas las cosas le sucedieron como pudo desear, todavía digo que los dioses juzgaron mal dél, pues le tuvieron por indigno de quien alguna vez fuese vencida la fortuna.

Yo juzgo que eres miserable, porque nunca fuiste infeliz (2). Has pasado tu vida sin contrario. Ninguno sabrá lo que puedes, ni tú tampoco; porque para conocerse el hombre es necesario que se pruebe, y que la experiencia enseñe á cada uno lo que puede.

Considera que no es propio del magnánimo mostrarse

(1) Lib. *De provid.*, cap. III.

(2) *Ibidem*, cap. VI.

fuerte en la prosperidad (1); porque tampoco el buen piloto muestra su arte cuando la mar está sosegada y es próspero el viento. Menester es que haya dificultad para que el ánimo haga prueba de sí.

Lo más subido y perfecto del hombre es saber sufrir con alegría los trabajos y adversidades, y todo lo que sucediere llevarlo como si por su voluntad propia le sucediese (2); porque obligado estaba el hombre á quererlo así, si supiera que esta era la divina voluntad.

Necesariamente habéis de conceder que el varón justo es piadoso y temeroso de Dios, y siendo tal, cualquiera cosa que le sucediere la llevará con alegría, sabiendo que le vino por divina voluntad, de la cual proceden todas las cosas.

Para aquellos es pesada la fortuna á los cuales halla desapercibidos (3). Fácilmente sufre el golpe el que siempre le espera; porque aun los enemigos se espantan más cuando vienen de sobresalto y acometen repentinamente. Pero los que están apercibidos y aparejados para la guerra no se espantan tanto, y sostienen el acometimiento con mayor facilidad.

Arroja de ti todo lo que lastima tu corazón, y entiende que si de otra suerte no se pudiese sacar, el mismo corazón se habría de arrancar con ello (4).

Ligero es el dolor que no se acrecienta con la opinión, y si el hombre comienza á animarse y á decir «no es nada,» ó á lo menos, «es poco, esforcémonos, que presto pasará,» hácese más ligero (5). Tanto es cada uno miserable, cuanto lo piensa ser. ¿Qué aprovecha renovar los dolores pasados, y porque fuiste infeliz serlo siempre? Natural cosa es alegrarse el hombre con el fin de sus males;

(1) Lib. *De cons. ad Mart.*, cap. VI.

(2) *In Præs.*, lib. III, *Naf. quæst.*

(3) Lib. *De cons. ad Helv.*, cap. V.

(4) Epist. LII.

(5) Epist. LXXVIII.

por esto conviene cortar y apartar de nosotros el temor del mal que está por venir y la memoria de lo pasado. Porque lo uno ya pasó, y lo otro no sabemos si vendrá. Así como el enemigo que va á los alcances es más dañoso al que huye, así todas las miserias humanas aprietan más al que huye y les vuelve los espaldas.

Volved los ojos á todos los mortales, y no hallaréis casa donde no haya copiosa y continua materia de lágrimas (1). Éste está oprimido de la pobreza trabajosa, aquél inquieto con la ambición desasosegada; el otro, después de haber alcanzado las riquezas que deseó, teme perderlas, y anda fatigado con su mismo deseo. El uno llora porque tiene hijos, y el otro porque los perdió. Antes nos faltarán las lágrimas que las causas de llorar. ¿No ves qué vida nos prometió la naturaleza, pues quiso que el llanto fuese principio de nuestra vida? Por aquí comenzamos; éste es nuestro progreso, éste nuestro fin, y todo el discurso de nuestra vida es uno y conforme. Por tanto debemos llorar con moderación nuestros males, porque muchas veces lo habremos de hacer, y acordándonos de los trabajos y calamidades que han de venir, guardemos las lágrimas para cuando vinieren, y pues habemos de llorar muchas veces, lloremos ahora con templanza.

Si te midieres con la naturaleza, nunca serás pobre (2); si con la opinión de los hombres, nunca serás rico, porque la naturaleza se contenta con poco, la opinión no tiene fin, y si la sigues, cuanto más tuvieres, más desearás.

Ninguno es digno de Dios sino el que desprecia las riquezas (3), de las cuales yo no te quito el uso y la posesión, pero querría que las poseyeses sin desasosiego, lo cual de una manera alcanzarás, si te persuadieses que

(1) Lib. *De consol. ad Polib.*, cap. XXIII.

(2) Epist. XVI.

(3) Epist. XVIII, *et in excerptis.*

podrás vivir dichosamente sin ellas, y si las mirares siempre como cosa que se va.

Gran cosa es no estragarse con el uso de las riquezas; grande es aquel que en las riquezas es pobre, pero más seguro el que no las tiene (1).

Nunca tuvo poco el que está contento con lo que tiene, y nunca tuvo mucho el que quiere más (2).

Dices que la pobreza te es pesada; antes tú eres pesado á la pobreza (3). No está la culpa en la pobreza sino en el pobre; porque ella es ligera, alegre y segura. Dices que eres pobre; no sabes que eres pobre, no porque lo eres, sino porque te tienes por tal. Dices que eres pobre; ninguna cosa falta á las aves, el ganado se sustenta cada día, las fieras en sus cuevas y en los desiertos hallan de comer, y tú piensas que te ha de faltar.

Digo que las riquezas no son buenas, porque si lo fuesen harían bueno al que las posee (4), y pues vemos que tantos malos las tienen, no se pueden con razón llamar buenas. Ponedme en una casa muy opulenta con grande copia de oro y plata, no por eso me tendré en más, pues la casa y las riquezas, aunque están cabe mí, están fuera de mí. Ponedme debajo de un portal entre los pobres mendigos y andrajosos, no por eso me tendré en menos. Yo despreciaré todo el reino de la fortuna; pero si me dieren á escoger, tomaré lo mejor. Todo lo que viniere procuraré que sea bueno para mí, pero holgaréme que venga lo más sabroso y más alegre y que menos me ha de fatigar.

Perdí la hacienda; por ventura ella te perdiera si no la hubieras perdido (5). Perdí la hacienda; así tendrás menos peligro. Perdí la hacienda; dichoso tú si con ella perdiste

(1) Epist. XX.

(2) Epist. CXX.

(3) *In excerptis.*

(4) Lib. *De vita beata*, cap. XXIV et XXIV.

(5) *In excerptis à libris Senecæ.*

la codicia; pero si ella se quedó contigo, todavía eres más dichoso que antes, pues perdiste la materia con que se ceba tan grande mal. Perdí la hacienda, y ella ha perdido á muchos. Serás de aquí adelante en el camino más ligero y más seguro en tu casa. No tendrás heredero, pero no le temerás. Si lo miras bien, la fortuna te ha descargado y puesto en el lugar más seguro. Lo que piensas que es daño, es remedio; lloras, gimes y dices que eres miserable por haber sido despojado de tus bienes; por tu culpa sientes tanto esta pérdida. No la llevarías con tanta congoja si antes hubieras poseído las riquezas como cosa que habías de perder.

Dices que padeciste naufragio (1). Considera no lo que perdiste, sino que escapaste; desnudo saliste, pero saliste. Perdiste todo tu ato, pero pudieras perecer tú juntamente con él.

Aprendamos á vivir con templanza, á refrenar la lujuria, á vencer la gula, á mitigar la ira, á mirar con buenos ojos la pobreza, á amar la sobriedad, á satisfacer á los deseos naturales con cosas fáciles y de poca costa, á tener como debajo de llave las esperanzas falsas, y reprimir el ánimo deseoso de vanidad, y finalmente á buscar las riquezas, no en la fortuna, sino en nosotros mismos (2).

¿Qué cosa es entre todas las cosas humanas la más saludable y principal? No admitir en el ánimo malos consejos, levantar las manos juntas al cielo, no desear bien alguno que otro haya de perder, desear lo que se puede desear sin que ninguno os lo contradiga, que es una santa mente; y todas las otras cosas que los mortales tanto estiman, mirarlas como cosas que como se vienen, así se van (3).

Lloras porque perdiste la vista, y no consideras que con

(1) *In excerptis è libris Senecæ*

(2) *Lib. De tranquil. animi, cap. IX.*

(3) *In præfat., lib. III, Nat. quæst.*

esto cerraste la puerta á infinitos apetitos, y que carecerás de muchas cosas que por no verlas te habías de sacar los ojos (1). ¿No entiendes que es parte de la inocencia ser ciego? Á éste los ojos le muestran la mujer casada para el adulterio, á aquél la parienta para el incesto, á otro la hacienda y casa que ha de robar, y así los ojos son ministros y ejecutores de los vicios.

Dirás: El dolor viene; respóndote que si es ligero, le padezcas con alegría, pues no será muy dificultosa la paciencia, y si es riguroso, será grande la gloria (2). Dices que es duro el dolor; yo te digo que tú eres muelle y blando. Dices que pocos le pudieron sufrir, y yo te digo que seamos nosotros desos pocos. Dices que somos flacos de nuestra naturaleza, y yo digo que no infames tú á la naturaleza, que ella fuertes nos engendró. Dirás: Huyamos el dolor; ¿cómo, pues él sigue á los que le huyen?

En vano te afliges si afligiéndote no has de aprovechar, é injustamente te quejas de lo que aconteció á uno, pues ha de acontecer á todos. Loca es la queja y el deseo donde hay tan poco intervalo entre el deseado y el que desea (3). Por tanto, con más paciencia habemos de llevar la pérdida del que murió, pues tan presto le habemos de seguir. El que se queja que otro murió, quéjase que fué hombre. Todos estamos sujetos á esta sentencia; el que nació ha de morir. En el tiempo hay diferencia, pero no en la salida. Lo que hay entre el primero y postrero día es vario é incierto. Si miras las miserias que se pasan en este espacio y curso de la vida, aun para el muchacho es largo; si la ligereza con que vuela, para el viejo es corto.

Morirás; ésta no es pena, sino naturaleza del hombre. Morirás; con esta condición entré que había de salir. Morirás; éste es derecho de las gentes, volver lo que rece-

(1) *In excerptis Senecae.*

(2) *Ibidem.*

(3) *Epist. XCIX.*

biste. Morirás (1); esta vida es una romería que se acaba; á esto vine, esto hago, todos los días me llevan al término que la naturaleza me puso cuando nací, ¿de qué me puedo quejar? No soy el primero ni seré el postrero; muchos han ido delante, y todos me seguirán. Pero morirás mozo; por ventura con esa muerte me libraré de algún gran mal, y á lo menos de la vejez.

Perdido he el hermano; loco es el que llora las caídas de los mortales (2). ¿Es ésta cosa nueva ó maravillosa? ¿Qué casa hay, de plebeyo ni de rey, que no tenga sus muertes y sus tristezas? La muerte, el destierro, el llanto, el dolor no son suplicios, sino censos y tributos de la vida (3). Gran consuelo es pensar que lo que os ha acontecido á vos, ha acontecido á todos los que han vivido antes de vos, y acontecerá á todos los que después han de venir. Y por esto ha querido la naturaleza hacer que sea tan común y universal la muerte, para que siendo lo que es más terrible, á todos inevitable, nos consolemos con la igualdad. También será parte de consuelo el considerar que este tu dolor no aprovecha para ninguna cosa ni al difunto ni á ti, y así no querrás que sea largo y prolijo lo que no puede aprovechar (4).

Ya goza tu hermano del cielo ancho y descubierto, y deste lugar bajo y vil ha subido á aquel lugar que abraza y recoge en su bienaventurado seno las ánimas desatadas de los vínculos desta mortalidad. Allí está libre y seguro, gozando de todos los bienes con sumo gozo é increíble alegría. Engañaste, no perdió la luz tu hermano; antes ha alcanzado otra más resplandeciente y más segura. No pienses que te han hecho agravio en haberte quitado tal hermano, sino que te hicieron gracia todo el tiempo que gozaste dél. Injusto es el que no deja á la voluntad del que

(1) *In excerptis.*

(2) *Ibidem.*

(3) *De cons. ad Polyb.*, cap. XXI.

(4) *Ibidem*, cap. XXVIII et XXIX.

da, el tiempo y el uso de lo que da. Codicioso el que no tiene por ganancia lo que recibió, sino por pérdida lo que restituyó. Desagradecido el que tiene por agravio que se le acabe su contento. Necio el que no piensa que hay otro fruto sino el de los bienes presentes, y tiene por perdido lo pasado, y no tiene por más seguro y cierto lo que ya no se puede perder. Pero dirás: Murió mi hermano cuando menos lo pensaba. Cada día pasan delante de nuestros ojos los entierros de personas que conocemos y que no conocemos, y nosotros no lo advertimos, y con otros cuidados nos olvidamos, y pensamos que es repentino lo que toda la vida se nos está predicando. ¿Qué novedad es que muera un hombre, cuya vida desde su principio hasta el cabo no es otra cosa sino camino para la muerte?

Quejaisos que no vivió vuestro hijo tanto como pudiera vivir (1). ¿De dónde sabéis que le convenía vivir más, y que no le estaba bien acabar ahora? Porque ¿qué persona hay hoy en todo el mundo que tenga sus cosas tan asentadas y bien puestas, que con el suceso del tiempo no tenga que temer? Todas las cosas humanas huyen y desvanecen como humo, y ninguna parte de nuestra vida es más frágil y quebrantadiza ni más sujeta á mudanza que la que es de más gusto y contento. Y por tanto, los que se tienen por dichosos y felices deben desear la muerte, porque en tan grande inconstancia y confusión no hay cosa segura sino la que ya pasó. ¿Qué seguridad podíades vos tener que aquel cuerpo hermoso de vuestro hijo, guardado con tanto recato y cuidado, se había de conservar limpio y casto en una ciudad tan deshonesta y sucia, y que sin caer en enfermedades contagiosas había de llegar á la vejez? Pensad la flaqueza y los vicios de nuestra ánima y que no siempre los fines responden á los principios, ni la grave vejez á la honesta mocedad. Todas éstas son sentencias deste excelentísimo y gravísimo filósofo, que nos enseñan

(1) *De cons. ad Martianum*, cap. XXI et XXII.

con qué armas habemos de pelear contra los golpes y encuentros desta miserable vida, y los medios que habemos de tomar para no ser ahogados de las ondas de la tribulación, las cuales he traído aquí para nuestra doctrina, como dije, y para nuestra confusión. Y en un libro que escribió (1), en el cual trata por qué, estando todas las cosas humanas debajo de la providencia de Dios, da él á los buenos trabajos y males, dice que lo hace el Señor para bien de los mismos que los padecen, para que se ejerciten en las cosas dificultosas y arduas, y hagan callo en la virtud, y para ejemplo y provecho del mundo, y para que entendamos todos cuáles son verdaderos bienes y verdaderos males. Y esto baste para la primera parte deste tratado, en el cual pretendemos escribir de los remedios que debemos usar en las tribulaciones particulares que cada uno de nosotros padece en sí ó en las personas conjuntas consigo por sangre ó por amor. Tratemos ahora de las calamidades generales que Dios envía á toda una congregación, ciudad, provincia y reino, y veamos cómo nos habemos de haber en ellas. Pero antes de comenzar esta segunda parte, paréceme que será bien declarar y desenvolver una cuestión que suele admirar y afligir á muchos, los cuales inquietan y preguntan por qué Dios nuestro Señor da en esta vida prosperidad á los malos y adversidad á los buenos. Á la cual pregunta en el capítulo siguiente se satisfará.

(1) Lib. *De prov.*





CAPÍTULO XXIV

Por qué Dios nuestro Señor da en esta vida bienes á los malos, y males á los buenos

No solamente la gente vulgar y pecadora se maravilla que los buenos sean afligidos y los malos prosperados, pero los muy santos y grandes amigos de Dios se han espantado y casi dádole quejas por ello. El pacientísimo Job dice (1): «Señor, ¿por qué los impíos viven y son prosperados y abastados de riquezas?» El profeta Jeremías dice (2): «¿Por qué el camino de los malos es tan dichoso, y sucede bien á todos los transgresores de la ley que obran mal? Y el profeta Abacuc, hablando con Dios, dice (3): «¿Por qué miráis y favorecéis á los despreciadores de vuestra ley, y disimuláis y calláis cuando el pecador atropella y oprime al inocente y al que es más justo

(1) Job. XXI.

(2) Jerem., XII.

(3) Abac., I.

que no él?» El real profeta David se vió tan congojado y apretado con esta duda, que dice (1): « Mis piés casi han resbalado, y casi he tropezado y caído por el celo grande que tengo sobre los pecadores, considerando la paz y descanso que ellos tienen, y la facilidad que en todas las cosas les acompaña.» El glorioso doctor de la Iglesia san Agustín escribe estas palabras (2): « No podemos alcanzar el secreto juicio de Dios, por el cual aquel bueno es pobre, y este malo es rico. Éste, que por sus maldades debía, á nuestro parecer, ser afligido, tenga gozo y contento, y el otro, que por su buena vida debería alegrarse, ande siempre congojado y afligido; que salga del juicio el inocente condenado, ó por la maldad del juez, ó por los testigos falsos, y que el perverso acusador no solamente quede sin castigo, sino que triunfe y se alabe de haberse vengado del que no lo merecía; que el pecador tenga entera salud, y el justo esté consumido y podrido de enfermedades; que veamos algunos mozos robustos que usan de sus fuerzas para saltar, y otros que ni con una palabra ofendieron á nadie mueran con diversas muertes atroces y penosas; que muchos niños, los cuales daban esperanza de ser provechosos con sus vidas, sean arrebatados de la muerte antes de tiempo, y otros que nos parece que no habrían de nacer, se logren y vivan largos años; que esté asentado en el trono y sublimado en honra y dignidad uno que sabemos que es oprobio y escándalo de la república, y otro que es justo, pacífico y provechoso esté arrinconado y sepultado en perpetuo olvido. Y otros ejemplos semejantes á éstos, que por ser tantos no se pueden contar. Todo esto es de san Agustín. Y Salviano dice (3): «¿Para qué me preguntas por qué uno es mayor y otro es menor, uno feliz y otro infeliz, uno flaco y otro fuerte? La causa porque

(1) Psalm. LXXII.

(2) Aug., XX, *De Civ.*, cap. II.

(3) Lib. III, *De provid.*

Dios lo hace yo no la entiendo, pero basta por suficientísima causa, que yo pruebo que lo hace Dios. Porque, así como Dios sobrepuja y excede infinitamente á toda la razón humana, así el saber que Dios lo hace es la mayor y mejor razón que se puede dar, y no hay para qué buscar nuevas causas y razones, pues todas las que se pueden imaginar y decir se comprenden en esta palabra: Dios lo hace, Dios es el autor.» Y san Jerónimo dice (1): «¿Pienzas que muchas veces no es combatido mi corazón y herido de aquella ola y pensamiento: por qué algunos viejos malvados gozan de los bienes deste siglo, y algunos muchachos inocentes y la niñez sin pecado se coge como flor antes de tiempo? ¿Por qué muchas veces los niños de dos y tres meses, y que maman los pechos de sus madres, son afligidos del demonio y se cubren de lepra, y se consumen con otras enfermedades; y por el contrario, los impíos, adúlteros, homicidas, sacrilegos, viven robustos y recios, y confiados de su salud, blasfeman al Señor, que se la da? Pero cuando me fatiga este pensamiento, luégo me acuerdo de lo que dice el Profeta (2): Quise saber la causa desto, y halléme embarazado, y ví que no la puedo entender hasta que éntre en el santuario del Señor y vea el fin de los malos, porque los juicios de Dios son un abismo sin suelo, y Dios es bueno, y todo lo que hace él, bueno, y necesariamente lo ha de ser.» Todas estas palabras son de san Jerónimo.

Pues para responder á esta pregunta y duda, que así ha ejercitado á los santos, se ha de presuponer primeramente que de cuatro maneras puede nuestro Señor repartir los bienes y los males temporales en esta vida. La primera, dando siempre á los buenos bien, y á los malos mal. La segunda, al revés, dando siempre trabajos á los buenos y prosperidad á los malos. La tercera, dando siempre bienes

(1) Tom. I, *Ad Paulam, de obitu Blesillae*.

(2) Psalm. XXVII.

á los buenos y á los malos, y males á los malos y á los buenos, en tal forma, que no haya ninguno, ni bueno ni malo, que no participe del bien y del mal. La cuarta, mezclando los bienes y los males de tal manera, que algunos de los unos y de los otros participen del bien y del mal, y que ni todos los buenos sean siempre prosperados ni siempre afligidos, sino que haya algunos buenos que gocen de la prosperidad, y otros que sean ejercitados con la adversidad; y de la misma suerte algunos malos tengan alegres y quietos sucesos, y otros tristes y trabajosos. Este modo postrero escogió Dios nuestro Señor, en el repartimiento de las cosas temporales, como más acertado y más conveniente. Y así dice el bienaventurado san Gregorio Nacianceno (1) que no se atrevía él á juzgar que uno era bueno por la prosperidad que tenía, pues vemos que hay muchos malos y pecadores que gozan della, ni á pensar que es pecador el que es afligido, pues en esta vida muchos santos lo son. Y la Sagrada Escritura y las historias sagradas y profanas están llenas de infinitos ejemplos que enseñan y prueban esta verdad.

La razón que los hombres en esta escuridad y tinieblas en que vivimos podemos dar deste gobierno y providencia del Señor es, que el estado presente que tenemos en esta vida es estado de fe, y para que ejercitemos esta virtud es necesario que las cosas que creemos no sean patentes y claras, porque, si lo fuesen, no creeríamos lo que viésemos. Y si Dios siempre diese bienes temporales á los buenos, y males á los malos, poca dificultad y poco merecimiento habría en creer que Él es justo juez y tiene providencia de las cosas humanas, y que galardona á cada uno conforme á sus obras. Y demás desto, no se moverían los malos á servir á nuestro Señor sino por temor de la pena, ó por amor mercenario y de su propio interés. Y Dios quiere ser Señor de hombres que libre y amorosamente le sirvan, y

(1) Greg. Naz., orat.

que sepan que no se da en esta vida el premio de los servicios que le hacemos, sino que el justo muchas veces ha de ser en ella perseguido y atribulado para que ejercite la paciencia, y el pecador para que se enmiende.

Por esto dice el bienaventurado san Agustín (1): «Ha querido la divina Providencia aparejar en la otra vida algunos bienes para los buenos, de los cuales no gozarán los pecadores, y algunos males para los malos, los cuales no padecerán los buenos. Mas estos bienes y males temporales ha querido que sean comunes á los buenos y á los malos, para que no apetezcamos los bienes demasidamente, pues vemos que también los tienen los malos, ni menos huyamos, como pusilánimes, de aquellos males que muchas veces padecen los buenos. Es bien verdad que va mucho en el uso de las cosas prósperas y adversas; porque el bueno ni se engríe con la prosperidad, ni desmaya con la adversidad, y el mal es castigado con la adversidad, porque se desvanece con la prosperidad. Aunque en el repartimiento destas cosas temporales muchas veces muestra el Señor su divina providencia. Porque si agora castigase todos los pecados con pena manifiesta, muchos pensarían que aquí se acababa todo el castigo, y que no hay más que temer en la otra vida. Y al revés, si no castigase en ésta ningún pecado claramente, no creerían que hay divina Providencia. De la misma manera en las cosas alegres y prósperas, si Dios con su liberalidad no las concediese á algunos que se las piden, parecerles hía que no estaba el darlas en su mano, y si las diese á todos los que se las piden, juzgarían por ventura que no le habían de servir sino por ellas. Y así, no serían píos y agradecidos, sino avaros y codiciosos. Y siendo esto así, y que los buenos y los malos son afligidos, no por eso habemos de pensar que no hay gran diferencia entre el bueno y el malo, porque no la hay en las cosas que padecen. Porque en la semejanza de

(1) August., lib. I, *De civit. Dei*, cap. VIII.

los males que se padecen hay semejanza grande de los que los padecen, y debajo de la misma pena y dolor no es lo mismo vicio y virtud. Porque así como en el mismo fuego resplandece el oro y humea la paja, y con la misma trilla se desmenuza la paja y se alimpia el grano, y no es lo mismo el aceite y las heces que dél quedan, aunque se expriman en el mismo lagar; así el mismo trabajo prueba á los buenos, y los purifica y afina; y á los malos los condena, congoja y desanima. Y en la misma aflicción los malos aborrecen á Dios y le blasfeman, y los buenos le alaban y glorifican. Tanto va, no en el padecer, sino en quién es el que padece; porque con el mismo aire el unguento precioso derrama su fragancia, y el cieno su mal olor.» Todo esto es de san Agustín.

Desta doctrina se saca que Dios reparté los bienes y los males temporales á los buenos y á los malos como es servido, para que hagamos poco caso dellos, y mucho de los bienes espirituales y divinos, de que gozan en esta vida los justos, y carecen los malos. Tales son: la caridad, la humildad, el menosprecio del mundo, la castidad, la paciencia, el sufrimiento en los trabajos, y las demás virtudes con que está hermoçada y enriquecida el alma del justo. Y al contrario, la del pecador está desnuda y privada de todos estos bienes, los cuales son tanto mejores y más excelentes que la nobleza, salud y fuerzas del cuerpo, y que la hacienda, honras y cargos temporales, cuanto el ánima excede al cuerpo, y el cielo á la tierra, y lo eterno á lo transitorio y momentáneo.

Pero, demás de lo que nos enseña san Agustín, hay otras causas porque nuestro Señor reparté á los buenos adversidades, y á los malos bienes temporales en esta vida. Porque, como dice Séneca (1): «Así como nosotros nos holgamos de ver salir al coso, cuando hay en él un toro bravo, un mozo valiente y animoso, y asirle del cuerno y

(1) Lib. *De provid.*, cap. II.

detenerle y hacerle dar muchas vueltas, ó pelear con un león y rendirle y matarle; así parece que nuestro Señor recibe gusto cuando un soldado y siervo suyo lidia con la que llamamos fortuna adversa, y pelea con la pobreza, con el dolor, con la infamia ó con cualquiera otra calamidad, y la sujeta y vence con las fuerzas que Él le da y por su amor. Porque desta manera es Dios glorificado en él; el cual, así como un buen capitán para las hazañas de mayor trabajo y peligro escoge los soldados más esforzados y valerosos, así escoge Él para estos trances rigurosos y peleas los que tienen más valor y virtud. Y como los soldados, cuando son nombrados para semejantes empresas, no se quejan del capitán, antes se tienen por muy honrados y favorecidos dél, así los que son ejercitados del Señor con trabajos y dificultades las deben tener por regalo y favor.» Todo esto dice Séneca.

Pero los bienes temporales dalos Dios á algunos pecadores en esta vida, porque, así como comunica la luz del sol y la pluvia, no solamente á los buenos, pero también á los malos, para manifestar más su inestimable bondad y aquel dulcísimo afecto de padre que tiene para con el hombre, así también reparte los bienes temporales á los malos, para declarar esta misma bondad, y juntamente manifiesta su divina justicia, y esto en dos maneras: la primera, porque comunmente no hay hombre tan perdido y desalmado, que no tenga alguna cosa buena, y por pequeña que sea, es Dios tan justo, que no quiere que quede sin galardón. Y como no se le ha de dar al pecador en la otra vida, quiere pagárselo en ésta. Y así leemos (1) que Dios dió á Nabucodonosor el reino de Egipto, aunque era malvado é infel, porque le había servido haciendo guerra contra sus enemigos. Y á las comadres ó parteras de Egipto (2) les hizo bien por la piedad que usaron con los niños

(1) Ezech., XXIX.

(2) Exod., I.

de los hebreos que nacían. Por esto dijo Séneca (1): «Á estos que ama Dios y los tiene por buenos, los curte y endurece y ejercita; pero á esotros que parece que perdona y regala, guárdalos para los males que han de venir.»

La otra manera con que Dios manifiesta su justicia, dando á los pecadores los bienes temporales, es porque, como dice el bienaventurado san Agustín, muchas veces niega Dios al hombre, por misericordia, lo que sería ira si se lo concediese. Y así vemos que muchos alcanzaron la hacienda y el cargo y la privanza, y el lugar alto que pretendían, y que después cayeron y perdieron lo que habían alcanzado con mayor afrenta y dolor, y la risa se les convirtió en llanto, y la felicidad en miseria, y lo que parecía regalo y merced de Dios les fué cuchillo y verdugo. Y lo que es peor, algunos se van al infierno por haber usado mal estos bienes temporales, que por ventura se salvaran si no los tuvieran. Y así se ve que fué castigo lo que parecía beneficio y dádiva de Dios.

Demás desto, da el Señor estos bienes á los malos, para que, atraídos de su liberalidad y benignidad, se conviertan á él, y considerando que otros mejores y más hábiles que ellos no tienen lo que ellos tienen, lo reconozcan de Dios y le amen y sirvan como á dador y fuente de todo lo que poseen. Y si el amor y agradecimiento de lo que han recibido de la mano del Señor no tuviere tanta fuerza para enternecerlos y aprisionarlos y rendirlos, la tenga el temor de perderlo, pues ven que, como Dios lo da, así lo puede quitar, y para que no lo quite, es bien tenerlo propicio.

Quando ni el amor ni el temor no bastan para enfrenar al pecador, dice Boecio que da Dios estos bienes caducos á los pecadores para que no sean tan malos, y para que con este cebo se entretengan, y no hagan los males gravísimos é innumerables que harían si no los tuviesen, blasfemando

(1) Lib. *De provid.*, cap. VI.

y despojando y persiguiendo á los buenos, y viviendo entre ellos como unos leones y tigres.

Asimismo les da á los malos el mando é imperio para que con su tiranía ejerciten á los buenos y purguen la escoria de las culpas que tienen, y se afine la virtud dellos, y se esmere más la obediencia y fidelidad de los que los obedecen y sirven por amor del Señor.

Finalmente, da Dios estos bienes á los malos para que mejor conozcamos lo poco que valen y se deben estimar, como lo dijo san Agustín. Porque si Dios nuestro Señor, que es sapientísimo y justísimo, da estos bienes á los hombres perdidos, á los infieles y herejes, señal es que los tiene en poco y que son viles, porque si fueran bienes para estimar, no se los diera, pues manda que no se arrojen las piedras preciosas á los puercos. Pero con esto nos da á entender que estos bienes no son bienes preciosos, sino cargas pesadas de caminantes, y que el que va más cargado lleva más trabajo en su jornada y corre más peligro.



CAPITULO XXV

Prosigue el capítulo pasado, y declárase por qué Dios da bienes temporales á los buenos

POR estas y otras razones da Dios nuestro Señor los bienes temporales á los malos. Pero porque no se alcen con ellos y piensen que ésta es su herencia, y que no tienén parte en ella los buenos y siervos del Señor, también los reparte con larga mano á algunos amigos suyos, como á Abrahán, Isaac, Jacob, Josef, David, Salomón, Ecequías, y en el Nuevo Testamento á Constantino, Teodosio, Carlomagno, san Silvestre, san Gregorio y otros santos y siervos suyos. Esto hace Dios primeramente para enseñarnos que Él es la primera y universal causa y fuente de todos los bienes, y gobernador y administrador de todas las cosas criadas, las cuales dispone y rige y endereza con su incomprensible providencia á los fines que Él es servido; y se desengañen los hombres que fian en sí ó en otros hombres, y locamente piensan que no tiene Dios

cuidado de las cosas humanas ; porque es verdad infalible lo que dijo el real profeta David (1), que todo lo que Dios quiere se hace en el cielo y en la tierra, en el mar y en los abismos, y lo que dijo Daniel á Nabucodonosor (2): «Siete tiempos se mudarán sobre ti hasta que entiendas que el Señor del cielo es Señor de la tierra y del reino de los hombres, y que Él le da á quien es servido.»

También con esto se quita otro engaño que han tenido algunos hombres perdidos, pensando no ser licito al cristiano poseer bienes temporales, como lo decía Juliano Apóstata, para despojarlos dellos con esta ocasión. Pero si nuestro Señor da estos bienes á sus siervos, claro está que justamente los poseen, porque de otra manera no se los daría.

Vese asimismo más claramente la perversidad de los que no usan bien destes bienes temporales, y se dejan cegar y arrebatar del desordenado amor y codicia dellos. Y que la causa deste mal no está en las mismas cosas, pues otros usan bien dellas, sino en la afición demasiada de los que pervierten y estragan el uso dellas ; porque, como maravillosamente dice san Gregorio, papa (3), hay algunos que por gozar de Dios usan como de empréstatas de las cosas deste mundo, y otros que por gozar á su placer del siglo, como por cumplimiento y de paso se quieren servir de Dios. Los unos tienen las cosas desta vida en uso y las eternas en deseo ; los otros desean y gozan de las presentes sin freno, acordándose algunas veces, como por entre sueños, de las de Dios. El malo déjase llevar de su gusto y pasión ; el bueno tiene la rienda á su apetito y refrena su corazón. El malo piensa que es señor de lo que posee y que lo puede desperdiciar á su antojo ; el bueno conoce que es dispensador de lo que Dios le entregó, y sabe que

(1) Psalm. CXXXIV.

(2) Dan., IV.

(3) *Moral.*, lib. II, cap. V.

le ha de dar cuenta dello hasta la postrera blanca. El malo cree que se merece toda la honra que tiene, y que se debe á su persona todo lo que se hace con él; el bueno, aunque se vea superior de otros en la dignidad, y por ello honrado y servido, no por esto se desvanece, sino antes se humilla y confunde, entendiendo que muchos de sus súbditos son mejores que él es, y que la honra que le hacen no es por lo que merece su persona, sino por lo que pide el grado y dignidad de su oficio. Y tiene asentado en su corazón que toda esta vida es como una comedia, en que entran á representar diversos personajes, y que no es más alabado el que representa la persona de rey ó de papa, sino el que representa mejor la suya, aunque sea de un pobre labrador.

Enséñanos asimismo nuestro Señor, cuando da estos bienes temporales á algunos buenos, que también los daría á los demás si les estuviese bien, y que el no dárselos es porque no les conviene. Porque, como dice gravemente Boecio, Dios nuestro Señor es como un médico sapientísimo, que cura varias enfermedades con varias medicinas y remedios, dando á cada uno de los enfermos la medicina que há menester, conforme á su sujeto y disposición. Á uno da una purga amarga y desabrida, á otro dulce y suave. Y el que la recibe amarga no se puede ni debe quejar, ni pedir que le den la dulce, porque en esto no mira el médico al deseo del enfermo, sino á su salud.

Demás destas razones, por las cuales da Dios los bienes temporales á los buenos, hay otra, que es despertarlos y levantarlos á la contemplación, amor y deseo de los bienes inestimables que esperamos. Porque si Dios nuestro Señor, en este valle de lágrimas, en este desierto de bestias y destierro lastimoso y miserable en que vivimos, hace tantas mercedes al hombre, y le abraza y regala con tanta benignidad, y le da salud, honra, hacienda, cargos preeminentes, mando y señorío, ¿qué hará en el cielo, en aquella nuestra patria bienaventurada y en aquel palacio

real, y en aquellas moradas de gloria y descanso, donde le veremos y gozaremos como Él es?

Finalmente, da Dios estos bienes á los buenos por hacer bien á todo el mundo con ellos, porque el malo todo lo toma y lo quiere para sí; mas el bueno, como otro sol, comunica su luz y reparte sus rayos con todos. Si tiene hacienda, sabe que Dios se la dió para socorro del pobre; si tiene honra, para que honre á los que por su virtud lo merecen; si tiene cargo y poder, para que dé la mano al caído y ampare al que poco puede, y reprima y castigue al atrevido. Así que la merced que Dios hace al bueno, aunque se da á uno, es de todos, porque todos gozan della. Y como las venas pequeñas y delgadas, hasta las que llaman capilares, reciben la sangre de las venas mayores, así todos los pobres y miserables se sustentan y mantienen con lo que los buenos ricos les comunican, á los cuales reparte Dios estos bienes, como habemos dicho, para que ellos los repartan con los demás.





CAPÍTULO XXVI

Por qué da Dios bienes ó males á los que no hacen bien ni obran mal

No solamente hace Dios lo que habemos dicho con los justos y con los pecadores, pero también con los que no hacen bien ni obran mal, por no poder usar del libre albedrío, ni consultar y deliberar y escoger, como son los insensatos y locos, y todos los niños antes que tengan uso de razón. Vemos pues á muchos niños en su tierna y pura edad afligidos y consumidos de enfermedades; y al revés, otros como una flor, hermosos, sanos y agradables; y preguntamos: ¿Qué es la causa desto?

Para responder á esta cuestión es de saber, primero, que de los males que padecen los niños, muchas veces tienen la culpa los padres, porque si el padre es desperdiciado y jugador, y gasta la hacienda que tiene en profanidades y demasías, y por esto deja á sus hijos pobres, desta pobreza que ellos padecen el padre tiene la culpa, pues quebranta

la ley de Dios, que manda que la hacienda se gaste en buenos usos. Y si por andar el padre distraído se inficiona y pega la enfermedad contagiosa á su mujer, y della se deriva á los hijos, claro está que la culpa estuvo en el padre, y por ella castiga Dios á los hijos, que son parte del padre, para bien del padre y de los mismos hijos, los cuales no se pueden quejar deste castigo, porque aunque no tienen pecados actuales que le merezcan, pero basta el pecado original, en el cual fueron concebidos, que es el seminario y raíz de todos los demás.

Y aunque, por virtud del santo bautismo, se les perdona el pecado y se quita la fealdad de la culpa, pero no por eso el bautizado se libra de las penalidades y miserias á que quedó sujeto por él; antes se queda como un vaso de barro frágil y quebradizo, y sujeto, como antes, á la alteración, corrupción y muerte, y consiguientemente á las enfermedades y miserias desta vida. Y así no es maravilla que viva conforme á las leyes de su naturaleza y padezca todas las calamidades á que ella está obligada, lo cual con maravillosa providencia ordena el Señor, para que el hombre, que por el bautismo es incorporado en Cristo y hecho miembro suyo, se conforme con su cabeza, y por una parte, por la regeneración y gracia del sacramento, sea libre de la culpa que contrae cuando es engendrado de sus padres, y por otra pueda con las penalidades imitar á su cabeza y padecer por ella, y juntamente ejercitar su virtud y tener en qué merecer, y venga al santo bautismo, no por la comodidad desta vida y por la impasibilidad del cuerpo, sino por la gracia y riquezas del ánima, y por la gloria y bienaventuranza que espera.

Otras veces hace esto nuestro Señor, ó para castigar otros pecados de los mismos padres, ó para probarlos y ejercitarlos con el dolor que sienten de la enfermedad de sus hijos, el cual algunas veces les atormenta más que si ellos mismos la padeciesen. Cuando es castigo, la causa particular es, como habemos dicho, porque hace un ídolo

de sus hijos, y todo su amor, regalo y confianza ponen en ellos, y por acrecentarlos en honra y hacienda se desvelan y olvidan de Dios, y le ofenden gravemente (1). Y porque Dios es Dios fuerte y celoso, y visita los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación, castiga á los padres con las penas y enfermedades y aun con las muertes de sus mismos hijos (2).

Mas á las veces no es tanto castigo éste, quanto prueba de Dios para ver si los padres le aman á él más que al hijo, lo cual se conoce en el dolor y sentimiento; porque, al paso que va el amor, va el dolor, y lo que mucho se ama, se siente mucho cuando se pierde. Por esto sobre aquellas palabras del Apóstol (3) en que, hablando de los ricos, dice que se enredan y meten en muchos dolores, dice el bienaventurado san Agustín que son muchos los dolores, porque son muchos los amores en que se embarazan y enlazan los ricos. Y así el padre y la madre que se congojan demasadamente con la enfermedad de su hijo, y no admiten consuelo cuando se muere, y les parece que se les acaba la vida con la vida de su hijo, muestran la flaqueza de su corazón y el desordenado amor que le tenían. Y esto quiere Dios que conozcan, para que se vuelvan á Él y traspasen en Él su amor.

Da asimismo estas enfermedades el Señor á los niños, para que desde pequeñitos se críen con trabajo y dolor y se vayan como curtiendo, y sean para más que los que se crían con mucho regalo. Porque los que se crían con trabajos y necesidades conténtanse después con menos, sufren las miserias desta vida con más facilidad, son más parcos y templados é industriosos para allegar y guardar su hacienda. Y al contrario, los muy delicados y regalados no son buenos para nada: ni para la paz, porque se dan á

(1) *Sapient.*, XI.

(2) *Exod.*, XX.

(3) *I, Tim.*, VI.



la lascivia, ni para la guerra, porque luégo se desmayan y se derriten con los trabajos della. Si quieren servir á algún príncipe, no aciertan; si entran en religión, no pueden llevar la aspereza y rigor della, ni se saben amoldar á los ejercicios de la humildad y mortificación. Y todo esto nace de haberse criado con demasiado regalo y blandura de sus padres, la cual, como dijo Quintiliano (1), es la peste y destrucción de la virtud para los niños, y el castigo y cuchillo para los mismos padres. Y por esto nuestro Señor, para cortar esta mala raíz, trata ásperamente á los niños, para que con la hambre y con la sed, con el calor y con el frío y enfermedades se hagan á las armas, como dicen, y puedan llevar mejor las miserias desta vida, y ofrecerse al peligro y á la muerte, si fuere menester, por el bien de la república y por amor de la religión y de la virtud.

Y muchas veces se lleva nuestro Señor á los niños porque sabe que si creciesen le ofenderían y se condenarían, como lo dice Salomón por estas palabras (2): «Arrebatado ha sido, para que la malicia no trocase su entendimiento, ni el fingimiento engañase su ánima.» En poco tiempo vivió mucho, porque su ánima era agradable á Dios, y por esto el Señor se dió prisa á sacarle de enmedio de las maldades. Y con esta consideración se han de consolar los padres cuando ven que no se logran sus hijos, y que son arrebatados de la muerte antes de tiempo, aunque con ellos pierdan la esperanza de la herencia y del oficio y beneficio que pensaban alcanzar. Porque, demás de librarlos Dios de un mal mundo, lleno de infinitas miserias y calamidades, asegúralos y pónelos en el puerto tranquilo y sosegado, fuera ya de todo temor y peligro. Destas razones que hemos dicho se saca por qué da nuestro Señor estos trabajos y penas temporales á los niños que no tienen uso de razón, dejando á la naturaleza mortal y corruptible en que

(1) Lib. I.

(2) *Sapient.*, IV.

nacieron hacer su oficio, y mostrando en esto y en todo su infinita sabiduría y bondad.

Y si algún curioso preguntare por qué hace esto nuestro Señor, y no hizo al hombre inmortal é incorruptible, como hizo al ángel, pareciéndole por ventura que esto fuera mejor, respondo conforme á lo que á otra pregunta semejante á esta responde san Agustín, que no fuera mejor (1); porque, aunque es verdad que la naturaleza incorruptible é inmortal es más perfecta y excelente que la mortal y corruptible, y que por esta parte parece que sería mejor que los niños y todos los hombres fuéramos incorruptibles, pero no es así; porque mejor es que la tierra sea tierra que no cielo, aunque el cielo sea más perfecto que la tierra, y que el pié sea pié, y la mano mano, que no que el pié y la mano sean ojos, aunque el ojo sea más perfecto y noble miembro que el pié y la mano, pues así se compone mejor el cuerpo con esta diferencia de miembros, y el universo con la diversidad de elementos y mixtos, y resplandece más la sabiduría de Dios, la cual en esta variedad de cosas y naturalezas despliega los rayos de su incomprendible poder y bondad, que siendo una en si, en las cosas que produce es tan varia y tan admirable.

Pero ¿por qué da nuestro Señor á los niños los bienes temporales, pues vemos algunos hijos de padres generosos, lindos, sanos y agradables? Para que, como arriba dijimos, entendamos que Dios es el dador y autor de todos los bienes, y cuánto le agrada la pureza é inocencia que tienen los niños. Porque, puesto caso que no tienen aquella inocencia y bondad que tienen otros que son crecidos en edad, los cuales se abstienen del mal que podrían y sabrían hacer, porque Dios les manda que no lo hagan, y por la misma causa obran el bien; pero tienen los niños falta de malicia y de ruindad, y no pueden en aquella edad hacer mal, que es una imagen y como sombra de la verda-

(1) Lib. XI, *super Genes., ad lit.*, cap. VII et VIII.

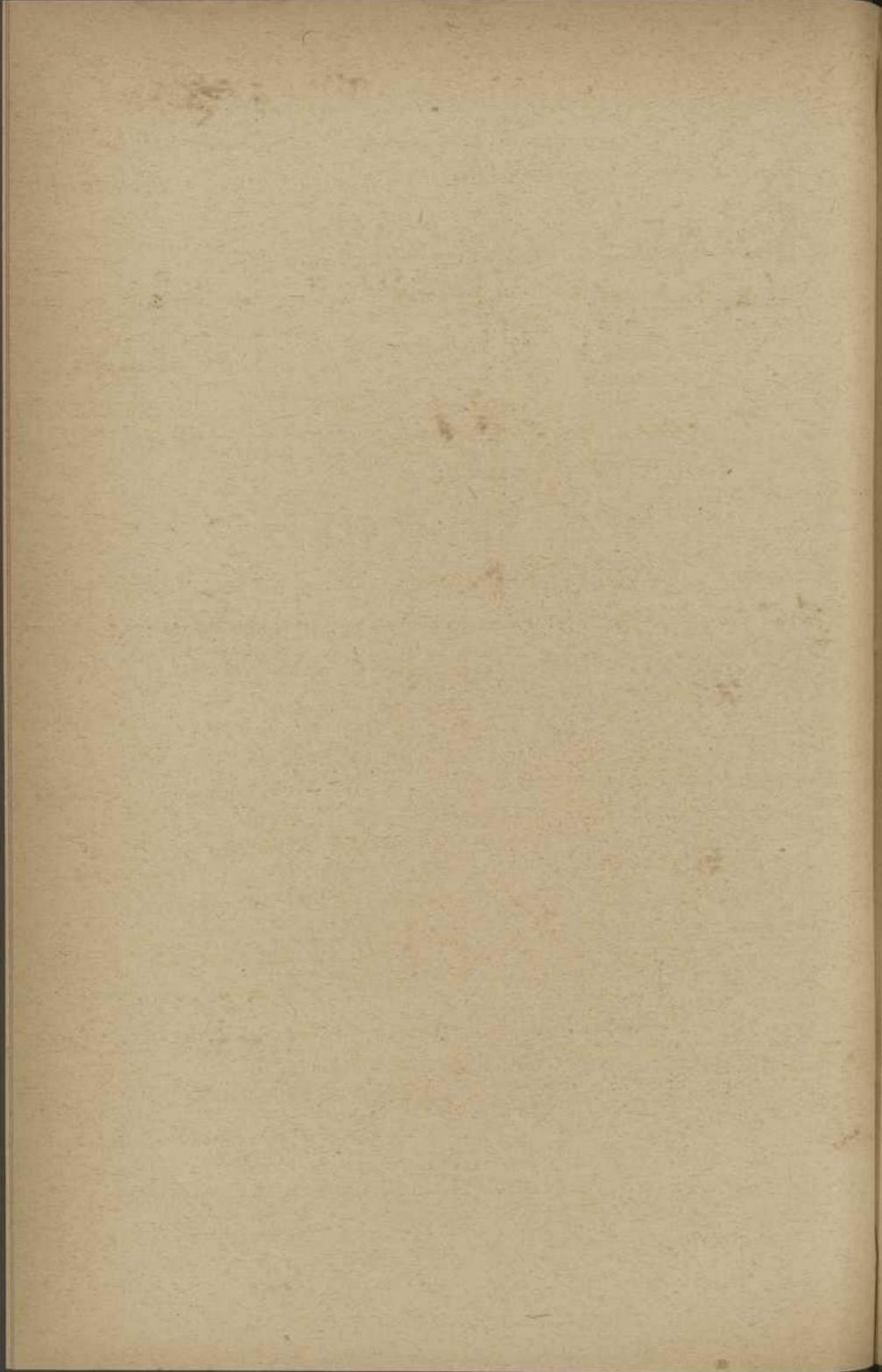
dera inocencia. Y con esto queda declarado lo que propusimos, y las causas por que Dios reparte á los buenos y á los malos, y á los que al presente no hacen bien ni obran mal, los que en esta vida llamamos bienes y males. Resta ahora que sigamos el hilo de nuestro discurso, y tratemos de las tribulaciones generales con que Dios aflige y castiga el mundo, que es la segunda parte deste tratado.



LIBRO SEGUNDO

EN QUE SE TRATA DE LAS TRIBULACIONES GENERALES

Y DE SUS REMEDIOS





CAPÍTULO I

De las tribulaciones generales con que Dios suele castigar

No solamente castiga nuestro Señor á las personas particulares, y las aflige con varias penas por sus particulares culpas, como en el libro precedente queda declarado, pero también azota y atribula las ciudades, provincias y reinos enteros por los pecados que se cometen en ellos. Así lo dice el real profeta David (1), y que el Señor había secado los ríos, y convertido la tierra fértil y abundante en salitrales por la maldad de los que moraban en ella. Y el *Eclesiástico* dice (2): «La muerte, el derramamiento de sangre, la contienda, la espada, las opresiones, la hambre, el asolamiento y los demás azotes vienen sobre los pecadores, y por ellos vino el diluvio.» Jeremías, hablando de la sequedad y esterilidad que hubo en su tiempo, cuando ni se hallaba agua en las fuentes ni yerba en los campos, claramente nos enseña que los pecados y maldades del pueblo fueron causa de aquella calamidad (3).

(1) Psalm. CIII.

(2) *Eccles.*, XL.

(3) *Jer.*, XII et XIV.

Y lo mismo enseña el profeta Oseas (1), contando en particular los vicios y abominaciones de su tiempo; y por esto dice que lloraría y se secaría la tierra, y se enflaquecerían todos los moradores della, y faltarian las bestias del campo y las aves del cielo. Amós, después de haber referido la violencia y calumnias con que los ricos consumen á los pobres, dice (2) que por esto les dará Dios dentera y carestía, y falta de agua y de pan. Por esto Aquior, capitán y príncipe de los hijos de Amón, habiendo declarado á Holofernes cómo Dios tenia protección del pueblo de Israel, y que le castigaba cuando se apartaba de su obediencia, le dijo (3) que antes de acometerle procurase saber si á la sazón había ofendido á Dios, porque si esto era, podía tener por cierta la victoria, y si no, que dejase aquella empresa, porque no le iría bien, ni sacaría más della que vituperio y confusión, porque Dios pelearía por su pueblo contra el cual ninguno podría prevalecer. Esto mismo se ve en el *Libro de los Jueces* manifestamente, donde se cuenta cómo Dios castigaba á su pueblo y le entregaba en manos de sus enemigos cuando le ofendía, y cómo le libraba cuando, arrepentido de sus maldades, hacía penitencia y se volvía á él (4). Por esto llama Dios, en la Sagrada Escritura, á Ciro su pastor y su Cristo, y á Nabucodonosor su siervo, y dice (5) que le había servido contra el rey de Tiro, porque eran ministros de su justicia, como lo son todos los otros que Él toma para castigo y asolamiento de los reinos y provincias (6).

Cuando Alarico, rey de los godos, iba con gran saña á destruir á Roma, un santo ermitaño le fué á hablar y á rogar que no ensangrentase sus manos ni fuese causa de

(1) Oseas, IV.

(2) Amos, IV.

(3) Judith, V.

(4) Isai., XLV et XLIV.

(5) Jerem., XVI.

(6) Ezech., XXXIX.

la destrucción de tanta gente inocente, y él respondió (1) que no podía hacer otra cosa, porque cada día le aparecía un hombre, que le angustiaba y le importunaba, y mandaba que fuese á Roma y la asolase (2). Atila, rey de los hunos, que arruinó tantas provincias, se llamó *metus orbis et flagellum Dei* (3); espanto del mundo y azote de Dios. Y el gran Tamorlán se llamó ira de Dios. Y realmente el uno y el otro fué azote y ejecutor de la ira del Señor. Y así, acercándose Atila á la ciudad de Troya de Champaña, en Francia, le salió á recibir san Lupo, obispo della, vestido de pontifical, con todo su clero, y le dijo (4): «¿Quién eres tú, que turbas la tierra y la destruyes?» Y él respondió: «Yo soy el azote de Dios.» Entonces el santo Obispo le mandó abrir las puertas y dijo: «Sea muy bien venido el azote de Dios;» y entrando los soldados en la ciudad, los cegó Dios de manera, que pasaron por ella sin hacerle daño alguno; porque, aunque Atila era azote, no quiso Dios que lo fuese para los que le recibían, como azote suyo, con tanta sumisión.

Otros lugares muchos hay en la Sagrada Escritura que nos enseñan esta verdad, y no menos los ejemplos de los castigos que ha hecho Dios nuestro Señor en el mundo por los pecados, los cuales no traemos aquí por ser cosa muy sabida y notoria, y desear en este tratado la brevedad. Basta decir lo que dijo el excelentísimo capitán y amado de Dios, Josué, á todo el pueblo antes que muriese (5), después de haberle contado las victorias que Dios le había dado. Dios, dice, es santo, fuerte y celoso, y no perdonará á vuestros pecados y maldades. Si dejáredes al Señor y sirviéredes á otros dioses, volveros ha las espaldas, y affigiros ha y asolaros ha, por más que

(1) Socrat., lib. VII, cap. X. Zozom., lib. IX, cap. VI.

(2) *Naucler.*, c. vol.

(3) *Gen.*, XVI.

(4) *Naucler.*, c. vol.

(5) Josué, XXIV.

os haya hecho tantas mercedes como habéis recibido de su mano.

Conforme á esta doctrina, habemos de entender que la guerra, la sequedad, la hambre y pestilencia, los incendios y todas las otras calamidades que Dios nos envía son para castigo de los pecados que comunmente se hacen en la comunidad. Aunque también leemos que por el pecado de uno castiga Dios temporalmente á muchos, como castigó al pueblo de Israel con la hambre de tres años, en tiempo del rey David (1), por haber quebrantado el rey Saúl su juramento y palabra que había dado Josué á los gabaonitas (2). Y asimismo castigó Dios á todo el reino por el pecado del rey David (3), cuando mandó contar y empadronar el pueblo, y se desvaneció.

Y aun algunas veces, queriendo nuestro Señor castigar al pueblo por otros pecados, permite que peque el rey para con esta ocasión castigar al rey y al reino, como lo vemos en este hecho de David, del cual dice la Sagrada Escritura que habiéndose enojado el furor del Señor contra Israel, movió al rey David, ó permitió, como se escribe en el libro del *Paralipomenon* (4), que Satanás le tentase para que mandase contar el pueblo, y el uno y el otro fuese por ello castigado (5); sobre el cual lugar dice el gran Gregorio, y lo trae la glosa ordinaria, que según los merecimientos de los súbditos endereza y dispone Dios los consejos de los que gobiernan, y que por la culpa de las ovejas permite que peque el buen pastor. Porque hay tanta unión y correspondencia entre los merecimientos del pueblo y de los que le rigen, que muchas veces por la culpa del pastor se empeoran las costumbres del pueblo, y por la culpa del pueblo se tuerce y desfallece la vida

(1) II, *Reg.*, XXI.

(2) Josué, IX.

(3) II, *Reg.*, XXIV.

(4) I, *Paral.*, cap. XXI.

(5) II, *Reg.*, XXXIV.

del gobernador, que es un grande aviso para entender que de los castigos públicos que Dios envía son causa los pecados, y que conforme á los merecimientos del pueblo dispone y encamina el Señor los consejos de los que le gobiernan, como lo dice san Gregorio.

Y aun algunas veces levanta Dios á los malos, y les da el cetro y señorío para castigo del pueblo, como lo dice Job (1): «Yo haré que reine el hipócrita, el que parece bueno y no lo es, por los pecados del pueblo.» Y Isaías dice (2): «Yo les daré príncipes muchachos, y los afeminados y disolutos los señorearán.» Otras veces permite que los bárbaros y los hombres crueles é impíos tiranicen y aflijan el pueblo, y con sus crueldades purguen la escoria de sus grandes maldades, y por esto llama por Isaías vara de su furor al rey de los asirios, y por Ezequiel á Nabucodonosor siervo suyo, porque se sirvió dellos para castigar á las diez tribus de Israel y á la tribu de Judá. Otras veces, ó hace á alguno rey para que castigue la impiedad de algún otro rey, del cual el Señor se tiene por muy ofendido, como hizo á Jehú, para que arruinase y deshiciese la posteridad y casa de Acab, y para que consuele y repare las quiebras de su pueblo, como á Ciro y Constantino.

Pero, volviendo á lo que íbamos tratando, no es maravilla que peque el rey, que es la cabeza, y que sea castigado el pueblo, que es el cuerpo que se rige por ella. Más es de maravillar que castigue Dios á muchos por el pecado de un solo hombre particular, como se ve en el castigo que dió á los tres mil soldados que iban sobre la ciudad de Hay (3), los cuales volvieron las espaldas á sus enemigos y fueron vencidos por el pecado de Achán, que, contra lo que Dios tenía mandado, había hurtado algunos bienes de la ciudad de Jericó, los cuales habían sido anatematizados

(1) Job, XXXIV.

(2) Isai, III.

(3) Josué IV.

por el mismo Dios (1). Porque quiso el Señor con el castigo del pecado de uno avisar y escarmentar á muchos, y darnos á entender que si así castiga la culpa de uno, mucho más ásperamente castigará la de muchos, y que cada uno de la comunidad se debe considerar, no como cosa apartada y por sí, sino como miembro y parte de la república, y tener por suyo propio el bien y mal della, como lo hacen los miembros en el cuerpo humano, y nos lo enseña el apóstol san Pablo (2). No causa menor admiración el considerar que cuando Dios castiga con estas penas temporales generalmente á una república, también comprende con los malos á muchos buenos, y castiga al inocente y santo con el malvado y pecador; lo cual hace el Señor, como dice el bienaventurado san Agustín (3), por tres razones. La primera, porque, ya que no tengan los justos aquellos vicios y maldades por las cuales el Señor envía aquel azote, pero tienen otras faltas é imperfecciones, que quiere Dios purgar, y consumir la escoria con el fuego de la tribulación, para que sean sus siervos plata cendrada y oro fino, pasado por el crisol. La segunda, porque muchas veces, aunque les desagradan los vicios y sienten y lloran los males que ven en la república, y les pesa de la rotura y libertad con que muchos viven, pero no tienen ellos la caridad y libertad que debrían para enseñar, amonestar y reprender á los que así viven, y disimulan con ellos, ó por no tomar trabajo, ó porque recelan ofender á los poderosos, por el daño que dellos les puede venir para los bienes temporales que desean alcanzar ó temen perder. Y así justamente son afligidos con los malos y les es amarga y desabrida esta vida, porque ellos no quisieron desgustar á los malos, sino antes disimular con ellos y andar al sabor de su paladar. No corrigieron lo que pudieron corregir y

(1) Josué, VII.

(2) I, *Cor.*, XII.

(3) *De civ. Dei*, lib. I, cap. IV.

emendar, y por esto son azotados los buenos con los malos, dice este santo doctor, no porque hacen la mala vida que hacen ellos, sino porque están asidos demasiadamente á esta vida temporal y á las comodidades della; pues por temor de perderlas dejan de ayudar á sus prójimos y encaminarlos á la vida eterna. Cuando no hay esta culpa, es la tercera causa el mayor merecimiento y corona del que padece como padeció Job. Y para que el hombre se conozca y haga experiencia de sí, y vea con qué afecto ama á Dios y le sirve, y el prójimo se edifique, anime y esfuerce en los trabajos que padece, considerando que el justo que no tiene tantos ni tan graves pecados como él, también es afligido y azotado del Señor. Todo esto es de san Agustin.





CAPÍTULO II

*Que alguna vez castiga Dios los pecados con otros pecados,
y permite grandes escándalos en el mundo*

PERO ¿qué maravilla es que castigue el Señor las culpas con las penas y los deleites y gustos desordenados con dolores y desgustos saludables? ¿Qué maravilla es que por uno castigue á muchos el que es Señor de todos, y que se sirva como de alguaciles de los trabajos temporales que envía, para dar descanso perpetuo á aquellos á quien los envía? ¿Qué maravilla es que el justo sea atribulado en esta vida con el pecador, para que no sea atormentado con él en la otra?

Mayor maravilla es que castigue Dios unos pecados con otros pecados, y que lo que en sí es culpa comience á ser pena y castigo de otra culpa. Mayor maravilla es que siendo Dios tan bueno como es, permita tantas maldades en el mundo, y siendo suma verdad y soberana luz, deje que se levanten tantos errores, y que se sienten en la cátedra de

pestilencia falsos profetas y verdaderos embaucadores, y que cieguen á los hombres con las tinieblas de sus disparates y desvarios. Mayor maravilla es que cunda y se extienda tanto la infección, y que herejías tan desatinadas, sucias, crueles y prodigiosas como las que vemos en nuestros tiempos, sean abrazadas con tanta facilidad y gusto de hombres que tienen nombre de cristianos y se precian de cuerdos y avisados. Mayor maravilla es que dure tanto este castigo, y que los tiranos y enemigos de Dios tengan el cetro y la corona, y consuman con exquisitos géneros de tormentos á sus siervos, con tanto orgullo y ufanía, como si la mentira tuviese ó pudiese tener rendida á la verdad, y el pecado triunfar de la virtud, y el infierno de la Iglesia de Jesucristo. Mayor maravilla es que una armada grande y poderosa, y que parecía invencible, aprestada para volver por la causa de Dios y su santa fe católica, y acompañada de tantas oraciones y plegarias y penitencias de sus fieles y siervos, se haya deshecho y perdido por una manera tan extraña, que no se puede negar sino que es azote y severo castigo de la mano del muy Alto.

Porque lo que más me admira es, que parece que Dios desampara á los suyos en una causa tan suya, y que se queda el hereje como triunfando y el católico lloroso y afligido, y que se da ocasión á los flacos é ignorantes para que piensen, ó que Dios no tiene providencia de las cosas humanas, ó que no las gobierna con rectitud, ó que es falso lo que es verdad, y verdad lo que es mentira y falsedad. Ésta es grandísima tentación para los buenos, que se afligen, y para los malos, que se confirman en sus errores y maldades, y por esto es grandísimo castigo de Dios.

Y asimismo lo es ver personas religiosas, ó que tenían opinión de virtud, representar con embustes y embaimientos en su cuerpo las llagas de la pasión de Cristo nuestro redentor, ó vender sus marañas y artificios por revelaciones y favores de Dios, deslumbrando y trayendo la gente embaucada y como encantada con semejantes engaños. Y

aunque Dios es infalible verdad y al fin los descubrió, y no permitió que el fingimiento artificioso echase raíces y quedase autorizado y asentado en los pechos de los fieles, pero no por eso deja de ser azote del Señor el permitir en nuestros tiempos estos males, los cuales entibian á los flojos y enflaquecen más á los flacos, y desacreditan la virtud. Todos estos males habemos visto en nuestros días, y sin duda son tribulaciones y castigos generales de Dios, y tanto más graves y peligrosos que otros, cuanto más ocasión dan á los malos, ó para desconfiar de la bondad del Señor, ó para seguir sus errores, ó para hacer poco caso de la sólida y verdadera virtud.

Á todas estas dudas conviene que satisfagamos con el favor del Señor y que allanemos estos barrancos, en que los hombres sensuales y de poca fe suelen caer y atollar, y que declaremos por qué Dios castiga unos pecados con otros pecados, y permite que nazcan y crezcan tanto las herejías. Y porque algunas veces parece que deja y se olvida de los suyos, dando vitoria á los malos contra los buenos y á los herejes contra los católicos. Y asimismo porque permite que el espíritu de la falsedad y engaño pervierta á personas que tienen nombre de religión y virtud, y éstas traigan tan escandalizada y atónita la gente como habemos visto. Porque, pues éstas son tribulaciones generales, que tocan á toda la república, y más peligrosas y perjudiciales que las otras, que solamente nos quitan los bienes caducos y perecederos, escribiendo de la tribulación, parece que debemos tratar dellas, y dar los remedios que se nos ofrecen para que semejantes castigos de Dios nos sean fructuosos. Y pues habemos, en el libro pasado, enseñado á las personas particulares cómo se han de haber en sus particulares tribulaciones para sacar provecho dellas, justo es que enseñemos á todos lo que deben hacer en los trabajos comunes y universales, que abrazan y comprenden á toda la república.



CAPITULO III

*Que el hombre no debe juzgar los secretos juicios de Dios
ni escandalizarse dellos*

ANTES que declaremos las causas por que Dios nuestro Señor castiga á los suyos con los males rigurosos que acabamos de decir, habemos de traer á la memoria dos cosas que arriba declaramos. La primera, que Dios es autor y causa efectiva de todo lo que es pena, y que no lo es sino permisiva de lo que es culpa. La segunda, que no permitiría tan grandes males y pecados si no fuese para sacar dellos otros mayores bienes. Porque, como admirablemente dice san Agustín (1), ha juzgado el Señor que era mejor sacar bien de los males que no permitir los mismos males. Presupuestas estas dos verdades, también se ha de presuponer la tercera, que no es menos importante y cierta que ellas, ni para lo que queremos expli-

(1) *Enchirid.*, cap. XXVII.

car menos necesaria. Que así como no hay cosa más secreta y escondida é incomprendible que Dios, así sus juicios son profundísimos y secretísimos, y no hay quien los alcance ni pueda investigar. El real profeta David dice (1) que los juicios de Dios son un abismo sin suelo. El sabio Salomón dice (2): «Así como no sabes el camino del espíritu, ni de dónde viene, ni adónde va el viento, ni cómo los huesos se forman y traban entre sí en el vientre de la mujer preñada, así tampoco puedes saber las obras de Dios que es el artífice y obrador de todas las cosas.» El pacientísimo Job dice (3) que Dios es grande, y que vence nuestra ciencia, porque no se puede con ella comprender. Y en otro lugar (4), que no hay ninguno que pueda escudriñar sus caminos. El apóstol san Pablo exclama (5): «¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprendibles son sus juicios y cuán investigables sus caminos!» Y no es maravilla que el hombre no pueda comprender los secretos juicios del Señor, pues apenas entiende los de los otros hombres, y aun algunas veces no se entiende á sí mismo.

Si nosotros con nuestro bajo ingenio y entendimiento alcanzásemos los consejos de Dios, no sería Dios, porque este nombre de Dios quiere decir un sér y un piélagos de infinitas perfecciones, que no se puede agotar ni comprender sino del mismo Dios. Por eso Isaías dice (6): «Verdaderamente que vos sois Dios secreto y escondido.» Y san Pablo (7), que mora en la luz inaccesible, la cual ningún ojo puede sufrir. Y por esta misma razón cubrió los suyos Elías con el manto cuando pasaba delante dél (8), y con

(1) Psalm. XXXV.

(2) *Eccles.*, I, cap. XI.

(3) Job, XXXVI.

(4) *Eodem*, IV.

(5) *Rom.*, XI.

(6) Isaías, XLV.

(7) I, *Tim.*, VI.

(8) III, *Reg.*, XIX.

razón por cierto, pues el pueblo de Israel no podía mirar atentamente en el rostro resplandeciente de Moisés (1).

Nuestro entendimiento, dice Aristóteles que para entender las cosas altas y divinas es como el ojo de la lechuza para mirar la luz y resplandor del sol. ¿Quién puede medir el cielo á palmos, ó encerrar en un pequeño vaso toda la inmensidad del mar? Un hombre de poca vista no alcanza á ver lo que otro hombre de larga y excelente vista. Un villano zafio y tosco no puede entender lo que entiende un sabio letrado. Los reyes y príncipes procuran que no se entiendan sus consejos, y en esto ponen parte de su autoridad y buen gobierno. Y si esto hacen los hombres, ¿qué maravilla es que lo haga Dios? ¿Qué maravilla es que no entendamos por qué permite el Señor que este mundo esté como un abismo lleno de tinieblas y maldades, y que tanta parte de los hombres viva sin luz y conocimiento de su Criador, y adore la piedra y el barro y las obras de sus manos, y que donde hay fe y noticia verdadera haya tan poco amor del Señor, tan poca obediencia de su santa ley, tan poca estima de la virtud, tanto descuido, olvido y menosprecio del cielo, y tanto cuidado, deseo y ansia por las cosas de la tierra? ¿Quién entenderá por qué el Señor quiso que el santo rey Josías, de quien dicen las divinas letras que no hubo antes ni después dél otro rey (2) semejante á él, y de quien tantos años antes se había profetizado su nacimiento y las hazañas que había de obrar, muriere en la flor de su edad, atravesado de saetas por sus enemigos, siendo llorada su muerte de todo el pueblo y lamentada del profeta Jeremías (3), que compuso los trenos ó lamentaciones á manera de endechas y canciones llorosas, para que se cantasen en sus honras? ¿Quién entenderá por qué dió el mismo Señor tan mal suceso á los santos

(1) *Exod.*, XXXIV.

(2) *IV, Reg.*, XXI.

(3) *II, par.* XXXV.

intentos de tantos pontífices, reyes y emperadores en las jornadas que hicieron para cobrar la tierra santa, y á los de san Luís, rey de Francia, el cual habiendo ido por su propia persona á hacer guerra á los infieles dos veces, la primera fué preso y la segunda murió de pestilencia, y la una y la otra salió en vano la jornada? ¿Quién comprenderá los secretos juicios deste Señor en las guerras que tuvieron los católicos con los herejes husitas del reino de Bohemia, en las cuales habiéndose juntado tantas veces las fuerzas de la Iglesia y del imperio para castigarlos, siempre fueron desbaratados, temblando y huyendo los católicos de solo el nombre de Juan Zisca, capitán de los herejes, que era tuerto y después ciego, y siempre impiísimo y cruelísimo? ¿Quién penetrará sus consejos en los acaecimientos que leemos y vemos, y en las victorias que da muchas veces á los malos contra los buenos?

Pero ¿qué maravilla es que no alcancemos estos secretos del Señor, pues se nos van de vista las cosas menudas y mínimas que tenemos delante de los ojos? ¿Quién puede entender la sabiduría de Dios, que resplandece en sus obras, y no solamente en las grandes, sino en las pequeñas, despreciadas y viles? ¿Quién comprenderá, como dice el bienaventurado san Agustín (1), por qué la carne del pavo se conserva mucho tiempo y no se corrompe; por qué la paja conserva la frialdad de la nieve con su calor templado, y madura y sazona las servas; por qué la cal viva se enciende con el agua fría, que suele apagar el fuego, y no se enciende con el aceite, con el cual el mismo fuego se suele encender; por qué la piedra imán trae á sí el hierro y le abraza, y no le toma, y si le ha tomado le deja, poniendo cabe ella al diamante; por qué la piedra que Plinio llama teamedes tiene otra propiedad contraria á la piedra imán, que es despedir y apartar de sí el hie-

(1) *De Civit. Dei.*, lib. XXI, cap. IV.

rro? (1). ¿Quién podrá explicar la causa por que un pece pequeño, llamado en latín *remora* (2), pegado á una nave grandísima, que navega con próspero viento y tendidas todas las velas, la detiene y hace parar con tanta fuerza, que no se puede menear? (3). ¿Quién la admirable propiedad del ave fénix, que, con ser una en el mundo y llegar á quinientos años de vida, dice san Ambrosio (4) que se renueva, y ardiendo en fuego de leños olorosos, revive y se restituye de un gusano que nace della? ¿Quién la del animal que llaman salamandra, que es á manera de un lagarto, y vive en el fuego, y con su frialdad le apaga? (5).

Pero ¿qué es menester traer ejemplos exquisitos y no tan sabidos de todos, habiendo otros infinitos de las cosas que cada día tenemos entre las manos? ¿Quién puede comprender la solercia y providencia de las hormigas, el concierto y gobierno de la república de las abejas, la sutileza y artificio en tejer y cazar de las arañas, el zumbido horrible y el aguijón agudo, penetrativo y sangriento del mosquito; la generación, vida, sueño, comida y labor del gusano que hila la seda, y la riqueza inestimable que se saca de su trabajo, pues la lozanía del mundo y la gala de los príncipes y el ornamento de las iglesias es fruto dél? Sería nunca acabar si quisiésemos traer aquí las cosas de naturaleza admirables y estupendas que, ó no conocemos, ó no acabamos de entender, en las cuales resplandecen los rayos de la sabiduría del Señor. Pero no es éste mi intento, sino declarar cuán corto es nuestro entendimiento y cuán flaca es nuestra vista, pues no alcanzamos con ella ni las cosas inmensas ni aun las mínimas y tan pequeñas, que apenas se pueden ver. Lea quien quisiere á Aristóteles, á

(1) Lib. XXXVI, cap. XVI.

(2) Plin., lib. IX, cap. XXV, y lib. XXXII, en el proemio.

(3) Plin., lib. X, cap. II.

(4) Ambr., *in oratione de fide resurrectionis, et in psalm. CXVIII, ser. XIX.*

(5) Plin., lib. X, cap. LXVI.

Teofraсто, Plinio, Eliano y otros autores, y de los nuestros á san Basilio, y á san Ambrosio en el *Exameron*, y á san Agustín en los libros de la *Ciudad de Dios*, y al padre fray Luis de Granada *Sobre el simbolo*.

Pues si no alcanzamos las cosas pequeñas y bajas que traemos delante de los ojos, y nos da tanto en que entender una hormiguilla, y una flor, y un gusanillo, y una aguja de marear, y otras cien mil cosas, y no acabamos de entender su compostura, virtud y propiedades, y cómo obran los efectos admirables que vemos y experimentamos, ¿de qué nos maravillamos que no entendamos ni penetremos los incomprensibles consejos y juicios profundísimos que Dios trata en el consistorio de su inefable providencia? Por esto dijo san Gregorio (1): «El que en las obras que hace Dios no halla la razón por que las hace, hallará en su flaqueza y bajeza causa bastante porque no puede descubrir esta razón.» Y en otro lugar (2): «Cuando los justos tienen algunos sucesos contrarios á lo que ellos deseaban, luego se vuelven á los secretos juicios de Dios, para ver en ellos con cuánta sabiduría y orden dispone dentro lo que parece desordenado por defuera.» Y san Agustín dice (3): «Aunque no sepamos por qué Dios hace ó permite estas cosas, el cual tiene sumo poder, suma sabiduría y suma justicia, sin parte alguna de flaqueza ni de temeridad ni de malicia, todavía aprendemos provechosamente á no hacer mucho caso de los bienes ni de los males que vemos que son comunes á los buenos y á los malos, y de buscar aquellos bienes que son propios de los buenos, y huir aquellos males que son propios de los malos. Pero cuando viniéremos á aquel juicio de Dios, cuyo tiempo propiamente se llama día del juicio ó día del Señor, entonces entenderemos que no solamente lo que en él se juzgare,

(1) Lib. IX, *Moral.*, cap. XI.

(2) Lib. XXVII, *Moral.*, cap. II.

(3) *De Civit. Dei*, lib. XX. cap. II.

sino también todo lo que hasta aquel día se ha juzgado y queda por juzgar, ha sido justísimo. Y asimismo se manifestará con cuánto juicio de Dios nos han sido encubiertos sus juicios, aunque para los buenos y piadosos no está encubierto que es justo lo que lo está. Salviano dice (1): «Porque haga Dios las cosas que habemos dicho no quiero que me lo preguntes. Hombre soy, y no entiendo los secretos de Dios, ni me atrevo á investigarlos, y quedo como azogado cuando me viene pensamiento de escudriñarlos. Porque en cierta manera es un linaje de sacrilegio y temeridad querer saber el criado más de lo que permite su Señor. Bástate saber que el mismo Dios dice que Él es hacedor y obrador de todas las cosas.»

Y así, cuando vemos algunos sucesos extraños y que á la flaqueza humana parecen desordenados y errados, habemos de acudir á esta regla certísima, y oír lo que nos dice el Apóstol (2): «No quieras saber las cosas altas, sino teme.» Y lo que dijo san Agustín: «No seas curioso en inquirir é investigar, porque bien puede ser que la causa sea oculta, pero no puede ser que sea injusta.» Y san Gregorio dice (3): «Los juicios de Dios, cuanto son más oscuros, con tanta mayor humildad se deben reverenciar.» Porque, como dice el Espíritu Santo: «El que escudriña la majestad cae como oprimido y ahogado de la gloria» (4). Y en otro lugar (5): «Tú, que hablas de aquel Señor que es eterno, acuérdate que eres mortal, y cuando disputas de la sabiduría de Dios, piensa que no puedes escudriñar su consejo.»

De un santo ermitaño se lee que deseó y suplicó instantemente á nuestro Señor que le revelase sus secretos juicios, y queriéndole Dios hacer esta merced, le envió un

(1) Lib. III, *De provi.*

(2) *Rom.*, XI.

(3) *Greg.*, *Moral.*, lib. XXVII, cap. II.

(4) *Prov.*, XXV.

(5) Lib. XII, *Moral.*, cap. XV.

ángel en figura de otro ermitaño, el cual, llegado á él, le rogó que se fuesen los dos á visitar á algunos otros padres de los que estaban por aquel yermo. Hiciéronlo así, y fueron á la celda de un santo monje, que los acogió con gran caridad y alegría, y á la partida el ángel le hurtó un jarro que tenía, y como le echase menos el monje, envió tras ellos un mozo, discípulo suyo, para rogarles que se le volvieresen. El ángel dió un golpe al mozo y le mató. Fueron después á la celda de otro ermitaño, seco, duro y desabrido, el cual apenas los quiso admitir y dar entrada en su celda. Á éste le dió el ángel, el día siguiente, el jarro que había hurtado al otro santo monje. Maravillándose desto mucho el monje que llevaba en su compañía, y estando escandalizado de lo que había hecho el ángel, que él creía que era monje como él, le dijo el ángel: « Tú has deseado mucho y demandado á Dios que te descubriese sus juicios, y Él me ha enviado para que te los declare. Yo hurté el jarro á aquel monje porque había sido hurtado y se le habían dado á él, y no era razón que cosa habida con pecado estuviese en la celda de un tan santo varón, aunque él, por no saberlo, le poseía sin pecado. Dile á este otro ermitaño, avaro y mal acondicionado, para su daño y castigo. Maté al mozo para que se salvase, porque entonces estaba en gracia de Dios, y si yo no le matara, él matara aquella misma noche á su padre y maestro espiritual, y se fuera al infierno.» Y con esto, desapareció el ángel, y el santo quedó muy consolado, y enseñado de reverenciar y no juzgar los juicios secretos del Señor. Pero volvamos á nuestro propósito, y declaremos las dudas que propusimos en el capítulo pasado.





CAPÍTULO IV

*Por qué castiga nuestro Señor unos pecados con otros
pecados, y cuán grande castigo sea éste*

EL real profeta David, hablando con el Señor, dice de otros pecadores (1): «Señor, añadid á sus maldades otras maldades, y no tengan parte en vuestra justicia.» El apóstol san Pablo claramente dice (2) que porque los hombres no conocieron á Dios, ni le supieron glorificar en sus criaturas, antes adoraron la piedra y el barro y las obras de sus manos, y se desvanecieron en sus devaneos y locos pensamientos, mudando la verdad de Dios en la mentira; por esto permitió Dios que, pues no le habían conocido á Él, no se conociesen á sí, y que cayesen en todas las torpezas y abominaciones que allí cuenta, escureciendo la gloria de su excelencia y dignidad. Y en otro lugar dice el mismo apóstol (3) que porque algunos no reciben la cari-

(1) Psalm. LXVIII.

(2) Rom., I.

(3) II, Tess., II.

dad de la verdad para ser salvos, el Señor permite que caigan en errores y crean á la mentira, para que sean juzgados todos los que no creyeron á la verdad y consintieron á la maldad.

Destos lugares del Apóstol, y de otros de las divinas letras, concluyen los teólogos que muchas veces castiga Dios unos pecados con otros pecados, lo cual hace justisimamente. No porque el Señor sea obrador y causa de la culpa, porque esto no lo puede ser, como arriba declaramos, mas porque, por la obstinación y dureza del pecador, que no quiere aprovecharse del socorro de la gracia, ni de los favores y mercedes que Dios llueve sobre él, Él le quita este socorro divino, sin el cual queda pobre, desnudo, desarraigado, y entregado á sus apetitos sensuales y malas inclinaciones, y como caballo desbocado y sin freno, él mismo se despeña en otras maldades y pecados, los cuales en sí propiamente son pecados, y por la causa que he dicho se llaman y se pueden llamar penas y castigos de los primeros pecados, por los cuales mereció que le fuese quitado aquel freno y particular socorro de Dios. Y así dice el bienaventurado san Gregorio (1): «El primer pecado es causa del siguiente, y el siguiente es pena del precedente.» Y en otro lugar: «El pecado que nace de otro pecado, no solamente es pecado, sino pecado y pena de pecado; porque Dios todopoderoso con justo juicio desampara al pecador. Y desto se sigue que por la culpa del pecado pasado caiga en otros pecados, y que el que á sabiendas cometió la maldad, después cometa otras, destituido de la divina gracia.» Esto es de san Gregorio (2). Sobre Job y sobre Ezequiel, en la homilia undécima, declara copiosamente cómo el primer pecado es pecado y causa del pecado (3), y el segundo, pecado y pena del pecado. Aunque nunca el Señor

(1) Lib. XV, *Moral.*, cap. XII.

(2) Greg., *Moral.*, lib. XXIV, cap. XII.

(3) S. Tom, III, p. q. 86, art. 1.

en esta vida desampara al pecador de tal manera, que con el ayuda que le da no pueda arrepentirse y volver en sí.

Este castigo de Dios es terribilísimo y más para temer que otro ninguno que Él nos envía de penas temporales. Ni la sequedad, ni la hambre, ni la corrupción del aire y mortandad, ni la guerra y división de los reinos, ni otra ninguna calamidad temporal es tan espantable señal de la ira y saña de Dios, como lo es este azote de pecados con pecados; porque los demás, aunque sean rigurosos y temerosos, comunmente son castigos de padre, pero éste es castigo y venganza como de enemigo. Así lo dice el mismo Dios por Jeremías (1): «Yo te he herido con llaga de enemigo y con un cruel castigo.» Y en otra parte llama el mismo profeta á esta manera de castigo viento abrasador (2), porque no es para aventar el grano y purgar el ánima, sino para abrasarla y quemarla y consumirla.

Cosa es que pone espanto considerar que siendo Dios una bondad infinita, y que ama infinitamente la virtud y la galardona con gloria eterna, y aborrece infinitamente el pecado y le castiga con pena de infierno, y que dió su propia sangre y murió en un madero para matarle y destruirle, permite en el mundo tantas maldades y tan feas y tan abominables, que son más propias de bestias fieras y demonios que no de hombres; y entre ellas, tantas herejías como leemos que ha habido en los siglos pasados, y con dolor de nuestro corazón vemos en nuestros días. Porque la herejía es uno de los mayores pecados del mundo, y después del odio y aborrecimiento de Dios, es el mayor de todos; la cual corta y arranca la raíz y fundamento de las virtudes de la vida cristiana, que es la fe, sin la cual ninguno puede agradar á Dios.

De aquí podemos sacar cuántos y cuán grandes deben de ser nuestros pecados, pues han merecido tan horrible

(1) Jerem., III.

(2) Ibid., IV.

y lastimero castigo como es haber el Señor permitido en nuestros tiempos las herejías infinitas que vemos, enseñadas por maestros de vida infames, de doctrina pestilentes, en la razón desvariados, en los efectos que hacen sediciosos, sangrientos y destruidores de toda la religión, paz y justicia, y que en poco más de setenta años que han corrido, después que del infierno las resucitó Martin Lutero, han assolado y arruinado tantas y tan ilustres provincias y reinos, que por no tocar derechamente á la materia de la tribulación, que es propia deste tratado, y por haberlo escrito en el libro que se imprimió en Madrid, el año de mil y quinientos y ochenta y seis (1), de la *Vida del bienaventurado padre Ignacio de Loyola*, nuestro padre, y fundador de esta mínima Compañía de Jesús, no lo prosigo ni trato aquí, remitiendo el lector á aquel lugar, donde lo podrá hallar más copiosamente. Y en la historia que escribimos del *Cisma de Inglaterra* hallará asimismo el estrago y destrucción que ha hecho en aquel reino y en los convecinos esta pestilencia infernal. Pero veamos por qué nuestro Señor permite tan grandes males como son las herejías, y castiga con tan duro azote á tantas y tan grandes y nobles provincias como vemos perdidas por ellas; cuyo castigo también es nuestro, por ser de nuestros hermanos y de la santa Iglesia, cuyos hijos somos; lo cual trataremos en los capítulos siguientes.

(1) Lib. II, cap. XVIII.





CAPÍTULO V

Por qué permite nuestro Señor las herejías, y cómo con ocasión dellas descubre su poder

AUNQUE son tan grandes y perniciosos los daños que hacen las herejías, todavía son mucho mayores los bienes que nuestro Señor saca dellas, por los cuales las permite; porque siempre habemos de estar muy firmes y arraigados en aquel principio y verdadero fundamento que arriba declaramos, que Dios nuestro Señor no permitiría males en el mundo sino para sacar dellos mayores bienes, que son los mismos males que permite. Y esto es propio de Dios; porque, así como el malo aun de lo bueno saca mal, así el sacar bien del mal y convertir las espinas en rosas, y sanar con la ponzoña, y dar vida con la muerte, es propio del Señor del universo, que es autor de la vida (1). Y esto no nace de la naturaleza del mal ni de los malos. No es causa deste bien la herejía ni los herejes, sino la benignidad y suma clemencia de Dios, que en este hecho mani-

(1) Euseb. Emis., hom. IV, *De Epíphan.*

fiesta su infinito poder, su incomprensible sabiduría, y aquella inestimable bondad, que no tiene tasa ni medida. Y la manifestación de estas perfecciones tuyas es mayor bien y de mayor provecho para los buenos y finos católicos, y de mayor gloria para Dios, para la cual crió todas las cosas, que son los daños que se siguen de las herejías.

Vamos desenvolviendo esta verdad y desmenuzando lo que hemos dicho. ¿Cómo se descubre el soberano poder de Dios en tiempo de herejías? Defendiendo la verdad, y dándole valor y fuerzas para que, aunque esté desarmada, arrinconada y desvalida, prevalezca contra las puertas y todo el poder del infierno, y salga siempre con victoria (1). Vese esto en la origen, progreso y fin de las herejías pasadas. Pero, por no ser prolijo, hablaré de sola la de los arrianos, la cual, estando armada con la potencia de los emperadores, y con la aparente y sofisticada sabiduría de los filósofos, y con la autoridad de muchos obispos engañados, y con el artificio y embustes de los que la profesaban, y haciendo riza y carnicería en los verdaderos siervos de Dios, y tomando todos los medios de maña y fuerza para oprimir y desarraigir de la Iglesia la verdad católica, no pudo hacer mella en ella más que lo hacen las olas en una alta y fuerte roca.

Fué tan grande y terrible esta persecución de los arrianos, que dice della Vicencio Lirinense estas palabras (2): «En este peligroso tiempo bien se vió cuán grandes calamidades vienen al mundo con la introducción de nuevas doctrinas. Porque, no solamente las cosas pequeñas, sino también las grandes, entonces padecieron. No solamente el parentesco, el deudo, las amistades y las casas particu-

(1) Matth., XXVI.

(2) *In libello advers. hæreses.*, cap. VI. De la persecución arriana tratan Athan., en la *Apol. de su huida*; Hil., contra Constancio; Greg. Nac., en la oración fúnebre de Bas. sup. lib. II; Ruf. lib. X, cap. XXVII; Prosp., in chro. Vic. de pers. vandal.; Oros., Greg., Tur, y los demás autores de la hist. eccl.

lares, pero las ciudades, los pueblos, las provincias, las naciones, y finalmente todo el imperio romano se turbó y estremeció. Porque, como la profana novedad de los arrianos, á guisa de una furia infernal, hubiese ganado ó engañado primero al Emperador, luégo rindió á los principales ministros de su palacio, y apoderada dél, comenzó á consumirle todo y turbar las cosas particulares y públicas, las sagradas y profanas, y sin hacer diferencia de lo bueno ni de lo malo, de verdadero ni de falso, dar en las cabezas como en enemigos. En este tiempo las mujeres casadas eran afrentadas, las viudas despojadas, las vírgenes violadas, los monasterios derribados, los clérigos echados de sus casas, heridos los diáconos, desterrados los sacerdotes, y las cárceles y calabozos estaban llenos de santos varones y siervos de Dios. Y buena parte dellos andaban afligidos, peregrinando por los campos de día y de noche, porque les era prohibido entrar en los pueblos. Y así eran forzados á guarecerse en los desiertos, espeluncas y cuevas, entre las fieras y peñas, y consumidos de la hambre y de la desnudez, casi muertos en vida, acabar sus amargos y dichosos días.» Hasta aquí son palabras de Vicencio Lirinense, autor gravísimo, que há más de mil años que floreció.

San Basilio confiesa (1) que fué tal esta persecución, que pensó que era principio de la apostasia, de la cual habla san Pablo en la epístola á los tesalonicenses (2), y san Jerónimo en una epístola dice que, fuera de Atanasio y Paulino, todo el Oriente estaba inficionado de la herejía de Arrio.

¿Cómo se mostró el poder grande de Dios en el esfuerzo que dió al invencible doctor de la Iglesia san Atanasio (3) para resistir á la herejía arriana y para escaparse de las manos de sus enemigos, y dejar burlados todos sus conse-

(1) Epist. LX.

(2) II, *Tess.*, II.

(3) Ruf., lib. X.

jos, ardidés y artificios? ¿Cómo se descubrió este mismo poder en el espíritu y doctrina con que armó al otro su compañero y valeroso capitán san Hilario, obispo Pita- viense (1), para que, aunque desterrado de su iglesia, y llevado á tierras extrañas y bárbaras, diese vida á los muertos, y resplandeciese con milagros, y volviese á ella con victorias? (2). ¿Cómo pudieran cuatro mil y novecientos y sesenta y seis obispos y personas sagradas, entre los cua- les había muchos viejos delicados y enfermos (3), padecer lo que padecieron en África por esta misma causa, en tiempo de Honorico, rey de los vándalos (4), sino esforza- dos deste poder del Señor (5), el cual tanto más fuerte se mostraba, cuanto ellos eran más flacos, y más terribles los tormentos que padecían? Y no menos eficaz argumento deste poder fué el dar habla milagrosamente á otros, á quien el mismo tirano Honorico había mandado cortar de raíz las lenguas (6), para que sin ellas hablasen tan bien como hablaban con ellas, y haber hecho otros infinitos y admirables milagros como hizo para confirmación de nues- tra santa religión y confusión de sus enemigos, los cuales, por ser tantos, no se pueden contar.

Y nuestro príncipe de España san Hermenegildo (7), ¿de dónde tuvo ánimo y espíritu para menospreciar el reino, desobedecer al rey Leovigildo, su padre, resistir á los aco- metimientos y vanos asaltos que le dieron, pasar por la as- pereza de la cárcel, y no temer el cuchillo ni la muerte es- pantosa, por no discrepar un punto de la fe católica, sino porque en esta gloriosa hazaña quería descubrir su sobe- rano poder nuestro Dios? El cual, finalmente, por la san- gre deste mártir suyo y esclarecido príncipe dió fin á la

(1) Soc., lib. II.

(2) Soc., lib. III, cap. VIII.

(3) Zozom., lib. V, cap. XII.

(4) *Martírol. rom.*, á 12 de Octubre.

(5) *Neucl.*, lib. II; *Gen.*, XVII.

(6) Greg., lib. III, *Dial.*, cap. XXXII, *Evang.*, lib. IV, cap. XIV.

(7) Greg., lib. III, *Dial.*, cap. XXXI.

herejía arriana, que habían introducido los godos en España, y no solamente en ella, sino en todo el mundo se acabó la pestilencia é infección de aquella perversa doctrina; y los maestros que la sembraban fueron condenados en los sagrados concilios, y castigados (1) severamente de la mano de Dios, y los reyes y emperadores (2) que la favorecían tuvieron desastrados fines. Y con esto, la religión católica triunfó de la herejía, y tuvo sosiego, paz y quietud.

De la misma manera podríamos particularizar esto en las demás sectas de perdición que se han levantado, en los siglos pasados, contra nuestra santa madre Iglesia católica, apostólica y romana, que han sido innumerables, cruellísimas y perniciosísimas, las cuales todas se han deshecho como humo, y siempre la verdad, por más que haya sido combatida, ha prevalecido y triunfado de la mentira, para que en esto se viese y se manifestase más el poder de Dios.

(1) Arrio murió repentinamente, echando las entrañas. Athan., orat. I, *Contra arrianos*, y Ruffin, lib. X, *Hist.*, cap. XIII.

(2) Constancio murió de apoplejía. Socrat., lib. II, cap. XXXVII. Valente vivo fué quemado de los godos. Ruff., lib. X, cap. XIII. Honorico, rey de los vándalos, murió comido de gusanos, que manaban de todo su cuerpo. Vict., lib. III, y Procop., lib. III, *De libell. vuan.*





CAPITULO VI

Cómo se descubre la sabiduría de Dios en el tiempo de herejías

PUES ¿qué diré de la luz admirable de la sabiduría divina, que resplandece y se descubre más en el tiempo oscuro y caliginoso de las herejías? Porque, como el Señor tiene tan grande y tan paternal providencia de sus escogidos, cuando son menester, envía unos sapientísimos doctores, para que, como unas lumbreras del cielo, alumbrén el mundo y deshagan con los rayos esclarecidos de la verdad las tinieblas espesas de los herejes. Y así como lo blanco se echa de ver mejor par de lo negro, y la luz cabe lo oscuro, así el espíritu celestial destes varones eminentes, derivado de aquella fuente soberana de la sabiduría de Dios, resplandece más cuando le cotejamos y contraponemos con la perversa inorancia de los maestros insipientes. No hubieran mostrado tan excelentemente su sabiduría los gloriosos doctores de la Iglesia católica, san Atanasio y san

Hilario, de quienes hemos hecho mención, si Arrio, enemigo de la verdad, no les hubiera dado materia para ello. Ni san Jerónimo contra Vigilancio, Joviniano y Elvidio, ni san Agustín contra los pelagianos y maniqueos, ni san Cirilo contra Nestorio, ni santo Domingo contra los albigenses, ni otros santísimos y sapientísimos varones y capitanes esforzados hubieran podido desplegar las riquezas de su doctrina, y emplear los filos y aceros de su valor contra otros monstruos y enemigos del Señor, si ellos no hubieran salido en campaña y pregonado guerra contra la Iglesia católica.

En esto se muestra mucho la sabiduría de Dios, que es la fuente de donde estos santos varones bebían. Y no menos en el juntar los concilios generales, y asistir con el espíritu de su infalible promesa y verdad en ellos, para que con ella se desterrasen de la santa Iglesia las nuevas, peregrinas, falsas y curiosas doctrinas, y se estableciesen las verdaderas, macizas y sólidas, por las cuales ella se había de regir y gobernar. Desta manera se convocó y celebró en Nicea, ciudad de Bitinia, el concilio Niceno, en tiempo de san Silvestre, papa, y del emperador Constantino, que fué el primero general, al cual vinieron trescientos y diez y ocho obispos, y en él fueron condenados Arrio, Sabelio y Fotino. Y en el tiempo de san Dámaso, papa, y de los emperadores Graciano y Teodosio se celebró el concilio Constantinopolitano, de ciento y cincuenta obispos, contra Eunomio y Macedonio, y el Efesino, de doscientos obispos, contra los errores de Nestorio, obispo de Constantinopla, en tiempo del papa Celestino y del emperador Teodosio el Segundo. Y el Calcedonense, de seiscientos y treinta obispos, en tiempo de san León, papa, y de Marciano, emperador, contra Eutiquio y Dioscoro, que son los cuatro concilios generales que san Gregorio dice que veneraba como los cuatro evangelios; y después destes, se han celebrado otros muchos concilios generales contra diversos herejes. Y últimamente se celebró el

concilio de Trento contra los errores de Lutero y sus secuaces, y en él y en todos los demás se puede ver cómo resplandece esta sabiduría de Dios, y la claridad, resolución y firmeza con que se determinan y establecen en ellos las verdades purísimas de nuestra santa fe, y se condenan y deshacen los errores contrarios, para que de todos los concilios saquemos aquella conclusión y verdadera sentencia de Vicencio Lirinense (1), que es propio de la modestia y gravedad cristiana no enseñar á nuestro sucesores nuestra propia y nueva doctrina, sino retener y conservar la que aprendimos de nuestros padres.

Y nuestro Señor suele algunas veces confirmar con milagros los mismos concilios, como lo hizo en el concilio Niceno, en el cual murieron dos de los obispos congregados antes que se acabase el concilio y los padres le firmasen, y después que le firmaron, fueron con él á la sepultura de los dos obispos difuntos, y pidiéronles que si lo que en el concilio se había determinado era verdad, lo firmasen de su mano y lo aprobasen; y dejando aquella noche en aquel lugar el concilio sellado, á la mañana, desenvolviéndole, le hallaron firmado de mano de los dos santos obispos difuntos, con estas palabras: «Nos, Crisanto y Musomio, los cuales en la santa y universal y primera sínodo de Nicena (2) habemos sido del mismo parecer que los otros santos padres, aunque cuanto al cuerpo somos ya difuntos, con nuestra propia mano habemos firmado este papel.» Y en el concilio Calcedonense, habiendo gran controversia entre los herejes y católicos acerca de la verdad de nuestra santa fe, se tomó por medio que para averiguar la verdad se acudiese al cuerpo de santa Eufemia, que con gran reverencia era venerado en aquella misma ciudad y lugar del Concilio, y que se pusiesen dos libros, el uno de los herejes y el otro de los católicos, dentro de su sepultu-

(1) Lib. *Contra hares.*, cap. IX.

(2) Niceph., lib. VIII, *Hist.*, cap. XXIII.

ra, y que el que la Santa aprobase, éste se tuviese por bueno y verdadero. Hizolo así, y el de los herejes se halló arrojado á los piés de la Santa, y el católico dió ella misma de su mano (sacando el cuerpo de la sepultura) al emperador Marciano y á los obispos católicos; y con esto quedó la verdad conocida y confirmada con tan evidente milagro y ilustre testimonio del cielo, como lo escribe Juan Zonaras, autor grave y griego, en el tercero tomo de sus *Anales*, donde habla del emperador Marciano.

Demás desto, se mandan en los concilios muchas cosas tocantes á la reformatión de las costumbres y á la emendación de la vida, por las cuales hoy día vivimos y estamos en pié y no somos del todo acabados. Y si no fuera por la ocasión de las herejias, no se celebrarían los concilios contra ellas, ni la Iglesia católica gozara de los bienes innumerables é importantísimos que dellos se han seguido; porque, así como en tiempo de paz nos descuidamos y dormimos á buen reposo, pero en alzando bandera los enemigos y andando la guerra, se aparejan y alimpian las armas, se reparan los muros, se fortifican las ciudades, se proveen de municiones y pertrechos los castillos, se vela y se hace centinela en cualquier lugar de sospecha; y esto todo cesaría si no hubiese enemigos; así en la guerra que los herejes nos hacen despierta Dios á los que dormían y hace nueva gente. Estúdiase más, y entiéndensé mejor las sagradas letras, las determinaciones de los concilios, los decretos de los sumos pontífices, las sentencias conformes de los santos doctores, y se investigan y apuran las tradiciones apostólicas y las costumbres universales de la Iglesia, que son las principales y más fuertes armas con que tenemos de pelear, y nos apercebimos para resistir y acometer, y reparamos y mejoramos nuestras vidas, que cuando están desportilladas ó caídas son comunmente como la batería abierta por donde entran las herejias. San Agustín dice estas palabras (1): « Muchas cosas tocantes á

(1) Lib., VI, *De Civit. Dei*, cap. XI.

la fe católica, cuando somos desasosegados de la engañosa inquietud de los herejes, para poderlas defender contra ellas, se consideran con mayor atención y se entienden con más claridad y se predicán con más cuidado, y la cuestión que movió el adversario es nueva ocasión de aprender.»

Esto vemos que ha hecho nuestro Señor en estos miserables tiempos, enviando nuevos soldados de socorro á su Iglesia para que se opongan á los herejes, y despertando é inspirando á muchos varones señalados en santidad y ciencia que escribiesen libros de diferentes materias contra nuestros enemigos, é ilustrasen con ellos la santa Iglesia, y enseñasen y esforzasen á los fieles. En todo esto se descubre la sabiduría incomprensible del Señor.

Asimismo se manifiesta en otro modo, que algunas veces ha usado para mayor confusión de los herejes, convirtiendo á los sabios y grandes letrados por varones simples y sin letras, como aconteció en el concilio Niceno, al cual vino un gran filósofo y agudo disputador, el cual, queriendo hacer ostentación de su doctrina é ingenio, se puso á disputar con algunos perlados católicos, grandes letrados; y como ellos no pudiesen convencerle con la fuerza de sus argumentos, salió un santo obispo simplicísimo, llamado Spiridión, para disputar con él, y dijole solamente estas palabras (1): «Oye, hermano; nosotros los católicos cristianos creemos en Dios Padre todopoderoso, que crió el cielo y la tierra, y en su unigénito hijo Jesucristo, nuestro Señor, y lo demás que se contiene en el credo»; y dicho esto, añadió: «¿Crees esto ó no?» Fué tanta la fuerza que el Señor dió á estas llanas y sencillas palabras, que el santo obispo pronunció confiado en la verdad dellas, que el filósofo altivo, y que estaba ufano de ver cuán bien le había ido en la disputa con los otros, luégo se rindió y dijo que

(1) Ruf., lib. X, *Hist.*, cap. III; Sozo., lib. I, cap. XVII, y Niceph., lib. VIII, cap. XV.

si creía, y que mientras habían disputado con él con palabras, él había respondido á unas palabras con otras palabras; mas que cuando, dejadas las palabras, Dios había usado de su eficacia y virtud, no habían podido las palabras resistir á la virtud y saber de Dios. Y así siguió el famoso filósofo al humilde y simple obispo, y se hizo discípulo de quien se tenía por maestro. Otra vez, quejándose algunos filósofos al emperador Constantino (1) porque había mudado la religión antigua de los emperadores romanos y sabios de Grecia, y favorecido á los cristianos, que creían que un hombre crucificado era Dios, se ordenó una disputa entre muchos dellos y Alejandro, obispo de Constantinopla, el cual, confiando más en la verdad de la fe que defendía, que en la ciencia ó elocuencia humana, que no tenía, salió en campo, y habiendo señalado los filósofos á uno, el más eminente y sabio que había entre ellos, para que disputase y fuese como caudillo é intérprete de los demás, el santo obispo comenzó su disputa desta manera: «Filósofo, yo te mando, de parte de Dios, que no hables»; y con esta sola palabra que oyó, perdió la habla el filósofo, y enmudeció de tal manera, que se rindió y se rindieron todos los otros filósofos, sus compañeros, á la verdad invencible de la fe, que la simplicidad del santo obispo Alejandro defendía (2). Y lo mismo aconteció á san Pablo mártir queriendo disputar con un hereje, el cual no pudo hablar y quedó mudo por oración del Santo. Y por esta manera se convirtió; y se conoció y confirmó la verdad católica. Y como éstos hay otros ejemplos en las historias eclesiásticas.

(1) Sozo., lib. I, cap. XVII.

(2) En su *Vida*, Surio, tom. II.



CAPÍTULO VII

La bondad de Dios que se manifiesta en tiempo de herejias

Si el Señor es admirable cuando descubre su poder y su saber contra los herejes, no lo es menos cuando muestra contra ellos su bondad. Porque ¿en qué puede resplandecer más la bondad inmensa y soberana del Señor, que en sacar bienes tan grandes como los que hemos dicho, de un mal tan grande y espantoso como es la herejia? ¡Que sea nuestro Dios tan bueno, que los mayores males del mundo le sirvan para tan grandes bienes, y que ni la malicia de los demonios, ni la perversidad de los hombres, ni la potencia y crueldad de los tiranos, ni todo el poder del infierno sea parte para que se pierda uno de sus escogidos, para que no saque Él gloria para sí y provecho para nosotros! Grande argumento es éste de su infinito poder y bondad.

Destá manera, del mayor de los pecados, que fué la

muerte cruelísima y afrentosísima de su precioso Hijo, sacó Dios el mayor de los bienes, que es la redención del linaje humano, la conversión del mundo y la manifestación de su infinita bondad y misericordia; y de la persecución de los tiranos ha sacado la fortaleza y constancia y triunfo de los mártires, y nuestro esfuerzo, y la defensa de la Iglesia católica, y la confusión de sus enemigos; y de los pecados que cada día permite sacamos más claramente la clemencia y bondad de Dios, que los sufre y los perdona; y por un cabo conocemos la flaqueza y miseria del hombre, que cae en ellos, y por otro, cuando se levanta, su escarmiento, cautela y aviso, humillándose por ellos y haciendo penitencia dellos, y guardándose con más recato de recaer, y compadeciéndose de los que caen, y consolándolos y animándolos y dándoles la mano en sus caídas; que por esto dijo el apóstol san Pablo (1) que á los que aman á Dios todas las cosas les aprovechan. Sobre el cual lugar dicen los santos doctores que hasta los mismos pecados que cometieron les son de provecho, por las razones que acabo de decir. De suerte que, así como un peritísimo y sapientísimo médico descubre más la excelencia de su arte cuando hay más enfermos y dolencias que parecen incurables, curando él y dando salud á los que están desahuciados y sin esperanza alguna de remedio, así nuestro Médico soberano muestra más su bondad sufriendo nuestros males, y sacando dellos tan grandes y tan inestimables bienes, y dando vida y salud á los que se contaban por muertos.

También se manifiesta en otra cosa no menos importante esta bondad, que es en comunicarse á los hombres é inflamarlos de tal manera con su amor, que mueran por él y por la defensa de su verdad. Porque, así como en ninguna cosa de cuantas Dios ha hecho por el hombre ha manifestado tanto su bondad, ni dado muestras tan claras

(1) *Rom.*, VIII.

ni eficaces de lo mucho que le quiere, como en haber dado su vida y muerto en una cruz por él, así en ninguna cosa puede el hombre dar retorno á Dios y mostrar lo que le ama, tanto como en derramar la sangre y morir por él. Porque, como dice el Apóstol (1), la mayor prueba del amor es dar la vida por el amado. Y como el morir Dios en una cruz por el hombre es la mayor prueba que Dios nos ha dado para que el hombre conozca lo que tiene en Él, así el morir el hombre por la verdad y amor de Dios es la más cierta y eficaz prueba del amor que el hombre tiene á Dios; pero en lo uno y en lo otro descubré el Señor maravillosamente su bondad, y lo uno y lo otro es singular gracia y beneficio suyo. Porque, si Dios no previniese al hombre con su dulzura, y le aprisionase con sus cadenas, y le encendiese con vivas llamas, no podría él por sí arder en tal fuego de amor divino, que menospreciase su propia vida y padeciese los tormentos atrocísimos que por Él padece. Así que, aunque todos los mártires antiguos, y los que en nuestros días han muerto por la fe católica en Francia, Flandes, Inglaterra, que son innumerables, han dado con su sangre firmísimo testimonio de lo mucho que amaban á Dios y estimaban la fe católica, por la cual murieron; pero esta fortaleza y bondad dellos es prueba y argumento manifiesto de la bondad de Dios, que se la dió. Porque, así como el sol es la fuente y origen de toda la luz corporal, y sin él no hay luz, y donde hay mayor luz hay mayor participación del sol; así Dios es sumo é infinito bien y la fuente y primer principio de toda bondad; de manera que ninguna cosa puede ser buena sino por Él. Y donde hay más esclarecidos y resplandecientes rayos de bondad, ahí hay mayor participación de la bondad eterna. Y como en la muerte de los mártires hay mayor muestra desta bondad y amor, como habemos declarado, síguese que hay mayor participación de la bondad divina, y que

(1) *Rom.*, V.

con ocasión de las herejías muestra el Señor más su bondad.

Demás destes bienes tan importantes y ciertos, hay otros muchos, que saca su divina Majestad para provecho de sus escogidos; porque con la turbación de las herejías se prueba más nuestra fe, se aviva más nuestra esperanza, se enciende la caridad y se descubren los verdaderos amadores de Dios. Que por esto, como dice el Apóstol (1), es necesario que haya herejías, para que con ocasión dellas se manifiesten y conozcan los siervos leales y probados que tiene el Señor. Porque, así como las casas que están fundadas sobre la peña viva resisten al ímpetu de las lluvias y torbellinos y avenidas, y se quedan en pié sin detrimento suyo, y las que están sobre arena las trastorna el viento y caen y se las lleva la corriente; así las almas que están fundadas sobre los cimientos fuertes del temor santo y amor del Señor resisten á todas las tentaciones y encuentros impetuosos de los errores y herejías, y las flacas y sin cimientos cualquiera viento las derriba y asuela. É importa mucho que los buenos sean conocidos, y que los soldados vengan á las manos con los enemigos, para que se conozcan los que son animosos y valientes y los que son cobardes y tímidos; los cuales, porque antes de la batalla andaban mezclados y militaban debajo de la misma bandera, todos parecían unos.

(1) I, *Cor.*, X.



CAPÍTULO VIII

Lo que habemos de hacer en el tiempo que hay herejías

AUNQUE Dios nuestro Señor es tan bueno, que saca tan grandes bienes, como habemos dicho en el capítulo pasado, de tan grande mal como es la herejía, no por eso nosotros habemos de dejar de aborrecerla y huir della como de pestilencia; porque ella de si no produce bien alguno, ni puede con su aire corrupto dejar de inficionar las almas y darles muerte; mas el Señor es tan bueno y poderoso, que hace triaca de la ponzoña y convierte en vida esa misma muerte. Para enseñarnos este aborrecimiento que habemos de tener á las herejías, y cómo habemos de huir de los herejes y maestros pestilentes que las siembran, tenemos muchos y maravillosos ejemplos de santísimos y gravísimos varones, y lo que es más, la doctrina de Cristo nuestro redentor (1), que nos manda que tengamos por étnico y publicano, que es por descomulga-

(1) Matth., XVIII.

do y apartado del comercio y favor de Dios, al que no oyere y obedeciere á su Iglesia. Y san Pablo dice (1) que huyamos del hereje. Y san Juan Evangelista (2), que aun no le saludemos ni le digamos palabra de buena crianza. Y si san Ignacio, su discípulo, nos enseña á huir de cualquiera que no siguiere la doctrina de la santa Iglesia católica, y no tratar con él aunque sea amigo, hermano, hijo ó padre (3); y el mismo Santo lo guardó esto de manera, que aun en sus epístolas no quiso nombrarlos, por no contaminarlas con el nombre dellos.

Conforme á esta saludable doctrina, el apóstol san Juan salió de un baño adonde se lavaba Cherinto, hereje, y dijo á sus discípulos (4): «Huyamos de aquí, porque no caigan estos baños sobre nosotros, en los cuales se está bañando Cherinto, enemigo de la verdad,» como lo cuenta Eusebio (5); y san Ireneo dice que nunca los apóstoles quisieron tratar ni hablar con los herejes. Y san Policarpo, discípulo del mismo san Juan, preguntándole en Roma Marción, hereje, por qué se apartaba dél, si le conocía, le respondió (6): «Conozco al hijo primogénito de Satanás.» Habiendo enterrado acaso á un santo monje en una sepultura en que estaba enterrado un hereje, le oían cada noche decir al católico, como quien hablaba con el hereje: «No me toques, hereje, ni te llegues á mí, enemigo de la santa Iglesia católica.» ¡Qué aborrecimiento debía de tener á los herejes en vida el que así huía de ser tocado de los huesos de uno dellos en la sepultura! (7). Toda una ciudad entera se despobló, y los moradores della se pasaron de África á España (8), por no tener por obispo á un hereje,

(1) Tit., III.

(2) Joann., II.

(3) S. Ignat., epist. IX et X.

(4) Euseb., *Eccles. Hist.* lib. IV, cap. XIV.

(5) Euseb., lib. III, cap. III, *Contra Valentinum*.

(6) *Prado espiritual*, cap. XL.

(7) *Nancl.*, vol. II.

(8) *Gener.*, CLXXI.

que Honorico, rey de los vándalos, arriano y cruelísimo perseguidor de los católicos, les había dado (1). Estando una vez unos muchachos católicos en la calle jugando á la pelota, pasó un hereje á caballo, y la pelota con que jugaban acaso topó en la cabalgadura en que iba el hereje, y los muchachos no se atrevieron á tocar la pelota ni tomarla más en las manos, teniéndola por cosa maldita y contaminada; de lo cual se ve cuán grande piedad y recato debían tener los padres, pues tan bien enseñados estaban sus hijos, y lo que importa desde la tierna edad criarse los niños con odio y aborrecimiento de todo lo que es contrario á nuestra santa religión (2). Severo Sulpicio cuenta que habiendo el bienaventurado san Martín, por necesidad y por evitar mayores daños, comunicado con ciertos obispos herejes, se le secó el espíritu, y que no hacía después tantos milagros, y que el mismo Santo lo lloraba y atribuía al haber tratado con ellos. Y así conviene que nosotros los aborrezcamos y huyamos, y que de nuestra parte hagamos lo que somos obligados para aplacar la ira de Dios y detener el azote riguroso de su venganza, el cual en permitir las herejías se manifiesta.

Y lo primero que tenemos de hacer es acudir al mismo Dios, y con continua, humilde y devota oración suplicarle que no castigue las ánimas que Él remedió con su preciosa sangre, con castigo tan severo y atroz como es permitir las herejías, y que aunque nuestros pecados merezcan cualquier azote, los paguemos con penas y trabajos corporales, y no con las espirituales, que son en tan grande ofensa é injuria de su divina Majestad. Pongámosle delante el tesoro riquísimo de los merecimientos y la preciosísima sangre de su unigénito Hijo, la intercesión de todos los ángeles y espíritus bienaventurados del cielo, y especialmente de aquella soberana Reina y Señora nuestra, que

(1) Teot., lib. IV, *Hist.*, cap. XIV.

(2) *Dialog.*, III.

es alabada de la santa Iglesia por haber confundido y aniquilado todas las herejías, y de aquellos gloriosos capitanes y divinos labradores que conquistaron el mundo, y derribada la idolatría, plantaron en él nuestra santa fe católica, ó derramaron su purísima sangre por ella, ó con la luz resplandeciente de su doctrina la enseñaron y explicaron, y deshicieron las tinieblas y errores de los herejes.

Lo segundo, debemos hacer gracias al Señor por habernos dado á nosotros verdadero conocimiento de su fe y verdad, y que en nuestros reinos, como en la tierra de Gessen, veamos luz y claridad (1), estando tantos otros reinos y provincias llenas de tinieblas y oscuridad, como lo estuvo Egipto (2), y que gocemos de la paz, justicia y tranquilidad de que gozamos, que son frutos de la verdadera religión, en el tiempo que otros, por haberla perdido, andan sumidos y anegados en las olas turbulentas de tantas tempestades y alteraciones. Debemos pedir á Dios con mucha instancia que guarde á todos los príncipes y ministros fieles que Él tiene en la tierra, por cuya vigilancia, celo y poder nos viene tanto bien.

Principalmente y ante todas cosas debemos enmendar nuestras vidas y despedir de nosotros todos los vicios, y más los que nos disponen á abrazar y seguir más fácilmente las herejías. Porque, dado caso que la fe es el principio, raíz y fundamento de todas las virtudes del cristiano, y que no puede haber fe verdadera en él sin caridad y sin las otras virtudes que dependen della, pero también es cierto lo que dice el apóstol son Pablo (3), que muchos dieron al través con la fe por tener poca cuenta con su conciencia; y lo que dice en otro lugar (4), que la raíz de todos los males es la codicia, y que muchos por dejarse

(1) *Exod.*, X.

(2) *Sap.* XVIII.

(3) *I, Tim.*, I.

(4) *Idem.*, VI.

llevar della perdieron la fe. Conforme á esta verdad, que nos enseña el Apóstol, no hay duda sino que es gran disposición para perder la fe, la mala vida y corrupción de las costumbres. Y así comunmente vemos que los hombres perdidos y desalmados fácilmente se hacen herejes y buscan errores en la doctrina para autorizar y defender los desconciertos de su mala vida. Y si esto en los tiempos pasados fué verdad, no lo es menos en los presentes, por ser las herejías de nuestros tiempos más peligrosas, blandas y sensuales, y fundadas en deleites y carnalidades, y enemigas de toda aspereza y penitencia. Por tanto, si queremos que Dios nuestro Señor nos haga merced de conservar en nosotros y en todo el reino el dón inestimable de su santa fe católica, debemos, cuanto nos fuere posible, cercenar todas las superfluidades y demasías, y desarraigar las blanduras y deleites de la carne, y refrenar nuestros gustos y apetitos, para que estén enfrenados y no nos despeñen en el abismo de las abominables, desvariadas y sangrientas herejías con que vemos perdidos otros reinos, los cuales en otros tiempos florecían en grande cristiandad y religión.

No nos habemos de contentar solamente con esto, sino también procurar hacer guerra á los herejes y vencerlos con nuestras obras. Quiero decir que nos debemos ejercitar en todas las obras de piedad y virtud que ellos aborrecen y persiguen, como son los ayunos, penalidades y obras de penitencia; la invocación de los santos, el uso y reverencia de sus imágenes, el pio afecto y devoción particularísima á la soberana Reina del cielo, nuestra Señora, á las indulgencias y cuentas de perdones y *agnus Dei*; el confesarse y comulgarse á menudo con la disposición debida; el respeto y obediencia á la Sede Apostólica, obispos, perlados, sacerdotes y religiosos y superiores, espirituales y temporales, que Dios nos ha dado; porque la perversa y falsa doctrina de dos maneras se puede convencer: ó con la verdadera y católica doctrina, ó con la santa vida.

La primera toca á solos los doctores y pastores de la Iglesia; la segunda á ellos y á los que no lo son, porque todos pueden y deben deshacer y destruir la mala doctrina de los herejes con sus buenas obras, haciendo todo lo contrario, como habemos dicho, de lo que ellos enseñan contra nuestra santa religión, que es una manera muy fuerte y eficaz para desterrar los errores del mundo.

Luis Lipomano, obispo de Verona en nuestro tiempo, sacó á luz las vidas de muchos santos; y Lorenzo Surio, monje cartujo, publicó muchas otras y perficionó lo que Lipomano había comenzado; en las cuales vidas van notando en la margen los hechos y ejemplos notables de los santos que son contrarios á las herejias destes tiempos; pareciendo á estos dos prudentes, piadosos y celosos varones que la mejor manera para deshacer las tinieblas de los herejes es ponernos delante, como una hacha encendida, la vida de los santos que Dios nos dió por guía y maestros; y cierto que acertaron mucho, porque, demás que con los ejemplos de los santos convencen á los herejes, y prueban que todo lo que ahora enseña y usa la Iglesia católica, en todos tiempos y en todas las provincias se usó, mueven mucho más las obras que las palabras, y no hay más firme testimonio para confirmar la verdad que del que nos la enseña con su ejemplo, y de tal suerte se abrazó con ella, que muchas veces por no perderla perdió la vida; lo cual se ha dicho para avisar al verdadero católico que muestre con su vida su fe, y el aborrecimiento que tiene á los herejes con hacer obras contrarias á su pestilente doctrina.



CAPÍTULO IX

*Por qué permite nuestro Señor alguna vez que los infieles
y herejes florezcan, y los fieles y católicos padezcan*

Visto hemos por qué permite Dios las herejías, y algunos de los grandes provechos que se sacan dellas y lo que debemos hacer nosotros contra ellas. Pasemos adelante, é inquiramos por qué á los herejes é infieles, que sabemos cierto que son sus enemigos, algunas veces los prospera Dios y les da dichosos sucesos, y á los católicos y fieles y verdaderos siervos suyos los atribula y aflige, como se ve en los sucesos que tuvieron los príncipes cristianos en las jornadas que hicieron para la conquista de Jerusalén, y en el santo y poderoso Luís, rey de Francia, el cual peleando las batallas del Señor, una vez fué preso de los infieles y otra murió de pestilencia, como dijimos, y en los herejes usitas, que tantas veces alcanzaron victoria de los católicos, que con mayor número de soldados y poder les iban á hacer guerra en tiempo de Segis-

mundo emperador. Y para no repetir historias antiguas, esto mismo nos enseñan algunos sucesos que habemos visto en nuestros tiempos, los cuales han sido causa de engreimiento vano y triunfo á los herejes, y descaimiento y desconsuelo á los católicos, y de admiración y espanto á toda la cristiandad. Pues si es cierto que estos sucesos no son acaso, sino que Dios nuestro Señor los hace, ¿por qué los hace? ¿Por qué desampara su causa? ¿Por qué no oye las voces y gemidos de tantos siervos suyos? ¿Por qué desfavorece á los buenos y favorece á los malos, aflige á sus amigos y da contento y alegría á sus enemigos? Y hablando de lo que nos toca y habemos visto, tanto es cosa de más maravilla, cuanto es más nueva y menos usada en nuestros tiempos. Porque en estos setenta años, ó poco más, que há que la perversa y diabólica secta de Martín Lutero comenzó á perturbar la paz de la Iglesia católica en todas las guerras que por causa de la religión se han hecho en Alemania la alta y la baja, en Francia y en otras partes, que han sido muchas, siempre los católicos han vencido y triunfado de los herejes. Y pues es verdad lo que dijimos arriba, que Dios no permite males en el mundo sino para sacar dellos mayores bienes, ¿qué bienes puede haber con que se recompensen los daños inestimables que de pérdidas tan lastimosas comunmente se sienten y en todos tiempos se pueden temer? Á esta pregunta, que es común de todos los hombres cuerdos y celosos, cierta y cumplidamente sólo Dios puede responder, porque Él solo, como hemos dicho, sabe sus secretos juicios, y los fines é intentos que tiene, y los medios suaves y eficaces que para alcanzarlos ha de tomar, y á nosotros no nos toca sino reverenciarlos con humildad, y ponernos en todo debajo de las alas de su misericordia y protección; pero rastreando algo de sus juicios, y buscando por los efectos que vemos las causas que no sabemos, diré lo que se me ofrece en esto.

Ante todas cosas, se ha de presuponer aquella verdad

que en la primera parte de este tratado dejamos declarada: que Dios nuestro Señor es el autor y la primera causa de todos los males de pena que padecemos, y que sin su voluntad ni un pajarito cae en la red. También se ha de presuponer que los sucesos que habemos visto en nuestros días no son contrarios á los que ha tenido estos setenta años la santa Iglesia católica contra los herejes, ni ellos tienen por qué engreirse y desvanecerse por ellos, pues hasta ahora siempre que los católicos pelearon los vencieron, y ahora, porque no se peleó no se venció, y no se peleó porque el Señor quiso castigarnos, no por mano de ellos, sino por la suya, para que nosotros nos humillásemos, y ellos no se pudiesen ensoberbecer con nuestro castigo.

Los filósofos más groseros atribuyen los acaecimientos y varios sucesos que ven á las causas naturales, los historiadores á las morales, los astrólogos á las estrellas, los teólogos y sabios cristianos los refieren á la divina Providencia, como á fuente y primer principio de todas las cosas; la cual algunas veces las dispone de manera, y con tal suavidad ordena los consejos y circunstancias que entrevienen en ellas, que parece que fué acaso lo que se hizo, y que si se perdió la jornada, fué, ó por la culpa del capitán, ó por la poca obediencia de los soldados, ó por la falta de municiones y de bastimentos, ó porque el enemigo tuvo en la batalla en su favor el sol ó el viento, ó por otras causas semejantes, siendo verdad que la causa principal fué la voluntad del Señor, aunque se sirvió de las otras causas particulares para obrar con más suavidad. Y los que solamente miran á lo de fuera echan la culpa á lo que por defuera se ve; mas los que tienen la vista más aguda y limpia ven la disposición soberana del Señor, que resplandece en semejantes sucesos.

Declaremos esto con dos ejemplos de las divinas letras, uno de paz y otro de guerra. Pecó el rey Salomón, y edificó templos, y adoró á los dioses de las mujeres idólatras

que había tomado (1). Enojóse el Señor y díjole que quitaría el reino á su hijo Roboán en castigo de aquella maldad, aunque por la memoria de David, su padre, no todo, sino solamente las diez tribus. Y viviendo aún el mismo Salomón, Aquías, profeta, estando solo en el campo con Jeroboán, criado de Salomón, le dijo de parte de Dios que él sería rey de las diez tribus de Israel, y en prueba desto, le dió de doce partes de su ropa las diez. Pero aunque esto había determinado el Señor, quiso hacerlo con suavidad, y ordenó que Roboán no creyese á los viejos, que le aconsejaban que diese gusto al pueblo y condescendiese con él, sino á los mozos, que le dijeron que le apretase y cargase más. Y con esto todo el pueblo de Israel se exasperó y se rebeló y apartó de la obediencia de Roboán, y tomó por rey á Jeroboán, el cual reinó sobre las diez tribus, como Dios se lo había prometido. Y así, queriendo Roboán hacer guerra á Jeroboán para cobrar su reino, le mandó Dios decir por el profeta Semeya que no la hiciese, porque su voluntad había sido que el reino se dividiese, y que no había más que tratar. Pero puesto caso que ésta había sido su voluntad, y que la tenía declarada á Salomón y á Jeroboán, como habemos dicho, para ejecutarla ordenó las cosas de suerte, que á los que no sabían lo que Dios tenía determinado pareciese que el mal consejo de los mozos sin experiencia que había seguido Roboán, no haciendo caso de los viejos, había sido causa de aquel daño y de la desobediencia y apartamiento del pueblo, aunque no había sido sino medio con que se ejecutó más suavemente la divina voluntad. Y así dice la misma Escritura Sagrada que la causa principal porque Roboán no dió contento al pueblo había sido porque Dios estaba enojado con él, y quería cumplir su palabra y dividir el reino de Salomón.

(1) *Reg.*, cap. XI et XII.

Este ejemplo es de paz; pongamos otro de guerra. Fué Acab (1), rey de Israel, á la guerra, y dice la Sagrada Escritura que uno de los enemigos flechó el arco y tiró una saeta, la cual, volando por el aire, acaso hirió al Rey y le traspasó, y murió. Pero esta muerte, que parecía haber sucedido acaso, el profeta Miqueas por parte de Dios se la había profetizado, y dichole que moriría en aquella guerra. Y como éstos, tenemos otros ejemplos en las divinas letras, que nos enseñan que no es caso ni solo mal gobierno lo que parece que lo es, sino la voluntad del Señor, aunque Él ordena las cosas de suerte que parezca que ellas mismas se hacen, y nosotros, que no sabemos su voluntad y lo que conforme á ella ha de suceder, estamos obligados á trazar y ordenar lo que nos toca, de manera que por nuestra imprudencia y poco aviso no se pierdan las cosas.

Esto presupuesto, digo que muchas causas puede haber porque Dios nuestro Señor castiga á los suyos con tristes sucesos; mas la primera y más cierta y principal es la de los pecados que de tal manera merecen ser castigados.

En el libro de los *Jueces* se lee (2) que habiendo cometido una gravísima maldad unos vecinos de la ciudad de Gabaa, que era en la tribu de Benjamín, y queriendo los de las otras tribus castigarlos, se armaron dellos cuatrocientos mil hombres y consultaron con Dios lo que debían hacer. Él les respondió que fuesen á la guerra y castigasen aquel delito y á los de la tribu de Benjamín, que no le habían querido castigar, antes estaban armados veinticinco mil dellos, con otros setecientos valentísimos soldados de la ciudad de Gabaa, para resistir y pelear con los cuatrocientos mil. Y para que no se engañasen en elegir capitán general, el mismo Dios se le señaló. Fueron á la guerra, pelearon con los de Benjamín, fueron vencidos y murieron dellos veintidós mil. Acudieron á Dios, postráronse, llora-

(1) III, *Reg.*, XXII.

(2) *Jud.*, XX.

ron, y estuvieron todo el día hasta la noche en oración, encomendando muy de veras á Dios su negocio, y consultando con Él si habian de tornar á pelear y pasar adelante en su empresa. Mandóles Dios que peleasen, pelearon, fueron vencidos la segunda vez, y murieron diez y ocho mil dellos. Visto este mal suceso, ayunaron, ofrecieron sacrificios y aplacaron la faz del Señor, y suplicáronle que les mandase lo que habian de hacer. Mandóles que volviesen á la batalla, porque él les daría el día siguiente la victoria y la ciudad de Gabaa, y así se la dió, y mataron veinticinco mil y ciento infantes valentísimos, y tomaron y quemaron y asolaron la ciudad. Ésta es la historia.

Cosa es que pone admiración ver que siendo la causa tan justa y consultada y encomendada á Dios, y habiendo recibido el capitán general de su mano, hayan sido castigados dos veces de los delincuentes los que por orden del mismo Dios los iban á castigar. Algunos doctores dicen que la causa desto fué porque habiendo algunos de la tribu de Dan hurtado un ídolo á Miqueas, le pusieron en su pueblo y le adoraban públicamente, y esto era notorio en Israel, y no lo habian castigado, ni quitado el ídolo, como estaban obligados (1). Y por otra parte, iban á castigar el delito y escándalo de sus hermanos, que aunque era grave, era menor que el que ellos consentían y disimulaban entre sí. Y así dice san Gregorio, papa (2): «¿Qué quiere decir que el pueblo de Dios, que iba con celo de hacer venganza, fué, antes que la hiciese, vencido de aquellos cuyos pecados quería castigar, sino enseñarnos que los que quieren castigar las culpas ajenas, primero han de ser purgados de las suyas, para que, siendo ellos limpios, puedan alimpiar á los otros, conforme á lo que dijo Cristo nuestro redentor, hablando de la adúltera (3): «El que de vosotros está sin pecado sea el primero que le tire la piedra?» Venían á

(1) *Jud.*, XVIII.

(2) *Greg., Moral.*, lib. XIV, cap. XIII.

(3) *Joan.*, VIII.

castigar los pecados ajenos, y dejaban los suyos. Por tanto, examinen primero su conciencia, enmienden y lloren antes sus pecados; y después reprendan y corrijan los ajenos.» Todo esto dice san Gregorio y lo trae la glosa ordinaria en aquel lugar (1). Y añade: «Con este ejemplo se enseña á los que van á la guerra justa que miren bien, antes de ir á ella, si tienen algún pecado que merezca ser castigado con la espada del enemigo.»

De manera que quiso Dios castigar á las once tribus primero, para que, siendo purgados de su delito, pudiesen mejor castigar á los otros sus hermanos. Los unos y los otros habían ofendido á Dios y merecían castigo; y queriendo el Señor dársele, ordenó las cosas de manera, que los unos y los otros fuesen castigados, y los unos fuesen ejecutores de la divina justicia contra los otros. Y desto se saca que en la guerra no basta que la causa sea justa y que se consulte á Dios, y que se tome con buena intención, para que tengamos por cierta la victoria, si por otra parte hay pecados y tenemos enojado á Dios. Porque algunas veces permite Él que el que tiene injusta causa, á los principios venza y castigue, como ministro suyo, los pecados de los otros que la tienen justa, para que ellos, después de purificados con la pena, puedan con más razón y con más justa causa castigar y destruir á sus enemigos, por cuya mano fueron castigados. Esto mismo podemos entender en los desastrados y calamitosos sucesos que nuestro Señor envía á su Iglesia, con los cuales quiere Él castigar primero los pecados de los fieles, para que, estando ellos purgados, puedan después con más razón ser ministros de su divina justicia y castigadores de las abominaciones ajenas.

(1) Glosa ordinaria, in cap. XX *Judic.*, et Abulens. et Chartusia, en aquel lugar.



CAPÍTULO X

Qué pecados son los que Dios castiga con los malos sucesos, y por qué los castiga por mano de otros mayores pecadores.

Si alguno me preguntare qué pecados son éstos que Dios nuestro Señor suele castigar con adversos sucesos, porque, tocando el castigo á todos, parece que los pecados han de ser públicos y de todos, respondo que en varios tiempos y en varias naciones suelen reinar pecados diferentes, con los cuales se estragan y corrompen las repúblicas, aunque comunmente todos ellos se reducen á deshonestidad, á codicia y soberbia, que son las tres fuentes de todos nuestros males. Pero, para satisfacer más á esta pregunta, referiré aquí lo que dice Salviano á otro propósito bien semejante á éste, y es desta manera.

Cuando los godos, vándalos, hunos, cuados, alanos y otras bárbaras naciones inundaron sobre la tierra y destruyeron á Italia, Francia, España, África y otras provincias del imperio romano, hubo grande admiración y espanto en

el mundo, de este azote tan riguroso que el Señor le había enviado, y Salviano, obispo de Marsella, que en aquel tiempo florecía con grande opinión de santidad y letras, escribió ocho libros, que intituló: *Del verdadero juicio, ó de la providencia de Dios*. En ellos da razón de aquel justo castigo del Señor, y para justificarle cuenta los pecados que en aquel tiempo había en el mundo, por los cuales el Señor de aquella manera le había castigado (1). Y después de haber contado en general el olvido y menosprecio de Dios con que la mayor parte de la gente vivía en aquel tiempo, y el descuido y tibieza de los eclesiásticos, los robos y tiranías de los señores, la insolencia de los caballeros, el engaño y mentira de los negociantes, la disolución y profanidad de los cortesanos, la escaseza y codicia insaciable de los ricos, las calumnias de los pleiteantes, las extorsiones de los ministros de justicia, la crueldad y desalmamiento de los soldados, y, finalmente, la vida de los cristianos, tan estragada y perdida, que más parecía vida de unos puros gentiles que de cristianos, viene á decir Salviano (2) que las causas particulares de aquel azote habían sido la lujuria y deshonestidad de las personas nobles y principales; el repartimiento injusto de las cargas y grazezas de la república, que se echaban sobre los pobres y miserables, eximiendo y descargando á los ricos y poderosos, de suerte que la carga de los fuertes llevaban los flacos, y los que eran los primeros en decretar que se pagase, eran exentos en el pagar, siendo liberales de la hacienda agena y escasos de la suya; el poco respeto que se tenía á la virtud y religión; los desacatos continuos que se hacían á Dios en el jurar y perjurar, sirviéndose del santo nombre de Cristo, no para afirmar y establecer la verdad, sino para colorear y esforzar la mentira y para asegurar falsamente al prójimo, y teniéndole ya seguro,

(1) Lib. III.

(2) Lib. IV.

destruirle (1); la envidia y pesar del bien ageno, teniendo por infelicidad propia la felicidad de su prójimo, creyendo que no puede tener nadie honra si es honrado su vecino; la muchedumbre y maldad de los cobradores y recetores, que desollaban y empobrecían los pueblos, y so color de cobrar los derechos imperiales, chupaban la sangre de los pupilos y de las viudas, y dejaban asoladas las ciudades, sin haber quien les fuese á la mano y les hiciese resistencia, porque hasta los sacerdotes y predicadores dice que callaban y no se atrevían á decir la verdad, porque no era recibida, sino desechada y perseguida (2); la disolución de las comedias y representaciones que se usaban en aquel tiempo, con manifiesto estrago de las costumbres y pérdida de la república. Y en lamentar sola esta plaga gasta un libro, que es el sexto de los ocho que escribió.

Éstas son las causas más principales que da este santo y elocuentísimo varón, por las cuales dice que Dios destruyó el imperio romano, y envió enjambres y ejércitos de gentes feroces y bárbaras para ruina y asolamiento de los moradores de la tierra, las cuales he querido referir aquí para que, si algunas dellas nos tocan á nosotros, las quitemos y enmendemos.

Y si más adelante algún curioso me preguntare qué es la causa porque, siendo los pecados de los herejes tantos y tan atroces y abominables, y sin duda mucho mayores y más aborrecibles que los de los católicos y fieles, en número, impiedad y crueldad, Dios los sufre á ellos, y castiga á los fieles y católicos, respondo que esta misma pregunta hace al Señor el profeta Abacuc, maravillado que diese á su pueblo fiel en manos de sus enemigos, que eran infieles é idólatras, y abominables en los ojos del mismo Dios, y dice (3): «¿Por qué, Señor, disimuláis y calláis, y permitis

(1) Lib. V.

(2) Lib. VI.

(3) Abac., II.

que el malvado y pecador se coma y trague al que es más justo que no él?» Y Salviano hace la misma pregunta: «¿Por qué Dios quiso que los godos y vándalos y otras naciones bárbaras, que eran herejes ó infieles, se apoderasen de los católicos y cristianos, y los cautivasen y tratasen como esclavos, pues aunque pecadores, eran mejores que los bárbaros que los affigian y maltrataban?» Y responde que lo bueno que tenía el cristiano, que era luz de la fe, no era suya, sino de Dios, y que esta misma fe le obligaba á esmerarse en la virtud y á conformar la vida con su creencia, y á diferenciarse en las obras de los paganos, y que no lo haciendo así, merecía mayor castigo; porque no es maravilla que el ganapán viva como ganapán, mas eslo que el caballero y el señor y el hijo del rey vivan como ganapán.

Demás desto, digo que el Señor nos trata á nosotros como á hijos, y á los herejes como á esclavos, porque muchas cosas permite y disimula el amo á su esclavo, que no las consiente ni disimula á su hijo, no por otra razón, sino porque el uno es hijo y el otro es esclavo. Y así dice Séneca (1): «Cuando vieres que los buenos y amigos de Dios trabajan y sudan y suben por caminos ásperos, y que los malos se huelgan y dan á deleites y regocijos, acuérdate que nosotros nos solemos holgar de la modestia de nuestros hijos y que damos más licencia á los hijos de nuestros esclavos, y piensa que esto mismo hace Dios. Cuando el buen padre de familias ve á una ramera tratar liviana y deshonestamente no se maravilla, porque es ramera; mas si ve á su mujer ó á su hija hacer cosa que no deba, por muy ligera que sea, la reprende y castiga, porque el amor y cuidado que dellas tiene le hace mirar y castigar las faltas muy pequeñas, disimulando las graves en la otra, que trae escrito en la frente lo que es. Desta manera pues hace nuestro Señor con nosotros, porque nos tiene por hijos,

(1) Lib. *De provid.*, cap. I.

castigándonos, y disimulando por algún tiempo las culpas de los herejes, como de esclavos y enemigos suyos, hasta que llegue el tiempo de su asolamiento y destrucción.

En el libro de los *Macabeos* se encuentra la horrible y cruelísima persecución que el rey Antiocho, sobre todos los hombres de su tiempo impiísimo, hizo á los judíos y á la ciudad y templo de Jerusalén, en el cual sólo en aquel tiempo era Dios conocido y adorado en el mundo. Y después de haberse referido la sangre que derramó, sin perdonar á hombre ni á mujer, á niño ni á viejo, á casada ni á doncella, y cómo despojó y profanó el templo, y las abominaciones que en él se cometían por su mandado, y otras cosas tan feas y abominables como éstas; temiendo el sagrado escritor de aquella historia que podía ser ocasión á los flacos de algún escándalo ver que el pueblo escogido del Señor fuese así tratado del mayor tirano y más cruel y fiera bestia que había en la tierra, para consuelo y esfuerzo de los que así estaban afligidos, añadió estas notables y divinas palabras (1): «Yo ruego á todos los que leyeren este libro que no desmayen por estos acaecimientos adversos, sino que entiendan que Dios los ha hecho, no para destrucción, sino para emienda y corrección de nuestra gente; porque no dejar largo tiempo sin castigo al pecador es señal de gran beneficio del Señor, el cual no nos espera con paciencia á nosotros, como aguarda á las otras naciones, para castigarlas más rigurosamente el día que Él tiene determinado, colmada ya su maldad, ni quiere que sea así con nosotros, ni acabarnos de una vez y hacernos pagar por junto nuestras culpas. Y ésta es la causa porque no aparta su misericordia de nosotros, ni desampara su pueblo cuando le aflige y castiga.» Todas estas son palabras del Espíritu Santo, escritas en el libro de los *Macabeos*, las cuales nos dan claramente á entender que el azote en la casa del justo es misericordia de Dios, no conocida, y la

(1) I, *Mac.*, VI.

prosperidad en la casa del malo es disimulada y encubierta ira de Dios. Y así dice el glorioso papa san Gregorio (1): «Porque es verdad lo que está escrito, que Dios castiga al que ama y azota al que tiene por hijo (2), muchas veces la santa Iglesia es afligida en esta vida con varias adversidades, y la vida de los malos goza de prosperidad, porque en la otra no aguarda premio, sino castigo. Mas los herejes, viendo las aflicciones de la santa Iglesia, la menosprecian, y piensan que es afligida porque es falsa su creencia y religión.» Esto es de san Gregorio.

Y en el mismo libro de los *Macabeos* se cuenta otro ejemplo, que confirma admirablemente esta misma verdad; porque habiendo, de los siete hermanos Macabeos, los seis acabado gloriosamente su batalla, y muerto despedazados por la defensa de la ley de Dios, el séptimo y postrero hermano con grande ánimo y valor se volvió al rey Antioco y le dijo estas maravillosas palabras (3): «Nosotros por nuestros pecados padecemos, y aunque el Señor para nuestro castigo y emienda está algo enojado con nosotros, pero pasará presto el enojo, y volverá su rostro sereno á sus siervos. Mas tú, malvado y sobre todos los hombres detestable, no te ensoberbezcas vanamente, ni con falsas esperanzas te enciendas contra los siervos de Dios, porque aún no has escapado del juicio de aquel Señor que es todopoderoso y ve y provee todas las cosas. Mis hermanos por un breve dolor que han padecido gozan ahora de la posesión de la vida perdurable, y tú por justo juicio de Dios serás castigado conforme á tu soberbia y maldad. Yo, como también lo han hecho mis hermanos, ofrezco mi cuerpo y mi vida por las leyes de mis padres, suplicando á nuestro Señor que aplaque su ira y perdone á todo su pueblo, y con tormentos y azotes te haga confesar que él solo es Dios y Señor.»

(1) Lib. II, *Moral.*, cap. XV.

(2) *Heb.*, XII.

(3) III, *Mac.*, VII.



CAPÍTULO XI

*Otras causas por que Dios suele castigar á los católicos
y fieles*

OTRA causa, y no pequeña, se me ofrece destes castigos, fundada también en la misma historia que hemos contado de las once tribus que hicieron guerra á la de Benjamín y la asolaron. Porque en ella se dice (1) que los del pueblo de Israel confiaban mucho del mucho número y valor de su ejército, y hacían tan poco caso de los de la tribu de Benjamín, que los acometieron por un cabo peligroso y dañoso para ellos mismos, porque les parecía que los habían de tragar y consumir en cualquier lugar y de cualquiera manera que peleasen. Y como Dios nuestro Señor es tan celoso de su honra, y es y quiere ser conocido por triunfador de Israel, como le llamó Samuel, no da algunas veces la victoria á algunos ejércitos poderosos, para

(1) *Jud.*, XX.

que ninguno se pueda ensoberbecer y decir que por su mano la alcanzó, y no se la dió el Señor (1).

Desto tenemos buen ejemplo, entre otros, en Gedeón (2), al cual enviándole Dios contra Madián, y habiéndole prometido la vitoria, y siendo los enemigos innumerables, y como dice la Sagrada Escritura, como una infinidad de langostas, y teniendo Gedeón treinta y dos mil soldados, le mandó Dios que los despidiese y que se quedase con solos trescientos. Y da la causa por estas palabras: «Mucha gente tienes; no daré á Madián en tus manos, porque Israel no se glorié contra mí y diga: Con mis fuerzas y con mi brazo me he librado.» Por esto David dijo al gigante Golías, cuando salió á pelear con él (3): «Tú vienes á mí cargado de hierro y con espada, lanza y escudo, y yo vengo á ti en el nombre del Señor de los ejércitos, el cual te dará en mis manos, y yo te mataré y cortaré la cabeza.» Y añade la causa (4), para que todo este pueblo sepa que el Señor no nos ha salvado con espada y lanza, sino que es suya la guerra, y da la vitoria á quien es servido. Y el rey Assa, habiendo de pelear contra un ejército innumerable de enemigos, hizo oración á Dios antes de la batalla y dijo: «Señor, para Vos lo mismo es dar la victoria con pocos ó con muchos; ayudadnos, Señor Dios nuestro, porque, confiados en vuestro nombre y poder, venimos á pelear contra esta muchedumbre infinita»; y así los desbarató Dios. El santo rey Ezequías, estando cercada Jerusalén del rey Sennacherib, se volvió á Dios y le dijo (5): «Libradnos, Señor, deste tirano, para que todos los reinos de la tierra sepan que Vos solo sois Dios y Señor»; el cual envió un ángel que en una noche mató ciento y ochenta y cinco mil de los asirios. El fortísimo capitán Judas Macabeo, viendo

(1) I, *Reg.*, XV.

(2) *Jud.*, VII.

(3) I, *Reg.*, XVII.

(4) II, part. XIV,

(5) IV, *Reg.*, XIX.

á sus soldados desmayados, por ser ellos pocos y los enemigos muchos, les dijo (1): «Fácil cosa es que los muchos de los pocos sean vencidos, y para el Señor lo mismo es librar con pocos ó con muchos, porque la victoria no se alcanza con numerosas huestes y ejércitos poderosos, mas del cielo la da Dios.» La santa Judit (2), para cortar la cabeza á Holofernes, primero se armó con oración, y suplicó á nuestro Señor que le diese constancia y fortaleza para ello, y añade: «Para que quede la memoria de vuestro nombre, y sepa todo el mundo que Vos derribastes á este tirano por mano de una mujer, y todas las gentes conozcan que Vos sois Dios y no hay otro señor sino Vos.» Y otros muchos lugares hallamos en las sagradas letras, que nos enseñan que Dios es señor de los ejércitos y da la victoria á quien es servido, y que quiere que la reconozcamos de su mano, y que la manera para alcanzarla es confiar en Él, y no en nuestras fuerzas.

Para que esto se entienda mejor, muchas veces desbarata el Señor los consejos de los hombres y aniquila su poder, y hace que muchos sean vencidos de pocos, y que Abrahán (3) con solos los criados de su casa desbarate el campo vitorioso de cuatro reyes, y que Jonatas (4) con solo un paje de lanza ponga terror en el ejército de los filisteos, y que solos los pajes de lanza de los príncipes y señores venzan las huestes innumerables de Benadab y de los treinta y dos reyes que le acompañaban (5), y que con la quijada de un jumento (6) mueran mil de los enemigos, y con la honda de David (7) el soberbio y armado gigante, y el poderoso Sissara, con sus novecientos carros armados

(1) *Mach.*, III.

(2) *Judit*, IX.

(3) *Gen.*, XIV.

(4) *I, Reg.*, XIV.

(5) *III, Reg.*, XX.

(6) *Jud.*, XV.

(7) *I, Reg.*, XVII.

y ejército, sea vencido de una y muerto de otra mujer (1), y que Holofernes y todo su poder sea destruido por mano de la santa Judit (2). Y así, cuando un ejército es muy poderoso, orgulloso y bravo, y despreciador del enemigo y muy confiado de sí, muchas veces le deshace Dios, porque quiere la gloria para sí, y que los hombres conozcamos nuestra flaqueza y que sepamos que es suya, y no nuestra, la vitoria.

Otras veces no está la culpa tanto en la presunción y orgullo, cuanto en la intención con que se emprenden las guerras. No solamente cuando se emprenden con vanos fines y en ofensa de Dios, sino también cuando se tiene más cuenta con la propia injuria que con la del Señor de todo lo criado; porque muchas veces en las guerras concurren dos causas justas, la de Dios, cuando la guerra se hace contra los infieles ó herejes, que son sus enemigos, y la nuestra, cuando habemos sido provocados dellos y nos queremos satisfacer de los agravios que nos han hecho, y volvemos justamente por nuestra seguridad y reputación. Pero cuando concurren estas dos causas, siempre se han de poner los ojos primeramente en la que es más principal, que es la gloria del Señor y el ensalzamiento de su santa fe, y después en lo que nos toca, para que el Señor vuelva por los que vuelven por su honor. Y cuando esto no se hace, sino que tenemos por principal lo accesorio, y lo accesorio por principal, como algunas veces acontece, no es maravilla que permita el Señor que se pierdan las jornadas, no porque tuvieron malos fines, sino porque en ellas se tuvo más cuenta con lo que es menos, y menos con lo que es más, é hizo la criatura más caso de sus particulares intereses que de la honra y gloria de su Criador.

En el libro de los *Macabeos* se dice (3) que al tiempo

(1) *Judic.*, IV.

(2) *Ibidem*, IX.

(3) II, *Mac.*, cap. últ.

que Nicanor, capitán del rey Demetrio, vino con poderoso ejército contra los judíos, ellos, animados de las palabras y esfuerzo de Judas Macabeo, su capitán, determinaron de resistirle y pelear, poniendo toda su confianza en Dios, y da la razón desta resolución que tomaron, el Espíritu Santo por estas palabras: *Eo quòd civitas sancta, et templum periclitarentur. Erat enim pro ucoribus filiis, itemque, pro fratribus et cognatis minor sollicitudo; maximus vero, et primus pro sanctitate timor erat templi.* La causa por que se determinaron de pelear valerosamente era por el peligro en que estaba la santa ciudad y el templo, porque tenían menos cuidado de sus mujeres, hijos, hermanos y deudos, y el mayor y más principal temor de todos era que no se arruinase aquel santo templo. Y así como el celo de Dios fué el principal estímulo y motivo que tuvieron para la guerra, y acometieron á los enemigos invocando con el corazón al Señor y meneando las manos valientemente, así el mismo Señor acudió á sus ruegos y les dió gloriosa vitoria, matando treinta y cinco mil de sus enemigos. Filón, judío, autor gravísimo y elocuentísimo, en un libro que escribió de la embajada que él mismo hizo, por parte de los judíos, á Calígula, emperador, dice que habiendo mandado este tirano á Petronio, su presidente de Siria, que pusiese en el templo de Jerusalén su estatua con este título *Novi Iovis illustres Cai*; todo el pueblo, dejando sus casas y haciendas, y partido en seis escuadrones, tres de hombres viejos, mozos y niños, y tres de mujeres viejas, casadas y doncellas, vino á Petronio y se echó á sus piés, y derramando ríos de lágrimas le dijeron: «Nosotros os dejamos nuestras ciudades, y os concedemos nuestras heredades y casas y todo el aderezo y riquezas dellas, y pensaremos que no os lo damos, sino que lo recibimos de vuestra mano, y no pedimos ni os suplicamos, en recompensa de todo ello, sino que no hagáis novedad en nuestro templo, y que nos le conservéis como le habemos recibido de nuestros antepasados. Si esto no podemos

alcanzar de vos, veisnos aquí, todos nos ofrecemos al cuchillo y á la muerte, por no ver vivos una cosa tan lastimosa y más grave que la misma muerte.» Y con este sentimiento que tuvieron, y celo de conservar su templo y religión, Dios los favoreció, y mató y quitó el sér de hombre al que se tenía y quería ser adorado como dios.





CAPÍTULO XII

La misericordia que Dios usa con los que mueren en semejantes jornadas, ó después, por ocasión dellas

PUEDE también ser causa destes sucesos el querer Dios nuestro Señor usar de misericordia, y llevar por este camino al cielo á muchos que perecen en semejantes jornadas, los cuales, si volvieran con prosperidad á sus casas, por ventura se condenarían. Porque cuando así van á algunas empresas santas, y con deseo de defender la fe católica y derramar por ella su sangre, es de creer que en el tiempo de su mayor trabajo y aflicción se vuelven de todo corazón á Dios y le piden perdón de sus pecados, y le ofrecen la muerte que tienen presente, y que el Señor, que es piadosísimo, la acepta y les perdona las culpas de la vida pasada, y las que como hombres habrán cometido en aquella jornada, y que desta manera se salvan muchos que en sus casas se perderían. Y siendo esto así, para ellos es misericordia lo que á nosotros nos pare-

ce castigo, y beneficio inestimable lo que tenemos por azote.

Para confirmar esto diré un ejemplo muy notable y de grande admiración, que sucedió en una jornada, en tiempo de san Bernardo. Habiendo los cristianos ganado la santa ciudad de Jerusalén, y cobrádola de mano de los infieles, en tiempo de Godifredo de Buillón, y alcanzado gloriosas vitorias, después fueron muy apretados de los enemigos. Y queriendo el Papa, como padre común de todos los cristianos, mover á los príncipes y reyes poderosos y á todos los fieles á tomar las armas é ir á la Tierra Santa para defender ó morir por sus hermanos, mandó á san Bernardo, cuya santidad en aquel tiempo era muy celebrada y reverenciada en el mundo, que predicase la cruzada, y animase con sus sermones á toda la gente para empresa tan gloriosa. Predicó el Santo, movió y animó á las provincias y reinos á tomar las armas, confirmó su predicación con innumerables y grandísimos milagros (1). Hizose la jornada, fueron á ella en persona el emperador Conrado y el rey Luís de Francia. Sucedió mal el negocio, perdiéronse los ejércitos, hubo gran llanto y tristeza en toda la cristiandad, levantáronse contra el glorioso san Bernardo muchas murmuraciones y quejas, llamáronle falso profeta y engañador, y causa de una ruina y calamidad tan lastimosa y miserable como había venido á la cristiandad. Vióse muy afligido el bienaventurado y fiel siervo del Señor, y conoció que ésta era tentación y probación suya (2). Escribió al papa Eugenio III sobre ello, trayendo muchos lugares de la Sagrada Escritura á este propósito, y diciendo que él se holgaba que las quejas fuesen contra él, y no contra Dios, y de recibir en sí, como escudo, los golpes y las saetas que se tiraban, para que no llegasen al Señor. Y para

(1) En la *Vida de san Bernardo*, lib. III, cap. IV. Guilielmo Tiro, *De la guerra de Jerusalén*, lib. XVII.

(2) En el principio del II lib. *De consideratione*.

que se viese que Dios le había mandado predicar lo que predicó, y que su voluntad había sido que se hiciese aquella jornada, demás de los milagros que había obrado antes el Santo para animar á la gente, después della alumbró un ciego, en testimonio desta verdad. Pero, volviendo á nuestro propósito, una de las razones que dió san Bernardo para consolar á la gente de aquel triste suceso, fué decir que si la Iglesia oriental no había sido librada con aquella jornada de sus enemigos, la Iglesia celestial había sido con ella enriquecida, y que si había sido Dios servido de librar con esta ocasión, no los cuerpos de muchos fieles, que estaban oprimidos de los paganos en Oriente, sino las ánimas de los que en Occidente estaban cautivos de Satanás, ¿quién se podía quejar ó decir al Señor: «Por qué habéis hecho esto»? Y que cualquier hombre cuerdo debía tener por peor la suerte de los que volvieron de la jornada y tornaron á sus antiguos pecados, y por ventura á otros mayores, que no la de los que murieron en ella, y habiendo purgado con varias tribulaciones sus ánimas, las dieron al Señor, el cual por ventura, como dice Salviano á otro propósito (1), no quiere en estos castigos que todos perezcan, sino herir á una parte con la espada de su sentencia, y emendar la otra parte con el ejemplo, y mostrar á todos su severidad con el castigo de los que perecen, y su benignidad con el perdón de los que se salvan.

— Si esta causa que habemos dicho es tan piadosa y tan propia de la suavísima bondad del Señor, no lo es menos el querer que se cumpla el número de sus mártires y de aquellos bienaventurados y valerosos caballeros que Él *ab æterno* escogió para sublimarlos y glorificarlos con la corona del martirio; porque es grande gloria de un rey y de su reino tener muchos grandes en él, y tales son en el cielo todos los mártires, los cuales con tanto valor y esfuerzo pelearon y muriendo vencieron y triunfaron de la

(1) Lib. I *De provid.*

muerte y del pecado y del infierno. Esto se podía declarar en particular, tratando de los cristianos y católicos que por ocasión de haber sucedido mal algunas jornadas que hicieron contra herejes ó infieles, fueron dellos atormentados y muertos por la fe de Jesucristo nuestro redentor; pero para evitar prolijidad bástanos lo que ha sucedido en Inglaterra en estos días, adonde la Reina y los de su consejo, desvanecidos con los sucesos que habemos visto, y embravecidos y embriagados con su rabia é impiedad, han ejecutado su saña y derramado la sangre inocente de muchos católicos, pareciéndoles que ya no tenían que temer. Y si el Señor fuera servido de trocar las cosas y darnos el suceso que se deseaba, no se hubiera por ventura cumplido este número, ni hubieran muerto por la fe católica los que después han muerto por habernos querido humillar y probar el Señor.

Y de cuánta gloria sea para Dios, y ornamento para el cielo, y esfuerzo y ejemplo para los fieles, y honra y lustre para toda la Iglesia católica, la muerte de cualquiera destes mártires, no lo quiero yo aquí tratar por no divertirme de mi propósito. Léalo quien quisiere en el padre fray Luis de Granada, en el tratado que escribe *De la gloria y grandeza de los mártires*.





CAPÍTULO XIII

*Que alguna vez deja Dios de castigar á los infieles y herejes
porque aún no es llegado el tiempo del castigo*

SUELE, otrosí, el Señor, como piadoso, longánime y paciente, y que, como dice Isaías (1), nos espera para tener misericordia de nosotros, y se tiene por honrado cuando nos perdona, algunas veces amagar á sus enemigos y avisarlos con el terror y espanto de la guerra antes de asolarlos, por no ser por ventura aún llegado el tiempo de su castigo y destrucción. Porque, puesto caso que Dios castiga todos los pecados y pecadores, pero no lo hace luégo, sino vase poco á poco, aguardándolos para que vuelvan en sí y hagan penitencia. Y cuando perseveran en su dureza y obstinación, entonces alza la mano y hiere con tanta mayor fuerza cuanto ha sido mayor su sufrimiento. Por esto dijo san Pablo, hablando con el pecador (2):

(1) Isai., XXX.

(2) Rom., II.

«Por ventura desprecias las riquezas de la bondad y paciencia y longanimidad del Señor, y no ves que la benignidad de Dios te está atrayendo y esperando para que hagas penitencia; mas tú, con tu duro é impertinente corazón, atesoras la ira de Dios contra ti, la cual se descubrirá en el día de su saña, cuando revelará y manifestará su juicio.» Y en el libro del *Genesis* leemos (1) que prometiéndole Dios á Abraham de dar á sus hijos la tierra de promisión, la cual en aquel tiempo era habitada de los amorreos y cananeos y de otros pueblos infieles, dándole la razón por que no le daba luégo á él la posesión della, le dijo: «Porque no se han cumplido las maldades de los amorreos.» Quiere decir, aún no es cumplido el tiempo que he determinado esperarlos antes de darles el castigo, el cual, como he dicho, tiene determinado para castigar los pecados y maldades de todos los reinos y provincias del mundo, y hasta que llegue este tiempo, el Señor se detiene y espera, y entre tanto algunas veces amaga, y en llegando aquel tiempo hiere y asuela. Por esto los profetas, cuando amenazan con el azote de Dios á las gentes, dicen que ya ha llegado su tiempo ó que ya se cumplieron sus pecados, y que se acerca el día de la visitación de Dios; dando á entender que era llegado el tiempo que el Señor tenia determinado para castigar sus maldades (2).

Y no es maravilla que el Señor se vaya tan despacio, y usé desta blandura y longanimidad en el castigar; porque, como dice san Juan Crisóstomo (3), los hombres tarde y con mucho trabajo hacemos; presto y con mucha facilidad deshacemos. Pero Dios, al contrario, más presto hace que deshace, porque con una sola palabra crió el mundo, y en seis días le ordenó, distinguió, y le puso en la perfección que ahora está. Y para destruir la ciudad de Jericó (4),

(1) *Gen.*, XV.

(2) *Vide Abulensem, in cap. XVIII Judicum*, q. XVII.

(3) *Serm.* V, *De pœnitent.*

(4) *Josué*, VI.

mandó que la gente de guerra la cercase y anduviese al rededor cada día una vez por espacio de seis días, y que al séptimo los sacerdotes también la rodeasen, y sonasen sus trompetas y clamase todo el pueblo, y que desta manera caerían los muros de la ciudad, y ella sería entrada, y así se hizo. De manera que en criar y perficionar el universo gastó seis días, y siete en destruir una ciudad. Porque es más inclinado á hacer que á deshacer, á perdonar que á castigar, á salvar que á arruinar; y lo uno hace movido de su natural bondad, y lo otro forzado de nuestras culpas y pecados.

Bien entenderá esto quien leyere en el *Génesis* que antes que Dios, por las carnalidades y maldades de los hombres, enviase el diluvio y arruinase el mundo, tocado con entrañable é intimo dolor, como si fuera hombre y tuviera afectos humanos, dijo (1): «¡Ay! destruiré al hombre que crié, y echaréle de la tierra.» Y el que leyere en *Isaías* (2) que siendo Dios fuerte y celoso y todopoderoso, y Señor de las batallas, y que ninguno le puede resistir, dice que aunque calla y disimula, algún día hablará, y dará bramidos como la mujer que está con dolores de parto, que como por fuerza echa la criatura que tiene encerrada en el vientre, y castigará á sus enemigos (3); y el que considerare que viendo Cristo nuestro redentor á Jerusalén, lloró sobre ella, por el castigo que le había de venir. Por esto dijo el Sabio (4): «¡Oh cuán bueno y cuán suave es, Señor, vuestro espíritu en todas las cosas, que á los que yerran corregís, y á los que pecan avisáis!

«No es Dios, dice san Juan Crisóstomo, como los reyes, que hacen guerra, que tienen secretos sus consejos y ardidés para que el enemigo no sepa por dónde le han de entrar ó acometer; antes hace todo lo contrario, y publica la

(1) *Genes.*, VI.

(2) *Isai.*, XLII.

(3) *Luc.*, XVI.

(4) *Sap.*, XII.

guerra, y avisa antes de comenarla, y como dice el Profeta (1), alza la espada, flecha el arco, apareja las saetas, y muy de espacio se pone á punto de guerra para que el pecador tenga tiempo de arrepentirse y vuelva en sí, y pida perdón al Señor, pues ve que con Él no puede contrastar.»

Por esto envió Dios á Jonás para que predicase en la gran ciudad de Ninive y amenazase á los moradores della con el castigo porque no se le quería dar, y Jonas huyó, temiendo que al cabo el Señor usaría de su clemencia y los perdonaría, y que esto sería deshonra y afrenta suya. Y después que sucedió como él lo había pensado, se afligió de suerte, que dijo: «Señor, yo sé que Vos sois Dios clemente y misericordioso, paciente y benigno sobremanera, y perdonador de maldades; llevadme, Señor, deste mundo; que mejor es la muerte que no la vida para mí (2).» Y fué menester que Dios le consolase y que le diese á entender cuán justo era que Él perdonase á una ciudad como á Ninive, y á tantos niños inocentes que había en ella, pues Jonás recibía tanta pena que se hubiese secado la hiedra, que él no había criado ni hecho crecer, porque le hacía sombra y le defendía del ardor del sol.

Plutarco, filósofo gravísimo, escribió un libro, en que trata por qué Dios no castiga luégo á los pecadores, y entre otras causas que trae de esta benignidad del Señor, dice (3) que lo hace para enseñarnos la paciencia, enfrenar nuestra ira y no dejarle la rienda, ejecutando luégo la venganza contra aquellos que nos ofenden, y asimismo para darles tiempo de penitencia, porque muchos hombres, que en un tiempo fueron perversos y detestables, con esta longanimidad de Dios volvieron en sí y se trocaron, y fueron varones excelentes. Y añade que muchas veces de un malo

(1) Psalm. VII.

(2) Jon., IV.

(3) Plutarco, *De sera numinis vindicta*.

nace un bueno, y que como nosotros no quemamos la esparraguera y las espinas hasta haber cogido el espárrago que nace dellas, así el Señor no castiga al malo hasta haber cogido el bueno que dél había de nacer. No se ejecuta la sentencia de muerte luégo que se pronuncia contra el facineroso que está en la cárcel, ni en tragando el pece el anzuelo, encontinentemente le abren y le hacen pedazos y le fríen; cuerda se le da á veces y tiempo para que se espacie y recree hasta que venga el tiempo del comerle. Desta misma manera, aunque el Señor tenga ya dada la sentencia, no la ejecuta luégo contra el infiel y hereje, antes le da algunas veces buenos sucesos, y le entretiene y regala hasta que llegue el tiempo de despedazarle y freirle.

Peró si por esta parte es misericordia la que Dios usa con los infieles y herejes, aguardándolos y dándoles tiempo de penitencia, por otra también es obra de justicia y un género de castigo más riguroso que si temporalmente los castigase. Porque, como el mayor castigo de Dios sea permitir los males de culpa, y entre ellos los de la herejía, como queda declarado, y los malos de su prosperidad de ordinario sacan motivos para endurecerse y para perseverar en su maldad, los herejes comunmente no toman esta blandura de Dios por aviso y amenaza, sino por favor y regalo suyo, como lo dice san Gregorio papa por estas palabras (1): « Muchas veces los herejes, viendo que la santa Iglesia es afligida, piensan que las tribulaciones que padecen los fieles católicos les vienen por sus pecados, y que ellos son justos porque Dios los deja sin castigo, para que se endurezcan en su maldad. Y conforme á esto, no emiendan los herejes, sino acrecientan sus culpas, ni se apartan de su falsa creencia; antes, siendo ciegos, piensan que ellos solos ven, y cierran los ojos á todo rayo de luz y verdad.» Y éste, como he dicho, es el mayor castigo que en esta vida con justo y severo juicio suele dar Dios. De don-

(1) *Moral.*, lib. XIV, cap. XVII.

de se sigue que ellos se endurezcan más y se enreden en un laberinto inexplicable de sus propios desatinos y maldades, y que estando abrazados con el estiércol de sus torpezas y fealdades, piensen que están cercados de rosas y se tengan por muy seguros y favorecidos del Señor.

Pero cuando ellos están más descuidados y se tienen por más favorecidos de Dios, y por esto están engreidos y desvanecidos, entonces repentinamente viene sobre ellos la ira del cielo, que los destruye y deshace. Fué el pueblo de Israel á la guerra contra los filisteos y fué vencido. Llevaron el arca del testamento al campo para ser más ayudados y socorridos de Dios, y como ellos eran transgresores de la ley que estaba encerrada en aquella arca, no fué Dios servido favorecerlos por medio della; antes fueron la segunda vez vencidos de sus enemigos, y con mayor destrozo y matanza que la primera. Y la misma arca, en que tanto confiaban, fué tomada y llevada á tierra de los filisteos y puesta cabe sus dioses. Y con este buen suceso quedaron tan ufanos y contentos los filisteos, que les pareció que ya no había más que hacer sino gozar de la victoria y paz que habían alcanzado. Pero á deshora la paz se trocó en guerra, y la alegría se les volvió en llanto, porque el Señor á sus solas, por medio de sola el arca, los consumió y asoló, y mostró que había querido castigar y afligir á su pueblo primero, y después arruinar á sus enemigos, que estaban soberbios y altivos, y que lo hacía de manera que se viese claramente que lo hacía ÉL, y que ninguno se podía gloriarse de haber tenido mano en aquel castigo y obra tan propia suya.

Esto es lo que toca á los infieles y herejes. Mas para los que, por la misericordia de Dios, son cristianos católicos y desean agradarle y servirle, el beneficio incomparable que les ha hecho en darles su luz y verdad, no son de poco provecho cualesquiera sucesos, por adversos y tristes que sean, si los saben ponderar; porque con ellos quiere el Señor probar su fe, despertar su esperanza, ejercitar su for-

taleza, emendar sus vidas, reprimir su orgullo, humillar su soberbia, enderezar sus consejos, apurar su intención, encender su oración, darles motivo para confiar más en Él, y desta manera vencen á sus enemigos.

En el *Deuteronomio* dice Dios estas palabras (1): «Si se levantara entre vosotros algún profeta ú hombre que diga que ha tenido en sueños revelación de Dios, y en testificación desto diere alguna señal, y sucediere lo que él dijo, y después os quisiere apartar del servicio de vuestro Dios, y persuadiros que sirváis á dioses ajenos, no creáis ni oyáis al tal profeta, porque vuestro Señor Dios os tienta y prueba para que se manifieste y declare si le amáis de todo vuestro corazón y de toda vuestra ánima, ó no.» Permite Dios que suceda lo que dice el falso profeta, para probar la fidelidad y amor de su pueblo, y que no suceda lo que desea el católico y siervo suyo, para probar más su fe y avivar su esperanza, y ejercitar las otras virtudes que habemos dicho. Esto baste para declarar algunas de las causas que á mi bajo entendimiento se ofrecen, por qué nuestro Señor algunas veces da prósperos sucesos á sus enemigos, y adversos á sus fieles y amigos. Ahora veamos lo que se debe hacer en semejantes ocasiones.

(1) *Deuter.*, XIII.





CAPÍTULO XIV

Lo que se ha de hacer en semejantes sucesos

PUES cuando el Señor fuere servido de azotarnos y afligirnos con pérdidas y tristes sucesos, lo primero que debemos hacer es volvernos á Él y reconocer el azote de su mano, y emendar cada uno su vida, y quitar de sí todo lo que entiende que puede desagradar á Dios y ser causa de aquella tribulación. Las cabezas y gobernadores de la república, demás de reformarse á sí é ir delante de todos con el ejemplo y honestidad de sus vidas, han de procurar que las de los demás sean tan compuestas y concertadas, á lo menos en lo exterior, que es lo que principalmente está á su cargo, que no haya pecados y escándalos públicos, ni cosas graves en ofensa de nuestro Señor; porque si el azote viene por las culpas, y el castigo público por los pecados públicos, como comunmente suele venir, cierto es que el mejor remedio para quitar la pena será emendar la culpa que es causa della, y reformar las vidas y componer las costumbres, y apartar todo lo que es tro-

piezo y escándalo público, para que, quitando la causa del azote, cese el mismo azote y se aplaque la saña y furor justo del Señor. Porque, cuando esto no se hace, ni hay emienda con el azote, es muy mala señal y cierto indicio de mayor y más terrible castigo. Porque, así como un pecado, cuando no se purga y emienda con la penitencia, dice san Gregorio que con su mismo peso apesga y hace caer en otros pecados, así la tribulación y castigo de Dios, que no nos reforma y emienda, es señal cierta de otros más ásperos castigos y tribulaciones que nos han de venir, y así conviene desvelarnos en aplacar al Señor.

Esto es lo primero y principal que debemos hacer, y después poner los ojos en Dios con grande confianza. Y si lo que se comenzó fué para su servicio y para nuestra quietud y seguridad, no debemos desmayar, sino esforzarnos y animarnos, y emendar las faltas, si hubo algunas de nuestra parte, y llevar adelante lo comenzado, y no por un mal suceso creer que siempre será así.

En las guerras hay varios sucesos, y los que en ella fueron más dichosos y alcanzaron mayores victorias, algunas veces fueron vencidos, y si miraran á los desastrados principios que tuvieron en sus empresas, no tuvieron tan dichosos fines. Ni Ciro, ni Alejandro Magno, ni Julio César, ni Pompeyo Magno, ni ningún otro valerosísimo capitán siempre venció y fué dichoso en la guerra, ni la prosperidad y dichosa suerte puede estar siempre en un sér. Los romanos al principio fueron vencidos de los samnites y despojados de sus armas y vestidos, fueron pasados ignominiosamente debajo de las picas cruzadas, en forma de horca, que por el lugar llamaron *caudinas furcas*, y después vencieron á sus vencedores, y triunfaron veinte y cuatro veces dellos, y asolaron y desarraigaron de tal manera su ciudad, que en Samio, que así se llamaba, no quedó rastro de Samio. La primera vez que pelearon los mismos romanos en Italia contra Pirro, rey de Epiro, que es Albania, fueron vencidos y desbaratados por la novedad

de los elefantes que traía el Rey en su ejército, los cuales los romanos hasta entonces nunca habían visto. Pero la segunda vez vencieron al Rey. ¿Cuántas veces fueron vencidos los mismos romanos de los cartagineses antes que ellos los venciesen y arruinasen su ciudad? Y estuvieron tan apretados y afligidos de Anibal, y tan debilitada y consumida su república por la muerte de sus soldados y capitanes, que parecía se había de acabar el imperio romano. Pero con el ánimo y valor se repararon, y echaron de Italia á su enemigo, y en su misma patria le vencieron, y dieron fin á Cartago y á su imperio.

Pues nuestros españoles numantinos ¿no pelearon y vencieron por espacio de catorce años á los romanos, y siendo solos cuatro mil guerreros, desbarataron cuarenta mil dellos, pero al cabo los vencedores fueron vencidos, y Numancia, que es Soria ó cerca della, fué asolada y destruída? Los cimbrós y teutones rompieron tres ejércitos de los romanos antes que de Mario, su capitán, fuesen vencidos y acabados. Lo mismo aconteció á Yugurta y Mitridates, que hizo guerra largo tiempo con los romanos, y les ganó algunas provincias, y puso espanto y terror en la misma ciudad de Roma, hasta que la felicidad de Sila y el valor de Lúculo y la grandeza de Pompeyo le consumieron. César la primera vez que pasó á Inglaterra perdió su armada, por no tener entera noticia, como él mismo dice, de los efectos que hace la luna llena en el mar Océano (1); pero volvió la segunda vez con más aviso y consejo, y peleó y venció, y fué el primero que sujetó aquella isla y la hizo provincia de los romanos.

Y porque no sean todos los ejemplos de paganos, Heraclio, emperador, tuvo muchos encuentros con los persas, y perdió muchas provincias antes que venciase las tres batallas á Cosdroes, que con las vitorias pasadas estaba muy ufano é insolente, y le quitase el reino, y cobrase el

(1) César, *De bello gal.*

santo madero de nuestra redención. Nuestro rey don Ramiro, el día antes que alcanzase aquella memorable victoria del Clavijo contra los moros, se vió tan apretado de ellos, que herida y muerta buena parte de su gente, se retiró á una montaña, y estuvo toda la noche en oración, suplicando con lágrimas á nuestro Señor que le socorriese y librase de aquella angustia y peligro, y así le apareció el glorioso protector de las Españas, Santiago, y le animó y esforzó, y le dió con su presencia la victoria. Pues el valeroso rey don Alonso, hijo del rey don Sancho, ¿no fué vencido de los moros en Alarcos, antes que él los venciese, y alcanzase aquella admirable y gloriosa vitoria de las Navas de Tolosa, tan alegre para los cristianos como llorosa para los moros, pues con pérdida de solos veinte y cinco cristianos, murieron de los moros doscientos mil?

Otros innumerables ejemplos podríamos traer, si estos no bastasen, para mostrar que á todos los grandes capitanes que triunfaron en el mundo, algunas veces sucedieron casos adversos, pero la misma adversidad los esforzaba y daba ánimo para llevar adelante su empresa, escarmentando y emendando la segunda vez las faltas que había habido en la primera, porque el varón magnánimo y constante en la dificultad cobra ánimo, y en el peligro esfuerza, y en lo que los otros desmayan, muestra él su pecho y valor, y desta manera da á entender que no puede ser vencido de la fortuna. Y el verdadero cristiano, que está colgado de Dios, y sabe que los buenos y malos sucesos nos vienen de su mano, aunque alguna vez sea azotado y afligido, no por eso desespera; antes emienda sus costumbres y se vuelve á Dios, y dice lo que dijo Job: *Etiam si occiderit me in ipso sperabo*; aunque me mate esperaré en Él.

Para ejercitar esta esperanza y probarnos, y ver si, desconfiados totalmente de nosotros, confiamos en Él, deja Dios algunas veces llegar las cosas á tal punto y extremo, que se tengan por desahuciadas, y faltando los remedios

humanos, se sientan y agradezcan más los divinos, como lo vemos en Abrahán (1), que le dejó llegar á lo último, y atar á su hijo Isaac y ponerle sobre el altar, y desenvainar la espada y alzar la mano para herirle, y entonces se la tuvo el ángel y libró al hijo, y le fueron hechas aquellas magníficas y maravillosas promesas (2). Y Josef, antes que fuese socorrido de Dios y levantado en el trono, se vió fatigado y aherrojado en la cárcel, y perdida la esperanza que tenía en el coperó de Faraón. Y la honesta Susana primero fué sentenciada y tenida por adúltera y como tal llevada á la muerte, y cuando los sayones estaban con las piedras en las manos, y parecía que no había ya remedio humano, entonces envió el suyo del cielo el Señor (3).

San Pablo dice (4) que una vez tuvo una gravísima y terribilísima persecución en Asia, que le derribó y postró de tal manera, que le parecía que era sobre sus fuerzas y que le cansaba la vida, y que pensó morir. Y añade que Dios le había dado aquella tribulación tan extremada y desmedida para que desconfiase de sí, y estribase su esperanza en Dios, el cual, dice le libró y que le libraría de todos sus trabajos.

Lo mismo sucedió al emperador Teodosio, nuestro español y religiosísimo y valerosísimo príncipe (5), el cual habiendo sido certificado del santo abad Juan, que tenía dón de profecía, que Dios le daría la vitoria contra Eugenio, tirano, y asegurádole que sería así los santos apóstoles san Juan y san Felipe, que la noche antes de la batalla le aparecieron, estando él prostrado en oración; al punto que comenzó á pelear su ejército con el enemigo, le rompieron un escuadrón y le mataron diez mil hombres, y él se

(1) *Gen.*, XXII.

(2) *Ibidem*, XLI.

(3) *Dan.*, XIII.

(4) *II, Cor.*, I.

(5) *Teodor.*, lib. V, cap. XXIV; *Sozom.*, lib. VII, cap. XXII; *Socr.*, lib. V, cap. XXIV; *Niceph.*, lib. II, cap. XXXIX.

vió en tan grande aprieto y conflicto, que poniendo los ojos en el cielo con gran fervor y fe, exclamó y dijo aquellas memorables palabras que refiere san Ambrosio (1): *Ubi est Deus Teodosii?* ¿Adónde está el Dios de Teodosio? El cual, aunque á él le parecía que estaba lejos, no estaba sino muy cerca, y quería probarle y ponerle en aquel estrecho para que reconociese de su mano la vitoria, la cual al cabo le dió, peleando por él con un torbellino y con unos furiosos vientos que repentinamente se levantaron, los cuales cegaban y herían á los enemigos con las armas que les tiraban los del campo de Teodosio, y con las que ellos mismos arrojaban, haciéndolas volver atrás. Y así dice Rufino (2) que al principio estuvo en duda la vitoria de Teodosio, y que los bárbaros que iban en su ejército fueron vencidos, no para que Teodosio fuese vencido, sino para que entendiese que no vencía por ellos. Porque, como divinamente dice san Agustín (3), cuando Dios dilata y no da luego lo que le suplicamos, no es para negar sus dones, sino para que se estimen; porque lo que mucho se desea, después de alcanzado es más gustoso, y lo que se da luego tiénese en poco. Y san Gregorio dice (4): «Cuanto más tarda el Señor en oír los deseos de sus siervos, tanto más los oye para su merecimiento, porque con la dilación crece su deseo.»

No piense nadie que no agradan al Señor las oraciones y plegarias de sus siervos porque luego no las oye, ni desmaye porque se le dilata lo que pide, ni deje de pedir é instar pareciéndole que son vanas sus peticiones, porque el Señor, como dicen estos santos, quiere que estimemos sus dones y que con la dilación crezca el merecimiento y el deseo, y que se avive y encienda nuestra fe, y que digamos: «¿Adónde está el Dios de Teodosio?»

(1) D. Amb., *in oratione de obitu Teodosii*, tom. III.

(2) Ruf., lib. XI, *Hist. eccles.*, cap. XXXIII.

(3) *De verbo Dei*, cap. I.

(4) *Moral.*, lib. XX, cap. XXV.

Esto es lo que toca á los prósperos sucesos que da Dios alguna vez á los infieles y herejes, afligiendo por mandellos á los católicos y fieles, y lo que en semejantes ocasiones debemos hacer. Tratemos ahora de otro género de tribulación que habemos padecido en estos tiempos, de algunas personas que tenían nombre y opinión de santidad, y han sido ilusas y engañadas, y engañado á muchos; cuyas caídas no solamente han sido lastimosas para los que cayeron, sino también dañosas para los flacos y escandalosas para los tibios cristianos, que con esta ocasión aflojan en virtud, ó mofan y hacen escarnio de los que la siguen.





CAPÍTULO XV

Que algunas veces permite Dios que personas tenidas por santas sean engañadas y engañen á otros

HAN sido tantas las personas que han brotado en breve tiempo, y salido con nuevas invenciones y artificios para engañar al mundo so capa y color de santidad, y tales las revelaciones que han fingido, y las llagas que han pintado y representado en sus cuerpos, y tan grande el crédito que comunmente á algunas dellas se ha dado, y el escándalo que después de descubierto y castigado el engaño se ha seguido, que con razón se puede tener éste por un género de tribulación terrible, y tanto más peligroso, quanto más toca al bien de las almas y al conocimiento verdadero y amor y estima de la virtud. Otras tribulaciones afligen el cuerpo y nos quitan los bienes temporales, los cuales, que queramos, que no, algún día habemos de dejar; pero las que tocan al ánimo y la turban y afligen, y la hacen aflojar en el camino de la virtud, son más perjudiciales, porque nos privan de los

medios con que habemos de alcanzar los bienes perdurables.

Mas para que ninguno se maraville destes embustes y engaños, ni de las caídas lastimeras de personas religiosas y recogidas, es necesario saber que no es ésta cosa nueva y nunca vista en el mundo, sino muy usada y acostumbrada, y que siempre hubo en él engañadores y embaidores, los cuales unas veces con varios artificios y mañas procuran deslumbrar á la gente con vanas apariencias y fingimientos y tomaron máscara de santidad; otros siendo ellos engañados y engañando sin saberlo.

Por esto dice san Jerónimo (1), que los que se hacian ermitaños habian de salir de la escuela de los monesterios, y ser tales, que no se espanten con la aspereza del desierto; ni sepan fingir (como lo hace alguna gente liviana) que tienen grandes peleas con los demonios, para parecer en los ojos del vulgo ignorante hombres milagrosos, y de aquí venir á tener grandes ganancias. Dando á entender que en su tiempo había quien usase de semejantes embaucimientos y engaños.

De Simón mago leemos que en Samaria traía embaucada la gente, y la persuadía que él era una nueva virtud de Dios, y para poderla mejor engañar se hizo cristiano, pensando poder obrar por virtud del santo Bautismo los milagros y maravillas que obraba san Felipe, diácono, de quien había sido bautizado (2). Venido á Roma, cegó asimismo á muchos de aquella ciudad, y de tal manera con sus artes diabólicas los enloqueció, que le pusieron una estatua con esta letra: *Simoni Deo Sancto* (3); á Simón, dios santo; y aun le tuvieron por Dios, como dice Eusebio, hasta que el glorioso príncipe de los apóstoles, san Pedro, le venció, y con su palabra poderosa le derribó del aire, por donde

(1) *Hieron.*, epist. ad. Ruf., *Monachum*.

(2) *Act.*, VIII.

(3) *Hist. eccles.*, lib. II, cap. XIII.

volaba, y le hizo caer en el suelo, quebradas las piernas, y se desengaño el pueblo con su ignominia y afrenta.

En la isla de Candía hubo un hombre, si fué hombre, y no demonio, como algunos dicen, vestido de carne, el cual fingió que era Moisés, y persuadió á una infinidad de judíos que le siguiesen, porque Dios quería renovar sus antiguos prodigios y milagros, y abrir de nuevo la mar para que pasasen á pié enjuto por ella, y llevarlos á la tierra de promisión (1). Y así, yendo él delante, como guía y capitán, le siguieron por un camino muy áspero hasta llegar á unos riscos y despeñaderos espantosos, que daban sobre la mar, y se despeñaron y ahogaron muchos, y se ahogaran muchos más si no fueran socorridos de algunos cristianos, y los que se libraron se convirtieron á nuestra santa fe y recibieron el agua del bautismo.

De un Anatolio, dice Severo Sulpicio que hacía cosas maravillosas y quería ser tenido por la virtud de Dios, y que traía una ropa, como enviada del cielo, tan blanca y resplandeciente, que ponía admiración, y de tal materia y hechura, que no había ninguno que pudiese atinar ni saber de qué fuese compuesta, y que llevándole por fuerza á san Martín, desapareció la vestidura entre las manos de los que le llevaban (2).

El mismo cuenta que en nuestra España se levantó un mozo, que primero decía que era Elías, y después que era Jesucristo, y que fué tan creído y tenido por tal de muchos, que un obispo, llamado Rufo, le adoró como á Cristo, y que por esto fué privado de su obispado. Y lo mismo escribe san Gregorio Turonense de un rústico francés, que se fingió profeta y aun Cristo, y juntó más de tres mil hombres, entre los cuales había muchos sacerdotes, y para mejor engañar, repartía á los pobres el oro y plata y ropa

(1) Soer., lib. VII, cap. XXXII; Adon, *in chron.*, año 425, y Sigiberto, año 438.

(2) En la *Vida de San Martín*.

que le daban. Adivinaba y pronosticaba las cosas advenideras, sanaba muchas enfermedades, y después mandaba que le adorasen, robando á los que no lo hacían, hasta que le mataron y se esparció la gente que le seguía (1). Y el mismo san Gregorio dice que él conoció y procuró convertir algunos de los que de este falso Cristo habían sido engañados.

Otro había, que se llamaba Eum del Estrella, el cual con sus hechizos y embustes embaucó muchas gentes, diciendo que era Cristo, que venía á juzgar á los vivos y los muertos (2). Y en el Concilio que se hizo en Reims, por mandado de Eugenio III, fué preso y castigado.

En la ciudad de Augusta, en Alemania, por los años del Señor de mil y quinientos y once, hubo una doncella, de obra de cuarenta años, que se llamaba Ana, que ni comía ni bebía ni dormía (3), sino que siempre estaba (á lo que parecía) en perpetua contemplación, muy regalada y visitada de Dios; y después de haber engañado al Emperador y á otros príncipes, se descubrió el artificio, y fué conocida por mujer infame y disoluta; y por ello desterrada de la ciudad, se fué á Triburgo, adonde la ahogaron por sentencia pública.

El año de mil y quinientos y cincuenta tres (4) hubo en París quien decía que tenía el espíritu de san Juan Evangelista, y en la misma ciudad y en Basilea hubo otro que se fingía san Pedro, y otro que publicaba que tenía consigo por su maestro y guía el ángel de Moisés, y pronosticaba muchas cosas falsas.

Por no revolver las historias antiguas, y por hablar de lo que hemos visto en nuestros días, doce apóstoles falsos, forasteros, anduvieron en España predicando por las

(1) *Hist. franc.*, lib. X, cap. XXV, y Sigiberto, año 592.

(2) Roberto de Monte, en el suplemento *ad chron.*; Sigiberto, año 1148, y Neubri., lib. V, *rerum anglicarum*.

(3) *In continuatione chron. Eusebii per quendam Germanum*.

(4) Surius, I, *Histor.*, año 1553.

aldeas y pueblos pequeños, y confesando la gente, daban á entender que les habían sido revelados de Dios sus pecados, y en fin fueron descubiertos y echados á galeras. Pues ¿qué diré de la santidad fingida de Magdalena de la Cruz, tan sabida y notoria en España? Estando yo en Italia, una religiosa, que era tenida por santa en Bolonia, mostraba las llagas de la sagrada pasión del Señor en sus piés y manos y costado, y muchas veces le goteaba la sangre de la cabeza como si la tuviera traspasada con una corona de espinas, y al fin se halló que todo era burla y engaño. También en la ciudad de Camarino, que es cerca de Nuestra Señora de Loreto, estando yo en aquella santa casa, una doncella recogida y honesta, engañada de otro, se hizo ella misma llagas en sus piés y manos, fingiendo que las había recibido del cielo. Y estuvo el pueblo tan engañado y persuadido que era así, que, mandando el vicario del Obispo recoger á la dicha doncella en un monasterio para averiguar la verdad, le quisieron apedrear, diciendo que perseguía á su santa, la cual, finalmente, descubierto el artificio y engaño, fué castigada, y el autor y mal consejero murió en los tormentos que le dieron.

Esto se ha dicho para que se entienda que no es cosa nueva lo que habemos visto estos días en España, aunque cierto es maravilla que en un mismo tiempo hayan salido tantas mujeres llagadas y engañadas en diversas partes, que parece que algún espíritu de ilusión anda suelto y desencadenado, y que en la gente hay mucho aparejo para ser engañada é ilusa; pero tampoco no hay que maravillarse desto, ni que algunas personas que no tienen verdadera virtud quieran con apariencia y sombra della dar á entender que la tienen.

Mayor maravilla es ver algunos que verdaderamente eran siervos de Dios y grandes santos caer en grandes maldades y abominaciones, y volver las espaldas á Dios, habiendo antes gozado de su comunicación y resplandor, como fué el rey David, varón según el corazón de Dios,

que juntó el homicidio con el adulterio; y el sabio Salomón, su hijo, que cayó en un abismo tan profundo de insipiencia, que vino á adorar los ídolos; y Judas, que siendo apóstol y estando en la escuela de Jesucristo, nuestro redentor, le vendió; y Nicolás Antioqueno, uno de los siete diáconos que eligieron los sagrados apóstoles, que fué muy deshonesto y hereje y maestro de herejías; y Orígenes, el cual, siendo hijo de padre mártir, y habiendo, cuando era mozo, deseado y procurado, y casi alcanzado la corona del martirio, y padecido grandes persecuciones por la fe de Jesucristo, y puesto las manos en sí por no amancillar su castidad, y siendo maestro y luz de las iglesias de Oriente, á la fin prevaricó y cayó en graves errores.

San Agustín llora y lamenta las caídas de algunos excelentes varones, que eran en la Iglesia de Dios como los cedros del monte Líbano, y como las estrellas del firmamento, y dice estas palabras, hablando con Dios (1): «Hemos visto muchos, Señor, y oído de nuestros padres, lo cual no puedo sin gran temor acordarme ni sin gran pavor decirlo, que primero habían subido casi á los cielos y puesto su nido entre las estrellas, después cayeron hasta los abismos, y sus almas fueron en los males afeadas. Hemos visto caer las estrellas del cielo, heridas del furioso ímpetu de la cola del dragón, y también hemos visto otros que estaban caídos en el polvo de la tierra, los cuales se han levantado, y dándoles vuestra misericordia la mano, han subido hasta el cielo maravillosamente. Hemos visto morir á los vivos y resucitar á los muertos, y á los que estaban asentados entre los hijos de Dios y en medio de aquellas piedras preciosas encendidas y abrasadas con el fuego de vuestro amor, como un poco de lodo ser hollados y convertidos en su nada.» Todo esto dice san Agustín, y se podría bien probar con hartos ejemplos de las historias pasadas, si no tuviésemos presentes los que

(1) Aug., *Soll.*, cap. XXIX.

en nuestros dias habemos visto de varones en sangre ilustres, en hábito religiosos, en dotrina famosos y en la opinión de bondad admirables, los cuales han caido en graves errores y escandalizado á los flacos y turbado á los inorantes, que piensan que el que está en pié no puede caer, y que es mengua de la religión que se pervierta el religioso, y menoscabo de la virtud desfallecer el que es tenido por virtuoso.





CAPÍTULO XVI

Que no hay seguridad en esta vida, ni por qué escandalizarnos de semejantes caídas

PERO, si bien miramos, hallaremos que es grande engaño pensar que hay seguridad en esta vida, y que basta ser uno religioso ó haber servido muchos años á Dios para tenerla; porque, como dice san Gregorio (1), no hay lugar seguro en este mundo, pues Loth en Sodoma fué santo y en el monte pecó (2), y nuestros primeros padres en el paraíso terrenal cayeron, y Lucifer y sus secuaces en el cielo (3). Antes, si bien miramos, no es tanto de maravillar que una persona religiosa caiga, aunque su caída comunmente es más escandalosa y dañosa, porque, como dijo muy bien el glorioso padre san Antonio Abad, y lo refiere en su *Vida* san Atanasio (4), aunque los demo-

(1) Greg., *in Ezech.*

(2) *Genes.*, XIX.

(3) *Ibidem*, III.

(4) Atanasio, en la *Vida de san Antonio Abad.*

nios combaten y tientan á todos los cristianos, tienen particular ojeriza y odio á los monjes y á las personas del todo dedicadas á Dios, y más cruelmente las acosan y persiguen. Y así no es maravilla que, siendo, como son, del mismo barro que los otros, y teniendo las mismas malas inclinaciones naturales que los demás, se dejen alguna vez vencer de las peleas fuertes, pesadas y continuas de Satanás, el cual tanto más furiosamente las tienta y procura derribar, cuanto que entiende que Dios nuestro Señor ha de ser más ofendido, y los buenos más escandalizados y apartados de la virtud.

Porque algunos, viendo que el que cayó era tenido por santo y por dechado de virtud y religión, desmayan y dejan los ejercicios de oración y mortificación en que antes se ocupaban, pareciéndoles que aquellos ejercicios fueron causa que cayese el que cayó, y que ellos estarán más seguros de caer dejando lo que ha sido ocasión de caer á otros. Otros hay que viendo la caída de uno piensan que todos caen, y pues que cayó el que era religioso y aprobado en la virtud y tenido por santo, todos los otros que lo parecen no deben de ser más santos que éste, y que pues hubo encubiertas y fingimientos en el uno para engañar y parecer más santo de lo que era, también las habrá en los otros, y que no es oro todo lo que reluce, ni hay ya santos en el mundo, sino que todos somos hombres, cual más, cual menos, y de la misma masa é hijos de Adán. Y con esto se desacredita la virtud.

Mas los primeros que desmayan y dejan los ejercicios virtuosos en que antes se ocupaban, creyendo que si perseveran en ellos vendrán á dar en los mismos inconvenientes que dieron otros, viven muy engañados, porque no saben distinguir la naturaleza y sustancia de las cosas que son buenas en sí, del mal uso dellas, y hacen una regla falsa y perjudicial para todas las cosas humanas, porque la oración en sí, santísima cosa es, y utilísima y necesaria para tener vida espiritual, para vencer sus pasiones,

para resistir al demonio y triunfar del infierno y conquistar el cielo. Y por esto toda la Sagrada Escritura nos enseña, y muchas veces repite, que oremos siempre, y que insistamos en la oración y que no desfallezcamos en ella. Y la mortificación asimismo, y el uso de todos los ejercicios espirituales, son cosas enseñadas de Dios y de los santos con su ejemplo y doctrina, y así en ellos no puede haber defeto ni falta alguna, y si alguna hay, no nace de lo que es bueno en sí, sino del que usó mal de lo que era bueno. Y si por el mal uso desechamos lo que es bueno, provechoso y necesario, de la misma manera podríamos desechar todas las artes y ciencias, y aun todas las cosas humanas, porque de todas ellas se puede usar mal.

¡Cuántos letrados usan mal de las leyes, defendiendo causas injustas y opugnando á los inocentes! ¡Cuántos médicos se han aprovechado de la medicina para dar ponzoña á los hombres! ¡Cuántos teólogos se han desvanecido con su ciencia, y sacado de la luz y resplandor de las sagradas letras errores y tinieblas por su culpa! ¡Cuántos, por estudiar sin discreción, han perdido la salud y aun el juicio! Pues ¿diremos que son malas estas ciencias y que no se deben estudiar porque algunos usan mal dellas? Por esa razón no había de haber armas para los soldados, porque el salteador usa mal dellas, ni se debía navegar la mar, porque hay en ella bajíos y bancos y rocas, ni sembrarse la tierra, porque alguna parte della es estéril, ni habitarse las casas, porque algunas veces se caen súbitamente y toman debajo á los que viven en ellas, y son sepultura de sus moradores. ¿Qué cosa hay más necesaria para la vida humana que el pan y el vino, pues el uno, como dice la Sagrada Escritura, es fuerza, y el otro alegra el corazón del hombre? Y si mirásemos á los que perdieron la salud por comer y beber mucho, no comeríamos nosotros ni beberíamos, ni nos aprovecharíamos de lo que Dios nos dió para nuestra vida y sustento. Lo mismo podríamos decir del agua y del aire y del fuego, y de los

otros elementos, y aun del sol y de la luna, que, con ser la vida del mundo, algunas veces matan á los que no saben usar dellos.

Y no solamente en estas cosas naturales y humanas puede haber daño, y le hay, pero también de las divinas y sobrenaturales le sacan algunos, convirtiendo en ponzoña la medicina, y tomando los santos sacramentos para condenación de sus almas; pero no por eso ellos dejan de ser santísimos y unguentos preciosísimos para sanar nuestras llagas, y unas medicinas divinas y de suyo eficaces para dar vida á todos los que las toman como se han de tomar, aunque los que se descomiden á Dios por su culpa hallan la muerte donde otros hallan la vida. Pues ¿sería bien dejar de confesarse y de comulgar porque algunos se confiesan y comulgan mal, y como Judas, en recibiendo al Señor, le venden y le entregan en manos de los pecadores? No por cierto. Pues si en todas las otras cosas humanas y divinas no dejamos lo que vemos que nos es provechoso ó necesario, aunque algunos no se sepan aprovechar dello, y distinguimos la sustancia y verdad de cada cosa del uso della, ¿por qué no lo haremos así en lo que más nos importa y nos es más necesario, y sin lo cual no podemos vivir ni dejar de desfallecer y caer? ¿Por qué queremos estar siempre caídos por el temor de caer? Como dijo Quintiliano: *Dum timent ne aliquando cadant semper jacent* (1).

Pues los otros que por uno juzgan á todos, y creen que no hay hombre santo porque uno que lo parecía y por ventura lo era cayó, no tienen menor ni menos peligroso engaño; porque de la misma manera podrían condenar á todos los estados de los hombres, pues en todos ellos hay algunos que no hacen lo que deben. ¿Podrían condenar á todos los jueces porque uno se dejó coechar y cegar de la codicia, y á todos los abogados porque hay entre ellos

(1) Quintil., lib. VIII, cap. V.

quien defienda el pleito injusto, y creer que no hay soldado valeroso porque uno fué cobarde, y que todas las mujeres casadas son adúlteras porque una hizo traición á su marido? Pues si sería temeridad en estos estados y en los demás condenar á todos por uno, mucho más lo es en lo que tratamos y tenemos entre manos, porque es en mayor detrimento y perjuicio de la religión y virtud y en daño gravísimo de la república.

San Agustín, escribiendo al pueblo de Bona, dice esta maravillosa sentencia (1): «Si alguna mujer casada cae en alguna flaqueza, no por eso los maridos dejan sus mujeres ni acusan á sus madres. Pero si de los religiosos que profesan santidad se descubre alguna culpa, ó verdadera ó falsa, luégo instan todos y se deshacen, y procuran que se crea que todos los otros cayeron y son malos.» Y san Buenaventura se queja de lo mismo (2), y con mucha razón, porque no perdieron nada los ángeles buenos porque Lucifer y todos los de su bando se rebelaron contra Dios, ni los falsos profetas de los bosques y de Baal (3), aunque eran tantos, fueron parte para desacreditar y enflaquecer la virtud y celo santo del profeta Elías, ni la traición y maldad de Judas empeció á la obediencia y fidelidad de los otros once apóstoles, ni la herejía de Nicolás oscureció la gloria de san Esteban protomártir, ni la virtud y santidad de los otros santos diáconos, sus compañeros, ni porque algunos pocos religiosos no hagan lo que deben, deja de haber en las religiones otros innumerables que alumbran al mundo con su doctrina y le inflaman con su ejemplo, y por uno que caiga, infinitos quedan y están de pié, los cuales no es justo que pierdan porque se pierda uno. San Agustín dice estas palabras (4): «Halláis algunas monjas no tan recogidas como sería razón; ¿repre-

(1) Epist., CXXXVII.

(2) Cuest. XVI, *super reg.*, tom. I.

(3) III, *Reg.*, XVIII.

(4) August., *in psalm.* XCIX.

deréis por ventura por eso los monasterios de las monjas? No es justo que por algunas vírgenes livianas condenemos á las que son santas en el cuerpo y en el espíritu, ni tampoco que por estas loables alabemos á las que no lo son.» Y en otra parte dice (1): «También hay falsos monjes y falsos clérigos, como hay falsos cristianos; porque, hermanos míos, en todos estos tres estados, de los cuales otras veces os habemos hablado, hay buenos y hay malos.» Y san Jerónimo, escribiendo contra Elvidio, hereje, que decía que había algunas vírgenes taberneras, responde (2) que no solamente las había taberneras, sino también deshonestas, pero que no tenía la culpa desto la virginidad, sino la simulación y fingimiento de las que, no siendo vírgenes, lo querían parecer. Quede pues esta verdad declarada y asentada en nuestros pechos: que aunque hay lobos, hay también ovejas, y que no deben los que lo son dejar su pellejo, como dice san Agustín, porque algunos lobos, para matarlas, algunas veces se vistan dél.

(1) August., *in psalm.* CXXXII.

(2) San Jerónimo, contra Elvidio.





CAPÍTULO XVII

Por qué causas permite Dios estas ilusiones y engaños

RESTA que veamos por qué permite nuestro Señor estas ilusiones y engaños, y qué provechos se pueden sacar dellos, pues que es verdadero y cierto aquel fundamento que pusimos arriba, conforme á la doctrina de san Agustin, que siempre son mayores los bienes que saca Dios de los males, que los mismos males que permite. Primeramente saca Dios nuestro Señor destos engaños el castigo de las mismas personas que son engañadas, y la manifestación y gloria de su justicia, porque comunmente caen en estos engaños y marañas las personas vanas, altivas, soberbias y que presumen de sí, las cuales, no se conociendo, piensan, ó que tienen más virtud de la que realmente tienen, ó que es suya la que tienen, no reconociendo la del Autor y fuente de todo bien, ni agradeciéndosela con humilde y reverencial temor. De aquí vienen á desvanecerse y engreirse, y á apetecer vanamente la honra, y á

desear parecer mejores de lo que son, y á buscar embustes y falsas apariencias para resplandecer en los ojos del vulgo y deslumbrar á los inorantes. Y así permite nuestro Señor que estas tales personas se levanten, para que caigan con mayor ignominia, y que la secreta soberbia sea castigada con pública infamia, y el apetito desordenado de honra vana con vergüenza, oprobrio y afrenta; porque, como dice el Sabio (1): «En lo mismo que el hombre peca debe ser castigado.»

No menos muestra Dios en esto su misericordia que su justicia, porque con estas caídas y castigos les abre los ojos, que estaban cerrados con la culpa, y les da luz para que se conozcan y lloren el estado en que antes estaban, y se levanten con mayor ánimo y esfuerzo, no para volar por el aire y beber los vientos de la fama vana y gloria popular, sino para caminar por las estrechas sendas de la virtud y poner los ojos en aquel solo Señor, que, así como resiste y humilla á los soberbios, así levanta á los humildes y los enriquece de su gracia. Porque, así como el sabio médico, cuando no puede sanar del todo la dolencia, y por ser el humor maligno y rebelde no le puede digerir y vencer, procura llamarle y sacarle á las partes exteriores del cuerpo para que mejor se pueda curar, así nuestro Señor para sanar algunas ánimas altivas y rebeldes las deja caer en culpas graves y exteriores, para que se conozcan y humillen, y con el abatimiento de fuera se cure el humor maligno y pestífero que estaba dentro; y así dice san Gregorio (2): «¿Qué cosa es la virtud, sino medicina, y qué es el vicio, sino herida? Pues porque nosotros de la medicina hacemos llaga, Dios de la llaga hace medicina, para que, pues caemos con la virtud, seamos curados con el vicio.» San Agustín dice (3): «Oso decir que á los so-

(1) *Sapient.*, XII.

(2) *Gregor.*, in *Moral.*

(3) *August.*, *De civit. Dei.*

berbios es provechoso caer en algún pecado claro y manifiesto, para que los que agradándose á sí cayeron, desagradándose á sí se levanten.» Porque san Pedro más provechosamente quedó descontento de sí cuando lloró, que había quedado contento cuando vanamente presumió. Y san Isidoro dice (1): «Muchas veces es provechoso á los arrogantes que sean desamparados de Dios, para que conociendo su flaqueza, se reconozcan y después de la caída se humillen.»

También nos declara Dios con esto la flaqueza y miseria de nuestra naturaleza humana, y que los más de los hombres nos regimos por el sentido y apariencia exterior de las cosas más que por la existencia y verdadera sustancia dellas, pues tanto caso hacemos de unas llagas y señales que vemos, y tan poco de las virtudes sólidas y macizas de muchos siervos de Dios, que las encubren con su humildad y recato.

Y aún de aquí se sigue otro provecho, que es enseñarnos la diferencia que hay destas señales exteriores á los dones interiores de Dios, y apreciar y estimar en lo que se debe la verdadera virtud; porque todas estas señales exteriores pueden ser falsas y engañosas, como la experiencia nos lo ha mostrado, mas las virtudes interiores son ciertas y seguras; y aunque no hubiese engaño en estas señales de fuera, sino que verdaderamente fuesen argumentos ciertos de la verdadera virtud y de la gracia del Señor, que mora en el alma de la persona que las tiene, y la hermosea y enriquece y clarifica, todavía no hacen ellas el ánima santa, como la hace la gracia y las virtudes, ni son causadoras, sino solamente unas como muestras y efetos de la santidad que hay en ella. Y así se debe hacer más caso de lo que hace santo y es causa de santidad, que no de lo que solamente es indicio y muestra della, como lo dice san Gregorio, hablando de los milagros, los cuales,

(1) Isidor., III, *De sum. bono.*

puesto caso que sean ciertos y verdaderos, no por eso el que los hace es más santo, y muchos han hecho milagros, que están en el infierno (1).

Pues si tanto caso hacemos destas cosas y señales exteriores, y nos maravillamos dellas, y reverenciamos á los que las tienen, aunque por ventura sean fingidas y aparentes, ¿qué cuenta habemos de tener con la verdadera virtud? ¿Cuánto más habemos de estimar una caridad encendida y un fino amor de Dios y de nuestros prójimos, una humildad profunda, una paciencia invencible, una mansedumbre suave, un menosprecio de sí mismo y de todas las cosas caducas y perecederas, un celo fuerte y fervoroso de la honra y gloria del Señor, un cuidado solícito y continuo de la oración, una mortificación de los propios apetitos perseverante y rigurosa, y las demás virtudes que son propias del cristiano y siervo del Señor, y le hacen templo y morada suya, y agradable delante su divino acatamiento?

Esto es lo que nos quiere enseñar Dios, y juntamente enderezar nuestros torcimientos y poner freno á la demasiada facilidad de muchas personas que en varias partes aparecían con llagas, y daban ocasión á que otras mujeres livianas y tenidas por espirituales las deseasen tener, y se persuadiesen que á lo menos interiores ya las tenían, y aun que algunas imitasen y contrahiciesen aquella vana representación. Porque cierto ha sido cosa lastimosa la muchedumbre de mujercillas engañadas que se han visto en nuestros días en muchas y de las más ilustres ciudades de España, las cuales con sus arrobamientos, revelaciones y llagas de tal manera tenían movida y embaucada la gente que trataban de oración y cosas de espíritu, que parecía que no tenía ninguno la que no se arrobaba y tenía estos dones extraordinarios, que decían ser de Dios, y que á la medida de lo uno había de ir lo otro, y que andan al mismo paso espíritu y revelaciones de Dios. Pero, como Él

(1) Epist. XXXVIII, lib. IX; Bon., *De proc.*, VII; *Rel.*, cap. XVIII.

tiene providencia de su santa Iglesia y ama á sus escogidos, aunque, por las razones que habemos dicho, permitió que estas personas cayesen, quiso que fuese manifiesta y castigada la caída dellas, para que escarmentasen las demás y se detuviesen en el apetito de semejantes ilusiones, y buscasen la verdadera santidad donde ella está, y no en las cosas inciertas y aparentes, que traen consigo tan grande engaño y peligro.

Demás destes provechos, que son tan importantes, hay otro que no lo es menos, que es enseñarnos cómo todo lo que es fingido y procurado y encubierto con artificio y simulación no puede durar, sino que al cabo, quitada la máscara, se descubre y parece lo que es. Porque no hay arte tan sutil, ni engaño tan ingenioso y delicado, que al fin no se alcance y que Dios no le descubra y castigue. Mas lo que es verdadero, sólido y macizo tiene raíces que no se secan, y da fruto que no se marchita. Y éste es un grande argumento para que sepamos distinguir lo falso de lo verdadero, y para que no creamos que es fingido todo lo que hay en este género de revelaciones y favores de Dios, como lo hacen los herejes y algunos malos cristianos, reprobando y desechando todas las cosas que tienen olor y sabor de piedad y de alguna luz sobrenatural y extraordinario rayo y favor del cielo, aprovechándose, como dijimos, de la ocasión, y pensando que todo es engaño porque una se engañó.

Mas los cuerdos y prudentes no toman á bulto las cosas ni las pesan con falso peso, antes apartan lo precioso de lo vil, y lo verdadero de lo falso, y lo que es dón y gracia del Señor de lo que es imaginación ó invención de hombres; y saben hacer diferencias de las llagas admirables y divinas que el seráfico san Francisco, patriarca de los frailes menores, recibió en su cuerpo, quedando con ellas hecho un vivo retrato de Jesucristo crucificado, las cuales están canonizadas con el decreto y uso de la santa Iglesia, y de las que algunos graves varones escriben que otros santos tu-

vieron, á las de las mujercillas de nuestro tiempo, que sabemos han sido contrahechas y fingidas ; porque las unas fueron acompañadas con verdadera, y las otras con aparente santidad. Las unas, los que las tenían las escondían y ocultaban ; las otras, las que no las tenían las contrahacían y publicaban. Las unas tienen autoridad de la santa Iglesia ó de personas muy graves y siervos de Dios que las escriben ; las otras han sido reprendidas y castigadas públicamente por los ministros de la misma Iglesia. Las unas, como fruto sólido y maduro, han permanecido ; las otras, como una flor aparente, se han marchitado y desaparecido como humo. Y para concluir este capítulo, también nos enseña Dios nuestro Señor con estas caídas lo que debemos de hacer para que nosotros no caigamos, y cómo nos habemos de haber en ellas para sacar provecho del mal ageno ; lo cual trataremos en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO XVIII

*De lo que habemos de hacer cuando Dios permite semejantes
tribulaciones*

MUCHO importa saber lo que se ha de hacer para acertar cuando se ofrecen estas ocasiones de ilusión y engaño, pues de cualquiera manera que se yerre, se yerra mucho. Porque si al espíritu de Dios tenemos por espíritu del demonio, es gran blasfemia, y somos semejantes á los fariseos, que las obras que el Hijo de Dios obraba por virtud del Espíritu Santo las atribuían al espíritu malo, y decían que las hacía en virtud de Belcebú. Y si, por el contrario, con liviandad y vana credulidad tenemos por instinto y favor del cielo lo que es invención de hombres ó engaño de Satanás, y le damos crédito y fe, ¿qué mayor mal puede ser que seguir las tinieblas por la luz, y la mentira por verdad, y á Belial por Cristo, y al demonio por Dios? En lo uno y en lo otro hay gran peligro, ó en tener á Dios por demonio, ó al demonio por Dios. Pues para no

errar en cosa que tanto importa, diremos algo de lo que, á nuestro flaco parecer, deben hacer aquellos á quienes no incumbe el examinar estas cosas, que son todos los seglares; los cuales no son jueces de las cosas espirituales, ni deben entremeterse en quererlas decidir y determinar, y cómo las han de examinar las personas que por razón de su oficio ó profesión están obligadas á apurar y averiguar la verdad.

La gente común debe hacer dos cosas. La primera, tener cierto juicio y verdadera estima de lo que son y en lo que se deben tener semejantes arrobamientos, llagas y revelaciones, porque, como habemos dicho, muchas veces son aparentes y engañosas; y puesto caso que sean verdaderas, nó por ellas es más santo el que las tiene, ni menos santo el que no las tiene, aunque algunas veces son muestra y argumento de santidad. Porque el bienaventurado san Francisco, glorioso en su vida, y con sus llagas admirable, no por haberlas tenido diremos que excedió en santidad á todos los otros santos que no tuvieron llagas impresas del Señor, pues los sagrados apóstoles y la soberana Reina del cielo nuestra Señora no las tuvieron. La segunda cosa es que se detengan y no se dejen llevar luégo de la corriente, creyendo que todo lo que se dice es verdad, porque, si lo es, el tiempo lo descubrirá y ello prevalecerá, y si no lo es, no habrá habido falso juicio ni engaño. Por esto dijo el apóstol san Juan (1): «No queráis creer á todo espíritu, mas probad los espíritus si son de Dios.» Y la razón da san Pablo, diciendo (2) que el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz. Para averiguar y probar estos espíritus tiene Dios puestos en su Iglesia jueces y doctores, y hasta que ellos los califiquen, y con el contraste nos declaren si son oro fino ó no, nó hay para qué arrojarnos, ni tener por espíritu de Dios al que no sabemos cierto que lo es.

(1) Joan., IV.

(2) II, Cor., XI.

Y tanto mayor recato se debe tener en esto, cuanto en nuestros días habemos visto más embaidores, que no solamente han traído al retortero al vulgo y á la gente curiosa y ociosa, pero también han deslumbrado á varones graves, letrados y religiosos, los cuales, por ser grandes siervos de Dios y llenos de devoción, piedad y celo, creyeron todo lo que les pareció podía despertar la devoción y acrecentar la piedad, y amplificar la gloria del Señor en su Iglesia; y como ellos eran santos, dieron crédito á lo que parecía santidad, porque no hay cosa más fácil que engañar á un bueno, porque su bondad y sinceridad le hace que no juzgue ni piense mal de la malicia y artificio ageno. Y es propiedad de santos creer lo bueno y no creer fácilmente mal de nadie, como del glorioso padre san Francisco y del angélico doctor santo Tomás de Aquino y de otros santos se escribe en las historias de sus vidas.

Estas dos cosas deben hacer los que no son examinadores y jueces destas llagas y extraordinarios favores de Dios, antes que se declare y se apure la verdad por los que Dios ha puesto en su Iglesia para ello. Pero después que ellos hubieren hecho su oficio, débese tener por cierto y acertado su juicio. Y si dieren por buenas y por de nuestro Señor las revelaciones, arrobamientos, llagas ó profecías y cosas semejantes que hubieren examinado y averiguado, alaben á la divina Bondad, que hizo aquella merced á su hermano para bien y provecho de su santa Iglesia. Y si, por el contrario, las dieren por falsas y fingidas, y se entendiere que la persona que era tenida por santa no lo era, y que la que parecía que estaba asentada entre los ángeles se halló caída entre los pecadores, no se maraville nadie ni escandalice por ello, antes reconozca la flaqueza y miseria humana, y sabiendo que no hay seguridad en esta vida, y que él es de la misma masa, y que fué concebido y nació en pecado y con las mismas malas inclinaciones que los otros hijos de Adán, desconfie de sí, y tema de caer donde los otros cayeron, y de dar al través donde los

otros dieron, y de salir de la batalla muerto ó herido, pues pelea con los mismos enemigos, y de su cosecha no tiene mayores fuerzas ni mejores armas que ellos para pelear.

Sepa cierto que si no ha caído, no ha sido por su virtud, sino por la misericordia del Señor, que con la bendición de su dulzura y gracia le ha preservado. Humillese con esto, como quien ha de dar cuenta á Dios de los beneficios que ha recibido de su mano, y particularmente deste; y entienda que todos los males que ve en sus prójimos son beneficios, y las caídas ajenas mercedes suyas; pues él hubiera caído como cayeron los otros, y tuviera los mismos males que ellos tienen, si el Señor particularmente no le hubiera tenido de su mano. Porque, como muy bien dice san Agustín: «En cualquier pecado que caiga un hombre puede caer otro hombre, si el Señor que hizo al hombre no le tiene de su mano.» Y así dice san Bernardo (1): «Guárdate de no ser curioso pesquisidor ó juez temerario de la vida ajena, y aunque halles alguna cosa mal hecha, no la juzgues ó condenes; antes si no puedes la obra, excusa la intención, el poco saber, el olvido y descuido, y los acaecimientos humanos. Pero si por ser la cosa tan evidente no la pudieres excusar ni darle salida, habla contigo mismo, y di dentro de ti: Verdaderamente que fué esta terrible y vehemente tentación; ¿cómo hubiera caído yo con otra tal si Dios no me tuviera de su mano?» Todo esto dice san Bernardo.

De aquí ha de nacer otro afecto de compasión y caridad que habemos de usar con nuestro hermano que cayó, y de prudencia y aviso para escarmiento nuestro. La compasión y caridad ha de nacer del mal de nuestro prójimo, y de ver afeada la imagen de nuestro Dios, y el que era vaso de honra hecho vaso de contumelia, y el templo del Espíritu Santo cueva de ladrones, y el que parecía guía y ejemplo de virtud, tropiezo y escándalo de los flacos y principian-

(1) *Super Cauteo.*

tes. La prudencia y aviso se engendra del propio conocimiento, y de saber que no es, como dije, de otro barro ni de otro metal. Y para que no desmaye en la virtud, ponga los ojos, como arriba se dijo, en los innumerables soldados esforzados y valerosos que tiene Dios en su Iglesia, y en los que de día y de noche pelean, como fuertes y gloriosos caballeros, contra todo el poder del infierno, y alcanzan vitoria dél y de sí mismos. Y puedan más estos ejemplos para animarle y esforzarle que los de los cobardes y ruines soldados para enflaquecerle; ni las caídas de algunos pocos, que habiendo antes peleado fuertemente, después rindieron las armas al enemigo.





CAPÍTULO XIX

Lo que han de hacer los que Dios puso en su Iglesia para averiguar la verdad de semejantes cosas

Esto es lo que toca á los que no tienen oficio y obligación de averiguar la verdad. Á los que la tienen, siendo, como son, pastores y maestros de todos, y llenos de sabiduría, no hay para qué nosotros, que somos ovejas y discípulos, queramos enseñar y dar reglas de lo que deben hacer. Pero, porque no haya falta en este tratado, diremos aquí brevemente algunos de los avisos que habemos hallado en autores graves que tratan desta materia, que por ser de varones santos y grandes letrados y muy experimentados, podrá ser que puedan aprovechar. Y si cada uno dellos por sí no fuere bastante para descubrir la verdad, á lo menos lo serán cuando todos se juntaren y concurrerén en uno.

Sea pues el primer aviso y fundamento de todos los demás, y como el justo peso de la buena moneda, la humildad y sumisión de la persona que dice tiene semejantes

dones de Dios (1). Porque si presume y vanamente se complace de sí, y fácilmente los publica y huelga que se sepan y estimen, este tal merece ser engañado del demonio, y por engañado le podemos tener. Todos los santos nos enseñan esta segura y saludable doctrina. Enviando Dios á Moisés á librar su pueblo, y teniéndose él por indigno, dijo (2): «Yo os suplico, Señor, que enviéis al que habéis de enviar.» Y Jeremías, enviándole el mismo Dios á predicar, dijo (3): «¡Ah! ¡ah! ¡ah! Señor, que no sé hablar.» Y san Juan Bautista, cuando vino Cristo nuestro Señor al río Jordán para ser bautizado dél, le dijo (4): «¿Cómo, Señor? Yo debo ser bautizado de Vos, ¿y Vos venis á mí?» San Pablo se cuenta por el mayor de los pecadores y dice (5) que no merece ser llamado apóstol. San Agustín hace gracias á nuestro Señor (6) porque le había librado de la tentación de pedirle milagros, y le suplica que la aparte siempre de sí. San Buenaventura dice (7) que muchos han caído en graves locuras y errores, en castigo de haber deseado tales cosas, y que se deben huir con oraciones, ayunos y penitencias. Juan Gerson escribe dos tratados desta materia (8), y cuenta algunos ejemplos de cosas que sucedieron en su tiempo, en confirmación desta verdad. San Vicente Ferrer (9) y Dionisio Cartusiano dan esta misma doctrina. San Ambrosio y Sulpicio fueron deste mismo parecer. Santa Catalina de Sena (10), á los principios que nuestro Señor comenzó á visitarla con visiones

(1) Primera regla, la humildad.

(2) *Exod.*, IV.

(3) *Jerem.*, I.

(4) *Matth.*, III.

(5) I, *Cor.*, XV.

(6) Lib. X, *Confess.*, cap. XXXV.

(7) De VII., *Progressu relig.*, cap. XIX et XX.

(8) Part. I, *Opusc. de distinctione verarum visionum à falsis, et de probatione spiritum.*

(9) San Vicent., *Tract. de vita spirituali*, cap. *De modò prædico.*

(10) *Opusc. de exem. auten.*, cap. XXV. En su *Vida.*

y revelaciones, tuvo grande sospecha que fuesen engaños de Satanás, y dice que plugo mucho á Dios este temor santo y recelo, porque siempre el caminante en esta vida le ha de tener. Un santo de los padres antiguos, apareciéndole el demonio en figura de Cristo, y diciéndole que venía para que le viese y adorase, respondió: «Mirad á quien os envían; que yo no merezco ver en esta vida á Jesucristo.» Y con esta humildad desapareció el demonio (1). Otro santo padre, en otra semejante visión, cerró los ojos y dijo (2): «No quiero yo ver á Cristo en esta vida; plegue á Él que le merezca ver en la otra.» Y con esto quedó el demonio burlado. El glorioso san Martín, apareciéndole el demonio en figura de Cristo, conoció que era Satanás, porque venía con mucho aparato, y no con modestia y humildad, que, como he dicho, es el peso verdadero desta moneda, y señal de ser obra de Dios, el cual ama y se comunica á los humildes (3). Que la soberbia, como dice san Agustín, merece ser engañada. Y por el contrario, cuando san Antonio preguntó al ángel quién podría escaparse de tantos lazos y tentaciones como le había mostrado, le respondió que la humildad (4). Y así lo dijo el profeta David (5): «El Señor guarda á los pequeñuelos; humílléme yo y libréme Él.» Por esta causa, si viéremos liviandad, presunción y estimación propia en el que dice que tiene estos dones extraordinarios de Dios, entendamos que hay engaño.

Y asimismo si los publica y manifiesta fácilmente, porque el verdadero humilde, cuantos más dones tiene de Dios, tanto más se encoge y se avergüenza y los encubre, guardando su secreto para sí, y sólo los manifiesta á quien le puede enderezar y guiar por camino llano y seguro, su-

(1) *In vitis patrum*, p. 2.

(2) Paladio, en la *Hist. de los santos padres*.

(3) Sulpicio, en la *Vida de san Martín*.

(4) *In vita sancti Antonii*.

(5) Psalm. XII.

jetándose al juicio de los perlados y maestros suyos, porque desconfía de sí. Quien quisiere saber el recato que en semejantes cosas se debe usar, lea la vida que san Buena-ventura escribió del seráfico padre san Francisco (1), y en ella hallará el que tuvo este glorioso y santísimo patriarca en encubrir las llagas sagradas que le fueron impresas, y el solícito cuidado con que traía cubiertas las manos y calzados los piés, y hacía otras cosas, para que no pareciesen ni se echasen de ver aquellos rubies con que su carne resplandecía y había sido adornada y hermoseedada del Señor. De santa Catalina de Sena escriben san Antonio, arzobispo de Florencia, y fray Raimundo de Capua (2), que fué confesor della, y después maestro general de la orden de los predicadores, que estando una vez en oración le apareció Jesucristo, su esposo, con las cinco llagas, como que se las quería imprimir, y que temiendo ella que si se las imprimía exteriores y visibles, quedaría muy honrada y venerada de la gente, le suplicó humilísimamente que no lo hiciese, sino que interiormente se las imprimiese y le diese á sentir perfectamente los acerbísimos dolores de su sagrada pasión, porque esto era lo que ella deseaba y había menester para gozar del fruto de su dulzura sin peligro de desvanecerse.

Otra señal hay, que se sigue de la primera, y es la paciencia y sufrimiento, ó impaciencia y enojo de los que dicen que tienen estas cosas extraordinarias (3). Porque, así como el oro pasa sin detrimento por el fuego y se refina en el crisol, así el verdadero siervo de Dios se apura y perficiona en las contradicciones y adversidades. Por esto dijo el Sabio (4) que la doctrina del varón se conoce por la paciencia que tiene. Buena señal es cuando alguna perso-

(1) Bonaventur., in *Vita sancti Francis.*, cap. XIII.

(2) *Sancti Anton.*, III, p. tit. XXIII, cap. XIV, parr. 10. Fray Raimundo de Capua, en su *Vida*, p. 2, cap. VI.

(3) La segunda, la paciencia.

(4) *Proverb.*, XIX.

na que dice tiene estos regalos y favores de Dios y no es creída, sino reprobada y tenida por loca, calla y sufre, y tiene paciencia, y se vuelve á Dios para que manifieste su verdad, y trata con los que la persiguen con suavidad y mansedumbre; y porque los santos profetas tuvieron esta paciencia y se esmeraron en ella, dice Santiago, exhortándonos á ella (1): «Tomad por ejemplo, hermanos, del trabajo y de la paciencia á los profetas, que hablaron en el nombre del Señor.» Y aunque esta señal no es del todo cierta, porque algunas veces hay grandes artificios en esto, y no faltan personas que con una falsa y fingida paciencia saben callar y sufrir y disimular; pero el que no tiene sufrimiento, y se enoja y embravece, y amenaza á los que no le creen y le contradicen, parece cierto que no tiene espíritu de Dios.

Otra señal de la verdadera moneda es la color que tiene, la cual también se ha de mirar (2); porque, aunque no todo lo que reluce es oro, pero es cierto que no lo es lo que no reluce ni tiene color de oro. Esta color es examinar el fruto y efectos que se siguen de semejantes gracias y favores del Señor, el cual todo lo que hace lo hace para bien y provecho de su santa Iglesia. Y así el apóstol san Pablo, antes de contar en particular los dones que el Señor reparte á su Iglesia, dice (3) que todos los reparte y distribuye *ad utilitatem*, para provecho y utilidad della. Si se sigue emienda de vida, corrección de costumbres, reformación de la república, son buenas señales para que creamos que es de Dios lo que se dice. Mas si hay curiosidad y vanidad y perdimiento de tiempo, es cierto que no es de Dios. Porque si un hombre prudente y santo no habla palabras ni hace obras ociosas, menos las hablará ni hará el Santo de los santos, el cual dice de sí (4): «Yo soy el

(1) Jacob, V.

(2) La tercera, los efectos que causan semejantes cosas.

(3) I, Cor., XII.

(4) Isai., XLVIII.

Señor, que te enseñó todas las cosas provechosas.» Y si las enseña, mucho más las obra, y no hace cosas extraordinarias sin algún particular provecho ó necesidad.

En esto de la utilidad, no solamente se han de considerar los efectos que estas cosas hacen en el pueblo, sino también los que hace la conversación y trato del que las tiene en los que comunican con él (1), si se aprovechan en su espíritu, si se les pega devoción, si salen más castos, más humildes y piadosos de su comunicación; porque, así como el que toca una cosa olorosa queda oloroso, así el que trata con un verdadero siervo de Dios, que está resplandeciente con la lumbre soberana y como vestido de espíritu del Señor, queda de su comunicación con olor y sabor del espíritu que hay en él.

Otras señales hay que son más interiores y aún más ciertas, sacadas de los efectos que obran estas cosas en las ánimas de los que las tienen, de los cuales se puede sacar si ellas son de espíritu bueno ó de espíritu malo, como son (2): la luz ó escuridad, la paz ó turbación, la ternura y suavidad, ó la sequedad y desabrimiento interior, el conocimiento y aborrecimiento de sí mismo, ó la altivez y presunción que causan en el ánima, y finalmente, el aliento y esfuerzo que le queda para todas las obras de virtud, aunque sean arduas ó dificultosas, ó el caimiento y desmayo, y otras señales semejantes, que por ser interiores y ocultas no se pueden saber sino de las mismas personas que las pasan. Santa Catalina de Sena dice (3) que nuestro Señor la enseñó que las revelaciones de Dios al principio ponen temor y espanto, y que después dan confianza y seguridad, y las del demonio, al revés, al principio alegran y regalan, después atemorizan y entristecen, á la manera que lo suelen hacer la virtud y el vicio. Las de Dios, como

(1) La cuarta, el fruto que hace la conversación de los que las tienen.

(2) Quinta, las señales interiores.

(3) En su *Vida*.

son rayos de su luz, alumbran el ánimo, y la hacen conocer y reverenciar á Dios, y conocer á si misma y confundirse y humillarse. Las del demonio, como son tinieblas y del padre de la mentira, escurecen y causan vana reputación y presunción. Y san Buenaventura enseña (1) que cuando en las visiones, no solamente hay consuelo y regalo interior del ánimo, sino también blandura sensible y sensual del cuerpo, con la cual la carne se regala y altera, que las tales visiones no pueden ser de Dios, cuya visitación se comunica al ánimo para armarla contra todos los vicios, y principalmente contra la deshonestidad.

(1) *De process.*, VII., *Relig.*, cap. XVIII.





CAPÍTULO XX

*Lo que particularmente se ha de advertir en los que dicen
que son profetas*

Todo esto se ha de mirar y examinar en las personas que tienen arrobamientos y llagas y otros particulares favores de Dios; pero si tienen revelaciones y profecías, y dicen que Dios les habla y que les manda que digan algo de su parte, y quieren ser tenidos como profetas é intérpretes de la divina voluntad, porque también habemos visto en este tiempo algunos embaidores que se llamaban y querían ser tenidos por profetas de Dios; demás de todo lo que habemos dicho, se ha de advertir y tener por regla infalible y principal la verdad de todo lo que dicen (1); porque, si en ello hay algún rastro de mentira ó falsedad, no puede ser de Dios, que es suma y eterna verdad, y no se compadece con el espíritu de verdad el espíritu de fal-

(1) Primera, la verdad de lo que dicen.

sedad, y repugna á la esencia y definición de la profecía toda falsedad; porque, siendo la profecía una luz y conocimiento que Dios infunde con su divina revelación en el entendimiento del profeta, así como es imposible que sea falsa la revelación divina, que es causa de aquella luz y conocimiento, así también es imposible que sea falsa la misma luz y conocimiento, que es efecto de aquella revelación, porque es su semejanza é imagen, como el hijo es semejanza del padre que le engendró.

Bien puede ser que el espíritu de la mentira diga alguna verdad para engañar más fácilmente y esconder debajo de aquel cebo el anzuelo de su falsedad, y también puede ser que un falso profeta diga una cosa que salga cierta y verdadera; pero no es bastante argumento para tenerle por profeta de Dios, antes es cierto que no lo es si dijo otras cosas que salieron falsas; porque la cosa que salió cierta puede ser que sea del enemigo, ó que con un buen juicio y prudencia natural se pueda alcanzar, ó que sucedió acaso, ó que se dijo después que sucedió, como profetizada y sabida antes que sucediese. Y el salir una cosa sola falsa es cierta señal que no es de Dios, por lo que habemos dicho; porque en esto se diferencia el verdadero profeta del falso; que el verdadero siempre dice verdad, y el falso, ó nunca la dice ó no siempre, como nos lo enseña san Juan Crisóstomo, y lo dice el mismo Dios en el *Deuteronomio* por estas palabras (1): « Si allá en tu corazón me preguntares cómo podrás entender si el profeta que habla es verdadero y dice lo que yo le mando, respóndote que tengas esta señal cierta y verdadera: si el tal profeta dijo alguna cosa en mi nombre, y no sucedió lo que dijo, sabe cierto que Dios no se lo reveló, sino que él mismo se lo levantó por su soberbia.»

Asimismo se ha de advertir que Dios revela á los verda-

(1) Hom. XIX, in *Matth.*, cap. XVIII.

deros profetas sus misterios en una de tres maneras (1). Algunas veces alumbrando el entendimiento y comunicándole una lumbre inteligible, ó las especies inteligibles de las cosas que les revela, que es la más alta y excelente manera de profecía. Otras con alguna visión imaginaria, que es inferior á la primera. Otras con alguna voz ó cosa sensible que oye ó ve, que es la manera y grado más ínfimo de todos. Y juntamente se ha de notar que el demonio no puede alumbrar nuestro entendimiento, pero puede representar en nuestra imaginación las especies de las cosas sensibles, y formar la voz, y contrahacer la color y los cuerpos y los objetos propios de los sentidos, cuando Dios se lo permite. Y por esto, cuando alguno dice que es profeta y que tiene alguna visión imaginaria, ó que oye la voz que habla con él, se debe tener más sospecha y examinar con más cuidado la verdad de su profecía, que si tuviese ilustración del entendimiento; porque, como habemos dicho, el demonio no puede alumbrar y dar luz al entendimiento, y puede con voz fingida y con visión falsa é imaginaria engañar al que se llama profeta. Y así, pudiendo ser que no sea de Dios lo que tiene, se ha de tener más recelo que si realmente tuviese tal ilustración de entendimiento, que no puede ser sino de Dios.

Otra señal ponen algunos hombres experimentados y grandes siervos de Dios (2), para tener por sospechosas las revelaciones ó instintos que alguna gente seglar y lega dice que tiene de Dios para reprender ó avisar de alguna cosa secreta á tercera persona, y mucho más á sacerdote ó perlado ó semejante persona á quien se debe particular reverencia y respeto (3), porque no es éste su oficio, y parece que se confunde y turba con esto el orden que Dios tiene puesto en su Iglesia.

(1) Agus., lib. XII, *Super Gen. ad litteram*, cap. VII.

(2) Segunda, si persona lega quiere avisar á los perladados.

(3) Maestro Avila, en el *Audiflilia*.

Y aun no es menor señal de ser falso profeta (1) cuando siembra en el pueblo poca obediencia y respeto á los mayores y superiores que Dios nos dió, ahora sean espirituales, ahora temporales, porque nunca el espíritu de Dios es contrario á sí mismo, ni pone división ni desacato y falsa libertad.

Y mucho más cierta señal es de ser falsa y engañosa profecía, si el que dice que la tiene no quisiese sujetar su juicio al de los tales perlados y superiores (2) que Dios ha puesto en su Iglesia, ó no los quisiese obedecer, pareciéndole que la luz que tiene es tan clara y evidente, que no tiene necesidad de aprobación, y tan firme y segura y superior, que se debe seguir más que cualquiera otro mandato, aunque sea de obispo á papa, á ella contrario, porque solo esto basta para convencerle que es ilusión del demonio, y no verdadera y santa revelación. La razón desto es, porque esta revelación ó profecía no nos consta que es de Dios, ni estamos obligados á recibirla hasta que lo sepamos. Y cónstanos que Dios ha puesto en su Iglesia pastores y doctores para que averigüen lo dudoso, declaren lo oscuro y aparten las tinieblas de la luz, y la mentira de la verdad. Y siendo esto así, toda buena razón pide que lo que es incierto se regule y averigüe por lo que es cierto, y no lo que es cierto por lo que es incierto y dudoso.

En Florencia, en tiempo del papa Alejandro VI, un religioso, llamado fray Jerónimo Savonarola, de Ferrara, varón docto y tenido por santo, y que con sus sermones hizo notable fruto en aquella ciudad, comenzó á desvanecerse y hacerse profeta, y muchos le tenían por tal, y á querer gobernar el estado de aquella república por revelaciones y profecías. Por esta causa hubo en ella grandes turbaciones y divisiones, las cuales queriendo atajar el Papa, le mandó que no predicase, y él no quiso obedecer, porque decía

(1) Tercera, si siembra poca obediencia en el pueblo.

(2) Cuarta, si no se sujeta al juicio de los mayores.

que estaba más obligado á obedecer á Dios que á los hombres. Excomulgáronle, y no hizo caso de la excomunión; llamáronle á Roma, y burlóse dello; prendiéronle y quemáronle, y con razón, porque no solamente no obedecía él, pero enseñaba que no estaba obligado á obedecer á la cabeza de la Iglesia y vicario de Jesucristo nuestro Señor, diciendo que se encontraba con el mismo Cristo, que le mandaba que predicase, lo cual era falso. Y por esta misma razón el santo oficio de la Inquisición en Roma y en España ha vedado algunos sermones y obras deste padre, por hallarse en ellas sembrada esta mala doctrina. Y al cabo él mismo se reconoció, y confesó que la vanidad le había trasportado, y el deseo desordenado de su gloria y propia estimación cegádole y héchole fingir profecías y revelaciones. Tanto puede un apetito desenfrenado y desvariado de ambición, que derrueca á los que se tienen por sabios y los despeña en los abismos.

La sabiduría que viene de arriba, como dice Santiago (1), es suadible, que quiere decir blanda y flexible y que se deja persuadir, y como oro fino doblar y tratar, y el que tiene espíritu de Dios se sujeta á la orden del mismo Dios y al espíritu que él ha dado á los perlados y maestros puestos de su mano en su Iglesia. El que no lo hace así, y se fia de su prudencia, y se tiene por sabio en sus ojos, necesariamente ha de caer, y como dice san Juan Climaco (2), este tal no tiene necesidad de demonio que le tienta, porque él mismo se es demonio y enemigo para sí.

Quiero acabar este capítulo y esta materia con las palabras que, hablando della, dice san Buenaventura (3). «Muchos, dice este santo doctor, se engañan pensando que es espíritu de Dios lo que es sentido propio ó espíritu de error. Y por esto hay tantas profecías y pronósticos, que

(1) Jacob., III.

(2) Climac., gra. XXII.

(3) *De process.*, VII; *Rel.*, cap. XIX.

nos tienen ya cansados y ahitos. Tratan de la venida del Antecristo, de las señales del juicio, de la destrucción de las religiones, de la persecución de la Iglesia, del asolamiento del reino y de otras varias calamidades del mundo, á las cuales profecías, varones graves y devotos han dado más crédito de lo que fuera menester. Porque, dado que fueran verdaderas, en otras cosas más provechosas se pudieran los religiosos y siervos de Dios ocupar.» Todo esto es de san Buenaventura. Y desto, y de lo que dice Gersón, se colige que en todos los tiempos hay ilusiones, y que aun los varones graves y devotos algunas veces son engañados, y que es más seguro y provechoso ocuparse en el ejercicio de las verdaderas y sólidas virtudes que en semejantes revelaciones ó engaños.

Otras señales se pueden dar á este propósito, que se hallarán en estos y en otros autores antiguos y modernos. Para el mío, que principalmente es escribir los remedios que debemos usar para sacar fruto de las tribulaciones, particulares y públicas, con que Dios nos azota, esto me parece que basta. Y así será bien que acabemos este tratado para que no canse con su prolijidad al lector; lo cual haremos en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO XXI

Conclusión desta obra

EUSEBIO Cesariense, autor gravísimo, en el principio del octavo libro de su *Historia eclesiástica*, escribe (1) que después de muchas y cruelísimas persecuciones que había padecido la santa Iglesia, de los tiranos que la affligieron é ilustraron con la sangre que derramaron de los gloriosos mártires, comenzó á gozar de alguna paz y quietud, y juntamente á aflojar en la virtud y á descaecer de aquel perfecto y admirable estado de santidad que antes había tenido; porque dice que comenzaron á nacer algunas pasiones entre los perlados, y á crecer la ambición, envidia, odio y vanidad, y los cristianos á perder aquel lustre y resplandor de vida que por medio de los trabajos y tormentos habían alcanzado y conservado. Y que para purgar estas culpas permitió el Señor que viniese á la Iglesia la persecución de los emperadores Diocleciano y Maximiano,

(1) Lib. VIII, cap. I.

que fué la más terrible y espantosa de todas; de lo cual sacamos que muchas veces se pierde con la paz lo que se gana con la guerra, y se derrama con la prosperidad lo que se ha allegado con la adversidad, y que Dios nuestro Señor permite que seamos afligidos para que purguemos con la tribulación las culpas que en el tiempo del descanso cometimos.

Esto debemos tener siempre delante para alivio de nuestros trabajos, y nuestra misma experiencia nos lo enseñará si con atención y cuidado consideráremos los varios y casi contrarios afectos que tiene nuestra ánima en el tiempo de la tristeza y de la alegría, de la pena y del consuelo, y cuánto más fácilmente se conoce y se humilla y acude al Criador cuando no halla contento en las criaturas, y cuando todas ellas parece que la aborrecen y la despiden y arrojan de sí, más que cuando la abrazan, entretienen y regalan.

Demás desto, habemos de tener muy arraigada esta verdad en el corazón, la cual, no solamente la luz que tenemos del cielo y nuestra santa fe nos la enseña, pero también la alcanzaron algunos de los que carecían della, por sólo el instinto natural y lumbre de la razón, que Dios nuestro Señor gobierna y dispone todas las cosas deste mundo, altas y bajas, pequeñas y grandes, universales y particulares, y las encamina á lo que él es servido en su incomprendible providencia. De manera que ni un cabello de nuestra cabeza ni una hoja no cae del árbol sin su voluntad. Y que de tal suerte tiene cuidado de todo el universo, como si no le tuviese de las cosas particulares y menudas, y de tal manera la tiene del gusanillo y del mosquito, como si no tuviese otra cosa en qué entender, como lo dice san Gregorio Magno por estas palabras (1): «De tal manera tiene Dios cuidado de cada cosa por sí, como si no la tuviese de todas, y así mira por todas como si estuviese

(1) Lib. XXV, *Moral.*, cap. I y XIX.

descuidado de cada una; porque, así como toda la belleza, variedad y fecundidad del árbol le tiene de la virtud de la raíz que le sustenta, y hasta la más pequeña y más apartada hoja recibe todo el humor y frescor y hermosura que tiene della, aunque sea por medio del tronco y de muchas ramas que están en medio, así no hay cosa tan menuda ni despreciada en este como árbol maravilloso del mundo, que no se gobierne y se sustente desta divina y soberana raíz de la providencia del Señor, por muchas causas mediatas que haya entre ella y las cosas que gobierna. Y como el sol con sus rayos alumbra la luna y las estrellas fijas, y los planetas y todo aquel supremo y celestial hemisferio, y es tan poderosa su virtud, que juntamente penetra hasta las entrañas de la tierra, y engendra en ellas plata y oro y piedras preciosas, y en la mar perlas y otras cosas admirables, y no hay cosa ninguna corporal tan baja y vil, que no participe de su eficacia y luz, así, é infinitamente con más excelencia, el Señor, como otro sol de justicia, alumbra, rige y da vida á todas las cosas del cielo y de la tierra, visibles é invisibles, y no hay cosa tan desechada, que no participe de sus rayos y que no sea gobernada y enderezada por Él.»

Pero, aunque esto sea verdad, es tan particular y tan extraordinario y regalado el cuidado que Dios tiene del hombre, que parece que, en comparación de él, no tiene ninguno de las otras cosas corporales. Así dijo el apóstol san Pablo (1): *Numquid de bobus cura est Deo? ¿Tiene por ventura Dios cuidado de los bueyes? Ó lo que dellos, djlo por nosotros, para que supiésemos lo que debíamos de hacer. No porque no tenga el Señor cuidado de los bueyes y de todas las otras cosas más pequeñas y bajas, sino porque es tan grande el que tiene del hombre, que respeto dél parece que no le tiene de las otras cosas que crió para servicio del mismo hombre, como en comparación del*

(1) I, *Cor.*, IX.

cuidado que se tiene del hijo del rey, no parece que se tiene ninguno del caballo y del criado que le ha de servir, y porque el que se tiene dellos es porque han de servir al príncipe.

Y si Dios tiene tanta providencia sobre cualquiera de los hombres, mucho mayor la tendrá sobre los cristianos y sobre los justos, á los cuales ha hecho partícipados de su conocimiento y amor, y los ha escogido, entre todas las naciones del mundo, para pueblo particular suyo, y los ha tomado por hijos, y dellos es y se llama padre (1), y tal padre, que quiere y nos manda que á boca llena se lo llamemos, y no lo llamemos á los padres carnales que nos engendraron, porque, aunque lo son de la carne, no lo son del espíritu, ni se puede comparar su amor con aquel amor verdadero, entrañable é infinito que nos tiene el Padre de las misericordias, que es fuente y origen de todos los que se nombran padres en el cielo y en la tierra.

Por ser este amor macizo y fuerte, se dice que es Dios padre, y por ser blando, tierno y regalado, se llama también madre en las divinas letras. Y no solamente madre, pero aun dice el mismo Señor por Isafas (2): «¿Qué madre hay que se pueda olvidar de su hijo pequeñito, y que no se compadezca del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no me olvidaré de ti, porque en mis manos te tengo escrito.» Y esta es la causa por que dijo el real profeta (3): «Mi padre y mi madre me han desamparado, mas el Señor me ha tomado para sí.» Y por esta misma causa dijo el Señor (4): «No os dejaré huérfanos; porque, aunque me voy, yo volveré y estaré con vosotros.» Y para declarar más este afecto de dulcísimo padre, unas veces dice (5) que quien tocara á sus hijos, tocará las niñas de

(1) Matt., XXIII.

(2) Psalm. XLIX.

(3) Psalm. XXVI.

(4) Joan., XIV.

(5) Psalm. XXIV.

sus ojos. Otras (1), que les hará sombra con sus alas, como lo hace la cigüeña para defender del ardor del sol á sus hijuelos. Otras (2) llama á sus siervos y santos, según la traslación hebrea, sus escondidos, y dice que Él los guardará dentro de su tabernáculo, y que los esconderá allá en lo más encerrado y secreto, donde estén siempre delante de sus ojos (3). De manera que hace con ellos lo que haría un rey con una persona que quisiese guardar mucho, que no se contenta de tenerla dentro de su palacio real, sino que la mete en su retrete, y quiere que esté siempre en su presencia para que esté más segura y guardada, no solamente con las paredes de su palacio, sino con sus mismos ojos. Otras veces dice (4) que no sólo cuando le llamaren, pero aun antes que le llamen, los oirá, y antes que acaben de hablar hará lo que piden. Y como dice el profeta (5): «Prevendrá sus peticiones con su misericordia.» Y otras cosas maravillosas dice en la Sagrada Escritura (6) para descubrirnos y manifestar más su amor y el particular cuidado que tiene de los suyos.

Á este amor pertenece, no solamente amarlos, proveerlos, ampararlos, curarlos y aconsejarlos como á hijos, pero también reprenderlos y castigarlos y azotarlos, para darles después la herencia como á verdaderos hijos. Pero en los mismos azotes mezcla la blandura de dulcísimo padre, que por esto dijo el real profeta (7): *Universum stratum ejus versasti in infirmitate ejus*. Señor, cuando Vos visitáis al justo, y le azotáis con alguna enfermedad, también le regaláis, y le hacéis la cama limpia y blanda para que pueda reposar. De manera que juntamente, por una parte,

-
- (1) Psalm., XC.
 (2) Psalm., LXXXII.
 (3) Psalm., XXX.
 (4) Psalm., XXVI et XXX.
 (5) Isaias, LXV.
 (6) Psalm., LVIII.
 (7) Psalm., XL.

hace oficio de padre riguroso, azotando y dando la enfermedad, y por otra de madre piadosa ó de una amorosa y solícita enfermera, regalando al enfermo y dándole alivio y descanso, por donde los que desean ser y se precian de hijos de Dios, sepan recibir el azote y el regalo, el castigo y el consuelo del Señor, como de verdadero padre, pues no lo es menos en lo uno que en lo otro, y todo nace de un mismo y entrañable amor.

Y si este cuidado y paternal solícitud tiene el Señor de cualquiera de sus escogidos, ¡cuán grande, cuán admirable y divino será el que tiene de toda su Iglesia, que es la congregación de todos los fieles, que están derramados por todo el mundo, y unidos y atados entre si con el vínculo de una misma fe; en la cual congregación están todos los justos y santos que hay en la tierra (1), que por esta causa se llama la Iglesia santa y católica, y está rodeada de innumerables ángeles para su defensa, y del Señor de los ángeles, que está en medio dellá, y prometió de estarlo hasta la consumación del siglo (2), y que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (3), porque está como unos reales muy bien ordenados y con sus escuadrones puestos á punto de guerra!

Porque, si Dios nuestro Señor tuvo tan especial providencia de la sinagoga, que era sombra y figura de la Iglesia, y regaló tanto aquel pueblo, que Él mismo quiso ser su guía y su capitán y caudillo, haciéndole sombra de día con la nube, y alumbrándole de noche con la coluna de fuego, y enseñándole cuándo había de partir, andar, parar, y por dónde había de caminar, y dónde y cuánto tiempo había de descansar, de manera que no tenía el pueblo necesidad de cuidar de sí, porque todo el cuidado tenía Dios dél; si esto, digo, hizo con aquel pueblo rebel-

(1) Matth., XVI.

(2) Matth., XXVIII.

(3) Cant., VI.

de y de dura cerviz, ¿qué hará con el pueblo que, como le llama san Pedro, es pueblo adquirido y comprado con su sangre, linaje escogido, sacerdocio real y gente santa? (1). Bien seguros podemos estar que no permitirá el Señor y esposo desta santa Iglesia cosa que no sea para mayor bien della.

Y si alguna vez parece que duerme y que se olvida de nosotros, como decía David (2): «Levantaos, Señor, ¿por qué dormís? Levantaos y no disimuléis tanto, y no nos despreciéis hasta la fin, ni os olvidéis tanto de nuestra pobreza ni de nuestra tribulación;» sépamos cierto que, como dice el mismo real profeta (3): «No dormiré ni dormitaré el que es guarda y defensa de Israel.»

Lo que á nosotros nos toca es conformarnos con su santísima voluntad y desenojarle, y emendar nuestras vidas; porque, así como el Señor, cuando hacemos lo que debemos, vela para nuestra defensa, así cuando le ofendemos y le volvemos las espaldas vela para nuestro castigo. Que por esto vió el profeta Jeremías (4) la vara que velaba, para darnos á entender que Dios vela para azotar al pecador, y que si queremos que Él alce la mano del castigo, la habemos nosotros de alzar de la maldad, y que todos los trabajos y calamidades que tenemos, ó públicos ó particulares, son golpes desta vara divina, que vela sobre nuestras culpas, y que en tanto que ellas duraren durará el castigo, como lo dice divinamente san Cipriano por estas palabras (5):

«Vemos que Dios nos envía azotes, y que no hay temor de Dios; vemos los castigos que nos vienen de arriba, y no hay quien tiemble ni desfallezca de miedo. Si no hubiese en las cosas humanas este castigo, ¿cuánto sería ma-

(1) I, Petr., II.

(2) Psalm., XLIII.

(3) Psalm. CXX.

(4) Jerem., I.

(5) Ciprian., *ad Demetrium*.

por el atrevimiento y libertad de pecar, viendo que donde hay culpa no hay pena? Quejaisos que las fuentes no os dan las aguas tan copiosas como solían, que los aires no son tan saludables, que la lluvia del cielo no cae á su tiempo, que la tierra no acude con fruto, que los elementos no os sirven para vuestro provecho y regalo como antes. Pregúntoos yo si vos servís á Dios, por el cual todas las cosas os sirven; si obedecéis vos á aquel Señor por cuyo imperio todas las cosas os obedecen. Vos queréis que vuestro esclavo os sirva, y que siendo hombre como vos y compuesto del mismo barro que vos, y teniendo alma racional como vos, y habiendo entrado en el mundo y habiéndolo de salir dél debajo de las mismas leyes que vos; queréis, digo, que se desvele, y que no piense de día ni de noche sino en hacer vuestra voluntad, y cuando discrepa un punto della le afligís, azotáis, lardeáis, y con hambre, sed, desnudez, hierros, cadenas y cárcel le atormentáis; ¿y vos no conocéis, pobre y miserable de vos, á vuestro Dios y Señor, ejercitando contra otro hombre como vos un imperio tan cruel y riguroso? Quéjase Dios que no hay en la tierra quien le conozca, y con todo esto, no hay quien le quiera conocer y temer. Reprende las mentiras, las deshonestidades, los engaños, la crueldad, la impiedad y todas las maldades, y no hay quien se convierta á penitencia. Vemos con nuestros ojos los azotes con que Dios nos tenía antes amenazados, y no hay quien con la experiencia de las cosas presentes se enmiende y provea á lo porvenir. Entre las adversidades y males que padecemos, que son tantos, que apenas podemos respirar, porfiamos á ser malos; y estando por todas partes cercados y ahogados de calamidades, no queremos juzgarnos, sino juzgar á los demás.

»Enojaisos porque se enoja Dios, como si viviendo mal mereciédesed que os hagan bien, ó como si todos estos trabajos no fuesen más ligeros que vuestros pecados. Vos, que juzgáis á los demás, sed juez de vos mismo, entrad

en los rincones de vuestra alma, y hallaréisla desnuda y fea y por muchas partes amancillada; porque, ó está hinchada de soberbia, ó estragada de la codicia, ó arrebatada de la ira, ó con el juego perdida, ó abrasada de la deshonestidad, ó carcomida de la envidia, ó furiosa y fuera de sí por la crueldad. Y maravillaisos que crezca la ira de Dios para nuestras penas, creciendo cada día nuestras culpas.

»Quejaisos que se levanten los enemigos y os hagan guerra, como si faltando enemigos hubiese paz entre los naturales. Quejaisos que se levanten los enemigos, como si faltando las armas y los peligros de los bárbaros no hubiese guerra doméstica, y las injurias y las calumnias de los poderosos no fuesen más crueles que las armas de los mismos enemigos. Quejaisos de la esterilidad y de la hambre, como si la sequedad causase mayor hambre que la violencia, y la necesidad no creciese con la codicia de ganancias y con los precios excesivos de las cosas.

»Quejaisos que se os cierre el cielo, teniendo vos cerrados vuestros alholís y graneros en la tierra. Quejaisos que haya pestilencias y enfermedades, siendo verdad que la misma pestilencia descubre vuestras maldades ó las acrecienta. Porque, con los enfermos no usáis de misericordia, y con los muertos usáis de crueldad, siendo temerosos para la obra de misericordia, y atrevidos para la injusta ganancia, huyendo los cuerpos de los muertos, y apeteciendo y tomando sus despojos.

»En los salteadores hay alguna vergüenza y empacho en el pecar: buscan lugares apartados y desiertos, y procuran de cometer sus maldades con tal recato, que se cubran con las tinieblas de la noche y de la soledad. Ahora en las mismas ciudades la avaricia públicamente se encruelece, y en la plaza, á la luz del mediodía, pone su tienda, de la cual salen tantos falsarios, ladrones y homicidas, que son tanto más libres y furiosos en el pecar, cuanto pecan con mayor seguridad y sin temor alguno de castigo. Los malos cometen los delitos, y no hay buenos

que los castiguen. No hay temor de acusador ni de juez; sálense los facinerosos con lo que quieren, porque los buenos callan, los que los saben temen, los jueces venden la justicia. Por tanto, el Señor, por el profeta, alumbrado con la luz de su espíritu, nos dice que Él bien puede atajar todos los males y convertir las adversidades en prosperidad; pero que nuestros pecados le van á la mano y le estorban que no nos haga merced. Y así dice por Isaias (1): «¿Por ventura no es poderosa la mano del Señor para salvaros, ó cierra los oídos para no oiros? No es esto, no, sino que vuestros pecados están de por medio entre Dios y vosotros, y por vuestros pecados os ha vuelto el rostro y no tiene misericordia de vosotros.» Pues lo que habemos de hacer es pensar nuestras maldades, llorar cada uno las llagas de su conciencia, y así no se quejará de Dios, entendiendo que merece lo que padece.» Hasta aquí es de Cipriano.

El gran padre y doctor de la Iglesia san Jerónimo, llorando las calamidades de su tiempo y la destrucción del imperio romano, que hicieron los godos y vándalos, dice así (2): «El mundo y el imperio romano se cae á más andar, y nuestra cerviz levantada, con todo eso, no se sujeta. Vemos que Dios mucho tiempo ha estado enojado con nosotros, y no le desenojamos. Por nuestros pecados los bárbaros son valientes, por nuestros vicios el ejército romano es vencido; y como si no bastasen para nuestros daños las guerras de fuera, las civiles y domésticas han destruído más que la espada del enemigo. Desventurados fueron los israelitas, en cuya comparación Nabucodonosor es llamado siervo de Dios (3); y desdichados somos nosotros, pues en tanto extremo desagradamos al Señor, que toma por instrumento la rabia de los bárbaros para nuestro castigo y para ejecutar su saña contra nosotros. El rey

(1) Isai., LIX.

(2) Tom. I, *In epítaphio Nepotiam ad Heliodorum.*

(3) Jerem., XXV.

Ecequías hace penitencia, y por ella en una noche un ángel mató ciento y ochenta y cinco mil asirios (1). Josef cantaba alabanzas al Señor, y el Señor vencía por el que le alababa (2). Moisés peleó contra Amalec, no con espada, sino con la oración (3). Por tanto, si queremos que Dios nos levante, humillémonos. ¡Oh gran vergüenza! ¡oh duro é insensible corazón, que no acaba de creer ni entender los juicios de Dios! El ejército romano, vencedor y Señor del mundo, es vencido, y tiembla y se asombra con la vista de aquellos que apenas pueden andar, y que piensan que son muertos en poniendo los piés en el suelo; y no entendemos las voces de los profetas, que dicen que de uno solo huirán mil; y no cortamos las raíces de la enfermedad, para que cese la misma enfermedad, y veamos luégo por experiencia que las saetas de los bárbaros ceden y se rinden á las lanzas de los romanos, y sus turbantes á nuestras celadas, y sus rocines á nuestros jinetes.» Todas estas palabras son deste gloriosísimo doctor, las cuales nos declaran que todas las calamidades que padecemos son penas de nuestras culpas, y que el remedio para salir de las unas es llorar las otras, y emendar las vidas, y aplacar la ira del Señor.

(1) Isai., XXXVIII.

(2) II, part. VII.

(3) Exod., XVII.

ÍNDICE

| | <u>Pág.</u> |
|---|-------------|
| Á la Majestad de la Emperatriz D. ^a María. | V |
| Al cristiano lector: | VII |

LIBRO PRIMERO

EN QUE SE TRATA DE LAS TRIBULACIONES PARTICULARES Y DEL REMEDIO DELLAS

| | |
|---|-----|
| Capítulo I.—Qué cosa es tribulación y cómo se divide en temporal y eterna. | 13 |
| Cap. II.—La muchedumbre, variedad y terribilidad de las miserias que pasa el hombre en esta vida. | 16 |
| Cap. III.—Que Dios es autor de la tribulación del hombre, y para afligirle se sirve de las criaturas. | 22 |
| Cap. IV.—Qué diferentemente es Dios causa de la tribulación cuando hay en ella pecado y cuando no lo hay. | 27 |
| Cap. V.—Por qué causas envía Dios las tribulaciones. | 33 |
| Cap. VI.—Los efectos que hace la tribulación en los buenos. | 39 |
| Cap. VII.—Cómo purga la tribulación. | 42 |
| Cap. VIII.—Cómo alumbra la tribulación. | 52 |
| Cap. IX.—Cómo perficiona la tribulación. | 59 |
| Cap. X.—De los efectos que hace en los malos la tribulación. | 66 |
| Cap. XI.—De los medios que toman los malos para salir de las tribulaciones. | 72 |
| Cap. XII.—De los medios que debemos tomar en el tiempo de la tribulación. | 85 |
| Cap. XIII.—De otros medios que podemos usar. | 91 |
| Cap. XIV.—De la conformidad que debemos tener con la voluntad de nuestro Señor. | 98 |
| Cap. XV.—Cómo podremos merecer con los trabajos que nos vienen contra nuestra voluntad. | 104 |
| Cap. XVI.—De los remedios particulares que habemos de usar en las particulares tribulaciones. | 108 |

| | <u>Pág.</u> |
|---|-------------|
| Cap. XVII.—Lo que tenemos de hacer cuando estamos enfermos y en las muertes de los que bien queremos. | 115 |
| Cap. XVIII.—Cómo se deben consolar los casados que no tienen hijos. | 122 |
| Cap. XIX.—De los desabrimientos que hay entre los casados. | 128 |
| Cap. XX.—Prosigue el capítulo pasado. | 137 |
| Cap. XXI.—Cómo se deben consolar las personas espirituales cuando les faltan las consolaciones divinas. | 143 |
| Cap. XXII.—Cómo toda nuestra confianza estriba en los merecimientos de Jesucristo, y cuán grande motivo sea éste para nuestro consuelo. | 151 |
| Cap. XXIII.—Algunas sentencias de Séneca acerca de las miserias desta vida, y cómo las tenemos de pasar. | 161 |
| Cap. XXIV.—Por qué Dios nuestro Señor da en esta vida bienes á los malos, y males á los buenos. | 170 |
| Cap. XXV.—Prosigue el capítulo pasado, y declárase por qué Dios da bienes temporales á los buenos. | 179 |
| Cap. XXVI.—Por qué Dios da bienes ó males á los que no hacen bien ni obran mal. | 183 |

LIBRO SEGUNDO

EN QUE SE TRATA DE LAS TRIBULACIONES GENERALES Y DE SUS REMEDIOS

| | |
|---|-----|
| Cap. I.—De las tribulaciones generales con que Dios suele castigar. | 191 |
| Cap. II.—Que alguna vez castiga Dios los pecados con otros pecados, y permite grandes escándalos en el mundo. | 198 |
| Cap. III.—Que el hombre no debe juzgar los secretos juicios de Dios ni escandalizarse dellos. | 201 |
| Cap. IV.—Por qué castiga nuestro Señor unos pecados con otros pecados, y cuán grande castigo sea éste. | 209 |
| Cap. V.—Por qué permite nuestro Señor las herejías, y cómo con ocasión dellas descubre su poder. | 213 |
| Cap. VI.—Cómo se descubre la sabiduría de Dios en el tiempo de herejías. | 218 |
| Cap. VII.—La bondad de Dios, que se manifiesta en tiempo de herejías. | 224 |

| | <u>Pág.</u> |
|--|-------------|
| Cap. VIII.—Lo que habemos de hacer en el tiempo que hay herejías. | 228 |
| Cap. IX.—Por qué permite nuestro Señor alguna vez que los infieles y herejes florezcan, y los fieles y católicos padezcan. | 234 |
| Cap. X.—Qué pecados son los que Dios castiga con los malos sucesos, y por qué los castiga por mano de otros mayores pecadores. | 241 |
| Cap. XI.—Otras causas por que Dios suele castigar á los católicos y fieles. | 247 |
| Cap. XII.—La misericordia que Dios usa con los que mueren en semejantes jornadas, ó después, por ocasión dellas. | 253 |
| Cap. XIII.—Que alguna vez deja Dios de castigar á los infieles y herejes, porque aún no es llegado el tiempo del castigo. | 257 |
| Cap. XIV.—Lo que se ha de hacer en semejantes sucesos. | 264 |
| Cap. XV.—Que algunas veces permite Dios que personas tenidas por santas, sean engañadas, y engañen á otros. | 271 |
| Cap. XVI.—Que no hay seguridad en esta vida ni por qué escandalizarnos de semejantes caídas. | 278 |
| Cap. XVII.—Por qué causas permite Dios estas ilusiones y engaños. | 284 |
| Cap. XVIII.—De lo que habemos de hacer cuando Dios permite semejantes tribulaciones. | 290 |
| Cap. XIX.—Lo que han de hacer los que Dios puso en su Iglesia para averiguar la verdad de semejantes cosas. | 295 |
| Cap. XX.—Lo que particularmente se ha de advertir en los que dicen que son profetas. | 302 |
| Cap. XXI.—Conclusión desta obra. | 308 |



12

ESTANTE 15

Tabla 2^a

N.º 49





Biblioteca
Clásica
ESPAÑOLA



RIVADENEIRA

—
TRATADO

DE LA
TRIBULACIÓN



14.207

